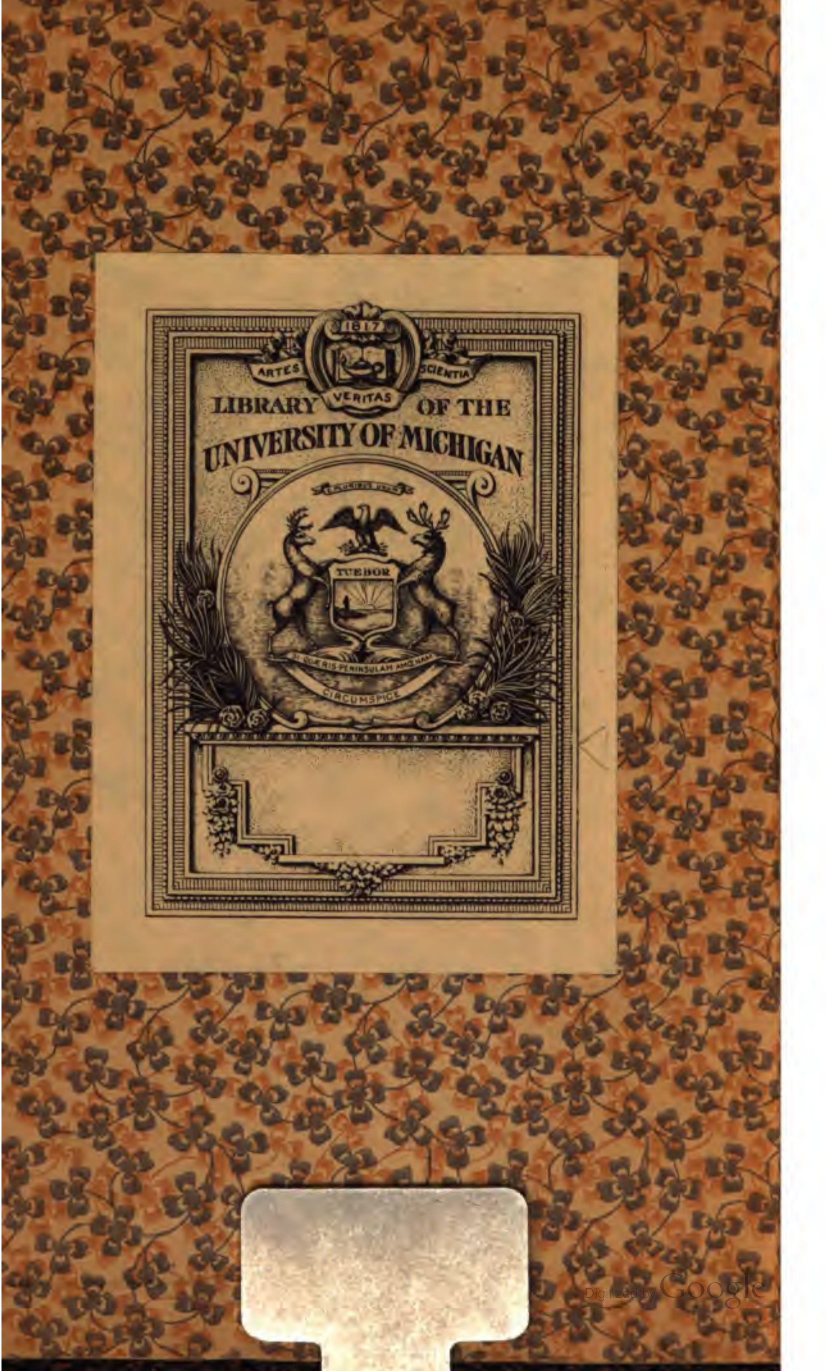
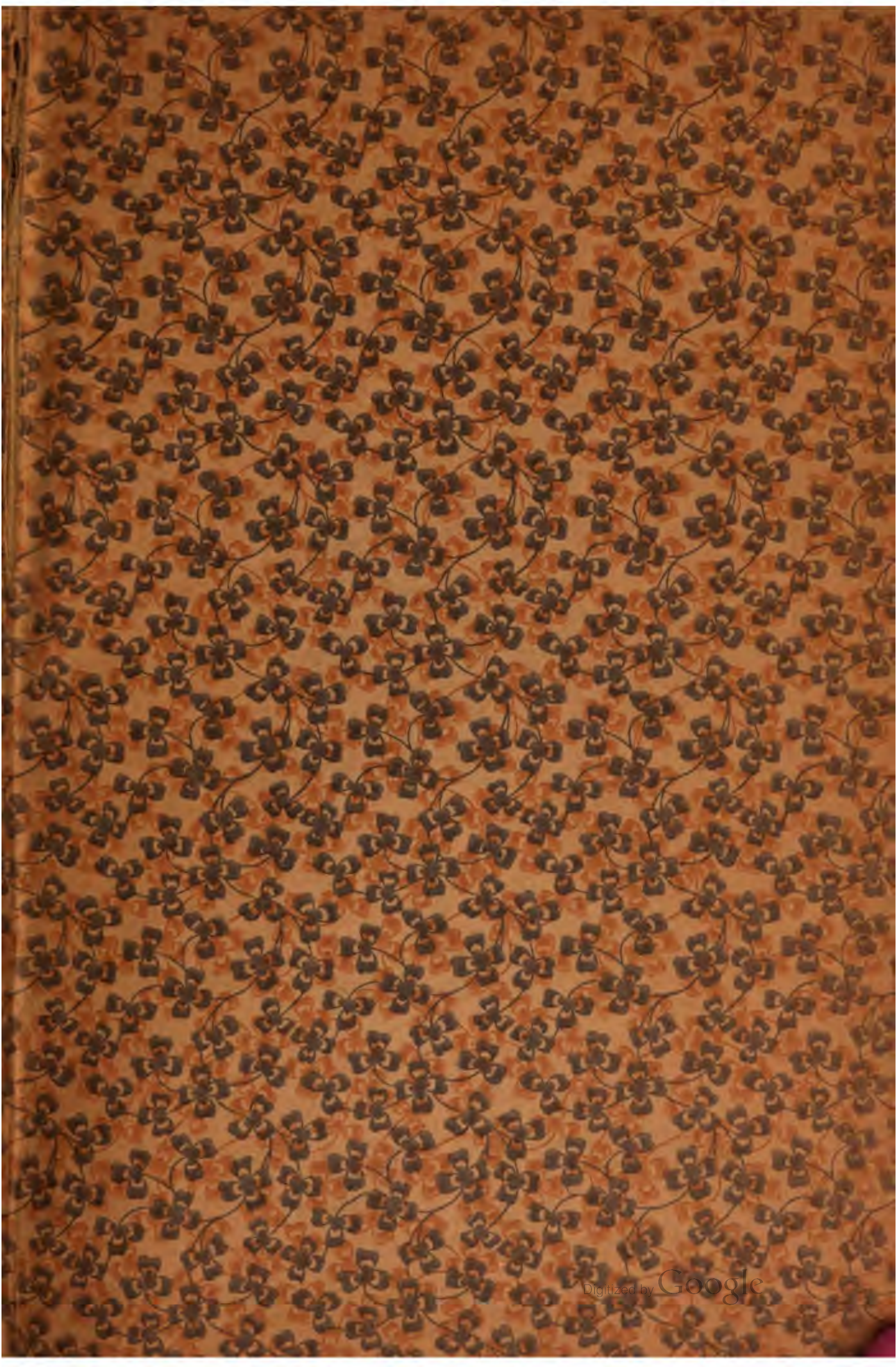
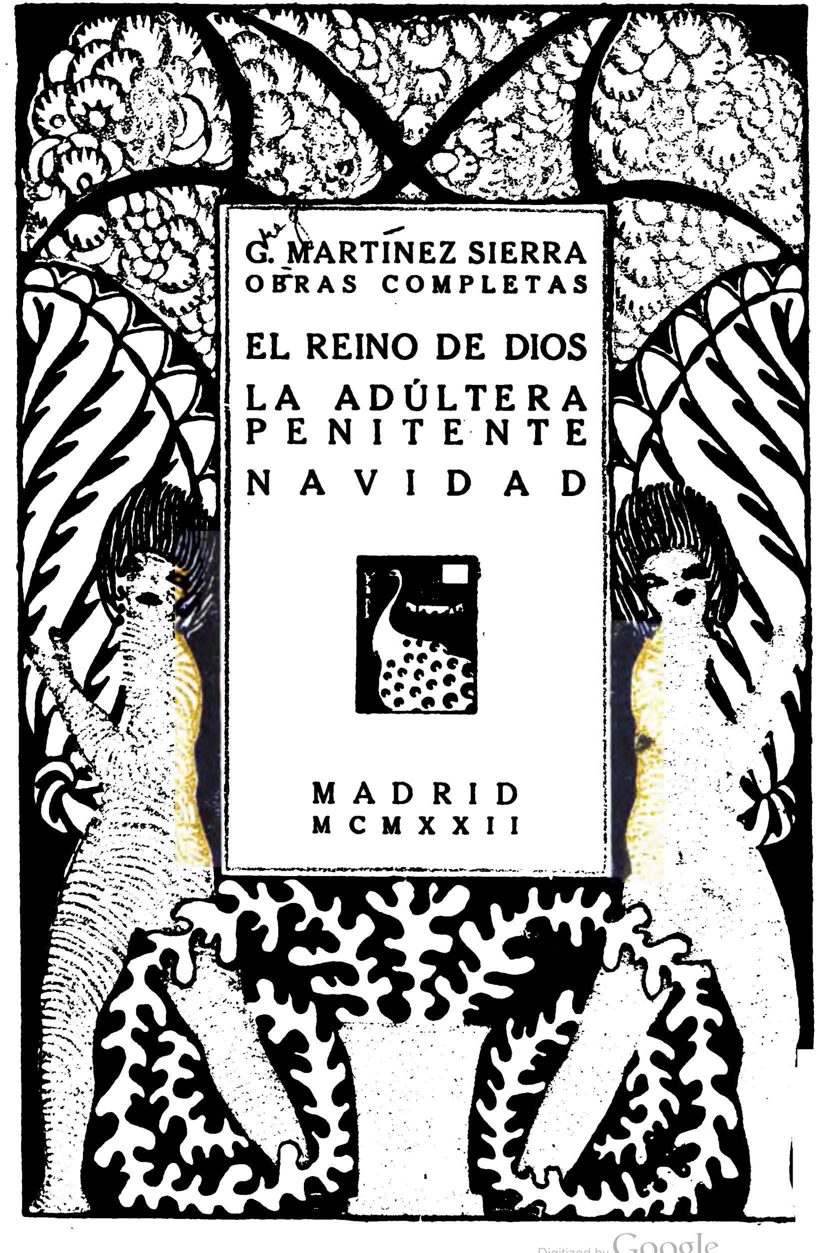

1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
Digitized by Google





ESTRELLA


G. MARTÍNEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS
EL REINO DE DIOS
LA ADÚLTERA PENITENTE
NAVIDAD
MADRID
MCMXXII

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

EL REINO DE DIOS

ELEGÍA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES, de Barcelona, el 31 de Diciembre de 1915 y en el TEATRO ESLAVA, de Madrid, el 22 de Septiembre de 1916

ACTO PRIMERO

PERSONAJES

Sor Gracia (19 años).
Sor Juliana (20 íd.).
Sor Manuela (50 íd.).
María Isabel (45 íd.).
Lulú (20 íd.).
Trajano (70 íd.).
Gabrielillo (60 años).
Don Lorenzo (50 íd.).
Liborio (negro, 60 íd.).
Asilado 1.°
Asilado 2.°

Jardín que en otro tiempo fué de un palacio señorial, y ahora lo es de un Asilo de ancianos inválidos. El jardín es magnífico y galante. En primer término, jardín parterre de bojes y arrayanes, primorosamente recortados. A la izquierda, glorieta de ciprés, recortado también. En el fondo, cortina de arrogantes plátanos de sombra y de castaños de Indias. En el centro, surtidor con elegante taza de mármol, rodeada por un macizo de flores. En la glorieta y en derredor de la fuente, bancos de mármol de forma clásica. A la derecha, el palacio que ahora es Asilo, al cual se sube por graciosa escalinata, y terraza con balaustrada de mármol también. Sobre la terraza abren las puertas-ventanas, a la francesa, de los que en otro tiempo fueron salones, y hoy son dormitorios y refectorios para los asilados. En primer término, puertecilla pequeña de servicio, por la cual se supone que se entra a los sótanos, donde están las cocinas, lavaderos, etc., del palacio. Es otoño; castaños y plátanos tienen las hojas ya oxidadas, en suntuosas coloraciones rojizas, de oro, de cobre, casi de sangre. Por la escalinata y la balaustrada corre una enredadera de viña virgen, con las hojas también de rojo intenso. En los macizos hay dalias y crisantemos de riquísimas coloraciones, amarantos purpúreos, rosales con las últimas rosas muy pálidas, geranios detonantes. Por el suelo, sobre la arena de las sendas, sobre los bancos, sobre el agua del surtidor, grandes hojas secas de los castaños y los plátanos, erizos de castaña, piñas de ciprés, que el viento de Octubre ha arrancado en abundancia de los árboles. Es por la tarde de uno de los

días serenos y claros del otoño en Castilla. Al terminarse el acto se ha encendido en el fondo, tras la cortina de árboles, una luminosísima puesta de sol, que después de enrojecer la escena, empalidece lentamente, y deja aparecer en el cielo, sola y brillante, la estrella de la tarde.

Al levantarse el telón, GABRIELILLO, viejo asilado, que es la finura misma, vivo como una lagartija, con los ojos siempre guiñados y reducidos a la más mínima expresión, como perdido dentro de la ropa de paño azul, que le viene muy ancha, porque es el hombre un puro esqueleto, está sentado en uno de los bancos, cascando piñones con una piedra y comiéndolos con deleite de viejo que ha vuelto a la infancia. TRAJANO, asilado más viejo que él, un poco cojo de reúma, y con cabeza de apóstol, pasea de un lado a otro de la escena con evidente mal humor. Gabrielillo le mira con sorna e inocente malicia.

Pasa por el fondo el ASILADO 1.º, y saluda.

ASILADO 1.º — Buenas tardes, señores.

GABRIELILLO. — *Con cierta melancolía.* Muy buenas... Divertirse.

El Asilado 1.º pasa, y desaparece por la derecha.

GABRIELILLO. — ¡Hermosa tarde hace! Da gusto calentarse los huesos al sol de Octubre.

Se ríe con risa aguda y pueril.

TRAJANO. — *Aunque la observación va para él, sigue paseando, y no se digna responder más que con un gruñido.* ¡Hum!

GABRIELILLO. — *Que sigue cascando sus piñones, aprovechando un momento en que Trajano pasa junto a él, para ofrecerle un piñón, que monda con toda finura.* ¿Usted gusta?

TRAJANO. — *Mirándole de alto a bajo con desdén olímpico.* ¿Qué me ofrece usted?

GABRIELILLO. — Piñones.

TRAJANO. — *Con desprecio.* ¡Piñones! *A pesar del desprecio que afecta, coge, no el piñón que le ofrece Gabrielillo, sino un puñado de los que ya tiene cascados, y come mientras habla.* ¿Y se puede saber de dónde le han venido a usted estos piñones?

GABRIELILLO. — *Muy satisfecho.* Me los ha dado Sor Josefita.

TRAJANO. — La cocinera... ya... Mermándolos del postre de mañana para los demás asilados...

GABRIELILLO. — Se equivoca usted. Estos piñones no tienen nada que ver con el Asilo. Son de la despensa particular de las Hermanas, y se los ha regalado a ellas el señor administrador, *Se quita el sombrero con finura.* que Dios guarde.

TRAJANO. — *Con mal disimulada envidia.* ¡Hombre, sombrero nuevo!

GABRIELILLO. — *Con malicia satisfecha.* Sí, señor; sombrero nuevo. Me tocó en el reparto de esta mañana.

TRAJANO. — Se lo habrá dado a usted Sor Martina.

GABRIELILLO. — *Cada vez más satisfecho, viendo que el otro rabia.* Sí, señor; Sor Martina.

TRAJANO. — ¡Haciendo trampa!... Porque, o mucho me engaño, o había otros sombreros en la casa bastante más estropeados que el de usted. *Gabrielillo sonríe con malicia. Trajano vuelve a pasear, murmurando entre dientes.* El caso es tener metimiento con las señoras monjas... influencia... eso es todo... influencia. *Parándose en seco delante de Gabrielillo.* ¡Vamos a ver, hombre, ¿cómo se las arregla usted para que todas las Hermanas del Asilo le estén a usted bailando siempre el agua dulce?

GABRIELILLO. — *Muy satisfecho, dando al otro una lección.* Las Hermanas me guardan más consideraciones de las que merezco, porque son señoras que saben apreciar la buena educación del individuo... y lo que es buena educación, aunque me esté mal el decirlo, la tengo... sí, señor; la tengo.

TRAJANO. — *Solemne.* ¡Lo que tiene usted es alma de esclavo!

GABRIELILLO. — *Picado.* ¡Peor fuera tenerla de Ravachol, como otros que yo sé!

TRAJANO. — *Solemne e indignado.* Eso de Ravachol, ¿lo dice usted por mí?

GABRIELILLO. — ¡Je, je, je! ¡El que se pica, ajos come!

Trajano le mira de alto a bajo con desprecio supremo, y vuelve a pasear. Gabrielillo vuelve a cascar piñones.

GABRIELILLO. — *Con sorna.* ¿No se sale esta tarde a paseo?

TRAJANO. — *Secamente.* ¿Habla usted conmigo?

GABRIELILLO. — *Con finura.* Si a usted no le molesta, sí, señor.

TRAJANO. — *Humanizándose un poco.* No, señor; no se sale.

GABRIELILLO. — *Con malicia, riéndose.* ¡Je, je, je! Porque no se puede.

TRAJANO. — *Con enfado.* ¡Porque no se quiere! *Gabrielillo se ríe socarronamente.* ¿De qué se ríe usted?

Como si quisiera tragárselo.

GABRIELILLO. — De que no sale usted por lo mismo que yo... *Trajano le mira con interrogación majestuosa.* Porque, ¿adónde va un hombre sin dinero?

TRAJANO. — ¡Dinero me sobra... hasta para convidarle a usted, si me da la real gana! *Saca del bolsillo un portamonedas, del portamonedas un envoltorio pequeño de papel, y del papel, con grandes precauciones, una moneda de plata.* Mire usted.

GABRIELILLO. — *Levantándose como por resorte y acercándose a mirar la moneda con admiración, como si se tratase de algo a un tiempo venerable e inverosímil.* ¡Una peseta!

TRAJANO. — *Volviendo a liarla y a guardarla, como si temiera que se evaporase.* Sí, señor... Y ganada con mi honrado trabajo; no a fuerza de arrastrarse, ¡tente, lengua!, como algunos que yo me sé.

GABRIELILLO. — *Ofendido.* Eso de arrastrarse, ¿lo dice usted por mí?

TRAJANO. — *Imitándole la risa.* ¡Je, je, je! Amigo, el que

se pica, ajos come. *Gabrielillo vuelve a sentarse, malhumorado. Trajano, en cambio, se ha puesto de buen humor, por la satisfacción que le causa la pequeña venganza que acaba de tomar, y pasea, hablando, con más «panache» que Cyrano.* ¡Una peseta, sí, señor Gabrielillo! *Dice el nombre con recalcado desdén.* Una peseta... me la ha dado el señor administrador, *Imitando al otro.* que Dios guarde, por hacerle una llave para un arca que se le había roto. No necesito yo... como otros... rebajarme a hacer ciertos papeles... verbigracia, comerme a los santos sin tener apetito, para que las señoras Hijas... de la Caridad me mimen y me obsequien. ¡La conciencia de Trajano Fernández no se compra con un puñado de piñones! *Pausa solemne.* ¡Si no salgo esta tarde, *Parándose delante de Gabrielillo.* que aún está por ver si salgo o no salgo, es porque no me da la realísima gana de irle a pedir permiso a la obispa!

GABRIELILLO. — *Levantándose muy nervioso.* ¡La obispa, la obispa!... Hombre, ¿qué trabajo le costaría a usted, cuando quiere nombrar a Sor Manuela, llamarla por su nombre, como todo el que tiene educación? *Trajano se ríe.* ¡No se ría usted, no se ría usted, que eso es lo que me pone más fuera de sí!

TRAJANO. — Yo no le he puesto el mote. Así la llaman el capellán y el administrador, *Burlándose del otro.* que Dios guarde, y el cura párroco, y el médico, y las demás Hermanas... y con muchísima razón, porque otra más mandona no ha nacido de madre.

GABRIELILLO. — *Nervioso.* Y hace pero que muy requetebién en mandar; que para eso es la Superiora.

TRAJANO. — ¡Pues lo que es a este cura no le manda una monja! ¿No dice el Reglamento que tenemos derecho a salir a la calle un domingo sí y otro no? Pues si tengo derecho, ¿a qué... piñones le tengo yo que hacer el *rendibú* a unas tocas, yendo a pedir licencia como un párvulo? ¡Hace ya muchos años que Trajano Fernández salió de la escuela!

GABRIELILLO. — *Entre dientes.* Donde no le enseñaron lo principal...

Se levanta del banco y va recogiendo del suelo, con cuidado, las cáscaras de piñones que Trajano ha tirado, y echándolas junto con las suyas en un pañuelo de bolsillo, de cuadros azules y blancos.

TRAJANO. — ¿Qué hace usted?

GABRIELILLO. — *Finamente.* Recoger las cáscaras que usted ha tirado. Ya sabe usted que a Sor Manuela no le gusta que haya basura por el suelo...

TRAJANO. — *Refunfuñando.* ¡Esa es otra!... limpieza... limpieza... estoy ya de limpieza hasta la coronilla... no tire usted las cáscaras al suelo, no escupa usted, límpiese usted las botas siempre que entra y sale... todo para que la señora obispa se luzca con sus pisos encerados... cuando viene la visita. Limpieza... limpieza... ¡piñonera limpieza!... Lávese usted la cara todos los días, y las manos lo menos dos veces al día, y los pies todos los sábados del año, que llueva o que no llueva... y por si era poco, báñese usted una vez cada dos meses, ¡como si fuera usted una rana! *Con rencor.* ¡Agua... agua... agua!... ¡Vino, digo yo! Pero sí, sí, vino... Un cortadillo por comida ¡y gracias!, y es que lo tengo dicho: ¿A quién se le ocurre poner un establecimiento como éste en manos de monjas? ¡Las mujeres no entienden a los hombres! *Parándose delante de Gabrielillo.* ¿Tengo razón o no tengo razón?

GABRIELILLO. — *Suspirando, a pesar suyo.* En eso del agua y el vino casi estoy por dársela a usted... sí, señor...

Se oyen risas de mujer, y aparecen por la senda del fondo SOR GRACIA y SOR JULIANA, trayendo entre las dos un inmenso canasto de patatas, con el que apenas pueden. Las risas son porque, como el cesto viene muy lleno, algunas de las patatas se escapan de él y ruedan por el suelo. Sor Gracia tiene diez y nueve años, es fina, bonita y muy alegre. Sor Juliana tiene la misma edad, pero es ordinaria, coloradota y un poquito afectada al hablar, queriendo hacerse la fina, mientras no se olvida de sí misma.

SOR GRACIA. — *Al ver rodar unas cuantas patatas.* ¡Ja, ja, ja! Otra vez las patatas por el suelo... ¡Si es que este cesto pesa más que un pecado mortal! *Suelta el asa del cesto para dejarlo en el suelo, pero como Sor Juliana no suelta la suya, el cesto se ladea y rueda buena cantidad de patatas más.* ¡Ja, ja, ja, ja! Ahora sí que la hemos hecho buena... ¡Ja, ja, ja, ja!

SOR JULIANA. — *Con afectación.* ¡Ay, Sor, no se ría de ese modo, que la puede oir alguien!

SOR GRACIA. — *A Gabrielillo, que se precipita a recoger las patatas.* Gracias, Gabrielillo.

GABRIELILLO. — No hay de qué, señorita.

SOR GRACIA. — ¿Señorita? ¿Qué dices, hombre?

GABRIELILLO. — Dispénseme la señorita: he querido decir no hay de qué, Sor Gracia... pero la pícara costumbre... aunque ahora lleve tocas la señorita, no me puedo olvidar de que la señorita es la nieta del señor marqués, que esté en gloria...

SOR GRACIA. — Aquí ya no soy nieta de nadie, Gabrielillo; soy Hija de la Caridad... y ya es bastante... *Con orgullo simpático. A Trajano, que está un poco aparte, en actitud majestuosamente indiferente.* Ya podías ayudar tú también.

SOR JULIANA. — ¡Qué nos va a ayudar ese, si es un renegado que se come a las monjas crudas!

TRAJANO. — *Muy digno.* ¡No soy renegado ni me como a nadie! ¡Soy republicano y ciudadano libre!

GABRIELILLO. — *Con mala intención, entre dientes.* Y masón...

TRAJANO. — *Volviéndose hacia él con empaque.* ¡Y masón! ¡Sí, señor; a mucha honra!

SOR JULIANA. — *Santiguándose, tontamente asustada.* ¡Jesús, Ave María, calle, calle!

TRAJANO. — *Volviéndose a ella, oratorio y solemne, satisfechísimo de haberla asustado, porque le tiene tirria.* Sí, señora, y del rito escocés, por más señas. *Con orgullo sinceramente cómico.* Lo mismo que el Emperador de Alemania, y que el Rey de Inglaterra; lo mismo que lo fué aquel Víctor Manuel

glorioso, que hizo el año sesenta la unidad de Italia.

SOR GRACIA. — *Con burla cariñosa.* ¡Naturalmente, hombre, naturalmente! ¿Cómo ibas a ser tú menos que el Kaiser?

TRAJANO. — *Volviéndose a Sor Gracia con galantería.* Lo mismo que su padre de usted...

SOR JULIANA. — *Llevándose las manos a la cabeza.* ¡Jesús!

TRAJANO. — *Volviéndose a Sor Juliana con arrogancia.* Sí, señora; su padre, Lorenzo Benavides, el ilustre tribuno, heredero directo de las glorias de aquel otro repúblico insigne, que se atrevió a decir a los negros de América: «¡Levantaos, esclavos, que tenéis Patria!»

SOR GRACIA. — *Con un poco de tristeza.* Bueno, cállate ya...

TRAJANO. — *Volviéndose a ella.* No se ponga usted triste por eso, señora... Su padre de usted, y otros como él, ¡no muchos!, son la única esperanza de España. Gracias a ellos se acabará la injusticia social: pobres y ricos nos uniremos en fraternal banquete.

SOR JULIANA. — *Con mala intención.* Con muchísimo vino...

TRAJANO. — *Volviéndose a ella como una víbora.* Con un poquito más del que nos dan ustedes, sí, señora. *Volviéndose a Sor Gracia con entusiasmo.* Se acabarán los privilegios, y las aristocracias y los conventos...

Se excita demasiado.

SOR GRACIA. — *Para calmarle, con gracejo y amor.* Naturalmente, hombre, naturalmente. Anda, no te sofoques, y recoge unas cuantas patatitas, que Dios te lo pagará.

TRAJANO. — *Bajándose a coger las patatas.* Las recojo porque usted me lo pide, siendo hija de quien es; pero... *Se congestiona un poco, entre el esfuerzo de bajarse al suelo y el de querer seguir hablando.* llegará día...

SOR GRACIA. — *Interrumpiéndole con cariño y buen humor.* ... En que entre tú y tu amigo el Emperador nos degolléis a todas... ya lo sabemos, hijo, ya lo sabemos... nos

degollaréis... y nos iremos al cielo derechitas... y tan contentas... y allí pediremos a Dios por ti, y entrarás en la gloria por nosotras, más que te pese, y con esas barbazas y esa calva que tienes, puede que te confundan con San Pedro. *Cogiendo las patatas que él le da.* Muchas gracias.

TRAJANO. — *Entre ahogos y toses.* Porque tarde o temprano... la revolución social... tiene que llegar...

Se deja caer sofocado en el banco y tose, ahogándose de asma.

SOR GRACIA. — *Acercándose a él compasiva y limpiándole el sudor de la cara.* Pero, hombre de Dios, la nieta de un marqués te limpia a ti las babas; ¿qué más revolución social quieres que llegue?

SOR JULIANA. — *Que ayudada por Gabrielillo está colocando en el cesto las últimas patatas.* ¡¡Sor Manuela!!

TRAJANO. — *Con temor de chiquillo, queriendo levantarse.* ¡La obispa!

Sor Gracia le sujeta en el banco, para que acabe de serenarse, poniéndole una mano en el hombro. SOR MANUELA baja majestuosamente la escalinata. Es una Hermana de la Caridad, de cincuenta años, con lentes, enérgica, activa, un poco áspera de palabra, pero con fondo de inmensa caridad.

SOR MANUELA. — *Acercándose al grupo.* ¿Qué hacen aquí?

SOR JULIANA. — Recoger este cesto de patatas que se nos ha caído.

SOR MANUELA. — ¿Por qué no lo ha traído el hortelano?

SOR GRACIA. — Como es domingo, tenía el hombre prisa para bajar al pueblo a bailar con la novia... y servidora le dijo que podíamos traerlo nosotras.

SOR MANUELA. — No lo vuelvan a hacer. Ya saben que no quiero que lleven las Hermanas cosas de tanto peso. Cada uno su obligación, y basta. ¡Ojalá cumpliéramos todos la nuestra como es debido!

SOR GRACIA. — *Humildemente.* Sí, señora.

SOR MANUELA. — Que lo lleven hasta la cocina estos dos, que no les vendrá mal un poco de ejercicio.

Trajano y Gabrielillo se disponen a coger el cesto. Sor Manuela da un paso para marcharse. Sor Gracia la detiene.

SOR GRACIA. — Sor Manuela...

SOR MANUELA. — ¿Qué quiere?

SOR GRACIA. — Pedirle un favor. Dé licencia a Trajano para ir un rato al pueblo, que es día de salida.

SOR MANUELA. — *Mirando a Trajano con intención, mientras él, ya con el cesto cogido, mira al suelo.* ¿Por qué no la pide él?

SOR GRACIA. — *Sonriendo y mirando a Trajano de reojo.* Porque... no se atreve.

SOR MANUELA. — *Con fingida severidad.* No se atreve, porque como la última vez que salió volvió a casa borracho...

TRAJANO. — *Protestando débilmente.* Señora, borracho no es palabra exacta...

SOR MANUELA. — *Mirándole con severidad.* Como una cuba, sí, señor. ¿No se acuerda que quería proclamar la República en el refectorio?

SOR GRACIA. — Pero hoy no se emborracha... respondo yo por él. ¿Verdad que si sales no pruebas el vino? *Trajano asiente con el gesto, besándose los dedos puestos en cruz.* ¡Mira que lo promete por ti la hija del tribuno! *Imitándole con solemnidad graciosa.*

SOR MANUELA. — *Después de pensarlo.* No me fío mucho... pero en fin... que salga si quiere... Lo que no me agrada es que vaya solo.

GABRIELILLO. — *Con viveza.* Si la señora Superiora no tiene inconveniente, un servidor le acompañará.

TRAJANO. — *Por lo bajo, pero con énfasis.* ¡Gorrón!

SOR MANUELA. — *Mirando a Gabrielillo.* Tampoco usted me inspira mucha confianza... pero vaya... salgan. Ya saben que hay que estar de vuelta antes de anochecer. *Mirando a Trajano, que tiembla ante la inspección.* Y usted me

hace el favor de adecentarse antes de salir, que es usted la vergüenza de la casa. *Trajano se mira de arriba a bajo, con cierta confusión incomprensiva.* ¿Cuánto tiempo hace que no se ha lavado esas barbas? ¡Fieras debe haber entre esa maleza! La culpa me la tengo yo, por no haberle mandado rapar como a los otros.

TRAJANO. — *Ofendido.* Señora, en estas barbas venerables nunca ha habido...

SOR MANUELA. — *Interrumpiéndole.* ¡Métalas en la tina y jabónelas bien! *Por el cesto.* Quiten esto de en medio.

Salen Gabrielillo y Trajano, llevándose el cesto.

TRAJANO. — *Entre dientes.* ¡Esta... mujer, antes de ser obispa, debe haber sido... inquisidor!

SOR GRACIA. — Gracias, Sor Manuela. Que Dios se lo pague.

SOR MANUELA. — Volverá como siempre, y usted tendrá la culpa. Con eso aprenderá a no ser tan blanda de corazón. *Sor Gracia baja los ojos.* Alégrese, que va a tener visita.

SOR GRACIA. — *Con un poco de sobresalto.* ¿Servidora?

SOR MANUELA. — Su familia ha telefoneado que viene esta tarde; ya estarán al llegar. Puede recibirlos en el jardín, si quiere.

SOR GRACIA. — Sí, señora. *Sor Manuela se aleja por la izquierda. — Sor Gracia se sienta en uno de los bancos, y quedándose un poco pensativa, suspira.* ¡Visita!

SOR JULIANA. — *Acercándose con oficiosidad.* ¿No le agrada que venga su familia?

SOR GRACIA. — Sí, me gusta, sí, *Con ilusión.* por verlos yo a ellos; *Con pena.* pero mi madre, como siempre, me dará un mal rato. *Sonriendo.* No quiere acostumbrarse a que yo esté aquí... *Con enfado de chiquilla.* ¡Ni ella, ni nadie! Dicen que es imposible que yo tenga vocación. *Con un poco de tristeza.* ¡Señor! ¿Por qué? Ya sé que no soy una santa; *Con sencillez.* pero Dios llama a quien le parece... *Con un poco*

de exaltación. Además, no hace falta que la llame a una Dios. *Con emoción.* ¡También puede ser una la que llame, y Dios el que responda! *Con humildad de chiquilla.* Por poco que una valga... *Mirando a Sor Juliana.* ¿No le parece? *Levantándose del banco y pasándose las manos por la cara, como para alejar la sombra de pasajera tristeza.* En fin... *Con buen humor.* Ya se convencerán si quieren, *Con chiquillería.* y si no se convencen, ¡peor para ellos!

SOR JULIANA. — *Que está como hipnotizada mirándola.* Claro...

SOR GRACIA. — *Reparando en la mirada de la otra monja.* ¿Qué me mira?

Se mira ella misma, como temiendo tener algo extraño.

SOR JULIANA. — Lo blanca que tiene la cara. *Acercándose con ansiedad y cogiéndole una mano.* ¿Qué se dan en el siglo para tener la piel tan fina?

SOR GRACIA. — *Retirando la mano.* Agua y jabón, lo mismo que aquí.

SOR JULIANA. — *Incrédula.* ¿Nada más?

SOR GRACIA. — *Un poco divertida por la curiosidad apasionada de la otra.* Por lo menos, yo nunca me he dado otra cosa.

SOR JULIANA. — *Cada vez más ansiosa.* Oiga: ¿es verdad que su abuelo era marqués?

SOR GRACIA. — *Sonriendo.* Verdad.

SOR JULIANA. — *Comiéndosela con los ojos.* ¿Y que su padre es de los que más mandan en el Congreso?

SOR GRACIA. — *Divertida.* Por lo menos de los que más ruido hacen.

SOR JULIANA. — Oiga... *Cada vez que dice «oiga» parece que se atraganta por el ansia de preguntar.* ¿y ha visto al Rey alguna vez?

SOR GRACIA. — ¡Muchísimas!

SOR JULIANA. — Pero... ¿de cerca?

SOR GRACIA. — ¡Digo! Y tan de cerca. Quince días antes de irme al Hospital a hacer la prueba, estuve bailando con él.

Sor Juliana. — *Con los ojos fuera de las órbitas.* ¡Bailando! . . .

Sor Gracia. — *Con naturalidad.* Un rigodón; en una fiesta que dieron las señoras de San Sebastián, a beneficio de unos náufragos.

Sor Juliana. — *Entre temor de preguntar algo que le parece pecaminoso y ansia de saberlo, por lo mismo.* ¿Y le gusta bailar?

Sor Gracia. — ¿A quién? ¿Al Rey?

Sor Juliana. — ¡No, a usted!

Sor Gracia. — ¡A mí! *Con entusiasmo sincero.* Cuando oigo al organillo que se para en la verja todas las mañanas, si supiera el trabajo que me cuesta no empezar a dar vueltas con una silla.

Sor Juliana. — *Escandalizándose de oficio.* ¡Jesús!, ¡no diga eso! *Después de una pausa, cada vez con más intensa curiosidad.* Y en ese... en ese baile... llevaría vestido de cola.

Sor Gracia. — *Riéndose.* No, porque no se estila.

Sor Juliana. — *Como quien se tira al agua.* ¿Pero... iría... escotada?

Sor Gracia. — *Con naturalidad graciosa.* Un poquillo. Hasta aquí nada más.

Señalando el escote.

Sor Juliana. — *Haciéndose cruces.* ¡Ay, divino Jesús, qué vergüenza! . . . Oiga. . . ¡y se pintaría!

Sor Gracia. — ¿Para qué?

Sor Juliana. — *Bajando los ojos con mojigatería.* Como dicen que todas las mundanas se pintan.

Sor Gracia. — Sí, todas las que tienen mal color.

Sor Juliana. — Oiga. . . y a los teatros. . . ¿iba?

Sor Gracia. — Claro está.

Sor Juliana. — *Con hipocresía, bajando los ojos.* Claro. . . estando en el siglo. . . es natural. . . hay que hacer lo que hacen. . . *Después de una pausa pregunta con temor, tan enorme le parece lo que va a preguntar.* Y. . . alguna vez. . . ¿ha leído novelas?

Sor Gracia. — *Ya un poco picada.* ¿Y usted?

SOR JULIANA. — *Escandalizada.* ¡¡Yo!! *Con remilgo.* Servidora, como es huérfana y se ha educado interna desde niña en el colegio de Hermanas, no ha tenido ocasión... *Remordiéndole la conciencia por la mentira que acaba de decir.* Es decir, una vez, hace ya mucho tiempo, leí una que la trajo escondida una interna y nos la prestó. *Con remilgo, en el cual hay un poco de delectación.* ¡Ay, Jesús, no me quiero acordar! La *Claudina en París* creo que se llamaba.

SOR GRACIA. — *Muy divertida.* ¡Ja, ja, ja, ja!

SOR JULIANA. — *Picada.* ¡Ay, Sor!, ¿de qué se ríe?, ¿no la ha leído?

SOR GRACIA. — *Sin dejar de reír.* ¡Ja, ja, ja! Esas precisamente no son las que acostumbramos a leer las niñas en el siglo. ¡Ja, ja, ja, ja!

SOR JULIANA. — *Ofendida.* ¡Ay, Sor, se pone una nerviosa oyéndola reír de esa manera!

Se dirige hacia la puerta del Asilo, y desaparece por ella muy digna.

SOR GRACIA — *Siguiéndola.* Sor, no se enfade, que no me río por ofenderla... Sor Juliana... escuche...

Pero Sor Juliana, sin hacer caso, ha desaparecido. Sor Gracia va a entrar también en el Asilo, pero se encuentra con TRAJANO y GABRIELILLO, que salen del brazo.

GABRIELILLO. — *Fino.* ¿Manda algo para el pueblo la más bonita de las Hermanas?

SOR GRACIA. — Nada, hombre; que te diviertas mucho y gastes poco.

GABRIELILLO. — ¡Je, je, je! Eso de gastar no reza conmigo. *Con malicia de gorrón.* Aquí el señor Trajano, que es capitalista.

TRAJANO. — *Que va de muy mal humor, por la compañía obligada.* Gastaré, si me da la piñonera gana, sí señor; pero gastaré para mi persona...

GABRIELILLO. — *Muy fino.* ¿Quién le pide a usted nada, hombre de Dios? *Suena la campana de la verja. Parándose con*

curiosidad, y obligando a Trajano a pararse. Llaman... Visita viene.

LORENZO. — *Dentro.* No se moleste, Hermana, que ya sabemos el camino.

SOR GRACIA. — *Con alegría contenida.* ¡Mi padre!

Entran LORENZO, MARÍA ISABEL y LULÚ. Sor Gracia, con arranque de cariño, que no intenta dominar, se cuelga al cuello de su padre, y después abraza a su madre y a su hermana.

SOR GRACIA. — *Abrazando a su padre con emoción.* ¡Ay, padre, padre, qué alegría! *Abrazando con menos efusión a su madre.* ¡Madre! *Besando a su hermana.* ¡Lulú!

TRAJANO. — *Mirando a Lorenzo.* ¡Lorenzo Benavides, el gran demófilo! *Acercándose a él, se quita el sombrero con majestad.* ¡Salud al tribuno!

Pasa majestuosamente.

LORENZO. — *Un poco sorprendido, quitándose también el sombrero y saludando con amabilidad.* Muy buenas tardes.

SOR GRACIA. — *A su madre.* ¡Qué sofocada vienes! *A su hermana.* Y tú también... Siéntate aquí, a la sombra...

MARÍA ISABEL. — *Sentándose y abanicándose.* Sí, hija, sí... qué calor, qué polvo, qué camino; siete veces creí que nos estrellaba el automóvil... Afán se necesita para venir a verte por esa carretera...

SOR GRACIA. — *Con gracejo cariñoso, sentándose al lado de su madre.* ¡Todo se lo merece el santo! *Con serenidad.* Y la alegría que me dais con venir.

MARÍA ISABEL. — *Con aspereza.* ¡Mucho te importa a ti que vengamos o no vengamos!

SOR GRACIA. — ¡No digas eso, madre!

MARÍA ISABEL. — ¡Madre, madre! ¡No me llames madre! ¡Llámame mamá, como cuando estabas en casa!

SOR GRACIA. — *Acariciándola.* ¡Sí, mamá, sí!

MARÍA ISABEL. — *Cogiéndole las manos.* ¡Ay, qué manos! ¿De qué tienes los dedos así?

En tono de riña.

SOR GRACIA. — *Con alegría.* ¡De pelar patatas!

MARÍA ISABEL. — Pelar patatas... ¿tú?

SOR GRACIA. — *Sonriendo.* Lo mismo que todas. La semana que estoy de cocina...

MARÍA ISABEL. — ¡Calla, calla, que no te quiero oir!

GABRIELILLO. — *Que ha dejado marchar a Trajano, y ha estado contemplando a la familia, se acerca a María Isabel con toda finura.* Con permiso, señorita María Isabel... Buenas tardes...

MARÍA ISABEL. — *Sin acabar de conocerle.* Buenas tardes.

SOR GRACIA. — ¿No le conoces? Es Gabrielillo.

GABRIELILLO. — Gabrielillo soy, señorita, el ayuda de cámara del difunto señor marqués, que esté en gloria. ¿No se acuerda de mí la señorita? Verdad que ya estoy viejo *Riéndose y mirándose de arriba a bajo.* y que esta librea de la santa pobreza que llevamos no es tan elegante como la del señor marqués, que esté en gloria... En fin, no quiero quejarme, que peor pudiéramos estar.

Mientras Gabrielillo habla con María Isabel y Lulú, Sor Gracia se aparta de ellas, y acercándose a su padre, que está paseando, le coge una mano, sin decir palabra, y sigue paseando con él, como si fuera una niña pequeña. El se estremece un poco, la mira con apasionado cariño, apretándole la mano con la suya, pero tampoco dice nada.

MARÍA ISABEL. — *A Gabrielillo.* ¡Digo! Vivís en un palacio, y tenéis un jardín que para sí quisieran muchos millonarios. ¡En lo que vienen a parar las cosas de este mundo! *Mirando en derredor.* ¡Asilo de pobres esta finca, en que tanto dinero derrochó la locura de un rico! ¡Aún me acuerdo del ruido que hacían las fiestas que se daban aquí, cuando yo era niña!

GABRIELILLO. — ¡Como que hasta en el púlpito se hablaba de ellas! *Con entusiasmo.* ¡El palacio del duque de Torreblanca! ¡La Babilonia moderna, como le llamó un señor arzobispo!

MARÍA ISABEL. — ¡Si hablaran estos árboles...!

GABRIELILLO. — *Muy complacido.* ¡Je, je, je! Algo tendrían que contar. ¡Je, je! Mire la señorita: *Señalando a la glorieta de bojes.* a ese cenador le llamaban la Gloria de Venus, y tenía una estatua... una estatua que había traído de Italia el señor duque... que era lo que se dice una señora estatua... ¡ya la señorita me entiende! ¡Je, je! Ahora, las Hermanas *Compasivo.* han puesto en su lugar a San Cayetano bendito, abogado de la Providencia. ¡Je, je! ¡Con los fantasmas que habrán quedado presos entre el ramaje, debe pasar el santo unas nochecitas! ¡Je, je, je, je! *Con admiración.* Aquí venía lo mejorcito de la Corte en hombres.

MARÍA ISABEL. — *Con rencor de mujer honrada.* Sí... y lo peorcito en mujeres.

GABRIELILLO. — *Muy divertido con sus recuerdos.* ¡Je, je, je! Dios los cría y ellos se juntan. ¡Je, je, je! Buenas eran, buenas... *Como si las estuviera viendo, y se le hiciera la boca agua.* ¡pero guapas! Ellas alegraron la casa, ellas deshicieron la casa. *Confidencial e importante.* Cuando se murió el señor duque — que puede que esté en gloria, ¡je, je!, porque dicen que los pecadillos de faldas no son cosa mayor allá arriba —, pues cuando se murió el señor duque en este palacio, que aquí vino a acabar, después de haber corrido tanto mundo, aún no había expirado y ya estaban las... prójimas de turno, *Confidencial.* que una era rubia y otra era morena, *Con embeleso.* ¡pero qué morena y qué rubia!, ¡je, je!... cargando en cestos y en baúles todo cuanto quedaba: ropas, cuadros, espejos, libros, estatuas chicas... ¡hasta la colcha que tenía el señor en la cama se llevaron!, una colcha de raso así de gordo, con figuras bordadas en colores, que dicen que tenía dos siglos de historia. ¡Je, je, je! Y con qué salero hicieron la mudanza las indinas. ¡El juicio final! Yo lo vi, yo, que vine a preguntar por el enfermo, de parte del señor marqués, que esté en gloria, y llegué cuando estaba agonizando. Por esa puerta *Señalando a la izquierda, donde se supone que está la puerta principal.*

entraba el carro de las Pompas fúnebres, y por *Señalando a la derecha, donde se supone que está la puerta de servicio.* aquella otra salía el camión que trajeron ellas, cargado hasta los topes; ¡je, je, je! ¡Si dejaron las paredes, fué por no mancharse las manos de yeso. ¡Je, je, je!

SOR GRACIA. — *Sin separarse de su padre.* Gabrielillo, que se te va a perder Trajano.

GABRIELILLO. — Tiene razón la señorita. Ea, no canso más, señorita Isabel, y dispense la señorita el atrevimiento.

MARÍA ISABEL. — No hay de qué, hombre. Me alegro de verte tan satisfecho.

SOR GRACIA. — *A su padre, casi con el gesto.* Dale algo.

GABRIELILLO. — *Saludando a Lorenzo.* Muy buenas tardes, don Lorenzo, y mandar.

LORENZO. — Anda con Dios, hombre.

Le da una moneda.

GABRIELILLO. — *Protestando y tomándola mientras protesta.* Don Lorenzo, ¡no faltaría más! De ninguna manera... ¡si aquí no carecemos de nada!... Vaya, tantas gracias. *Mira la moneda disimuladamente.* ¡Dos pesetas!... Tantísimas gracias...

SOR GRACIA. — Anda, anda ya.

GABRIELILLO. — *Sale, contemplando su moneda.* ¡Dos pesetas!

María Isabel se queda sentada en el banco, pensando en lo que ha oído. Lulú se levanta y se acerca a mirar por entre el ramaje de la glorieta. Sor Gracia, que sigue cogida de la mano de su padre, le mira con cariño.

SOR GRACIA. — ¡Qué callado estás, padre! Cuéntame algo.

LORENZO. — ¡Qué quieres que te cuente!

SOR GRACIA. — Cosas tuyas. ¿Qué haces?

LORENZO. — *Sonriendo.* Lo de siempre: trabajar mucho, soñar un poco, sentirme un poco viejo algunas veces...

SOR GRACIA. — ¿Viejo tú? ¿Desde cuándo?

LORENZO. — *Con la voz un poco empañada.* Desde que no entra un duende en mi despacho a revolverme todos los papeles. *Dominando la emoción.* Se la echa a usted de menos, señorita; se la echa a usted de menos...

SOR GRACIA. — *Con emoción repentina.* ¡No me lo digas, no me lo digas!

LORENZO. — *Sonriendo.* ¡No te apures, mujer! En cuanto esté decrépito del todo, echaré un memorial a las señoras de la Junta, y me vendré aquí de asilado, para que tú me cuides. *Ella le besa la mano, sin responder, saltándosele las lágrimas.* Lo esencial es que tú estés contenta.

SOR GRACIA. — *Sinceramente.* ¡Sí, padre, sí!

LORENZO. — *Mirándola muy fijo.* ¿De veras?

SOR GRACIA. — *Levantando la cara como una chiquilla, para que su padre la mire a los ojos y vea que no miente.* ¡Mírame! ¡De veras, de veras! Hoy más que contenta... porque has venido tú.

El padre no responde, pero le pone la mano en el hombro con cariño. María Isabel mira a su marido y a su hija con un poco de lástima envidiosa. Lulú, que ha entrado en la glorieta, da un grito.

LULÚ. — *Saliendo de la glorieta precipitadamente.* ¡Ay!

Todos se precipitan hacia ella.

MARÍA ISABEL. — ¿Qué? ¿Qué pasa?

LULÚ. — *Muy asustada, mirando hacia atrás, como si la persiguieran.* Ahí, entre las ramas... un hombre... un animal... no sé... Tiene unos ojos como ascuas... y gruñe...

SOR GRACIA. — ¡No te asustes... *Mirando entre el ramaje.* ¡Pobrecillo! Es Liborio. *Llamando con dulzura.* Ven acá, tú... ¿Qué haces entre las ramas? ¡Sal aquí, sal! *Saca de la mano a un negro decrépito, lamentable, acurrucado y tembloroso, y le lleva de la mano hasta el banco, hablando mientras anda.* Es el más desgraciado de todos, porque está medio loco... pero no hace daño. *María Isabel y Lulú le miran, una con horror, y otra con asco; don Lorenzo, con interés.* Mira, has asustado a esta señorita. ¡Saluda, hombre!

LIBORIO. — *Hosco.* Liborio no saluda... Liborio no saluda... porque nadie lo quiere... porque ésta no es su tierra...

SOR GRACIA. — Sí, hombre, sí.

LIBORIO — *Exaltándose.* ¡No es su tierra... su tierra se perdió... se perdió Cuba! *Volviéndose a Lorenzo.* ¿Verdad, señor, que Cuba se perdió? *Con dolor.* Liborio nació en Cuba... ya no hay Cuba... ¡ya no puede volver! *En voz baja y temblando. A Lorenzo.* ¿Es cierto, señor? *Con desvarío.* No, no... no se perdió... se la tragó la mar... ¿Dónde está la mar? *Buscando en derredor con ansiedad.* Tampoco hay mar... ¡aquí no hay mar! *Con cansancio.* No hay más que carretera... carretera... Liborio camina, camina... ¿Dónde está la mar? *Con inquietud, como si le persiguieran.* ¡No hay mar... no hay mar!... Hay Guardia civil... *Con terror.* ¡Y pegan!... *Temblando.* ¡Y hace mucho frío! ¡Aquí hace siempre frío! *Casi llorando.* ¡Liborio tiene frío!

SOR GRACIA. — *Cogiéndole por los hombros como para darle calor.* ¿Qué ha de hacer frío, criatura, qué ha de hacer frío? Tú estás soñando... Siéntate aquí... no tiembles. *Volviéndose a su padre, sin abandonar al negro.* Dame un cigarro, padre. *Don Lorenzo le da un cigarro puro.* Mira, Liborio. *Con voz ilusionada.* ¡Mira lo que nos da este caballero!

LIBORIO. — *Con alegría.* ¡Tabaco! ¡Un tabaco!

SOR GRACIA. — *Haciéndose cómplice de su alegría.* ¡Un tabaco!... ¡Y con sortija; mira, de tu tierra, de Cuba!

LIBORIO. — *Con ilusión.* Entonces... qué me dice... ¿no se perdió?

SOR GRACIA. — *Con énfasis.* ¡Qué se iba a perder! Anda, fúmatele, y verás cómo entras en calor con el humo.

LIBORIO. — *Como un niño.* Sí, sí...

SOR GRACIA. — Y luego vas a la cocina, y le dices a Sor Juliana que te he dicho yo que te dé una taza de café muy caliente...

LIBORIO. — *Con ilusión.* ¡¡Café!!

SOR GRACIA. — Sí, hombre, sí; café negro, como dices

tú... Anda, yo te acompaño hasta la puerta para que no te pierdas. *Volviéndose a los suyos.* En seguida vuelvo. *A Liborio, llevándole.* Vamos...

Sale con él, por la puertecilla que conduce a las cocinas.

MARÍA ISABEL — *Estremeciéndose.* ¡Ay, qué horror de hombre! ¡Cómo tiembla! ¡Da no sé qué mirarle!

LULÚ. — ¡Y echa una peste! No sé cómo mi hermana tiene valor para acercarse a él.

MARÍA ISABEL — *Excitada.* ¡Esta hija está loca! *A su marido.* Lorenzo, hay que llevársela de aquí, sea como sea.

SOR GRACIA vuelve a salir por la puertecilla y se acerca a los suyos.

SOR GRACIA. — *Hablando muy de prisa, aún excitada por la compasión que le produce el infeliz a quien acaba de consolar.* Mira, padre, me vas a mandar unos cuantos cigarros baratos... del estanco... y todas las sortijas que quites a los tuyos habanos, para que yo las ponga, y se los dé, y el pobre se figure...

MARÍA ISABEL. — *Interrumpiéndola con arranque.* ¡Lo que va a hacer tu padre, si tiene los dos dedos de sentido común que a ti te faltan, es cogerte de un brazo y llevarte a casa inmediatamente.

SOR GRACIA. — *Con sorpresa dolorosa.* ¡Madre!

MARÍA ISABEL. — *Excitada.* ¡Hija! Para capricho ya es bastante. Tres meses de Hospital, cuidando lacras y amortajando muertos; seis de noviciado, hecha una facha con aquella *toquilla*, que decís vosotras, y ahora esto... estos viejos repugnantes, ¡quién sabe si leprosos!... ¡No, hija, no! Ahora mismo te vienes con nosotros.

SOR GRACIA. — *Bajando los ojos con humildad, pero con acento firme.* No puede ser, madre.

MARÍA ISABEL. — ¿Por qué no puede ser?

SOR GRACIA. — *Con suavidad.* Tengo hechos mis votos.

MARÍA ISABEL. — *Con desprecio.* Sí, por un año.

SOR GRACIA. — *Con firmeza, pero sencillamente.* En mi corazón por toda la vida.

María Isabel. — ¡No digas simplezas!

Sor Gracia. — No son simplezas, madre.

María Isabel. — *Excitándose.* Son cursilerías, romanticismos de chiquilla mimada que siempre se ha salido con la suya. Ahora te ha dado por jugar al monjío, como antes te daba por jugar a los novios...

Sor Gracia. — ¡Madre!

María Isabel. — Pero, hija mía, eres menor de edad; tu padre tiene derecho sobre ti...

Sor Gracia. — *Con un poco de temblor en la voz.* Mi padre me ha dado su consentimiento...

María Isabel. — ¡No te lo ha dado! De sobra lo sabes. Te dejó marchar sin decir palabra, que no es lo mismo. Buen cuidado tuviste de salir de casa cuando no estaba él. ¿Por qué? Porque temías que no lo consintiera.

Sor Gracia. — *Bajando la voz.* ¡No fué por eso!

María Isabel. — *Con rencor envidioso.* ¡No fué por eso! ¡Ya! Sería porque no tenías valor para despedirte de él, ¿no? *Sor Gracia no dice nada.* ¡Responde!

Sor Gracia. — *Con firmeza emocionada, pero sin arrogancia.* ¡Sí!

María Isabel. — ¡Zalamerías no han faltado nunca. *Volviéndose a su marido.* Ahí tienes el mimo... la preferida, la alegría del padre, la que no le dejaba a sol ni a sombra, la que lloraba si el papaíto salía de casa sin decirle adiós, la que no se quería dormir si no entraba su padre a darle un beso, la que iba a ser báculo de su vejez... ¡Ahí tienes el báculo, ahí tienes la alegría que te da, lo que le importas, lo que le has importado nunca! ... Cría cuervos...

Sor Gracia. — *Temblando.* ¡Madre, no he cometido ningún crimen!

María Isabel. — *Con ira dolida.* ¡Tenga usted hijos para esto!

Lorenzo. — *Interviniendo con dulzura.* ¡María Isabel! ... los hijos no se tienen para nada.

MARÍA ISABEL. — *Sin comprender.* ¿Eh?

LORENZO. — Quiero decir que no son nuestra... propiedad.

MARÍA ISABEL. — *Con rebeldía.* ¡Ah, eso decís los hombres! Bien se conoce que no os cuesta sufrir el que vengan al mundo...

LORENZO. — *Con gravedad.* Nos cuesta sudar sangre el que vivan en él... Pero eso es lo de menos. Padres y madres, pocas veces lo somos por nuestra voluntad; ellos son nuestros hijos por nuestra culpa...

MARÍA ISABEL. — *Escandalizada.* ¿Culpa?

LORENZO. — *Sonriendo.* Por nuestra causa, al menos. *Con emoción.* Han sido parte de nuestra dicha; no tenemos derecho a interponernos entre ellos y la suya, cuando no la buscan por mal camino.

MARÍA ISABEL. — Pero, ¿tú crees que éste es el camino de su felicidad?

LORENZO. — Ella se hace la ilusión de que sí. Con eso basta.

SOR GRACIA. — *Con exaltación.* ¡No es ilusión, padre, no es ilusión!

MARÍA ISABEL. — ¡Una chiquilla criada con el mimo y el regalo con que he criado a ésta!

LORENZO. — Con tanto regalo como ella te criaste tú, María Isabel. *Con emoción.* Eras rica, eras noble, tenías los diez y nueve años que ella tiene ahora, estabas rodeada de todo lo que brilla y sonríe en el mundo, la vida te prometía tanto... y cuando me encontraste en tu camino, a mí, que entonces era... al menos eso te decían los tuyos... un petrolero, un desarrapado, a todo renunciaste, ¡por mí, que no era nadie!... y viniste a pasar a mi lado privaciones, persecución, angustias... ¿Te acuerdas, Isabel... te acuerdas del valor con que defendiste nuestro cariño? ¡Era nuestra ilusión de felicidad... tuya y mía, Isabel... y nuestro primer hijo nació en una guardilla!... Hace veinticinco años. ¿Se te ha olvidado ya? Yo todavía

no he acabado de agradecértelo. *Le besa la mano con cariño.* ¡No miente tu sangre en tu hija!...

MARÍA ISABEL. — *Luchando contra su emoción.* ¡Yo lo hice por amor! ¡Es muy distinto!

SOR GRACIA. — *Con cariño.* ¡Por amor es, madre!...

MARÍA ISABEL. — *Volviéndose a ella con nuevo mal humor.* Amor... ¿a quién? ¡A Dios! *Con ironía.* ¿Te figuras que eres una Santa Teresa?

SOR GRACIA. — *Dominándose.* No me figuro nada, madre. *Con humildad.* Ya sé que no soy nadie... *Con exaltación.* Para venir aquí no hace falta ser nadie... Aquí nadie es nadie... Aquí está recogido lo que sobra, lo que nadie quiere, lo que no puede ir a ninguna parte: los pobres, los enfermos, los desamparados. Para hacerles un poco de bien, ¿qué importa ser poco? ¿Qué importa valer poco? ¡Mejor es no ser nada, mejor no valer nada... Cuanto menos se vale, más cerca está uno de ellos!

MARÍA ISABEL. — Es que para hacer bien a los pobres, no necesitas estar aquí con ellos.

SOR GRACIA. — Sí, madre, sí.

MARÍA ISABEL. — No, hija; desde tu casa puedes dar limosna, tener caridad...

SOR GRACIA. — *Con exaltación, que ya no intenta dominar.* ¡Dar limosna! No... no... Dar un poco que sobra y quedarse con todo lo demás... ¡y vivir sin sentido, y gastar y reir, y divertirse, mientras tantos padecen, y no hacer nada, nada, nada, por ellos! Porque dar limosna no es nada... es decir, sí lo es... ¡pero, no, no!, ¿verdad? *A su padre.* Tú lo has dicho mil veces. ¡Hay que dar la vida!... ¡Toda la vida... hasta la última gota de sangre, hasta el latido último del corazón... para remediar los crímenes del mundo!... Porque la miseria es un crimen, porque el desamparo es un crimen, porque el pan es de todos y la tierra de Dios es de todos, y es un crimen que haya hijos de Dios sin pan y sin techo, y el que guarda es verdugo del que necesita, y el que cierra los ojos con indiferencia,

mientras otros se están muriendo de hambre, es cómplice en la muerte de su hermano... ¡Ay, padre, padre, cuando te oía hablar, si hubiera sido hombre para ser como tú, para hablar como tú donde me oyeran todos, para defender como tú a los caídos, para luchar por ellos, para hacer la ley... pero soy una pobre mujer... ignorante... no sé, no puedo, y aunque gritara, nadie me haría caso!... ¡No valgo nada, no soy nada en el mundo, no tengo más que mi alegría!, ¡quiero que sea para los que lloran!

LORENZO. — *Con emoción.* ¡Hija... hija mía!

SOR GRACIA. — Porque eso es lo que nadie piensa en darles, aunque les dé el pedazo de pan que necesitan: alegría, ilusión... reir con ellos, desvariar con ellos, para que siquiera un momento se figuren que esperan, que desean, que están aún en el mundo para algo, que son seres humanos, ¿verdad, padre?

LORENZO. — Verdad... Tienes razón... Es decir... no sé si la tienes; pero, creyendo lo que crees, haces bien en hacer lo que haces.

MARÍA ISABEL. — ¿Eso dices tú, que no crees en nada?

LORENZO. — Yo, no; pero ella sí.

MARÍA ISABEL.—*A Sor Gracia, con tristeza.* ¡En todos piensas, menos en nosotros!

SOR GRACIA. — *Con dulzura.* Porque no me necesitáis.

MARÍA ISABEL. — ¡Y pensar que cuando eras así *Señalando la altura de un niño de dos o tres años.* lloré tanto, creyendo que te me ibas a morir de difteria, y llevé un año hábito para que te salvases, y me corté el pelo, que tanto le gustaba a tu padre... y ahora... para esto... *Llora compadecida de sí misma, con llanto de mujer tonta.* ¡No sabe una nunca lo que le pide a Dios!

SOR GRACIA. — *Abrazándola y sonriendo, a pesar suyo.* Mamá, no digas eso, que todavía estoy en el mundo.

Lulú, que en cuanto empezó la discusión se ha apartado a otro banco más lejos, y se ha puesto a leer una cartita que

ha sacado del bolso, al ver que se ha calmado la tormenta guarda la carta y se acerca al grupo.

LULÚ. — *Acercándose.* ¿Qué? ¿Se acabó la riña? *A Sor Gracia.* ¡Ay, hija, a las madres no hay quien las entienda! ¡Contigo se disgusta porque quieres ser monja, y conmigo porque tengo novio. *Con superioridad pueril.* Verdad es que si las personas mayores no se distrajeran tomándose disgustos por cosas que no lo merecen, iban a estar las pobres muy aburridas.

MARÍA ISABEL. — *Con indignación.* ¿Qué dices?

LULÚ. — *Con desgarro de señorita un poco chula.* Nada; que cada edad tiene sus emociones. Los jóvenes a desesperarnos, porque los viejos no nos dejan hacer lo que nos da la gana, y los viejos a desatinarse, porque los jóvenes no queremos hacer lo que a ellos les parece. Con eso vamos todos pasando el rato.

MARÍA ISABEL. — *Escandalizada.* Pero, estas hijas, ¿de dónde han salido? *Volviéndose a su marido.* ¿Y tú escuchas esto con calma?

LULÚ. — Papá escucha siempre con calma al que tiene razón.

LORENZO. — *Con suavidad, poniendo una mano en el hombro de su hija.* Pero, aunque se tenga razón, es preciso decirla con un poquitillo más de suavidad.

Sale por la izquierda SOR MANUELA, y se acerca al grupo.

SOR GRACIA. — ¡La Superiora, madre!

SOR MANUELA. — Muy buenas tardes.

Mira a todos, y se da cuenta perfecta de la situación.

LORENZO. — Buenas tardes, señora.

Se advierte al actor que las Hermanas de la Caridad no dan la mano a hombre que no sea de su familia, aunque abrazan con toda naturalidad a sus padres y hermanos.

MARÍA ISABEL. — Buenas tardes.

Levantándose, aún no calmada del todo. Lulú saluda también, y la Superiora le hace una caricia discreta. Desde que entra Sor Manuela, va obscureciendo hasta el fin del acto.

SOR GRACIA. — *Presentando a la Superiora.* Mi madre, mi padre, mi hermana...

SOR MANUELA. — ¡Tanto gusto! ¡Vaya, vaya!... al fin se han decidido a venir... ¡No estará Sor Gracia poco satisfecha! Ella, que tanto deseo tenía de verles... Y nosotras también. Cinco semanas que lleva en esta casa, y estando tan cerca, no haber venido a hacerle una visita...

MARÍA ISABEL. — *Un poco agresiva.* Usted comprenderá que es poco agradable para unos padres venir a convencerse de que su hija se ha enterrado en vida, entre tanta tristeza...

SOR GRACIA. — ¡Mamá!

SOR MANUELA. — *Con un poco de ironía.* No tanto, no tanto. Aquí también tenemos nuestro poquito de alegría: cielo azul, aire libre, sol... ¿No oye qué contentos pían los pájaros antes de acostarse?

LULÚ. — ¡Sí que es hermoso este jardín!

SOR MANUELA. — *A Lulú.* ¿Qué? ¿No le entra deseo de seguir a su hermana, y veñirse también con nosotras?

MARÍA ISABEL. — *Vivamente.* ¡Ay, no, por el amor de Dios! Para locura basta con una: el único consuelo que nos queda es esperar que a esta otra se le pase y vuelva pronto a casa...

SOR MANUELA. — *Sonriendo.* Sí... todo es posible... Nosotras no hacemos votos perpetuos. Nuestro santo fundador tuvo en cuenta la flaqueza de la voluntad, y si a alguna le pesa la cadena, puede romperla cuando guste.

LORENZO. — *Sonriendo amablemente.* Sí, sí. Ustedes contraen con el Divino Esposo la unión ideal. Matrimonio con divorcio por voluntad de uno de los cónyuges.

SOR MANUELA. — *Sin enfadarse.* ¡Qué cosas dice! ¡Si viera qué pocas aprovechan la facilidad que tienen de marcharse!

LORENZO. — *Con broma amable.* ¡Naturalmente! La posibilidad del divorcio es la mejor garantía para la perpetuidad del matrimonio!

SOR MANUELA. — ¡Calle, calle! Pero, siéntense... hagan el favor...

MARÍA ISABEL. — Muchas gracias; ya nos retiramos: ustedes tendrán sus ocupaciones.

SOR MANUELA. — Es domingo, y hasta las cinco y media no llaman a comer. Además, Sor Gracia es hoy guardia y tiene que estar en el jardín hasta que vuelvan los asilados que han salido a paseo. Si gustan, pueden hacerle compañía un rato más.

MARÍA ISABEL. — No, no, gracias; nos vamos.

SOR MANUELA. — Vaya, pues salgan por aquí, y al pasar por la estufa les mandaré hacer un ramito. Sor Gracia nos ha dicho que su madre es muy aficionada a flores. Servidora también; es un vicio que traje del siglo, y que en más de veinte años no he sabido quitarme. Pasen, pasen...

Van delante la Superiora, Lorenzo y María Isabel; Sor Gracia y Lulú un poco detrás. Cuando van a desaparecer, SOR JULIANA asoma por la puertecilla de la cocina y mira con curiosidad. Lleva delantal de cocina sobre el hábito, y tiene en las manos una hogaza y un cuchillo, porque está partiendo sopas. Contempla con admiración a Lulú y María Isabel.

SOR JULIANA. — ¡Qué guapetonas son y qué sombreros llevan!

Suspira y vuelve a entrar en la cocina. La escena queda un momento sola. Ha habido una puesta de sol dorada y roja entre los árboles, y ahora va obscureciendo lentamente. Pasan por el fondo tres asilados, que se supone vuelven de la calle: uno pasa sin detenerse, apoyado en un bastón; otro se va sentando en todos los bancos que encuentra al paso, limpiándolos previamente con el pañuelo. El tercero se detiene a cada paso, y gesticula hablando consigo mismo, como si hablase con otra persona; primero discute acaloradamente y hasta se encoleriza; luego mira al supuesto adversario con lástima compasiva, y parece asentir irónicamente a lo que, sin duda, le está diciendo, como si diera la razón a un loco; por último se quita el sombrero y saluda muy bajo, como si quisiera dejarle pasar,

y cuando ya piensa que el otro ha vuelto la espalda, se ríe de él silenciosamente, poniéndose las dos manos en la cintura y mirando a lo lejos como si le viera alejarse. Luego hace un gesto, como si dijera: «¿Qué le vamos a hacer? ¡El infeliz no sabe lo que se pesca!», y sigue su camino complacidísimo, al considerar su propia superioridad. Pasa de prisa una Hermana de la Caridad, que lleva un ramo de flores en la mano; desaparece por la derecha, sin detenerse. Sale de la cocina LIBORIO, con su puro en la mano, muy feliz. Canta bajito un principio de guajira.

LIBORIO. — *Cantando bajito:*

«Es cubana la montaña que se divisa lejana.»

Suena la campana que llama a las Hermanas al refectorio.

LIBORIO. — *Escuchando el toque con atención.* ¡La campana!... A cenar las Hermanas... Hoy es domingo... comerán gallina... comerán jamón... *Condescendiente.* Que coman gallina... que coman jamón... son buenas... dan café... dan tabaco. *Besa el puro.* Sí, mi viejo, tabaco, morenito lindo, porque tuvo la suerte de nacer allá...

Pasa y desaparece por la izquierda. Suena dentro la bocina de un automóvil. Aparece SOR GRACIA, y mira de un lado para otro con inquietud.

SOR GRACIA. — *Mirando de un lado para otro.* Ya es casi de noche y no han vuelto esos dos. *Llamando.* ¡Trajano! ¡Gabrielillo!

Se oye dentro la voz de TRAJANO, que canta a voz en grito. A mitad de canción aparece ligeramente borracho, en gran fraternidad con GABRIELILLO, muy alegre también, a quien trae cogido por el hombro con ademán de soberana protección.

TRAJANO. — *Cantando solemnemente:*

«¡Suene la trompa intrépida!
¡Brille la espada democrática!
¡Corra la sangre aristocrática
por las calles sin cesar!»

SOR GRACIA. — *Precipitándose hacia él.* ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué cantas?

TRAJANO. — *Mirándola fijamente y sin conocerla del todo:*

«¡Empezando por el Trono
y acabando por el Clero...!»

GABRIELILLO. — *Con entusiasmo.* ¡Eso, eso! ¡Viva, viva la República federal! ¡Viva la niña!

SOR GRACIA. — ¡Pero, Trajano, Gabrielillo!

TRAJANO. — *Sin interrumpirse:*

«¡Que es el animal más fiero
que devora la Nación!»

SOR GRACIA. — Muy bonito, muy bien. Te has lucido, Trajano; te has lucido. ¿Así cumples la palabra que das a una señora? ¿Otra vez borracho?

TRAJANO. — *Muy grave.* ¿Yo?... ¿Borracho yo?... Vamos a ver... vamos a ver... Trajano, ¿estás borracho? ¡Responde la verdad! ¡Sí, señor! ¡Trajano Fernández está borracho... porque es un ciudadano libre! ¿Hay algo que objetar? ¿Eh? ¡Señora obispa! ¡Que venga ahora la obispa! ¡Que salga aquí, que salga la señora obispa! ¡Me bebo yo a la señora obispa a la salud de la serenísima República! ¡Eso es!

GABRIELILLO. — La señora República. ¡Je, je, je! *Muy fino, como si abriera la portezuela de un coche para que bajase una señora.* Pase, pase la serenísima señora República... Si la señora tiene la bondad de darme su tarjeta, pasaré aviso inmediatamente al señor administrador... que Dios guarde.

TRAJANO. — ¡Me bebo yo a la obispa! ¿No te parece a ti que me la bebo?

SOR GRACIA. — ¡Por Dios, Trajano!

TRAJANO. — *Mirándola solemnemente.* ¿Por Dios? ¡Mi Dios no es el Dios del Sinaí!... Eso es. *A Gabrielillo.* ¿Hay fraternidad o no hay fraternidad?

GABRIELILLO. — ¡Fraternidad!... ¡Je, je! *Repitiendo su pantomima.* Pase, pase la excelentísima señora Fraternidad... Si la excelentísima señora...

TRAJANO — *A voces.* ¿Hay fraternidad o no hay fraternidad?

SOR GRACIA. — *Tapándole la boca.* ¡Sí la hay, sí; pero calla, que luego me riñen a mí!

TRAJANO. — *Con indignación.* ¿A ti? ¡No lo consiento! *Con tono protector y solemne.* Si te riñen a ti, me pronuncio. *Gritando.* ¡Me pronuncio!

SOR GRACIA. — Sí, sí; pero pronúnciate un poco más bajo.

TRAJANO. — *Excitado.* ¡Digo que me pronuncio, porque me da la piñonera gana!

SOR GRACIA. — Anda, ven conmigo, y pon la cabeza al chorro de la bomba, a ver si te despejas con el agua y no se entera nadie de cómo has vuelto...

Le coge del brazo y quiere llevárselo.

TRAJANO. — ¿Agua? ¿Agua? ¡Eso, nunca! ¡Antes morir que consentir tiranos!

SOR GRACIA. — *Haciendo esfuerzos para no reírse.* ¡Ay, Señor!

Entra LIBORIO, llorando.

GABRIELILLO. — *A Liborio.* Pase, pase el ilustrísimo señor Archiduque. Si el señor Archiduque tiene la bondad de darme su tarjeta...

SOR GRACIA.—*Acudiendo a Liborio.* ¿Qué te pasa, hombre?

Trajano contempla a Liborio con curiosidad, y se va acercando a él poco a poco.

LIBORIO. — *Llorando.* Liborio tiene frío... Liborio tiene frío...

SOR GRACIA. — ¿Frío, con la tarde tan hermosa que hace? ¿No te has fumado el puro?

LIBORIO. — Liborio no fuma... Liborio no fuma; le pegan... le roban el tabaco...

SOR GRACIA. — ¿Te han robado el tabaco? ¿Quién?

TRAJANO. — ¡El fisco, señora, el piñonero fisco! *A Liborio.* No lo consientas... ¡Pronúnciate!

SOR GRACIA. — *A Trajano.* Tú, calla. ¿Quién ha sido?

LIBORIO. — Hombre blanco... peninsular... en la huerta.

SOR GRACIA. — ¿En la huerta? ¿El hortelano? ¡Pícaro hortelano! Ya le arreglaré yo... No te apures... no llores...

LIBORIO. — Liborio no fuma... Liborio no fuma...

Con aire de chiquillo a medio consolar.

SOR GRACIA. — ¡Ya fumarás; mañana te doy yo un puro así de grande!

Los tres viejos forman grupo junto a Sor Gracia: Liborio sentado en uno de los bancos y los otros dos en pie, mirando y oyendo con atención. Ella tiene cogida una de las manos de Liborio.

LIBORIO. — Aquí no hay tabaco... no hay tabaco...

SOR GRACIA. — ¡Bah! ¡Iremos a buscarle a tu tierra!

LIBORIO. — *Volviendo a su manía trágica.* Ésta no es su tierra... su tierra se perdió... se perdió Cuba, se perdió...

SOR GRACIA. — Se perdió, pero ya ha parecido.

LIBORIO. — *Con ansiedad.* ¿Dónde está?

SOR GRACIA. — *Mira en derredor, como buscando; luego, con inspiración súbita.* Allí... mira. *Señalando a la estrella de la tarde, que acaba de aparecer en el cielo.* Mírala.

LIBORIO. — ¿Dónde?

SOR GRACIA. — Allí... arriba. *Todos los viejos siguen con ansiedad sus gestos y miran al cielo.* La estrella, ¿no la ves qué bonita?... En el cielo... Tan sola. Mira cómo brilla... Esa... esa es tu tierra.

LIBORIO. — La estrella... la estrella. ¿Es Cuba?

SOR GRACIA. — Sí... esa... esa es. Tu tierra, ¿ves cómo ha parecido?... Vamos a ir a buscarla... tú y yo... los dos...

TRAJANO. — *Muy resuelto.* ¡Y yo también!

GABRIELILLO. — *Tímidamente.* ¡Y yo!

SOR GRACIA. — Todos... en una barca... navegando...

LIBORIO. — *Con escepticismo.* Ya no hay mar.

SOR GRACIA. — Ni falta que nos hace. Vamos en una barca por el aire... de noche... cuando salga la luna... todos juntos... Ven *Se levanta del banco.* Vamos...

TRAJANO. — ¡Eso es! Un, dos... Un, dos... ¡En marcha, en marcha! *Se pone a la cabeza de la comitiva y canta:*

«¡Suene la trompa intrépida!»

GABRIELILLO. — *Con susto.* ¡La obispa!

TRAJANO. — *Con susto.* ¿Eh? *Viendo a SOR MANUELA que se asoma a una de las ventanas, desconcertado, sin saber que hacer, mira de un lado para otro; luego se le ocurre una idea genial y rompe a cantar:*

«¡Corazón santo, tú reinarás!»

SOR MANUELA. — *Desde la ventana.* ¿Qué es eso? ¿Quién canta?

SOR GRACIA. —Trajano, que está aquí conmigo, Sor Manuela.

Silencio cómicamente angustiado de los viejos.

SOR MANUELA. — ¿Falta alguno?

SOR GRACIA. — No, señora; ya están todos de vuelta.

SOR MANUELA. — Pues adentro, adentro, no vayan a enfriarse con el relente.

SOR GRACIA. — Sí, señora.

Sor Manuela desaparece; los viejos respiran.

SOR GRACIA. — Vamos, vamos...

Pasa delante sosteniendo a Liborio. Los otros dos la siguen.

TRAJANO. — *Canta bajito y manda callar a Gabrielillo, como si fuera él quien cantase:*

«¡Corra la sangre aristocrática!
¡Chist! ¡Por las calles sin cesar!
¡Chist!

GABRIELILLO. — *Haciendo reverencias.* ¡La serenísima señora obispa está servida!

SOR GRACIA. — Vamos, vamos...

Entra por la puerta de la cocina con Liborio.

LIBORIO. — La estrella... la estrella... No se perdió...

TRAJANO. — *Cantando.*

«¡Empezando por el Trono ¡Chist!
y acabando por el Clero! ¡Chist!

Todo esto, hablando todos a un tiempo.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

PERSONAJES

Sor Gracia (29 años).
Margarita (20 íd.).
Candelas (25 íd.).
Quica (35 íd.).
Cecilia (18 íd.).
La Muda (17 años).
Sor Cristina (45 íd.).
Sor Feliciana (60 íd.).
Enrique (38 íd.).

Patio grande, que sirve como lugar de esparcimiento a las mujeres acogidas en una Casa de Maternidad. El edificio en que la Casa de Maternidad e Inclusa están instaladas, es un antiguo caserón solariego, en una provincia del Norte de Castilla; por eso el patio tiene algo de claustro, corredor cubierto, galería alta, grandes puertas en el corredor, que conducen a los dormitorios, refectorios, etc. El centro del patio, que sin duda un tiempo fué jardín, forma ahora una especie de maleza de arbustos: lilas, celindas, espinos, etc., y algunos árboles; un castaño, por ejemplo, o un nogal. A un lado hay un pozo con polea y cubas, y junto al pozo una pila de piedra antigua que sirve para lavar. Es primavera, y algunos de los arbustos están en flor; sobre las ramas hay tendidas algunas prendas de ropita de niño recién nacido y algunos delantales y pañuelos.

Al levantarse el telón están en escena CANDELAS, CECILIA y LA MUDA. Candelas es una mujer joven, morena, con patillas, con magníficos ojos entre negros y verdes, alta, viva, lenta de movimientos, como una serpiente. Va pobremente vestida con falda de percal de mucho vuelo, blusa y toquilla de estambre cruzada sobre el pecho y atada a la cintura. Tiene la voz destemplada; se ha puesto una flor en el moño: está con los brazos remangados, muy morenos, lavando unos pañuelos en la pila, y canta mientras lava.

CANDELAS. — *Cantando, mientras lava, con su voz ronca.* ¡Ay!

«Yo le pregunté a un Debé
que de qué mal moriría;
y el Debé me respondió
del amor que te tenía.»

¡Aaaay!

CECILIA. — *Dejando caer la media que está haciendo, con desaliento y cansancio.* ¡Ay!

CANDELAS. — ¿Ya estás tú suspirando?

CECILIA. — *Con tristeza malhumorada.* ¡No, que voy a cantar!

CANDELAS. — *Con filosofía.* Er que canta, sus penas espanta.

CECILIA. — Según qué penas sean.

CANDELAS. — *Con burla.* ¡Ay, mi madre! Según qué penas sean. ¿Cuálas son las tuyas? Que has querío a un hombre, que has tenío un chico; ¡pa eso eres mujer! ¿Que él te ha desamparao? La caridad te ampara. ¿Que tiés vergüenza? No sería tanta cuando la perdiste. Niña: a lo hecho, pecho; ya no tié remedio: aguantarse. Además, que las cosas que suceden es porque tien que suceder, y ¿qué va a remediar nadie con afligirse? Dende que la echa a una su madre ar mundo, tiene una ya contaos toitos los pasos que ha de dar en er mundo hasta que se muera.

Sigue lavando con encarnizamiento.

CECILIA. — *Como si hablase para sí.* ¡Si yo hubiera sabido antes en lo que iba a parar todo aquéllo!

CANDELAS. — To se sabe, niña; to se sabe si se quié saber; que a nadie le sucede na que no le haya sucedío antes a otro. Er mundo es un camino reá, con unas cuantas ventas. En una o en otra te tien que robar; y que sea en ésta, que sea en aquéya, siempre han robao a otros antes que a ti. Lo que hay es que cuando se le pone a una

en er moño el echarse ar camino, no se quié acordar del escarmiento ajeno. *Lava con más furia, y canta.* ¡Ay!

«Yo le pregunté a un Debé
que de qué mal moriría...»

Entra SOR CRISTINA, Hermana de la Caridad, de cuarenta y cinco años. Es la Superiora de la Inclusa y Casa de Maternidad. Simpática, muy señora, con dignidad sencilla y maternal, sin afectación de ninguna clase. Considera a las mujeres que están a su cargo como cosa irremediablemente perdida, pero les tiene compasión de mujer que conoce la vida. Sale de una de las puertas del patio, sobre la cual hay escrita en letras negras latinas la palabra «Lactancia», la cual abre y cierra con el llavín «pasa por todo», que lleva colgado a la cintura con el rosario. Atraviesa el patio despacio, enterándose de todo con la mirada, recogiendo al pasar un gorrito de niño que se ha caído al suelo y volviéndole a colocar en una rama; se acerca al grupo de mujeres. Candelas, al verla, deja de lavar y se seca las manos con el delantal; Cecilia recoge la media del suelo, y se pone en pie; la Muda no se mueve.

CECILIA. — *Levantándose.* La Superiora viene.

SOR CRISTINA. — *Se acerca a la Muda, y poniéndole la mano en la cabeza, le dice con cariño.* Buenos días, mujer. ¿Tomando el sol? ¿Muy valiente estás hoy?

LA MUDA. — *Apretando al chiquillo contra el pecho.* ¡Au! ¡Au!

SOR CRISTINA. — Si no te le quito: no le aprietes así, que le vas a ahogar. Si... es tuyo, tuyo nada más, no tengas miedo...; pero déjame verle la cara. Guapo chico. *Le acaricia.* ¿Y el tuyo?

A Cecilia.

CECILIA. — *Bajando la cabeza.* Está dormido.

SOR CRISTINA. — *Inclinándose a verle, mientras Cecilia le saca de la banasta.* A ver si se asfixia con tanto trapajo. ¡Ay, Señor! Trae acá. *Coge al chico y le quita el mantón de la cabeza.* Ni para envolver a una criatura tenéis arte. ¡Angel de Dios! Así; que le dé el aire en la cabeza, a ver si cría un poco más de seso que su madre. *Devolviéndole el chico,*

después de arreglarle un poco la ropa. Toma. *Cecilia lo vuelve a la banasta.* ¿A la canasta otra vez? ¿No se te mueve el alma a pasearle un poco, a coserle la ropa, a lavarle la cara? ¿Qué has estado haciendo toda la mañana, ahí tirada en el suelo como un fardo?

CECILIA. — Ya ve usted: llorar.

SOR CRISTINA. — ¿Llorar? Antes, antes.

CANDELAS. — Eso le digo yo...

SOR CRISTINA — *A Candelas.* A ti también te tengo que reñir.

CANDELAS — *Con humildad.* Ríñame usted, señora...

SOR CRISTINA. — *Interrumpiéndola.* ...Que por un oído me entra y por otro me sale.

CANDELAS. — *Sinceramente.* No, señora. ¡Si he hecho algo malo, por éstas que habrá sío sin queré!

SOR CRISTINA. — Sin querer te encaramaste anoche a la reja del dormitorio, y empezaste a llamar a voces, ¡y qué voces!, a unos hombrazos que pasaban por la carretera, ¿verdad?

CANDELAS. — Eran arrieros de mi pueblo.

SOR CRISTINA. — ¡Ya! ¿Y te corría mucha prisa que en tu pueblo supieran que estás en una Casa de Maternidad?

CANDELAS. — *Muy convencida.* ¡Eso no es deshonra!

SOR CRISTINA. — No; es un honor muy grande.

CANDELAS. — *Con apasionamiento.* La Maternidad no es ningún presidio; que no me ha traído la Guardia civil por robar ni matar, ni hacerle mal a nadie. He venío yo por mi voluntad, porque he tenío la desgracia de querer a un hombre más de lo que él se merece, y de no habé nacío duquesa o infanta de España pa que hubiera venío mi hijo al mundo en pañales de oro.

SOR CRISTINA. — Bueno, bueno, mujer; no te sofoques. ¡Déjalo ya!

Va a pasar.

CANDELAS. — *Deteniéndola.* ¡Sor Cristina!

SOR CRISTINA. — *Deteniéndose.* ¿Qué te ocurre?

CANDELAS. — *Con ansiedad.* ¿Cuándo me echan ustedes a la calle?

SOR CRISTINA. — Dentro de cuatro meses, ¿no lo sabes?

CANDELAS. — *Sombriamente.* ¡Ya llevo aquí dos!

SOR CRISTINA. — *Con calma.* Eso es: dos que llevas y cuatro que te faltan, los seis que tienes obligación de estar.

CANDELAS. — *Protestando sordamente.* ¡Obligación!

SOR CRISTINA. — *Muy seria.* Obligación, sí, señora. La Beneficencia os recoge, os mantiene, os da asistencia, médico, todo lo necesario; en cambio exige de vosotras que le criéis un niño; ya se te advirtió cuando entraste.

CANDELAS. — ¡Pero si el mío se me ha muerto!

SOR CRISTINA. — Por eso tienes que criar otro. *Con suavidad.* A un pobrecito expósito... Tú no tienes hijo... él no tiene madre... la caridad os junta. ¿No te gusta hacer una buena obra?

CANDELAS. — ¡Lobas, más que lobas! ¡Echar a un hijo al torno, lo mismo que si fuera un perro! ¡Si me yega a vivir a mí er mío! ¡Madre de Dios, si me yega a vivir a mí er mío!, no iba yo a haber salío por ese portón con la frente poco alta, yevándolo a él en brazos!

CECILIA. — *Con mala idea.* ¡Eso se hubiera visto!

CANDELAS. — *Como una furia.* ¡Que se hubiera visto! ¡Hasta buena soy yo capaz de volverme, si mi hijo me vive! *Con apasionamiento.* ¡Déjeme usted marchar, Sor Cristina; dejéme usté salir de aquí, por lo que más quiera usté en er mundo! ¡Mire usté, me yevo conmigo al que estoy criando, pa quererle como si fuera er mío!

SOR CRISTINA. — ¡Y mañana me le vuelves a dejar en el torno, y a correr a tus anchas, libre y feliz! No, hija, no; yo ya soy perro viejo, y os conozco a todas más de lo que quisiera. Te estás aquí tus cuatro mesecitos, que serán los

únicos de tu vida en que vivas como Dios manda. ¿Qué es eso?

Por una de las puertas ha entrado, abriendo y cerrando con el llavín, SOR FELICIANA, monja vieja. Viene con ella QUICA, mujer del pueblo de Castilla, fea, sucia y desgreñada. Trae mantón negro de pico y pañuelo de algodón a la cabeza, medio caído.

SOR FELICIANA. — *Acercándose a Sor Cristina.* Aquí tiene usted una huéspeda nueva. *A Quica, que se ha quedado atrás, con fingida vergüenza.* Acércate, mujer, no te dé reparo, que ya debes estar acostumbrada.

QUICA. — *Acercándose con fingida vergüenza.* Buenos días tenga usted, Sor Cristina.

SOR CRISTINA. — *Mirándola y reconociéndola.* ¿Tú?... ¿Quica?... ¿Tú?

SOR FELICIANA. — *Con sorna.* Sí, señora; la misma que viste y calza. Hacía mucho tiempo que no teníamos el gusto de verla, ¿verdad?

SOR CRISTINA. — *Con enfado,* ¿Pero otra vez aquí? ¡Y van tres! ¡Y todavía no hace un año que saliste!

QUICA. — *Sonriendo con la cabeza baja.* ¿Qué culpa tiene una de que a los críos, condenaos, les corra tanta prisa de venir a este mundo? ¡Lo que es una, maldito si los llama: lo puede usted creer!

SOR CRISTINA. — ¡Calla! ¡Calla! ¡No tenéis vergüenza!

QUICA. — Un mal paso, cualquiera le da.

SOR CRISTINA. — Uno, sí; ¡pero tres!... Y con los añazos que tienes, que ya debes saber dónde te aprieta el zapato...

SOR FELICIANA. — *Al marcharse, con sorna de buena fe.* Y con esa cara y ese palmito, que da gloria mirarte.

QUICA. — *Muy convencida.* Nunca falta un roto para un descosido.

SOR CRISTINA. — ¿Te ha visto ya el médico?

QUICA. — Sí, señora; Sor Feliciana tiene la papeleta.

SOR CRISTINA. — Pues anda a lavarte esa cara y a

atusarte esas greñas, que por lo visto la mala vida no da ni para peines.

QUICA. — *Con zalamería, queriendo besarle el Cristo del Rosario.* Sor Cristina...

SOR CRISTINA. — Ya sabes el camino. No quiero ni verte.

QUICA. — ¡No se enfade usté, Sor Cristina, que después de todo, es una la que sale perdiendo!

SOR CRISTINA. — Sí, hija, sí; sois tan brutas que os ganáis el infierno con trabajo. *A Candelas, al marcharse.* Y tú no te estés ahí lavando las horas muertas, que nadie te lo manda; luego, si coges un enfriamiento, nosotras te tenemos que cuidar.

CANDELAS. — ¡Es que a mí no me gusta que me den de limosna el pan que como!

SOR CRISTINA. — *Sonriendo.* ¡Miren dónde fué a refugiarse la delicadeza!

CANDELAS. — *Un poco hosca.* ¡Cada una tiene su dignidá!

SOR CRISTINA. — *Con bondad y compasión.* No te ofendas, mujer. Los que te dan el pan que aquí se come, tienen obligación de dártele, aunque no lo merezcas. *A Cecilia.* ¡Atiende a ese chico, alma de cántaro; atiende a ese chico, que cualquiera diría que no es tuyo!

Atraviesa el patio y sale, cerrando la puerta.

CANDELAS. — *Viéndola cerrar.* ¡Así, yave y más yave para que una no se escape! ¡Ay, Madre de Dios, si tuviera una alas, aunque fueran de buitre!

CECILIA. — ¡Siempre que la ve a una la tiene que reñir!

QUICA. — *Que ha dejado su expresión de vergüenza fingida, y está muy satisfecha.* Riñe; pero por dentro se hace cargo: que antes de ponerse las tocas ha sido mujer como las demás, y sabe lo que es el mundo; no como las otras, que de todo se asustan. *Confidencialmente a Candelas.* Esta es viuda. Dicen que quería a su hombre más que a las niñas de sus ojos... y él a ella... como que en cuanto que se le

murió se metió monja pa no querer a otro en jamás de la vida, y eso que no tenía más que veinticinco años.

Candelas. — ¡Hizo bien! *Con apasionamiento.* ¡En faltándole a una el hombre que una quiere, too el mundo le sobra!

Quica. — Eso va en gustos. ¿Es la primera vez que viene usted aquí?

Candelas. — ¡La primera y la última! ¡Por éstas!

Quica. — Pues no se pasa mal. Primero y principal, no le cuesta a usté un céntimo. Tiene usté buen médico, tiene usté las Hermanas, que aunque para ellas es usté lo peor de este mundo, por el aquel de la caridad la cuidan a usté lo mismo que si fuera usté una reina; en cuanto que se mete usté en la cama, matan una gallina para usté na más; tiene usté su caldo, su copa de Jerez, su chocolate con bizcochos; se pasa usté medio año descansada, sin más obligación que darle el pecho al chico, y encima, si se quiere usté quedar otro medio para criar a otro, le pagan a usté de ama cuatro duros al mes. A ver qué más va usté a pedir. Yo he criado ya siete, entre míos y ajenos, y he vivido cuatro años y medio de balde, y le he sacao a la Diputación más de mil pesetas.

Candelas. — ¡Ni por un millón volvía yo a esta casa! Antes quiero morirme en mitad de un camino, como un perro, de frío, de miseria, ¡pero libre! *Con apasionamiento.* ¡Seis meses! ¡Yo aquí amarrá seis meses con cadenas, y er con toa la tierra por delante, pa hacer lo que le dé la realísima gana, pa olvidarse de mí si a mano viene...

Quica. — *Con malicia.* Él es el...

Candelas. — El padre de mi hijo, sí, señora.

Quica. — Pues no se apure usté, que si cuando usté salga él se ha olvidao, otro habrá que se acuerde; hombres es lo que está más de sobra en el mundo.

Candelas. — ¡Pa mí no hay más que uno!

Quica. — Bien mirao, pué que tenga usté razón,

porque tos son iguales. *Volviéndose a Cecilia.* ¿No verdad?

CECILIA. — *Rompiendo a hablar y excitándose poco a poco.* ¡Yo no he tratao de cerca más que a uno, y bien perro es! Ahí está su hijo, *Señalando a la banasta.* que hijo suyo es, aunque diga que no la hiena de su madre, en una banasta, envuelto en cuatro trapos, lo mismo que un gato recién nacido, ¡y él arrastrando coche! Cinco duros *Con rencor.* me dió, cuando me echó la vieja de su casa... ¡Cinco duros, y tiene los billetes de Banco por arrobas!... ¡Hay que ver cómo entré yo a servir en su casa y cómo he salido, y encima tié valor de decir la muy perra que le he echao yo a perder a su hijo!... ¡Porque es menor de edad!... ¡Menor de edad!... ¡Ya sabe lo que quiere el muy canalla! ¡Menor de edad ¡También yo, que entoavía no he cumplido los diez y ocho años! ¡Por supuesto, que lo que yo tenía que haber hecho, en lugar de venirme aquí como una pánfila, es haberles armao un escándalo y haberles llevao a presidio a él y a su madre; que ella de sobra que sabía lo que estaba pasando, y mientras no hubo crío de por medio, bien contenta que estaba de que el niño tuviera la distracción dentro de casa, que con eso no pensaba en casarse, y el día que se case se lleva la mitad del dinero, y eso no la conviene! ¡Mardito sea el hijo, y la madre, y el nieto, y yo que me fié de lo que él me decía pa conseguir su gusto, que él mandaba en lo suyo, y que todo tenía que ser pa mí! ¡Pa mí! ¡Poco satisfecho que está de que su madre me haya echao a la calle, pa quitarse de encima el compromiso! ¡Hay que ver, cinco duros!... ¡Cinco duros pa toa la vida y un chico a cuestas, que si le dejo aquí soy una mala madre, y si le saco y me lo llevo, una mala mujer a toas partes donde vaya con él!

QUICA. — Pues mándeselo usté a su abuela por paquete postal.

CANDELAS. — *Sordamente.* ¡Si me viviera el mío!

CECILIA. — *Con amargura.* ¡Cinco duros!

QUICA. — *Con sorna.* ¡Si es dinero lo que iba usté buscando, sí que ha hecho usté un negocio redondo!

CECILIA. — *Con rebeldía.* ¡Y las hay que les sacan hasta automóvil!

QUICA. — *Con filosofía, y muy convencida.* Pa eso es usté muy joven. La primera vez ninguna suele sacar na en limpio, *Señalando al chiquillo que está en la banasta.* como no sea eso que ha sacao usté. *Da media vuelta.* Vaya, me voy a mi departamento, no vuelva Sor Cristina y se enfade.

Al echar a andar tropieza con la Muda.

LA MUDA. — *Queriendo defender al chiquillo.* ¡Au! ¡Au!

QUICA. — *Un poco asustada, porque antes no había visto a la Muda.* ¡Jesús! *Rehaciéndose rápidamente.* Usté perdone, que no la había visto. *Con descaro.* También tiene usté alma de estarnos oyendo hablar a todas, y no decir esta boca es mía.

La Muda la mira con recelo.

CANDELAS. — Es muda.

QUICA. — ¿Muda? *Con cinismo.* ¡Y luego dicen que se pierde una por la conversación! ¡Mire qué poca falta le ha hecho a ésta el hablar pa perderse! *Con filosofía fatalista.* ¡Si cuando está de Dios, hasta por señas! *Acercándose a la Muda y haciéndole señas expresivas al mismo tiempo que habla.* ¿Qué? ¿Era buen mozo el padre de la criatura?

CANDELAS. — No se canse usté, que no entiende ni por palabra, ni por señas, ni por escrito, ni en español, ni en francés, ni de modo ninguno, que de todo han probao; ya usted ve, una de las Hermanas, que ha estao en un Colegio de sordomudos, le preguntó por gestos, en er lenguaje de eyos, que de dónde venía y cómo se yamaba, y como si tal cosa, ¡ni esto! El administrador dice que es idiota; pero el médico dice que no, que es un misterio, y que tiene que haber nacío en otras tierras, no sé dónde, en un país muy lejos, donde dicen que sale el sol a media noche.

QUICA. — *Mirando a la Muda con un poco de temor.* ¿Y cómo ha venido a parar aquí?

CANDELAS. — Tampoco se sabe; una mañana, va para dos meses, al abrir el portón de la caye, se la encontraron tirá en el santo suelo, desmayá y medio muerta de frío y de hambre; la entraron adentro, y sin volver en sí dió a luz al chico, y ha estao a la muerte más de tres semanas, y ahora, ahi la tié usted, siempre mirando a la criatura, como si no entendiera de dónde ha salío, y en cuanto que se acerca alguien a eya, empieza a gritar como una loba, porque se figura que se lo quien robar.

Quica da instintivamente dos pasos hacia la Muda, mirando con curiosidad al chiquillo, y la Muda, efectivamente, grita muy asustada.

LA MUDA. — ¡Au! ¡Au!

CANDELAS. — ¡No lo dije!

QUICA. — *A la Muda.* ¡No te asustes, mujer, que nadie quié llevarse alhajas con dientes!

La Muda las mira con intenso recelo, apretando cada vez más al niño.

CANDELAS. — *Con envidia.* ¡Y es bonito er crío! Más blanco que la leche, y con una pelusa color de maíz, lo mismito que el pelo de su madre. También el mío tenía el pelo rubio, que no sé de dónde le vendría, porque si yo soy negra, lo que es su padre... *Se limpia los ojos bruscamente con el brazo, y acercándose otra vez a la pila, vuelve a meter las manos en el agua.* ¡Ea! *Con entonación brusca, como si quisiera sacudirse la pena, canta por no llorar:*

«Valientemente, serrana,
te perdiste y me perdiste.»

Entra SOR GRACIA por la derecha. Vienen con ella dos mujeres, también pobremente vestidas, que traen un gran cesto de ropa lavada y sin planchar, como recién cogida del secadero; se detienen al entrar en el patio, dejando el cesto en el suelo.

SOR GRACIA. — *Señalando la ropa que hay tendida en las*

matas. Recoged también todo eso y llevadlo en seguida al planchador, que tiene que quedar listo esta tarde.

Las mujeres recogen la ropa en silencio, y cuando han terminado, cruzan el patio y vuelven a salir sin hablar, llevándose el cesto. Sor Gracia tiene en este acto veintinueve años, está pálida y visiblemente cansada, pero procura ocultar su cansancio con una sonrisa. Lleva ya rosario de profesa.

SOR GRACIA. — *Después que las mujeres se han marchado cruza el patio y se acerca al grupo que forman la Muda y sus compañeras. Suspira en voz baja.* ¡Ay, Jesús mío!

Se acerca a uno de los postes del patio, y apoyándose en él, cierra los ojos medio desvanecida.

CANDELAS. — *Acercándose a ella con solicitud.* ¿Se ha puesto usté mala? ¿Qué le pasa a usté?

SOR GRACIA. — *Rehaciéndose rápidamente y sonriendo.* Nada, nada, mujer; no te asustes.

CANDELAS. — *Sosteniéndola.* ¡Apóyese usté en mí! *A Cecilia.* ¡Tú, busca una silla! *Cecilia sale y no vuelve.* ¿Quiere usté un poco de agua? *Quica coge la silla de la Muda, que se ha levantado, y la acerca.* ¡Siéntese usté!

SOR GRACIA. — *Queriendo apartarse.* Pero si te digo que no me pasa nada. Deja... deja...

CANDELAS. — *Insistiendo.* ¡Siéntese usté... hagasté el favor!

SOR GRACIA. — *Sonriendo condescendiente.* ¡Vaya!...

Se sienta. En cuanto la ve sentada, Candelas sale precipitadamente por la derecha.

QUICA. — *Acercándose.* Pero, ¿qué le ha pasao a usté, Sor Gracia?

SOR GRACIA. — *Reconociéndola y sin asombro.* ¿Ya estás tú aquí otra vez?

QUICA — *Muy satisfecha.* Otra vez, sí, señora.

SOR GRACIA. — ¿No decías, cuando te marchaste, que en tu vida volvías a mirar a un hombre?

QUICA. — *Con un poco de rubor.* ¿Qué quiere usté? Horas tontas que tiene una.

SOR GRACIA. — ¡Todo sea por Dios!

La Muda, que se ha acercado lentamente, se arrodilla delante de Sor Gracia, le deja el chiquillo en la falda y se queda mirándola y sonriendo.

QUICA. — ¡Misté qué regalo le hace a uste la Muda!

SOR GRACIA. — *Sonriendo a la Muda.* Gracias, mujer.

QUICA. — *A la Muda, con palabras y gestos.* Esta no te da miedo, ¿eh?

La Muda mira a Quica, y luego a Sor Gracia, y sonríe con expresión de confianza y cariño.

CANDELAS. — *Entrando con ENRIQUE, y deteniéndose en el fondo.* ¡Mistelá, mistelá, qué preciosa, con er niño en la farda! ¿No parece talmente la Santísima Virgen del Carmen? *Adelantándose muy satisfecha.* Aquí está el médico.

El médico, Enrique, es hombre de unos treinta y cinco años, simpático, de muy buena figura, sencillamente vestido con traje de americana obscuro.

SOR GRACIA. — *Levantándose precipitadamente al ver entrar al médico.* Pero... ¡Jesús! *Con enfado, a Candelas.* ¡Pero tú estás loca! ¿Quién te manda?

CANDELAS. — *Humildemente.* ¡Señó... pa las ocasiones son los remedios! Se pone usté mala; sabemos que er médico está ahí junto, ¿por qué no le habemos de yamar?

SOR GRACIA. — *A la Muda, dándole el niño.* Toma...

ENRIQUE. — *Con solicitud.* Pero, ¿de veras se ha puesto usted enferma?

SOR GRACIA. — No, señor. Cosas de ésta.

CANDELAS. — *Con zalamería.* Digasté que sí, don Enrique; digasté que sí: que de pronto recostó la cabeza asín, y cerró asín los ojos, y se queó más blanca que er papé, que si no acudo yo a sostenerla se cae redonda ar suelo.

ENRIQUE. — *Acercándose.* Vamos a ver... vamos a ver... ¿Qué ha sido eso?

SOR GRACIA. — *Con naturalidad.* ¡Por Dios, no haga usted caso! ¿Qué va a ser? Que he pasado toda la mañana en el lavadero, que está medio a obscuras, y al salir aquí al patio me deslumbró un poco de luz. Pero ésta es una pamemera, que todo lo convierte en substancia.

CANDELAS. — *Un poco dolida.* ¡Cómo ha de ser!

ENRIQUE. — *Sonriendo.* ¿De veras no hago falta para nada?

SOR GRACIA. — De veras. *Sonriendo.* Otra vez será. Y usted perdone la molestia.

ENRIQUE. — ¡Bah! *Va a salir.* Si me necesitan ustedes, aquí estoy, en la sala de convalecientes. Buenos días.

Sale sin mirar a Sor Gracia, y al pasar acaricia al chiquillo de la Muda, que le mira también con afecto.

QUICA. — *Mirándole salir.* ¡Buen mozo es el médico!

CANDELAS. — ¡Y tié la simpatía por arrobas! ¿No es verdad, Sor Gracia?

SOR GRACIA. — *Secamente.* Verdad será cuando tú lo dices.

CANDELAS. — *Acercándose con zalamería.* ¿Estasté disgustá conmigo?

SOR GRACIA. — ¡Naturalmente! ¿A quién se le ocurre ir a molestar a nadie con embajada semejante?

CANDELAS. — ¡Señor! El pecao no es grande... *Con intención.* y lo que es la molestia del médico, siendo pa quien era, antes se habrá alegrao de venir que otra cosa. *A Quica.* ¿Tengo razón o no tengo razón?

QUICA. — *Con malicia.* ¡Sí, el hombre tié buen gusto!

CANDELAS. — Eso me consta a mí, que le estoy viendo día tras día ya va pa dos meses. Digo si tié buen gusto... como que cuando pasa por delante de quien yo me sé, se quea el infeliz sin respiración... y no es pa menos... porque a la vista está. *Acercándose a Sor Gracia con zalamería.* ¡Ay, qué carita de ángel!

SOR GRACIA. — *Con indignación.* Pero, ¿qué estáis diciendo? *Quica suelta la carcajada.* ¿De qué te ríes tú?

QUICA. — De nada, señora. No se enfade usté, que no lleva malicia la risa.

CANDELAS. — *Insinuante.* Las tocas no tapan la cara, y en la cara e las mujeres está la perdición de los hombres.

QUICA. — *Sonriendo.* Y en la de ellos la de una, ¡qué demonio!

CANDELAS. — Y más si es como la presente *Hace que habla con Quica, pero en realidad se dirige a Sor Gracia.* descoloría y un poquillo triste, que está pidiendo a voces un querer...

SOR GRACIA. — *Con severidad.* ¿Quieres hacer el favor de callar?

CANDELAS. — *Volviendo a acercarse con zalamería.* Si lo que yo digo no va con usté; señó, no se pongasté asín. Ya sabemos que es usté una santa... *Con sinceridad.* ¡Esa es la pena que me da el verla a usté!...

SOR GRACIA. — *Impaciente.* Bueno, bueno...

CANDELAS. — ¡Porque estasté perdiendo lo mejor de la vida!

QUICA. — *Muy convencida.* En eso tié razón la mujer que le sobra.

SOR GRACIA. — *Dando media vuelta para marcharse.* Estáis locas...

CANDELAS. — Misté que ser mujé, y joven y bonita, y estarse aquí encerrá limpiando la baba a chiquiyos ajenos, pudiendo tener eya los suyos; suyos, sí, señó; suyos y der hombre que eya hubiera querío y que estuviera loco por...

SOR GRACIA. — *Interrumpiendo con impaciencia.* ¡Ya estáis aquí de más! Andando al refectorio, que es hora de comer.

CANDELAS. — *Con zalamería resignada.* ¡Várgame Dió! No sabe una cuándo está más presiosa, si enfadá o conten-

ta. *A Quica.* ¡Ay, qué lástima de ojos, aquí encarselaítos pa que naide se mire en ellos! *Canta.* ¡Ay!

«Cuando yo me esté mirando
en ese cachito e sielo,
sierra de gorpe los ojos
por ver si me coges dentro.»

SOR GRACIA. — *Con nervios.* ¡Calla, calla, que tienes una voz que parece una carraca!

CANDELAS. — Pues... oyendo cantar a esta voz ronca es como perdió er juicio er que a mí me ha dejao sin él. *Suspirando.* ¡Ay mi mare! *Cantando con tristeza.*

«Tengo una pena, una pena,
que si esta pena... me dura...»

SOR GRACIA. — *Interrumpiendo.* ¡Vaya, hoy te dió a ti la fiebre! ¡Cómo ha de ser!... Al refectorio he dicho, que tiene que salir la distinguida a tomar el aire.

QUICA. — ¡Ah! ¿Pero hay distinguida también ahora?

CANDELAS. — También... Y como es... distinguida, aunque ha dao er mal paso lo mismo que nosotras, le da reparo de tomar el aire delante de nosotras.

QUICA. — *Con desgarro.* ¡En algo se ha de conocer el señorío, hija! Nosotras no tenemos vergüenza ni después ni antes; ellas tampoco la tienen antes, pero les entra después; ¡algo es algo!

Se ríe con desgarro.

SOR GRACIA. — *Con paciencia un poco impaciente.* ¿Os marcháis, sí o no?

QUICA. — Sí, señora; ahora mismo. *Al salir tropieza con la banasta.* ¡Mira la otra, que se deja aquí el crío!

SOR GRACIA. — Lleváosle vosotras.

CANDELAS. — Sí, señora. *Cogen la banasta entre las dos.* ¡Ay, no me mire usté con esa cara e juez!

SOR GRACIA. — Andando, andando...

CANDELAS. — ¡Ay, Señor! *Al salir, canta:*

«... que si esta pena me dura,
ya me pueden preparar
la caja y la sepultura...»

El final de la copla se pierde dentro. Cuando han salido, Sor Gracia se apoya un momento, para descansar, en la pila de piedra, pero sin sentarse, primero está un poco seria, pero luego sonríe; va luego hacia la derecha, donde se supone que abre una puerta, y vuelve a salir, precediendo a MARGARITA.

SOR GRACIA. — *Volviendo a escena.* Ya puede usted salir.

MARGARITA. — *Saliendo con temor.* ¿No hay nadie?

SOR GRACIA. — *Con dulzura.* Nadie: todas se han ido ya a comer.

Margarita tiene veinte años; es bonita y fina de modales, con expresión entre avergonzada y apasionada. Viste sencillamente, como señorita de la clase media, traje de lana obscura, muy sencillo. Lleva también cruzada al talle una gran toquilla de felpa de seda, azul obscura o negra. Habla unas veces con desaliento y otras con desesperación.

MARGARITA. — *Que ha dado unos cuantos pasos, sin levantar los ojos del suelo, se sienta en la primera silla que encuentra al paso, con desaliento, y sigue con la vista clavada en el suelo.* ¡Madre mía!

SOR GRACIA. — *Acercándose a ella y mirándola con piedad.* ¡Vamos, criatura, no se angustie ya más! Mire qué hermosa está la mañana. ¿No le alegra ver este sol tan claro, después de tantos días de lluvia y de frío? *Margarita sigue con los ojos bajos y no responde. Sor Gracia se aparta un poco de ella y se acerca a un arbusto que está en flor. Corta una rama florida, y volviendo a acercarse a Margarita, le echa la rama en la falda; pero Margarita no se mueve. Entonces, Sor Gracia le pone una mano en la frente y la obliga a levantar la cabeza.* Levante esa cabeza. ¿Por qué ha de tener siempre los ojos clavados en el suelo? ¡Mire al cielo, que Dios la está mirando, y la consolará!

MARGARITA. — *Sordamente.* ¡Dios no me puede mirar a mí!

SOR GRACIA.— *Con bondad un poco severa.* ¿Por qué? ¿Tan grande se figura que es su culpa, o tan pequeña su misericordia?

MARGARITA. — *Sordamente.* La misericordia de Dios es para los que están arrepentidos. *Con exaltación dolorosa.* ¡Yo estoy desesperada!

SOR GRACIA.— *Con energía.* ¡No diga eso, que no es verdad! *Margarita esconde la cara entre las manos y llora. Sor Gracia vuelve a hablarla con dulzura.* ¡No llore! ¿No ve que llorando se excita, y le puede hacer mal?

MARGARITA. — ¿A mí? ¡No me moriré, no hay cuidado! *Con amargura.* La muerte nunca llega cuando se la llama.

SOR GRACIA. — *Sonriendo.* ¡Calle... no vaya a oirla y venga!

MARGARITA. — *Con desesperación.* ¡Oh, si viniera! ¡Morirse y olvidar! ¡Morirse aquí, en la casa de la infamia, y que nadie volviese a saber de mí!... ¡Enterrarme, desaparecer para siempre, con mi pecado, con mi afrenta!...

SOR GRACIA. — *Suave y firmemente, poniéndole una mano en el hombro.* Con su hijo de usted...

MARGARITA. — *Con resolución sombría.* ¡Sí, con mi hijo!

SOR GRACIA. — *Con horror.* ¡Jesús! *Dominándose y queriendo sonreir.* ¡Cuánto le va a pesar el haber dicho eso cuando haya nacido y le tenga en los brazos!

MARGARITA. — *Estremeciéndose con terror.* ¡Es mi castigo!

SOR GRACIA. — ¡No sabe lo que dice! ¡Un hijo no puede ser castigo para una madre nunca!

MARGARITA. — *En voz baja.* ¿Ni cuando es su deshonra?...

SOR GRACIA. — *Con firmeza.* ¡La deshonra no es el hijo: es la culpa!

MARGARITA. — *Con amargura.* ¡Es lo mismo!

SOR GRACIA. — *Con autoridad.* ¡No es lo mismo! ¡Cuando Dios da el hijo, es porque quiere perdonar!

MARGARITA. — *En voz baja.* ¡Perdonar!...

SOR GRACIA. — *Con firmeza, que poco a poco se va cambiando*

en emoción. ¡Sí, señora! ¿Cuándo habría dejado de pecar si no hubiese venido el hijo a recordarle que estaba pecando? Dios le pone en los brazos su redención: ¡no la desaproveche! Piense en el gozo de vivir para él, de sufrir por él, de enseñarle a ser bueno... Dios la está llamando con su misericordia. Dios la espera... respóndale... no aparte los ojos... *Margarita llora, sin responder.* Llore, llore si quiere, por arrepentida; pero no llore por desesperada... Piense que dentro de muy poco tendrá, sin merecerlas, unas manos de ángel que le sequen las lágrimas... *Margarita no responde, y vuelve a mirar obstinadamente al suelo. Sor Gracia, ante la inutilidad de su esfuerzo, se encoge tristemente de hombros, suspira y mira al cielo.* ¡Ay, Señor!

Se aparta un poco de Margarita, y sacando de la faltriquera su labor, una media de algodón azul, trabaja en pie, rápidamente.

MARGARITA. — *Sordamente, siguiendo su idea.* Sin padre... sin madre...

SOR GRACIA. — *Dejando caer la labor con espanto.* ¡Sin madre! *Con indignación.* ¿Ha dicho usted sin madre? *Acercándose a ella y temblando.* Entonces... ¿es que piensa... renegar de él... dejarle aquí... como dejan los suyos esas pobres mujeres? *Margarita, al verla acercarse, se ha levantado con un poco de miedo.* ¡No puede ser! *Con apasionamiento.* ¡Dígame usted que no... que no es posible... que no cometerá esa infamia! ¿Usted sabe lo que es abandonar a un hijo para siempre? *Con angustia.* ¡Diga que no!... ¡diga que no!... *Margarita no contesta.* ¡Diga que se le llevará, que le dará su nombre, que no le negará el amor que le debe!...

MARGARITA. — *En voz muy baja.* ¡No puedo!

SOR GRACIA. — *Con apasionamiento.* ¿Por qué?

MARGARITA. — *Con vergüenza mala.* Mi padre no sabe... nada de esto... Le hemos hecho creer que tengo vocación de religiosa... que estoy aquí probando... Si supiera, se moriría de vergüenza...

SOR GRACIA. — ¿Y su madre?

MARGARITA. — *Sordamente.* No tengo madre... tengo madrastra.

SOR GRACIA. — *Con inquietud angustiosa.* ¿Y lo sabe?

MARGARITA. — *Bajando la cabeza.* Ella, sí...; ella es quien me ha ayudado a engañar a mi padre... a refugiarme aquí... *Con odio.* No me quiere... pero al cabo es mujer, y comprende...

SOR GRACIA. — *Con espanto.* Es mujer... y comprende... *Con indignación.* ¿Qué comprende? *Con dolor.* ¿No ha tenido hijos ella?

Atraviesa el fondo del patio, de derecha a izquierda, SOR FELICIANA. Lleva unas cuantas cartas en la mano.

MARGARITA. — *Que al verla se estremece, dirigiéndose a ella como una exhalación.* ¡Ah, Sor Feliciana!... *Con exaltación mal contenida* ¿Lleva usted el correo? ¿Hay algo para mí?

SOR FELICIANA. — *Con indiferencia.* No lo sé; si lo hay, ya le dará la carta la Superiora.

Quiere pasar, pero Margarita la detiene angustiadísima, sujetándola por el hábito.

MARGARITA. — *Con angustia creciente.* Por el amor de Dios... déjeme que vea... ¡No le pido la carta!... no tenga cuidado... sólo quiero saber... ¡Haga el favor... tenga la caridad!... ¡Mire que se lo pido de rodillas!

Quiere arrodillarse delante de la monja.

SOR FELICIANA. — Pero...

Mira a Sor Gracia, como diciendo: «¡Esta mujer está loca!», y preguntando con el gesto.

SOR GRACIA. — *Bajando la cabeza.* Deje que lo vea.

MARGARITA. — *Recorriendo las cartas que le entrega Sor Feliciana, con inquietud febril.* ¡No! *Con esperanza.* ¡Sí! *Con desconsuelo.* ¡No! *Con desesperación.* ¡Nada, Dios mío, nada!

Deja caer las cartas al suelo.

SOR FELICIANA. — *Recogiendo las cartas, con filosofía.* ¡Todo sea por Dios!

MARGARITA — *Con locura.* Nada, nada, nada...

SOR GRACIA. — *Un poco asustada.* Pero, criatura, cálmese...

MARGARITA. — *Sin hacer caso.* ¡Ni una palabra! ¡No merezco ni una palabra suya... después de haberme perdido por él! *Con desvarío.* ¡Y sabe dónde estoy... lo sabe... lo sabe!...

SOR GRACIA. — *Por decir algo.* Ya escribirá mañana.

MARGARITA. — *Con ira.* ¡No escribirá! *Con dolor.* ¡Me moriré aquí sola! No me quiere... no me ha querido nunca... *Con desolación.* He sido yo, yo, yo, ¡miserable de mí!

Llora desesperadamente, sollozando.

SOR GRACIA. — *Acercándose y procurando tener piedad.* Déjelo ya... no piense más en eso...

MARGARITA. — *Dejando de llorar de repente y mirando con los ojos muy fijos, como si viera algo que estuviese delante.* Es malo... no tiene corazón... todo el mundo lo dice... es malo... *Con apasionamiento.* ¡No, no es malo! *Con tristeza.* ¡Es que no me quiere! *Con ira hosca.* ¡No he sabido conseguir que me quiera! *Llorando.* ¡No he sabido! *Sordamente.* ¡Otras saben! *Con desolación.* ¿Qué más iba a hacer yo? *Con amor dolido.* ¡Le había dado el alma, y aún no era bastante! *Con celos.* ¡Me engañaba... me ofendía! *Con pasión rencorosa.* ¡Oh, esas mujeres que me le quitaban! *Llorando.* Y cuando yo lloraba, me decía: ¡Si me quisieras tú como debías! *Con alucinación.* ¡Si me quisieras tú... si me quisieras tú! *Levantándose rápidamente y acercándose mucho a Sor Gracia.* ¡Usted no sabe lo que es tener celos!

SOR GRACIA. — *Retrocediendo, asustada.* ¡No quiero saber nada!

MARGARITA. — *Con desvarío.* ¡Es el infierno... es abrasarse en vida... es arrancarse el corazón... *Con dolor, recordando.* ¡Si me quisieras tú!... *Con desconsuelo.* ¡Ay de mí! *Con apasionamiento.* ¡Le quería, le quiero más que nadie, mejor que nadie!

SOR GRACIA. — *Alterada y temblando.* ¡Calle, calle ya!

MARGARITA. — ¡Me perdí... me perdí porque quise!...

Me perdí llorando, desesperada, pidiendo a Dios la muerte. *Con desvarío creciente hasta el fin.* Él se reía siempre... un día no... ¡un día me quiso lo mismo que yo a él!... Sólo un día... pero por vivir ese día otra vez... daría yo mi alma... ¡y la suya!

SOR GRACIA. — *Espantada.* ¡No blasfeme!

MARGARITA. — *Con la cabeza completamente perdida.* ¡Es mentira! *Ahogándose.* ¡Lo que he dicho antes es todo mentira!... ¡No me importa la infamia, no, ni la deshonra! ¡Si él me quiere querer, no hay honra ni deshonra!... ¡porque es mi vida, porque no hay otra vida!

SOR GRACIA. — *Sacudiéndola de un brazo con desesperación.* ¡Calle, calle, calle! ¿Es que está loca, o es que quiere acabar de condenarse?

MARGARITA. — *Ya completamente trastornada, cogiéndose a Sor Gracia, sin conocerla del todo.* ¿Dónde está? ¡Por el amor de Dios!... ¿Dónde está? *Arrodillándose y cogiéndose a las faldas de Sor Gracia.* Dígame dónde está, que yo le iré a buscar descalza, de rodillas...

SOR GRACIA. — *Queriendo desprenderse de Margarita.* ¡Suelte... déjeme... suelte!...

MARGARITA. — *Sin hacer caso, gritando en violento ataque nervioso, mezcla de risa y llanto.* ¡Carlos, Carlos!... Aquí estamos los dos... yo y tu hijo... ¡Mi vida, mi alma! ¡Carlos, Carlos! ¡Ja, ja, ja, ja!

Cae al suelo con violento ataque nervioso.

SOR GRACIA. — *Tirándose al suelo y sujetándola.* ¡Socorro! ¡Socorro!

Salen por una puerta ENRIQUE y por otra SOR FELICIANA.

ENRIQUE. — ¿Qué es ello? ¿Qué ha pasado?

SOR FELICIANA. — ¿Quién grita? ¡Ah!

Se precipita a sostener a Margarita.

SOR GRACIA. — *Llorando, sin saber lo que dice, también nerviosísima.* Esta mujer... esta mujer...

Llora como un niño, temblando.

ENRIQUE. — *Ayudándola a levantarse del suelo.* Vaya... no se asuste... no es nada...

MARGARITA. — *Calmándose poco a poco.* ¡Ay, ay!

ENRIQUE. — *Cogiendo el vaso de agua que se había quedado en el pretil de la pila, y dándoselo a Sor Feliciana.* Échele un poco de agua por la cara. *Con autoridad.* ¡Calma, niña, calma! ¡Se acabó el llanto! ¡Levántese! *Sor Feliciana ayuda a levantarse a Margarita.* Eso es... Ahora, cuidadito con volver a empezar... ¿lo entiende?...

Mientras habla con Margarita, mira con inquietud a Sor Gracia, que se ha apoyado en uno de los postes y llora bajito, procurando tranquilizarse.

MARGARITA. — *Con voz débil.* Sí, señor.

ENRIQUE. — *Con autoridad, sacando un frasquito del bolsillo.* Huela un poco de éter. *Margarita obedece.* Ea, ya pasó... no ha sido nada. *A Sor Feliciana.* Llévesela, llévesela a su cuarto; dele un poco de azahar... que esté en silencio... a obscuras...

SOR FELICIANA. — *Sosteniendo a Margarita.* Vamos... venga... no llore más.

Salen Sor Feliciana y Margarita. Sor Gracia, instintivamente, va a seguirlas.

ENRIQUE. — ¿Dónde va usted?

SOR GRACIA. — *Que no sabe aún lo que le pasa.* ¿Yo?... ¿Servidora?... Con ellas, ahí dentro...

ENRIQUE. — *Con autoridad amable.* ¡No!

SOR GRACIA. — *Sin comprender.* ¿Por qué?

ENRIQUE. — *Sonriendo.* Porque es posible que dentro de un momento le dé otro ataque... y a usted también, si lo está presenciando.

SOR GRACIA. — *Con asombro.* ¿A mí?

ENRIQUE. — Sí; los ataques de nervios son contagiosos... Además, está usted asustada... tiembla usted. Siéntese usted.

SOR GRACIA. — Pero...

ENRIQUE. — *Con autoridad.* ¡Hágame usted el favor de sentarse! *Sonriendo.* ¡Lo manda el médico!

Sor Gracia se sienta y quiere hablar, pero está muy nerviosa y casi no sabe lo que dice.

SOR GRACIA. — *Con aturdimiento nervioso.* ¡Jesús!... Esa pobre mujer... tiene el diablo en el cuerpo...

ENRIQUE. —No hable usted... Descanse... cierre usted un momento los ojos.

Ella le obedece, y él, sin acercarse a ella, pasea de un lado a otro con agitación.

SOR GRACIA. — *Pasado un momento.* ¿Qué? ¿Puedo abrirlos ya?

ENRIQUE. — ¿Está usted ya tranquila?

SOR GRACIA. — Sí, señor.

ENRIQUE. — ¿Del todo?

SOR GRACIA. — Del todo... No tema usted. *Se levanta.* Servidora no ha tenido nunca un ataque de nervios...

ENRIQUE. — *Adelantando un paso, pero sin acercarse del todo a ella.* Sor Gracia... *Ella le mira con curiosidad.* ¿Cuántos años tiene usted?

SOR GRACIA. — ¡Uy, casi no me acuerdo! Veintinueve creo que deben ser los primeros que cumpla...; sí... eso es... llevo ya cinco años de profesa, y entré de diez y ocho...

ENRIQUE. — *Con un poco de espanto.* ¿Desde los diez y ocho años está usted aquí?

SOR GRACIA. — No, aquí no llevo más que cuatro y medio; primero estuve en un Asilo de ancianos. *Con cariño.* ¡Pobrecillos! ¡Si viera qué pena me costó dejarlos! Casi más que salir de mi casa. *Con recuerdo melancólicamente ilusionado.* Me querían... y yo a ellos... ¡Infelices! Eran tan viejos y yo tan criatura. Ellos se hacían la ilusión de que yo era su nieta, y a mí me parecía muchas veces que eran... ¡qué sé yo!, mis muñecas... *Con tristeza.* ¡Más me tengo reído con ellos!

ENRIQUE. — En cambio, aquí no hay muchas ocasio nes de reir.

SOR GRACIA. — *Apasionándose poco a poco.* ¡Aquí está toda la tristeza del mundo! ¡Estas mujeres...! No sé cuáles angustian más: si las desesperadas o las resignadas... Y estas criaturas *Con angustia.* las que nacen aquí, las que vienen de fuera, todas abandonadas, con la misma ansia de que desaparezcan, como cosa que mancha, que deshonra. *Con inquietud creciente.* ¡Dios mío!... hace cuatro semanas... cuando estuvo usted fuera, una noche que servidora se quedó de guardia, echaron por el torno un niño muerto... pero no muerto de muerte natural... con una cuchillada en el cuello. *Con terror.* ¡No se me olvida!... *Con alucinación.* Tenía los ojos azules, muy grandes, muy abiertos, como si preguntase: ¿Por qué? ¿Por qué?

ENRIQUE. — *Acercándose un poco, con firmeza.* ¡Esto no puede continuar, Sor Gracia!

SOR GRACIA. — *Sin comprender.* ¿Qué dice usted?

ENRIQUE. — *Nervioso.* ¡Que usted no puede seguir aquí!

SOR GRACIA. — ¿Dónde?

ENRIQUE. — *Excitándose.* En este ambiente de angustia, de dolor, de miseria física y moral. Dice usted bien: aquí está toda la tristeza del mundo... más que la tristeza, ¡aquí está recogida y concentrada toda la podredumbre del mundo: el vicio de unos, la cobardía de otros, la degeneración, el egoísmo, y sobre todo, la desesperación ante lo irremediable!... ¡Aquí no hay esperanza!

SOR GRACIA. — *Con desolación.* ¡Es verdad! Aquí no hay esperanza, ¡eso es lo horrible! A mis viejos, *Con emoción.* que eran tan pobres y tan desvalidos, con cualquier cosa se les ilusionaba, ¡hasta la luna les prometía yo!, y ellos estaban seguros de conseguir la luna, porque yo se la había prometido... Pero... a estas desdichadas, ¿quién las ilusiona? A unas no les importa su desdicha, otras quieren morirse, otras vengarse, ¡no hay ninguna que quiera esperar! *Con excitación.* Verdad es... que aunque qui-

sieran... ¿qué va uno a prometerlas? *Con desaliento.* Cuando salen de aquí, ¿qué les aguarda? ¡Más miseria, más hambre, más vicio, más deshonra! *Con inquietud.* Piensa una algunas veces... pocas... pero algunas: ¡Si esta mujer supiera levantar la cabeza, coger a su hijo en brazos, arrostrar eso que el mundo llama afrenta... Dios la perdonaría! Dios perdona siempre cuando se le llama... ¡y tampoco le saben llamar! *Con exaltación dolorosa.* ¡Pero si nadie les enseñó a llamarle! ¡No saben que hay Dios! ¡No saben que es posible llamar a Dios. *Con inquietud creciente.* Y piensa una: ¿Es posible pecar contra Dios, cuando ni siquiera se sabe que existe?... Y si no hay pecado, ¿cómo hay deshonra... precisamente para quien no pecó? *Con dolor rebelde.* ¡Dios mío, Dios mío! ¿Quién tiene la culpa de tanta tristeza?

ENRIQUE. — *Un poco asustado.* Sor Gracia... Sor Gracia...

SOR GRACIA. — *Con grandísima excitación nerviosa.* ¿Qué digo? ¡Jesús! ¡Qué estoy diciendo! ¡No me haga caso!... ¡Dios mío, Jesús mío, perdóname! Todo está bien, puesto que Tú lo quieres... todo es justo... todo debe ser justo... aunque nosotros no lo comprendamos... ¡Señor, ten compasión de todos, perdónanos a todos! *Llorando.* ¡Señor, Señor!

ENRIQUE. — *Con preocupación* Pero, ¿por qué llora usted?

SOR GRACIA. — No... si no lloro... es decir, sí... no sé... estoy trastornada... es que esa mujer estaba como loca... parecía una cosa del otro mundo... una furia... y yo, la verdad, no suelo ser impresionable... pero hoy, *Muy de prisa.* usted perdone... ¡qué simpleza! *Queriendo marcharse.* Vaya... hasta otro rato.

ENRIQUE. — Espere usted.

SOR GRACIA. — *Muy de prisa.* No, no; tengo que hacer.

ENRIQUE. — *Con ansiedad.* Espere usted... por caridad... sólo un momento. Tengo que decirle algo que le importa a usted mucho.

SOR GRACIA. — *Con temor.* ¿A mí?

ENRIQUE. — Es decir... que me importa mucho a mí... ¡Más que nada en el mundo! *A un gesto de ella.* ¡Por el amor de Dios, no se ofenda usted!

SOR GRACIA. — *Con alteración nerviosa.* ¡Déjeme usted marchar!

ENRIQUE. — ¿Es que sospecha usted lo que voy a decirle?

SOR GRACIA. — *Con energía.* ¡No!

ENRIQUE. — *Con apasionamiento contenido.* ¡Sí, lo sabe usted, sí! *Sigue hablando en voz no muy alta, aunque, naturalmente, con acento apasionado, sin acercarse a ella ni hacer gestos ni movimientos violentos, casi con inmovilidad; ella le escucha apartada de él, pero con evidente alteración nerviosa.* Sor Gracia... usted no puede seguir en esta casa... quiero decir en esta vida... ¡No es posible que siga usted enterrada en este mar sin fondo de amargura y de angustia... no es posible! ¡Yo no puedo sufrirlo!... Hace tres años que estoy viniendo aquí, que la estoy viendo a usted todos los días... Siempre la he tenido cariño...

SOR GRACIA. — *Interrumpiéndole.* ¡Jesús! ¡No diga eso! ¡Calle! ¡Calle!

ENRIQUE. — ¿Por qué? Cariño... sí, señora... simpatía, que ha ido creciendo, creciendo siempre... Es usted una mujer a la medida de mi corazón, buena, leal, inteligente, alegre... ¡sí, lo era usted cuando la conocí!... Ahora está usted triste, pero no lo es usted; está usted triste porque está usted enferma...

SOR GRACIA. — *Sin saber demasiado lo que dice.* ¿Enferma?... ¿Servidora?...

ENRIQUE. — *on intensidad.* Le ha envenenado a usted este aire irrespirable. Todas las lágrimas que ha visto usted llorar, las tiene usted sobre el corazón... todos los alaridos, todas las blasfemias de esta escoria del mundo, se le han clavado a usted en la carne y en el pensamiento... Necesita usted cielo limpio, aire libre, horizonte con lumbre de esperanza...

SOR GRACIA — *Con energía.* ¡No! ¡No! ¡No!

ENRIQUE. — *Con energía.* ¡Sí, señora! Y eso es lo que le ofrezco a usted al ofrecerle mi cariño, mi amor...

SOR GRACIA. — ¡Jesús!

ENRIQUE. — Sí, mi amor; ¿por qué no decir las cosas por su nombre?

SOR GRACIA. — *Con energía amarga.* ¡Amor! ¿Se atreve usted a hablar de amor aquí, donde viene a parar ya ve usted cómo?

ENRIQUE. — Lo que viene a parar aquí no es el amor. ¡Es la lepra, es la gangrena de la Humanidad! El amor es salud, el verdadero amor es salud, el verdadero amor de hombre y mujer...

SOR GRACIA. — ¡Basta! ¡Basta ya!

Da media vuelta, decidida a marcharse.

ENRIQUE. — *Deteniéndola con apasionado gesto de imploración.* ¡No se vaya usted! ¡Oigame usted, que no le digo nada que la ofenda! El verdadero amor es paz, es equilibrio, es serenidad y seguridad... es trabajo también, ¡ya lo creo!, pero compartido; es preocupación de muchas horas, pero llevada a medias; es cansancio y fatiga muchos días, pero con el consuelo de poder apoyar la cabeza, rendida, sobre el corazón fiel que duerme a nuestro lado!

Ella hace un gesto para hablar, pero él continúa con apasionamiento.

¡Salga usted de esta cárcel, donde ha olvidado usted la risa; deje usted ese hábito, negro como la muerte; esas tocas, blancas como el sudario *En voz muy baja.* y hágame usted la honra de confiarme su felicidad...

SOR GRACIA. — *Con firmeza.* ¡Soy feliz, Dios lo sabe!

ENRIQUE. — *Humilde, pero firmemente.* Conmigo lo será usted también, *Con emoción.* y además... con usted... ¡lo seré yo tan absolutamente! ¡Perdone usted el egoísmo de un hombre que no acostumbra a ser egoísta!... No la ofrezco a usted fiestas, ni galas, ni siquiera placeres de los que deslumbran... Soy tan creyente como usted: llevo una vida austera... no soy rico... soy médico, lo

cual quiere decir que también, siendo usted mi mujer, verá usted muy de cerca las llagas de la Humanidad! ¡No tema usted que viviendo a mi lado le falte ocasión de hacer bien! Estoy enteramente consagrado a mi oficio, y aunque no creo mucho en la ciencia, sí creo firmemente en el bien que amparado por ella puedo hacer a mi prójimo. ¿Quiere usted ayudarme, usted que tanto sabe de caridad? ¿Quiere usted que pongamos un poco de ilusión en la tarea? Soy libre... usted también...

SOR GRACIA. — *Con apasionada protesta.* ¡Yo!... ¿Libre yo?... ¡Pero usted sabe lo que dice!

ENRIQUE. — *Con un poco de angustia.* ¡No es usted la primera que ha trocado la áspera vocación ilusionada de la primera juventud por un camino... más humano y más fácil... suavizado con un poco de amor...

SOR GRACIA. — *Con exaltación.* ¡Yo he elegido mi amor de una vez para siempre! ¡A él me atengo! ¡Ese quiero y con él moriré!

ENRIQUE. — *Con súplica ardorosa y concentrada.* ¡Sor Gracia!

SOR GRACIA. — *Angustiándose y exaltándose.* ¡Sí... es verdad... estoy triste... mucho más triste de lo que usted puede pensar... estoy fatigada... acaso enferma... acaso envenenada, como usted dice, *Con majestad, pero temblando.* pero Dios, que es mi amor, está conmigo! ¡Aunque yo no le vea, está conmigo! *Con voluntaria y apasionada esperanza.* ¡No puede abandonarme... no me abandonará si yo no quiero! *Con serenidad.* Es verdad. Ahora me pone un poco de hiel en el pan; pero en cambio me ha dado, sin merecerlo yo, ¡tanta alegría en otro tiempo! *Con voluntaria ilusión.* ¡Y volverá a dármela! *Con apasionamiento doloroso.* ¡Quiero creer que volverá! *Con firmeza.* ¡Y aunque no vuelva! ¡Yo me di para siempre!

ENRIQUE. — ¡Sor Gracia!

SOR GRACIA. — *Afirmando con apasionamiento.* ¡Para siempre! ¡Nadie tiene derecho a quererme apartar de mi camino! *Con apasionamiento casi agresivo.* ¡Mi amor es mío! ¡Mi

tristeza es mía! ¡Mi Dios es mío! *A un gesto de él, que intenta interrumpirla.* ¡No, no diga nada... no se acerque, no vuelva a hablarme de esto nunca, nunca... ni a pensar nunca en ello!

ENRIQUE. — *Sin acercarse.* ¿Es esa la última palabra de usted?

SOR GRACIA. — *Con firmeza, un poco alterada por la violencia. que a sí misma se hace.* Sí, señor... la última y la única... Buenos días.

Da un paso.

ENRIQUE. — *Cortándole el paso.* Al menos... permítame usted que le aconseje... como médico... realmente crea que no está usted bien... que está usted demasiado fatigada...

SOR GRACIA. — *Gravemente.* No se preocupe. De mi salud ya cuidarán los Superiores. Si algo necesito, ya me lo mandarán. ¡Buenos días!

ENRIQUE. — *Inclinándose.* Buenos días.

Sale sin volver la cabeza. Sor Gracia va a salir por la izquierda, para lo cual tiene que atravesar todo el patio. Anda muy despacio, porque está rendida por la emoción y la fatiga, apoyándose en todo lo que encuentra al paso: la pila, los árboles, los postes, una silla. Cuando está a mitad de camino se oye a Candelas, que canta dentro, con desgarro cálido y sensual.

CANDELAS. — *Dentro, cantando:*

«Yo le pregunté a un Debé
que de qué mal moriría,
y el Debé me respondió
¡del amor que te tenía!»

Sor Gracia se detiene. Mientras dura la copla, pasa por ella una angustiosa tentación de amor y sensualidad. Aprieta las manos, cruzándolas; se inquieta, tiembla un poco, se pasa la lengua por los labios, que se le quedan secos; luego deja caer los brazos y cierra un momento los ojos; pero, rehaciéndose violentamente, saca el Cristo que lleva en la manga, y después de mirarle un segundo, estrechándole contra su corazón, dice en voz baja y apasionada:

SOR GRACIA. — ¡Jesús mío!... ¡Amor mío! ¡No me desampares! *Se dirige hacia la salida y encuentra a la Superiora, que sale de la sala de «Lactancia».* ¡Sor Cristina!...

SOR CRISTINA. — ¿Qué quiere? *Al mirarla se sorprende de su agitación.* ¿Qué le pasa? ¿Está temblando?... ¿Tiene fiebre?

SOR GRACIA. — *Esforzándose por serenarse.* No... es que quería... pedirle una cosa. Haga la caridad de escribir hoy mismo a los Superiores para que me trasladen.

SOR CRISTINA. — *Con asombro.* Pero...

SOR GRACIA. — *Con serenidad apasionada.* Quiero salir de aquí inmediatamente... sin que nadie lo sepa... sin que nadie se entere adónde voy... ¡Se lo pido por el amor de Dios!... Es caso de conciencia...

Mientras dice la última frase, cae rápidamente el TELÓN

ACTO TERCERO

PERSONAJES

SOR GRACIA.	EL MORENITO.
SOR DIONISIA.	FELIPE.
ENGRACIA.	JUAN DE DIOS.
LA TONTA.	VICENTE.
PAQUITA.	POLICARPO.
LORENZA.	UN CHICO.

Cocina del Hospicio, grande, blanqueada, separada en dos partes por una barandilla de madera. En la parte que corresponde al fondo, que es un poco más alta que la del primer término, y está separada de ella, además de por la barandilla, por uno o dos escalones, está el gran fogón de hierro con los grandes depósitos de agua incrustados en él y con espitas de grifo para poder sacar el agua sin mover las vasijas. En el suelo, cerca del fogón, tres o cuatro grandes marmitas de metal con dos asas. La parte que corresponde al proscenio está arreglada para comedor, con mesas y bancos que son sencillamente tablones de pino, como los de las tabernas; hay dos de estas mesas, una a cada lado de la cocina. En la pared de la derecha hay un gran portón, que estará abierto durante todo el acto, por el cual se ve parte de un patio grande. En la pared de la izquierda hay otras dos puertas pequeñas, que se supone que comunican con otros dos comedores, el de las chicas y el de los chicos medianos y pequeños; los mayores son los que comen en la cocina. Hay en la pared del fondo ventanas muy altas, por las cuales se pueden ver algunas copas de árboles y el cielo. Debajo de las ventanas, una repisa con una hornacina, y en ella una imagen de la Virgen con el Niño; dos floreros, con flores de trapo, adornan la repisa.

Al levantarse el telón está sola en escena SOR DIONISIA, Hermana de la Caridad, de treinta y cinco años; es mujer del campo, ignorante y de pocas palabras, pero con gran sentido de la realidad, gran resistencia física para el trabajo, y bondad firme y eficaz. Está junto al fogón, terminando de poner en fila las cuatro marmitas que hay en el

suelo. Entran ENGRACIA y LORENZA, trayendo un cajón de madera blanca, con asas de cuerda, lleno de sopa de pan cortada. Lorenza y Engracia son aldeanas; visten muy pobremente, con faldas de percal o de franela de algodón y alpargatas; encima del traje traen delantales de tela de algodón a rayas, de los de cuerpo y mangas, sujetos al talle con cinturón de la misma tela, y a la cabeza pañuelo de algodón, que se quitan al entrar en la cocina, después de haber dejado el cajón en el suelo, y se anudan al cuello. Engracia es muy bonita, fina de facciones y de movimientos, Lorenza tiene tipo completamente aldeano, y es fea.

ENGRACIA. — *Entrando.* Aquí está la sopa.

Dejan el cajón un segundo en el suelo, para descansar y quitarse los pañuelos, y luego le vuelven a coger y le llevan junto a las marmitas.

SOR DIONISIA. — *Mirando al cajón.* Poca habéis cortado

LORENZA. — *Un poco hosca.* No había más pan.

Sor Dionisia no responde. Lorenza y Engracia cogen el pan del cajón con dos platos de estaño, y le van repartiendo entre las cuatro marmitas.

SOR DIONISIA. — *Con naturalidad.* Echad un poco más en ésta, que es la de los pequeños.

LORENZA. — Sí, señora.

Echa otro plato lleno de pan cortado en una de las marmitas.

ENGRACIA. — *Mirando al fogón, después de haber terminado de repartir las sopas.* ¿Está el agua caliente?

LORENZA. — *Acercándose al fogón.* Todavía no hierve.

SOR DIONISIA. — Hay tiempo; no son más que las cinco.

ENGRACIA. — Voy a buscar los platos.

Sale por una de las puertas de la izquierda.

SOR DIONISIA. — *A Lorenza.* Trae el cazo; echaremos la grasa.

Lorenza saca de un arca o cesto, que habrá en un rincón de la cocina, un gran cazo de hierro esmaltado y una paleta, y se acerca al fogón; entre ella y Sor Dionisia cogen una marmita más pequeña, de dos asas, que se supone está llena de grasa caliente.

SOR DIONISIA. — Cuidado, no te quemes.

Se acercan con la marmita pequeña a las marmitas grandes. Lorenza mete el cazo en la marmita pequeña y echa un poco de grasa en una de las grandes. Al hacerlo se vuelve con sorpresa a Sor Dionisia.

LORENZA. — *Con asombro.* ¡Sor Dionisia!

SOR DIONISIA. — *Que sabe lo que le va a decir, con un desabrimiento que no siente.* ¿Qué sucede?

LORENZA. — ¡Que se le ha olvidado a usted el pimentón!

SOR DIONISIA. — *Secamente.* No se me ha olvidado.

LORENZA. — *Con inocencia.* Sí, señora... mire usted cómo no tiñe la grasa...

SOR DIONISIA. — *Como queriendo acabar.* No se me ha olvidado. Es que no le hay.

LORENZA. — *Dejando la marmita en el suelo y quedándose con el cazo en la mano, llena de susto.* ¿Que no hay pimentón?

SOR DIONISIA. — *Con mal humor, que disimula la pena.* ¡No, hija, no le hay! Esta mañana hemos echado el último.

LORENZA. — *Con filosofía desesperada.* Pues entonces no gaste usted el tiempo en hacer la sopa, porque no la comen.

SOR DIONISIA. — ¡Qué van a hacer más que comerla, si no hay otra cosa!

LORENZA. — Lo que es los grandes, sé yo que no la comen... ¡se meten en la cama muertos de hambre, pero sin pimentón no la comen!

SOR DIONISIA. — Anda, anda, que se enfría la grasa, y si no se rehoga el pan en caliente, luego está la sopa que parece engrudo.

Sigue repartiendo la grasa en las marmitas. Lorenza echa la grasa, y Sor Dionisia, con la paleta, revuelve en la marmita, rehogando la sopa.

ENGRACIA. — *Entrando con una pila de platos de metal, que deja sobre la mesa.* Los platos.

Vuelve a salir.

SOR DIONISIA. — Tapa las marmitas.

Ella lleva a un rincón la de la grasa.

LORENZA. — *Tapando las marmitas.* Si tiene usted que hacer, se puede usted marchar, que nosotras cuidaremos del agua.

Ha vuelto a entrar ENGRACIA, que trae en un cesto pequeño unos cuantos vasos de hojalata y otras tantas cucharas de palo.

SOR DIONISIA. — Aunque hierva, no la vayáis a echar sin avisarme, no os abraséis las manos. Voy al horno, a ver si han terminado aquéllas de amasar.

Sale por el portón que da al patio.

ENGRACIA. — *Que ha estado colocando los platos sobre las mesas, y un vaso y una cuchara junto a cada plato, dice con burla amarga.* Ya está la mesa puesta, con vajilla de plata.

LORENZA. — *Bajando de la cocina alta y acercándose a ella.* Pues lo que es el banquete va a ser que ni en palacio. Sopa, por variar, y... ya has oído... ¡sin pimentón!

ENGRACIA. — *Con desgana.* No sé cómo me da más asco: si con él o sin él...

LORENZA. — *Con filosofía de buen humor.* ¡Mujer! Con pimentón siquiera mojas en el caldo el tarugo de pan, y como se pone colorao, te haces la ilusión de que es longaniza.

ENGRACIA. — ¡No eres tú nadie! ¡Longaniza!

LORENZA. — *Con entusiasmo.* ¡Chica, lo que me gusta! *Con ilusión.* Mira tú que si San Cayetano bendito hiciera un milagro, y al meter luego el cazo en la olla saliera, en vez del pan mojado en agua, un cocido con carne y chorizo, o un potaje con bacalao, o unas judías con tocino, o lentejas... ¡Madre, no me quiero acordar de que hay lentejas en el mundo!

ENGRACIA. — *Que se ha sentado en el banco y apoyado los dos codos sobre la mesa, mira con obstinación un cartoncito que ha sacado de la faltriquera.* ¡Tantas cosas hay en el mundo de las que no se quiere uno acordar!

LORENZA. — *Observando su abstracción.* ¿Qué estás mirando?

ENGRACIA. — Nada... Un retrato de una caja de fósforos.

LORENZA. — A ver. *Engracia se levanta y Lorenza coge el retrato y lee.* «Juanita la Serrana». ¡Chica, qué guapa es! Será cómica...

ENGRACIA. — Es cupletista...

LORENZA. — ¿Cupletista? ¿De esas?...

Abriendo mucho los ojos.

ENGRACIA. — Sí; de esas que cantan y bailan... y tienen automóvil y vestidos de seda.

LORENZA. — ¡Qué bien peinada va! No sé a quién se parece...

ENGRACIA. — ¡A mí!

Con resolución.

LORENZA. — *Con asombro escandalizado.* ¡A ti! *Mirándola con atención.* Pues es verdad... Si llevaras el moño tan alto como ella... *Mirando alternativamente a Engracia y a la fotografía para compararlas.* y las faldas tan cortas... *Se ríe, con absoluta buena fe.* ¡Ja, ja, ja!

ENGRACIA. — ¿De qué te ríes?

LORENZA. — De las lentejas que ibas a comer si fueras cupletista y te retrataran en las cajas de fósforos. ¡Ja, ja, ja!

ENGRACIA. — Calla... que vienen.

LORENZA. — *Mirando hacia el portón.* Es la Tonta.

ENGRACIA. — Trae.

Le coge la fotografía y la guarda en la faltriquera. Entra LA TONTA. Es una mujer de edad indefinible; parece niña porque trae, como las demás, delantal de inclusera y pañuelo de algodón a la cabeza, más una pelerina de estambre, café; pero tiene cara de vieja y pelo gris y cerdoso, peinado también, como sus compañeras, en moño bajo de adolescente. Trae en la mano un envoltorio de papel grasiento, del cual saca al entrar una pata de pollo, que devora con aire satisfecho.

LA TONTA. — *Entrando y ofreciendo la pata de pollo que come.* Chicas, ¿queréis gallina?

LORENZA. — *Con asombro ilusionado.* ¡Gallina!

LA TONTA. — *Afirmando con orgullo.* ¡Gallina! *Poniéndosela a Lorenza cerca de la nariz.* ¿Huele bien? *Retirándola.* ¡Límpiate, que estás de huevo! *Arrepintiéndose inmediatamente, con generosidad.* ¡Toma, toma, ansiosa! *Le entrega la pata de gallina.* ¡No te la comas toda... dale a esa, *Por Engracia.* que tiene cara de hambre!

LORENZA. — *A Engracia.* ¿Quieres?

ENGRACIA. — *Con asco.* No, gracias.

LA TONTA. — *Con asombro.* ¿No te gusta? ¿Quieres chuleta? *Saca del envoltorio un hueso de chuleta con un poco de carne.* ¿Quieres merluza?

Saca media raja de merluza del envoltorio.

ENGRACIA. — No, no... *Con repugnancia.* ¡Quita!

LA TONTA. — *Mirándola con asombro.* ¿Que no? ¿Quieres un dulce?

Saca un dulce de su papel.

ENGRACIA. — Sí, eso sí...

Con un poco de ansia.

LA TONTA. — *Cándole un dulce.* Tómale. *Con ponderación admirativa.* ¡Es de yema de coco!...

ENGRACIA. — *Va a comer el dulce con ilusión; pero al acercársele a la boca le aparta con repugnancia.* No puedo... me da asco...

LORENZA. — *Con asombro e incredulidad.* ¿También el dulce?

ENGRACIA. — *Exaltándose poco a poco.* También... todo... todo... ¡Tengo hambre... es decir, antes tenía hambre... como las demás; pero ya no la tengo! ¡Hace dos días que no puedo atravesar la sopa... y ahora, al ver todo eso *Señalando el papel con la comida.* parece que me arrancan el corazón... *Con ansia.* Sí, quisiera comer... *Con desaliento.* pero una cosa que no fuera comida... una cosa muy agria y muy dulce... y helada... no, mejor caliente... no sé...

café con mucho azúcar o ensalada con mucho vinagre... O mejor no comer y dormirse... ¡Madre, lo que me gustaría a mí meterme ahora en la cama y no tenerme que levantar nunca! *Con cansancio infinito.* ¡Tengo un sueño!

Bosteza dolorosamente.

LORENZA. — *Con solicitud cariñosa, pero ruda.* ¿Sabes lo que te digo? Que el que no come se muere, y eso es lo que te va a pasar a ti, por señorita. ¡Y te advierto que como vuelvas a tirar la sopa debajo del banco, hoy mismo se lo digo a Sor Dionisia para que te hagan comer a la fuerza! *Engracia, sin responder, se echa a llorar.* ¡No llores!

ENGRACIA. — *Apartándose, con mal humor.* ¡Déjame!

LORENZA. — *Muy apurada.* ¿Dónde vas?

ENGRACIA. — *Con enfado.* ¡Que me dejes te digo!

Se va al extremo de la mesa, y sentándose en el banco, se echa de bruces, escondiendo la cara entre los brazos, y llora silenciosamente.

LORENZA. — *A la Tonta, con pena.* ¡Ya le entró la basca! Unos días se emperra en que por fuerza es hija de algún marqués, porque tiene las manos blancas y los pies no sé cómo; otros le da porque quiere meterse a cupletista... Anoche saltó de la cama, dormida, y estuvo dando vueltas por el dormitorio con los ojos cerrados, y a poco se tira por una ventana. Se va a volver loca.

LA TONTA. — Trae el dulce, no se caiga. *Recoge el dulce, que ha tirado sobre la mesa Engracia.* Está escarchado. *Le mira con amor.* ¿Te gusta, tonta? Pues límpiate, que no es para ti, que es para el Morenito. *Le guarda y saca otro del papel.* Éste es más rico, que tiene licor dentro.

Le contempla, sin atreverse a comerle, de exquisito que le parece.

LORENZA. — Pero, ¿de dónde has sacado todo eso?

LA TONTA. — *Confidencialmente, después de guardar el dulce y envolver muy bien el paquete.* ¡No se lo digas a la Superiora! He salido a la calle a llevar una carta al novio de la chica del administrador... que es de Madrid y está en la fonda

nueva... y me lo ha regalado el cocinero, que dice que ha servido una comilona en la Diputación... ¡Chica, lo que tragan los diputaos! Arroz, pollo, chuletas, merluza, jamón en dulce, queso... Todo porque ha venido un señorón que dicen que es ministro, y que le han nombrao hijo de... no sé quién, y esta mañana, pa celebrarlo, le han hecho el entierro en vida...

LORENZA. — *Muy asombrada.* ¿El entierro en vida?

LA TONTA. — A ver; le han metido en la carroza del Ayuntamiento y le han llevao en procesión por las calles, y han puesto en la pared una lápida, con su nombre en letras dorás, igualito que las del cementerio, y le han colgao coronas y ha ido to el mundo de ropa negra y bimba: ¡los diputaos, los del Ayuntamiento, los del Instituto... y el gobernador... y el señor obispo!... Y luego, se conoce que pa que se le pase el susto, le han dao el banquete, y luego una corrida de toros sólo pa él, que ahora están en la plaza... Oye, que torea Juan de Dios, el de aquí...

ENGRACIA. — *Levantándose y acercándose a ellas rápidamente.* ¿Juan de Dios?

LA TONTA. — *Sacando de la faltriquera un programa de toros arrugadísimo.* Míralo, ahí lo dice.

Engracia y Lorenza cogen el programa y leen con interés.

ENGRACIA. — Plaza de...

LORENZA. — Gran corrida... en honor del excelentísimo señor...

ENGRACIA. — Se lidiarán seis magníficos toros...

LORENZA. — Matadores...

LA TONTA. — *Muy satisfecha.* ¡Ahí!

ENGRACIA. — Sobresaliente: Juan de Dios García, alias *el Chico de las Monjas.*

LORENZA. — *Con asombro.* ¿El Chico de las Monjas le han puesto?

LA TONTA. — ¡Lo ha mandado poner él; dice que pa que vean que no le da vergüenza de ser inclusero!

ENGRACIA. — *Con envidia.* ¡Dichoso él, que puede refregarles el nombre por la cara a todos los que se hayan dado el gusto de insultarle llamándoselo. ¡Inclusero! Puede que esté su padre esta tarde en la plaza viéndole matar... y que sea de los de la bimba... y la comilona... y la ropa negra... ¡Inclusero!... Engracia, la Inclusera, me tengo que llamar yo también, si algún día llego a ser lo que quiero... y alguno de los de la bimba me tiene que pagar, pero muy cara, la vergüenza del mote. ¡Inclusera... inclusera!

Dice todo esto mordiendo las palabras. Se oye ruido de disputa en el patio: la voz atiplada de un hombre medio borracho, la voz indignada de un muchacho, el llanto desesperado de un niño; suena una bofetada.

EL MORENITO. — *Llorando.* ¡Ay, ay, ay!

VICENTE. — *Con indignación.* ¿Usted qué tiene que pegar a una criatura?

POLICARPO. — Le pego porque me da la realísima gana, ¿estamos? ¡Toma, para que aprendas a reirte de mí!

Suena la bofetada.

EL MORENITO. — ¡Ay, ay, ay!

ENGRACIA. — ¿Qué pasa?

Se precipitan las tres a la puerta.

LORENZA. — ¡Es el maestro sastre, que está pegando a un chico!

Aparecen forcejeando, en el fondo del patio, POLICARPO, el Jorobeta, hombre desmedrado y degenerado, con cara de borracho y ademanes de mico; VICENTE, hospiciano de diez y seis años, y EL MORENITO, chiquillo de doce, pero que representa muchos menos, paliducho y raquítico.

LA TONTA. — ¡Ay, si es el Morenito! *Con desconsuelo.* ¡Morenito, Morenito, ven aquí!

VICENTE. — *Con ira.* ¡Y yo a usted le abro la cabeza, porque se me antoja!

POLICARPO. — ¡Tú a mí! ¡Je, je, je!

VICENTE. — Yo a usted... Suelte usted a ese chico... ¡que le suelte usted!

Forcejean.

EL MORENITO. — ¡Ay, ay, ay!

VICENTE. — ¡Que le suelte usted, digo!

De un empujón violento, Vicente envía rodando a Policarpo, que viene a caer en la misma puerta de la cocina. El Morenito se escapa y viene a refugiarse entre las faldas de la Tonta, que le acoge con amor y le tapa la boca con el dulce para que deje de llorar.

POLICARPO. — *Levantándose con trabajo y hablando como si escupiese.* ¡Canalla! ¡Inclusero!

VICENTE. — ¡Vuelva usted por otra! ¡Con un pobre chiquillo se atreverá usted, que con un hombre, no!

POLICARPO. — Con él y contigo, y con todos los que estáis aquí, hijos de mala madre y peor padre...

VICENTE. — *Con ira.* ¡Vuelva usted a decir eso!

POLICARPO. — *Con mala sangre.* ¡Cuando me dé la gana!

VICENTE. — Vuelva usted a decir eso, y le ahogo.

POLICARPO. — ¡Je, je, je!... ¿te pica? Pues, hijo, es la verdad... ¡Hijos de...!

VICENTE. — *Arrojándose sobre él y cogiéndole del cuello.* ¡Ah!

ENGRACIA. — *Con ira.* ¡Ahógale, Vicente; ahógale!

Lorenza y la Tonta se precipitan a separarlos

LORENZA. — ¡Vicente, Vicente!

LA TONTA. — ¡Socorro, socorro!

ENGRACIA. — *Delirante.* ¡Ahógale!

LORENZA. — ¡Calla, tú!

El Morenito come su dulce y mira tranquilamente, como si no le importase nada, pero solloza de cuando en cuando, sin dejar de comer. Entra SOR GRACIA: tiene en este acto setenta años; es una viejecita viva y risueña, aunque anda apoyándose en un bastón y tiene reúma y gasta lentes. Habla con gracejo generalmente, pero en ocasiones se enfada y en otras se exalta.

SOR GRACIA. — *Entrando.* ¿Qué pasa aquí?

LORENZA. — ¡Sor Gracia!

SOR GRACIA. — ¿Qué gritos son éstos? *Viendo a los que están enzarzados, con autoridad.* ¡Policarpo! ¡Vicente! *Los dos se separan.* Apartaos vosotras. *Lorenza, Engracia y la Tonta se quedan a un lado con la cabeza baja.* ¿Qué es ello?

EL MORENITO. — *Al sentirse definitivamente protegido por la monja rompe a llorar de nuevo.* ¡Ay, ay, ay! ¡Me ha pegao! ¡Me ha pegao!

Policarpo y Vicente, ante la interrogación de la monja, que les mira fijamente, hablan los dos a un tiempo, con ira los dos.

VICENTE. — ¡Este cobarde, que estaba dando de bofetadas a esa criatura!...

POLICARPO. — ¡Este granuja, que me ha querido ahogar!

EL MORENITO. — ¡Ay, ay, ay!

SOR GRACIA. — *Con un poco de impaciencia, porque no los entiende.* ¡Calla tú! *Al Morenito. Dando en el suelo con el bastón.* ¡Silencio! *Todos se callan y ella se encara con Policarpo.* ¿Qué motivos le ha podido dar un niño para que le maltrate de ese modo? ¡Conteste!

POLICARPO. — *Hosco.* El motivo que dan todos, todos los días. ¡No trabajar, y encima reirse de uno en sus propias barbas!

EL MORENITO. — *Con atrevimiento.* ¡Es que quiere que cosa con la aguja sin punta!

POLICARPO. — ¡Es que tú le has roto la punta para no coser!

EL MORENITO. — *A Sor Gracia.* ¡Diga usted que es mentira! Que me la ha dado él rota para que no cosa, y encima pegarme, *Con rabieta.* porque me tiene rabia... porque dice que yo le he sacao el mote... y no se le he sacao... y además que no es mote... que es verdá, y que to el mundo se lo llama... sí, sí, sí... *Escondiéndose detrás de la Tonta.* las Hermanas también... Policarpo, el Jorobeta, el Jorobeta, el Jorobeta.

Pataleando.

POLICARPO. — *Tirándose a él.* ¡Mira que te retuerzo el pescuezo!

SOR GRACIA. — *Poniendo el palo en medio.* ¡Chist! *Con fingida severidad, porque la coragina del chico le da gana de reir.* ¿Qué es eso, Morenito? ¿Cómo se entiende? Anda ahora mismo a ponerte de cara a la pared, para que aprendas a no faltar al respeto a los mayores. ¡Digo con el niño! ¡A ver si te encierro en el sótano y te comen las ratas!

EL MORENITO. — ¡Ay, ay, ay!

SOR GRACIA. — *Volviéndose al sastre.* Y a usted, señor maestro sastre, ya le he dicho mil veces que a los chicos no se les pega.

POLICARPO. — Les daré confites.

SOR GRACIA. — Cuando hagan algo malo, viene a darme las quejas a mí, y yo castigaré a quien lo merezca.

POLICARPO. — ¡Usté, y toas las Hermanas lo mismo, lo que hacen es darlos alas pa que se salgan siempre con la suya! Apañao andaría el taller si uno no se tomara la justicia por su mano.

SOR GRACIA. — Cuatro talleres más hay en la casa, y no necesita ningún maestro maltratar a los chicos para tener orden.

POLICARPO. — ¡Será que tengan más maña que yo!

SOR GRACIA. — ¡O menos afición al aguardiente!

POLICARPO. — ¡Ya salió el aguardiente!

SOR GRACIA. — Amigo, si no entrara, no saldría. *Haciendo el gesto de empinar.* ¡Canastos con el hombre!

POLICARPO. — ¡Canastos con la vieja!

SOR GRACIA. — *Muy quemada.* ¿Qué dice? ¡Insolente!

POLICARPO. — *Insolente.* Que en lo que yo hago en mi taller no se tiene que meter nadie, ¿estamos? Que yo no soy criado de las monjas, sino empleado de la Diputación, ¿estamos?

SOR GRACIA. — *Con calma.* ¡Ja, ja, ja! ¿Y usted no ha oído decir nunca que un empleado de la Diputación se quedó sin empleo?

POLICARPO.— *Entre dientes.* ¡Tiene uno sus aldabas, pa que usted lo sepa!

SOR GRACIA. — ¡Y una las suyas, para que usted se entere! ¡Vuelva usted a poner la mano encima a un chico, y veremos quién es más influyente: el tío tabernero que usted tiene, o las sayas de monja que yo gasto! ¡Je! ¡Y quítese pronto de mi vista!

POLICARPO. — *Refunfuñando.* No; si ahora va a ser moda el tratar a los chicos de la Inclusa lo mismo que si fueran hijos de algún duque...

SOR GRACIA. — ¡Son hijos de Dios, que es un poco más!

POLICARPO. — *Acercándose al Morenito.* ¡Anda tú palante!

EL MORENITO. — *Con susto.* ¡Ay, ay, ay!

SOR GRACIA. — *Tranquilamente.* No, señor; no se va... se queda aquí conmigo.

POLICARPO. — *Con burla de mala sangre.* ¿Le pensará usté de enseñar el oficio?

SOR GRACIA. — *Con desgarro.* ¡Eso a usted no le importa!

POLICARPO. — *Marchándose. Con rabia, desde la puerta, como si escupiera.* ¡Las mujeres a la cocina!

SOR GRACIA. — *Con toda calma y sonriendo.* Eso es... y los hombres a la taberna. Ya tenemos repartido el mundo. *Volviéndose a Vicente, que sigue en un rincón.* Y tú, ¿qué haces aquí?

VICENTE. — *Con un poco de confusión, pero queriendo dar a lo que dice aspecto de naturalidad.* Pues, nada, que pasaba por el patio...

SOR GRACIA. — *Con severidad.* ¡Eso es lo que pregunto, precisamente! ¿Cómo pasabas tú a estas horas por el patio del taller de sastre, que no está en tu departamento? ¿Quién te ha dado permiso para entrar? ¿Quién te ha abierto la puerta?

POLICARPO. — *Asomando la cabeza por la puerta, con mala sangre.* No le hace falta que se la abra nadie, que para

eso tiene él una ganzúa, lo mismo que un ladrón. ¡Je, je, je!

Policarpo sale corriendo.

VICENTE. — ¡Maldita sea!

Quiere salir, persiguiendo a Policarpo.

SOR GRACIA. — *Con autoridad.* ¡Quieto! *Vicente se detiene y se queda con la cabeza baja.* ¡Una ganzúa, tú! ¿Es verdad?

VICENTE. — *Humildemente.* Sí, señora.

SOR GRACIA. — *Secamente.* ¡Venga!

VICENTE. — Tome usted.

Le da una ganzúa que saca del bolsillo.

SOR GRACIA. — *Tomándola.* ¡Una ganzúa! ¿Para qué tienes tú una ganzúa? ¡Responde! *Vicente no responde.* ¡Ah... vamos! Ya comprendo... Cruzabas el patio del taller de sastre para poder entrar en el departamento de las chicas... *Vicente sigue con la cabeza baja sin responder.* ¡Noviajo tenemos! ¡Responde! ¿A quién ibas a ver? ¡No me sofoques más, Vicente, que te va a costar caro! ¿A quién ibas a ver? *Vicente no responde. Sor Gracia mira a las chicas, que están un poco desconcertadas.* ¡Milagrito será que todo esto no sea cosa tuya, Engracia!

ENGRACIA. — *Con aceleramiento y sinceridad.* ¡No, señora... no me iba a ver a mí; no, señora!

SOR GRACIA. — *Mirándola fijamente.* ¡A ti, no!... pero sabes a quién... ¡En la cara os conozco a las tres que lo sabéis todas... tú, Lorenza... tú, Tonta... vamos, pronto!

Las tres chicas bajan la cabeza y no responden. Sor Gracia hace un gesto de impaciencia y da con el palo en el suelo.

EL MORENITO. — *Desde su rincón.* La Tonta no lo dice pa que luego Vicente la convide a una copa de anís del mono. *Vicente mira al chiquillo como si quisiera anonadarle; pero él continúa impertérrito.* Pero sí que lo sabe, porque es la que le lleva las cartas a la Paca...

SOR GRACIA. — *Mirando a Vicente.* ¿A qué Paca?

Vicente no responde.

EL MORENITO. — *Muy decidido.* ¡A la Paquita, la que está en el horno, que es la novia de éste!

Señalando a Vicente.

SOR GRACIA. — Que venga la Paquita inmediatamente... ¡Y vosotras, largo de aquí! *Salen precipitadamente Engracia y Lorenza. La Tonta va a seguirlas.* No; tú quédate, Tonta, que te tengo que ajustar las cuentas. *Se sienta en uno de los bancos.* ¿Conque cartitas, eh, y copitas de anís? ¡Bonito oficio! ¡Y para eso me fío yo de ti y te dejo salir a la calle! ¡Cartitas a la Paca!...

EL MORENITO. — *Muy satisfecho.* Yo también la he llevao una un día, y me coció en el horno una rosca de pan pa mí solo...

SOR GRACIA. — *Enfadada.* ¡Cállate! ¿Sabes tú lo que se hace con los niños que cuentan lo que no se les pregunta? ¡Pues cortarles la lengua!...

EL MORENITO. — *Desconcertado.* ¡Ay, ay, ay!

SOR GRACIA. — ¡A un rincón, de rodillas, ahora mismo!

El Morenito se arrodilla, llorando, en un rincón. Aparece en la puerta de la derecha la PAQUITA. Es una chiquilla de diez y siete años, bastante bonita. Viste también de inclusera. Viene un poco sofocada, pero decidida. Se detiene en la puerta sin atreverse a entrar, y mira de reojo, primero a Sor Gracia y luego a Vicente.

SOR GRACIA. — Entra, tú. *Paquita entra, y la Tonta se queda en un rincón; poco a poco se va acercando al Morenito y se sienta en el suelo junto a él, acabando los dos por jugar a la taba.* Ahí tienes a ese. *Señalando a Vicente, con severidad.* ¿Tú sabes para qué iba a entrar con una llave falsa en el segundo patio?

PAQUITA. — *Con decisión, después de un momento de duda, viendo que es inútil negar.* Sí, señora; para hablar conmigo.

SOR GRACIA. — Menos mal que confiesas. Tienes más valor que él.

PAQUITA. — *Con enfado de amor pueril.* ¡Será porque le quiero más que él a mí!

VICENTE. — *Puerilmente dolido.* ¡No sé por qué tienes que decir eso!

PAQUITA. — ¡A ver! ¡Si es que te da vergüenza confesar que me quieres!

VICENTE. — ¡No me da vergüenza, ni tiene por qué darme! ¡Que si no he querido decir la verdad, ha sido por no comprometerte; pero de sobra sabes que te quiero yo a ti tanto como tú a mí... o más, si a mano viene!

PAQUITA. — *Sonriendo a lo zaino.* ¡Lo que es eso!

SOR GRACIA. — *Con enfado, viendo que han olvidado por completo su presencia.* ¡Vaya, hijos, arrullaos un ratito, que aquí estoy yo! ¡No me faltaba más!

VICENTE. — Usted dispense... es que ésta...

SOR GRACIA. — ¡Ésta y éste! ¡Valiente par de pies para un banco! *Se levanta con trabajo por el reúma. Paquita va a ayudarla.* ¡Deja, deja! *Con mal humor de vieja, que no quiere reconocer que le cuesta trabajo levantarse.* ¡Me gusta la frescura! El ángel de Dios *Por Vicente.* confiesa, con toda calma, que ha hecho una ganzúa, y la niña confiesa, con toda tranquilidàd, que es para hablar con ella de escondite, y en vez de arrepentirse y pedir perdón...

PAQUITA. — *Interrumpiendo.* ¡El quererse no es ningún pecado!

SOR GRACIA. — ¡Pero hacer una llave falsa no es ninguna virtud, me parece!

VICENTE. — Yo, de sobra sabe ella que no quería hacerla...

PAQUITA. — ¡Porque eres un gallina que todo te da miedo!

SOR GRACIA. — *Dando en el suelo con el palo.* ¡Canastos con el par de criaturas! ¿A ver si voy a poder hablar yo?

VICENTE. — Sí, señora.

SOR GRACIA. — ¡Tantísimas gracias! Vamos a ver: ¿desde cuándo os tenéis ese... cariñazo?

VICENTE. — Pues desde el día de Santiago, que era el santo del administrador, y ésta fué con la Tonta a servir

la mesa; yo entré a componer la cerradura del aparador, y hablamos, y le dije...

SOR GRACIA. — ¡Me lo figuro... y ella te contestó!

PAQUITA. — *Muy digna.* No, señora, que no le contesté hasta la víspera de la Virgen de Agosto, que estaba yo en el horno con la Tonta, cociendo el pan, y entró él a partir leña, y le dije...

VICENTE. — *Interrumpiéndole.* Me dijo que hiciera la ganzúa.

SOR GRACIA. — Bueno; y ahora, ¿qué pensáis hacer?

PAQUITA. — *Muy decidida.* ¡Pues casarnos!

SOR GRACIA. — ¡Así... de sopetón!

PAQUITA. — En cuanto que éste junte cincuenta duros para comprar los trastos.

SOR GRACIA. — *Con enfado.* ¡Eso es! ¿Y luego?

PAQUITA. — Pues luego... a pasar hambre ya estamos enseñaos... ¡Si la pasamos juntos, eso vamos ganando!

VICENTE. — *Ofendido.* ¡No sé qué tienes que decir que vas a pasar hambre, que de sobra sabes que estando yo contigo no la vas a pasar!... Que tengo manos para trabajar, aunque me esté mal el decirlo, y sé mi oficio como el primero, y para ganarme cinco pesetas en cualquier taller no se me pone nada por delante, y ya las estaría ganando y tendría los cincuenta duros ahorraos, y más, si a mano viene, si no fuera porque...

SOR GRACIA. — *Interrumpiéndole.* ¡Esa es la solución! Mañana mismo se te busca trabajo y alojamiento...

PAQUITA. — *Interrumpiendo.* ¿Fuera de aquí?

SOR GRACIA. — *Con calma.* Naturalmente; no me conviene tener dentro de casa un cerrajero tan... habilidoso.

VICENTE. — *A Paquita.* ¡Eso es lo que te estoy diciendo siempre!

PAQUITA. — *Muy enfadada.* ¿Fuera de aquí? Ya lo creo que ahorrarás los cincuenta duros, y te los gastarás con quien te convenga...

VICENTE. — Pero, ¿pa qué quiero ganar un jornal más que pa mantenerte?

PAQUITA. — Eso lo dices ahora...

VICENTE. — Ahora y siempre... ¡Por éstas!

SOR GRACIA. — *Enfadadísima.* ¡Cómo se entiende... jurar! ¡Basta! *A Paquita.* Tú, ahora mismo al horno. *A Vicente.* Y tú a tu obligación... volandito... Mañana hablaré yo con el señor administrador, y se acabó la historia.

VICENTE. — *Con humildad.* No le diga usted lo de la ganzúa...

SOR GRACIA. — *Fingiendo enojo.* Le diré lo que me parezca, ¡no faltaría más! Andando. *Vicente y Paquita se miran.* ¡Andando, he dicho!

VICENTE. — *Humildemente.* Sí, señora. *Echa a andar y se para un momento.* Adiós, tú.

Sale por el patio.

PAQUITA. — *Echando a andar, sin dignarse contestarle.* ¡Nos hemos fastidiao! Pa una satisfacción que tenía una en el mundo...

Va a salir y tropieza con SOR DIONISIA, que vuelve.

SOR DIONISIA — *Al verla.* Pero, ¿dónde te has metido? Se está pasando el horno... *Viendo a Sor Gracia.* ¡Ah!, perdone, Sor Gracia.

SOR GRACIA. — No hay por qué.

SOR DIONISIA. — Con su licencia, vamos a calar la sopa.

Entran, detrás de Sor Dionisia, ENGRACIA y LORENZA, llevando un cesto con grandes pedazos de pan.

SOR GRACIA. — Pasen, pasen.

Engracia y Lorenza pasan, dejan el cesto sobre una mesa y se reunen con Sor Dionisia en el fondo de la cocina, en derredor de las marmitas, suponiéndose que calan la sopa.

SOR GRACIA. — *Se sienta en un banco, y santiguándose, reza en voz muy baja un Padrenuestro, al terminar el cual saca una piedrecilla de la faltriquera y la tira al patio.* ¡Ea... el primer Padrenuestro que he podido rezar en todo el día! *Coge la*

cruz del rosario y la mira con amor sonriente ¡Ay, dulce Jesús mío... poca conversación tenemos tiempo de gastar Tú y yo! Verdad que somos matrimonio viejo y estamos bien seguros uno de otro. *Besa la cruz sencilla, pero entrañablemente, y de pronto se acuerda de algo y dice vivamente a Sor Dionisia.* Sor Dionisia, ¿han traído el pimentón?

SOR DIONISIA. — *Dejando las ollas al cuidado de las chicas y acercándose.* No, señora.

SOR GRACIA. — ¿No mandó a buscarle otra vez?

SOR DIONISIA. — Fué servidora misma, con la Tonta, a la tienda.

SOR GRACIA. — *Con asombro.* ¿Y no se le dieron?

SOR DIONISIA. — *Con vergüenza.* Dice el hombre que si fuera para un particular... o para las Hermanas, no tendría inconveniente en darle fiado; pero que a la Diputación no le fía, porque le debe ya catorce sacos, y está seguro de que no le pagan...

SOR GRACIA. — *Suspirando.* ¡Todo sea por Dios! *Preguntando con un poco de temor.* Y la harina, ¿llegó?

SOR DIONISIA. — Sí, señora; ayer tarde...

SOR GRACIA. — ¡Menos mal!

SOR DIONISIA. — Pero no hay quien amase con ella: la mitad es centeno y la mitad salvado. *Cogiendo del cesto un pedazo de pan negro.* Mire qué pan sale.

SOR GRACIA. — *Con horror.* ¡Jesús!

SOR DIONISIA. — *Bajando la voz.* ¡Hasta cucarachas vienen en los sacos!

SOR GRACIA. — *Excitándose.* ¡Pues hay que devolverla inmediatamente!

SOR DIONISIA. — *Con resignación.* ¡Ay, Sor! Ya se devolvió la otra vez y no sirvió de nada. ¿No ve que el contratista es concejal y cuñado del cacique, por si era poco?

SOR GRACIA. — ¡Ahora mismo voy yo a la Diputación... y me oyen, vaya si me oyen! Tonta, mi manto, y ven conmigo.

La Tonta se levanta apresuradamente y se dispone a salir.

SOR DIONISIA. — No encontrará a nadie. Estarán en los toros.

SOR GRACIA. — Es verdad... Déjalo... *Suspira.*

La Tonta vuelve a quedarse en su rincón.

LORENZA. — Ya está la sopa. *Bajando a primer término y acercándose a una cuerda de campana que cuelga junto a la puerta del patio.* ¿Toco para que vengan a cenar?

SOR DIONISIA. — *A Sor Gracia.* Si le parece, Sor, esperaremos a que vuelvan los que han ido a tocar a la plaza.

SOR GRACIA. — *Nerviosa.* Sí... espere... espere... *Engracia y Lorenza se quedan apoyadas en el quicio del portón del patio, mirando hacia fuera.* ¡A tocar a la plaza!... *Se sienta en el banco, y el Morenito se tira en el suelo a sus pies.* ¡No me gusta que vayan!... Volverán como siempre... excitados... imposibles...

SOR DIONISIA. — *Que está en pie, inmóvil, junto al fogón.* ¡Y hoy que torea el otro!

ENGRACIA. — *A Lorenza.* ¡Y poco guapo que estará y poco orgulloso con su traje de luces!

SOR DIONISIA. — *A Engracia.* Anda, coge el cesto... *A Lorenza.* Y tú, a repartir el pan en el comedor de pequeños. *Engracia y Lorenza cogen un cesto y salen por la puerta de primer término.* Tonta, tú ven conmigo al de las chicas.

Salen la Tonta y Sor Dionisia, con otro cesto, por la puerta de segundo término. Sor Gracia, sentada en un banco, inmóvil, pero nerviosa, reza en voz baja.

EL MORENITO. — *Cogiéndose al rosario de la monja y mirándola un rato antes de hablar.* ¿Está usted rezando? *Sor Gracia asiente con una sonrisa, pero sin hablar.* ¿Pa que salga con bien Juan de Dios? *La monja vuelve a sonreir sin contestar. El Morenito, después de mirarla y vacilar un momento, se decide a hacerle una pregunta que a él le parece de la mayor importancia.* Oiga usté... ¿hay algún santo que haya sido torero?

Se oye fuera gran ruido de voces, vivas, etc. Al ruido vuelven a salir SOR DIONISIA, la TONTA, ENGRACIA, LORENZA y otras cuantas chicas más que estaban en los comedores.

GRITOS EN EL PATIO. — ¡Viva Juan de Dios!

OTROS. — ¡Viva!

OTROS. — ¡Olé por el Chico de las Monjas!

Aplausos y vivas.

JUAN DE DIOS. — *En el patio.* ¿Dónde está mi madre?

VOCES. — ¡Por aquí, por aquí!

SOR GRACIA. — ¿Qué es esto? ¿Quién alborota? Vaya a ver, Sor Dionisia.

Sor Dionisia, Engracia y la Tonta se han acercado a la puerta del patio.

JUAN DE DIOS. — *En la puerta del patio.* ¿Dónde está? *Con emoción y alegría.* ¡Madre! ¡Madre!

SOR DIONISIA. — *Con emoción contenida.* ¡Es Juan de Dios!

LORENZA, LA TONTA, ENGRACIA — *En diferentes tonos.* ¡Juan de Dios, Juan de Dios!

Entra JUAN DE DIOS; es un chico de apenas veinte años, simpático, vestido con traje de luces un poco deslucido, porque lo ha alquilado para la primera corrida.

JUAN DE DIOS. — *Entrando.* Sor Gracia... Madre... ¿dónde está usted?

Corre a arrodillarse a los pies de la monja, y la abraza por la cintura.

SOR GRACIA. — *Rechazándole con amor y sorpresa.* ¡Pero... quita!...

JUAN DE DIOS. — *Sin levantarse.* Vengo a que me dé usté la enhorabuena...

SOR GRACIA. — Juan de Dios... hijo... levanta...

JUAN DE DIOS. — *Levantándose y quedándose medio sentado en el banco, a su lado, sosteniéndola.* ¿Qué le pasa a usté? ¿Está usté mala?

SOR GRACIA. — *Sonriendo.* No... no...

EL MORENITO. — *Con envidia, cogiéndose más a las faldas de la monja.* ¡Madre! ¡Madre!

LAS CHICAS. — ¡Ay, qué traje! ¡Ay, qué guapo está!

JUAN DE DIOS. — No nos quería dejar entrar el conserje, y a poco le echamos las puertas abajo. *Se ríe.* ¡No falta-

ría más, sino que le cerraran a uno la puerta de su casa en un día como éste!

Algunos chicos incluseros, de los que venían detrás de Juan de Dios, entran en la cocina; salen también otros del comedor, la demás gente que le acompañaba, se agrupa en la puerta del patio, y todos gritan aclamándole.

VOCES. – ¡Viva el Chico de las Monjas! ¡Viva!

JUAN DE DIOS. — *Con alegría delirante.* ¿Oye usté lo que dicen? ¡Viva el Chico de las Monjas! ¡El Chico de las Monjas! En la plaza es donde había que oirlo... ¡Me han tirao puros... me han tirao sombreros!... ¡Toas las señoritingas de los palcos se ponían de pie pa aplaudirme!... ¡Y dentro de ná, me aplaudirá toa España, y me querrá toa España, y será toa España pa el Chico de las Monjas! Pa mí, pa mí, que no he tenío padre, que no he tenío honra, que he pasao miseria... ¡Madre, lo que yo tengo soñao con este día!... ¡Si usté me llega a ver! ¡He quedao como los mismos ángeles!

SOR GRACIA. — *Escandalizada.* No digas eso...

JUAN DE DIOS. — *Muy serio.* ¡Por éstas! *Marca la faena, coreado por los olés del público.* Llego con la izquierda... uno natural... por alto... uno de pecho... cuatro naturales sin enmendarme... uno en redondo... otro de rodillas, tocando en el pitón pa rematar... ¡El delirio!

TODOS. — ¡Olé, olé!

JUAN DE DIOS. — ¡Y que me ha dao una rabia que no estuviera usté en la plaza, con su mantilla blanca, pa brindarla a usté el toro!

Todos se ríen.

SOR GRACIA. — ¡Calla, calla, hereje!

JUAN DE DIOS. — Pero la traigo a usté un regalo. Trae, tú. *A uno de sus acompañantes, que le da un objeto cuidadosamente liado en un pañuelo de seda.* Tome usté, que usté es la que más se lo merece. *Sor Gracia vacila antes de tomarlo.* Tome usté.

Sor Gracia desenvuelve el paquete, mientras Sor Dionisia y las chicas se inclinan a mirarlo; es una oreja de toro aún con sangre.

SOR GRACIA. — ¡Jesús... qué es ésto!

SOR DIONISIA. — *Con inocencia.* ¡Una oreja de vaca!

JUAN DE DIOS. — *Ofendido.* ¡Cómo de vaca!, de toro, señora; del toro que he matao, que me la han dao, pa que usté se entere...

VOCES. — ¡Viva, viva, viva!

JUAN DE DIOS. — *A Sor Gracia.* Y que la querían lo menos cincuenta amigos pa quedarse con ella de recuerdo; pero es pa usté, pa usté, pa que la cuelgue usté en la habitación, y la tenga a usté envidia to el que entre.

SOR GRACIA. — Gracias, hijo.

No sabe qué hacer con el regalo, pero la Engracia le coge y le vuelve a envolver cuidadosamente.

JUAN DE DIOS. — Mire usté qué alfiler de corbata me ha tirao el ministro... Alégrese usté... y usté, Sor Dionisia... y vosotros *A los chicos que han entrado.* y vosotras *A las chicas.* que toa la gloria de hoy es pa la Inclusa...

LOS CHICOS Y LAS CHICAS. — *Con entusiasmo.* ¡Eso!

JUAN DE DIOS. — ¡Ríase usté, madre!... *Con orgullo, pasando un brazo por encima de los hombros a Sor Gracia y mirando hacia el patio.* Porque ésta es mi madre... ésta, ésta, ésta... La otra me echó al torno y ésta me recogió, ésta me ha criao, ésta me ha querido. ¡Viva mi madre, que no quiero otra!

TODOS. — *Con entusiasmo y emoción.* ¡Viva, viva!

SOR GRACIA. — *Levantándose con emoción.* ¡Calla, calla... callen!...

JUAN DE DIOS. — *Sin dejarla.* ¿Pero entoavía tiene usté la cara seria? ¿Entoavía no se alegra usté de que sea torero? ¡Amos! Mirarla... ¿Pues no estaba empeñá en que había de seguir yo siendo ebanista... pa toa la vida?

SOR GRACIA. — ¿Y si te mata un toro, hijo?

JUAN DE DIOS. — Pues si me mata un toro después de haber quedao como es debido, llevaré un entierro mejor que el de un ministro...

SOR GRACIA. — ¡Jesús mío!

JUAN DE DIOS. — Y entre tanto y no, pues me doy buena vida y habla de mí to el mundo, y se vuelven locas por mí toas las mujeres y tengo dinero... Voy a ser rico, ¿no lo sabe usté? Porque hoy he toreao de balde, porque era el primer día; pero como he quedao como he quedao, pa el domingo que viene me ofrecen mil pesetas... ¡Mil pesetas! *Sensación y comentario en voz baja y apasionada de toda la grey inclusera al oír la cifra. — Con arranque simpático.* Quinientas pa usté... Pa que Sor Dionisia le dé guisao a toda la familia... ¡Alegraos, chicas, que el domingo que viene vais a comer carne!

CHICOS Y CHICAS. — ¡Viva Juan de Dios! ¡Viva!

JUAN DE DIOS. — Bueno; me voy, que me están esperando... Venga usté hasta la puerta pa que la vea a usté conmigo to el mundo que está ahí fuera...

SOR GRACIA. — Pero, hijo... tú estás loco.

JUAN DE DIOS. — Venga usté... hágame usté el favor... ¡Mire usté que es el día más feliz de mi vida! ¡Adiós todos!

ENGRACIA. — *Acercándose.* Que sea enhorabuena, Juan de Dios.

Sor Dionisia se acerca a la puerta, mientras salen Sor Gracia, Juan de Dios y los acompañantes; se oyen las voces y los vivas de los que se alejan.

VOCES. — *Alejándose.* ¡Viva Juan de Dios! ¡Olé por el Chico de las Monjas!

SOR DIONISIA. — *A las chicas que se agrupan a la puerta.* Vamos, vamos, cada una a su puesto *A las chicas que han salido del comedor.* a vuestro refectorio... y vosotras *A Engracia y Lorenza.* a repartir. *Engracia no se mueve.* ¿Qué haces ahí, alelada? ¿Es que también quieres tú ser torera? Toca la campana. *Engracia se acerca a la puerta y toca la campana.* ¿Qué haces tú ahí? *Al Morenito que está en un rincón.* Siéntate en tu puesto.

EL MORENITO. — *Con envidia de chico mimoso.* ¡Yo también soy el Chico de las Monjas!

Se sienta en el rincón de una de las mesas. Van entrando en la cocina, por el patio, los chicos mayores; en los comedores también se oye ruido de chicos y chicas, que se supone han entrado por los patios interiores. Los chicos que entran, mientras se van sentando, hablan y se mueven con excitación. Como tienen que sentarse pasando por encima de los bancos, se empujan unos a otros, se caen, alguno rueda debajo de la mesa, etc.

CHICO PRIMERO. — ¡Aparta!
CHICO SEGUNDO. — ¡Aparta tú!
CHICO TERCERO. — ¡Déjame!
CHICO PRIMERO. — ¡Este es mi sitio!
SOR DIONISIA. — *Dando con el cucharón en la barandilla.* Vamos, vamos, orden, silencio. ¡Colocarse pronto!
CHICO SEGUNDO. — ¡Bien orgulloso va!
FELIPE. — Porque puede. ¡Va a quitar más moños y a ganar más millones... !
CHICO PRIMERO. — ¡Eso lo veremos!
FELIPE. — *Con exaltación.* ¡Ya está visto, señor!
CHICO SEGUNDO. — Y que lo digas. ¡Ha estao hecho un fenómeno!
CHICO PRIMERO. — ¡No tanto!
FELIPE. — ¿No? Pues a ver quién da el último pase como lo ha dao él. *Se levanta y explica el pase gráficamente.* ¡A ver!
VARIOS. — ¡Olé, olé, olé!
SOR DIONISIA. — ¡Silencio!
CHICO PRIMERO. — Pues que dé muchos, y veremos lo que tarda en quedarse colgao en las astas del toro.
FELIPE. — ¡Quedaban!
CHICO PRIMERO. — ¡Te digo yo que es un suicida!
CHICO SEGUNDO. — ¡Te digo yo que es un valiente!
CHICO PRIMERO. — ¡Eso no es torear!
FELIPE. — ¡Eso es tener honra!

CHICO TERCERO. — ¡Y ser un hombre!

CHICO SEGUNDO. — ¡Ele!

CHICO PRIMERO. — ¡Fuera!

SOR DIONISIA. — *Desesperada.* ¡Vamos, vamos, vamos... a sentarse, a callar, que se enfría la sopa!

CHICO TERCERO.—¡Tú no entiendes de toros ni patata!

CHICO SEGUNDO. — ¡Más que tú!

SOR DIONISIA. — ¡Silencio! Vamos... En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Se santigua y las chicas también; algunos de los chicos se santiguan de prisa y corriendo. Otros siguen hablando.

CHICO PRIMERO. — ¡Te apuesto lo que quieras a que ha entrao a matar antes de tiempo!

SOR DIONISIA. — ¡Silencio! *Reza en voz alta, y los chicos siguen el rezo de mala gana y arrastrando las sílabas.* Bendecid, Señor, el alimento que vamos a tomar. No nos dejéis caer en la sensualidad. Sed Vos mismo, por vuestra gracia, el alimento eterno de nuestras almas. Amén.

LOS CHICOS. — *Apresuradamente, por volver a hablar.* Amén, amén, amén.

Durante la oración, Lorenza, Engracia y la Tonta han ido repartiendo la sopa; dos llevan la marmita y una reparte. Los chicos, excitados, cuando acaban la oración, la toman con las refitoleras.

SOR DIONISIA. — ¡Cuidado esa marmita!

ENGRACIA. — *A un chico que le da un achuchón disimulado.* Oye, tú, las manos quietas.

CHICO TERCERO. — ¿Yo?

ENGRACIA. — Sí, tú...

CHICO TERCERO. — ¡Pero tú ves visiones, chica!

CHICO PRIMERO. — Pues no está poco tonta la refitolera. ¡Ja, ja, ja!

ENGRACIA. — ¡Estúpido!

CHICO TERCERO. — ¡Qué más quisieras tú!

SOR DIONISIA. — ¿Qué es eso? ¡A callar he dicho!

CHICO SEGUNDO. — ¡A ver mi pan!

CHICO TERCERO. — ¡Me han cambiao la cuchara!

EL MORENITO. — ¡Ay, ay, ay, me quitan mi vaso!

SOR DIONISIA. — ¿Queréis empezar a comer, sí o no?

FELIPE. — *Metiendo la cuchara en la sopa.* Pero, ¿qué sopa es ésta?

CHICO PRIMERO. — *Metiendo la cuchara en la sopa.* ¡No tiene pimentón!

VARIOS. — *Con rumor de protesta.* ¡No tiene pimentón! ¡No tiene pimentón!

SOR DIONISIA. — *Con mansedumbre, como si quisiera pedirles perdón.* ¡Hijos!, ¿qué más os da?

FELIPE. — *Levantándose.* ¡Yo no la como!

TODOS. — *Levantándose, con terquedad y escándalo.* ¡Ni yo! ¡Ni yo! ¡Ni yo!

El Morenito no dice nada, y come en un rincón con toda calma.

SOR DIONISIA. — *Con angustia.* ¡Pero, hijos... si no hay otra cosa... comedla... por el amor de Dios!

FELIPE — *Poniéndose de pie sobre el banco.* ¡No nos da la gana! ¡Ya está uno harto de comer engrudo, por el amor de Dios!

Todos se han puesto en pie, y gritan.

TODOS. — *En diferentes tonos.* ¡Es verdad! ¡Tiene razón! ¡Es verdad!

SOR DIONISIA. — ¡Hijos, hijos, hijos!

FELIPE. — ¡Aquí, pa to sacan el Cristo del amor de Dios!

TODOS. — ¡Tié razón!

FELIPE. — En cuanto que le quieren coger a uno de primo.

TODOS. — ¡Eso! ¡Muy bien dicho!

SOR DIONISIA. — Callad, hijos, callad... porque os lo pido yo... Tenéis razón, pero comed... ¿qué adelantáis con marcharos a la cama con hambre?... Mañana habrá

otra cosa... sed buenos... tened resignación... sentaos, comed... hacedme caso, hijos.

Algunos hacen ademán de sentarse y empezar a comer.

FELIPE. — ¡El que meta la cuchara en el plato es un gallina!

SOR DIONISIA. — ¡Calla tú!

FELIPE. — ¡No quiero callar, ea! ¡Un gallina, un cobarde!

TODOS. — *Se levantan gritando.* ¡No, no!

SOR DIONISIA. — *Desesperada.* ¡Sentaos, sentaos!

FELIPE. — ¡El que vuelva a sentarse a la mesa no tiene vergüenza!

Gran rumor de los chicos, que se quedan en pie y hacen ruido en las mesas y en los bancos.

SOR DIONISIA. — *Con energía, a Felipe.* ¡Haz el favor de marcharte ahora mismo!

FELIPE. — *Gritando.* ¡Ya lo creo que me voy!... ¡Pero no me voy solo! *Volviéndose a sus compañeros.* ¡Andando todos! ¡El que tenga coraje y quiera comer, que me siga!

Todos se levantan y se dirigen en tumulto hacia la puerta del patio.

TODOS. — ¡Vamos, vamos, vamos!

SOR DIONISIA. — *Poniéndose delante de la puerta.* ¿Pero, dónde vais? ¿Dónde vais?

FELIPE. — ¡Donde van los hombres! ¡A buscar por las malas lo que no nos quieren dar por las buenas!

TODOS. — ¡Eso es... sí, señor... andando!

SOR DIONISIA. — *Queriendo contenerlos.* ¡No, no, no!

FELIPE. — *Con ira.* ¡Quítese usted de en medio, que le trae cuenta! Chicos, adelante. ¡Aquí nos tienen enchiqueraos lo mismo que bestias... pa que nadie nos oiga gritar, pa que nadie se acuerde de nosotros! ¡Aquí nos matan de hambre! ¡Fuera hay pan, fuera hay carne, fuera hay vino! ¡Pues a buscarlo fuera! Si hay que robar, se roba; si hay que matar, se mata...

SOR DIONISIA. — ¡Jesús! ¡Ave María! ¡Socorro!

TODOS. — ¡Eso, eso, eso!

FELIPE. — *Delirante.* ¡A la calle! ¡A la calle! ¡Que nos vean! ¡Que nos oigan! ¿Que somos la vergüenza del mundo? ¡Pues mejor! ¡A refregarle al mundo la vergüenza en su cochina cara! ¡A la calle! ¡A la calle! ¡Hemos venido al mundo lo mismo que todo el mundo; pues tenemos derecho a comer lo mismo que todo el mundo!

TODOS. — ¡Sí, sí, sí! ¡Vamos, vamos!

SOR DIONISIA. — *Luchando con ellos.* ¡Atrás, atrás!

Desesperada, se coge a la cuerda de la campana, y toca a rebato.

LAS CHICAS. — ¡Ay, ay, ay!

FELIPE. — *Mientras toca la monja la campana.* ¡Andando vosotras también! *Por las chicas.* ¡Con nosotros! ¡Todos a una! ¡La Inclusa a la calle! ¡La Inclusa a pedir lo que es suyo! ¡Paso, paso, paso!, que somos los hijos de nadie, los hijos de to el mundo. ¡Paso, paso!

Sor Dionisia sigue tocando la campana con desesperación. Aparece en la puerta SOR GRACIA.

SOR GRACIA. — *En la puerta.* ¿Qué es esto?

VOCES. — *Que casi son rumor, de chicos y chicas.* Sor Gracia... Sor Gracia... Sor Gracia...

SOR GRACIA. — Sí, sí, Sor Gracia. ¿Qué escándalo estáis armando aquí?

Todas las chicas retroceden desde luego, y algunos de los chicos también; los demás se detienen, pero hay un rumor sordo y mal contenido.

SOR DIONISIA. — ¡Ay, Sor! Se conoce que les han dado vino en la plaza y se han puesto imposibles...

SOR GRACIA. — *Con calma.* ¡Ya lo veo... ya! *Sonriendo.* ¡Revolucionario está el tiempo! *A las chicas.* ¡Vosotras también! *Encarándose con ellos.* ¿Habéis cenado ya?

SOR DIONISIA. — *Balbuceando.* No han querido...

SOR GRACIA. — *Con serenidad.* ¡Deje que hablen ellos! ¿Habéis cenado ya?

FELIPE. — *Sordamente.* A eso vamos... ¡a buscar la cena! *Volviéndose a sus compañeros.* ¿Por qué os paráis? ¡Andando!

Movimiento de todos para echar a andar.

SOR GRACIA. — *Deteniéndoles con un sencillo gesto.* ¡Chist! *A Felipe, mirándole a los ojos.* ¿A buscar la cena? ¿Dónde?

FELIPE. — *Mirando al suelo.* ¡Donde la haya!

SOR GRACIA. — ¿Y crees que por sólo ir a buscarla te la van a dar?

FELIPE. — ¡Si no la dan, se coge!

TODOS. — *Con un resto de entusiasmo.* ¡Eso es, se coge!

SOR GRACIA. — ¡Hay puertas que guardan lo que no se quiere dar, hijo!

FELIPE. — ¡Pues se echan abajo!

TODOS. — ¡Eso es... tié razón... se echan abajo!

SOR GRACIA. — *Con amor y dulzura.* ¿Pero creéis que si hubiera una puerta donde fuera posible que quisieran abrir, no hubiera yo ido a llamar a ella antes que vosotros?

FELIPE. — Es que ustedes llaman con pamplinas que no sirven pa na, y nosotros pensamos de llamar a pedradas.

UNOS CUANTOS. — ¡Eso es... a pedradas!

SOR GRACIA. — ¡Hijo, donde se llama a pedradas es posible que respondan a tiros!

FELIPE. — *Con un resto de energía nerviosa.* ¡Mejor! Más vale que lo dejen a uno seco de una vez en mitad de la calle, que no irse aquí muriendo poco a poco...

SOR GRACIA. — *Con entereza.* ¡No sabes lo que dices! *Con serenidad a los otros.* ¡Y vosotros no sabéis lo que hacéis! *Con autoridad.* ¡Esto se acabó! ¡A callar todo el mundo y a sentarse, porque yo lo mando! *Todos van callando poco a poco, pero no se deciden a obedecer.* ¡A sentarse he dicho! *Los chicos, sugestionados, van muy despacio hacia los bancos.* ¡Vamos, pronto! *Los chicos se van sentando lentamente.* ¡Tú! *A Felipe, con autoridad, mirándole muy fijo. Felipe se sienta de mala gana.* Sor Dionisia, ¿hay más sopa en la olla?

SOR DIONISIA. — *Aún un poco asustada* Sí, señora.

SOR GRACIA. — Pues vuelva a repartir, que la coman caliente. *Sor Gracia y las refitoleras reparten de nuevo, echando un cacillo en cada plato.* ¡Y callando, que no quiero castigar esta noche! *Los mira con amor, y habla suavizando un poco el tono, pero sin perder la autoridad.* ¿Vosotros os figuráis que sois los únicos que no coméis a gusto? ¡No, hijos, no! ¡Todavía hay quien es mucho más miserable que vosotros! Hay pobres para quienes un plato de esta sopa, esta noche, sería la felicidad. Vosotros dormiréis bajo techado y tendréis una manta y un jergón... hay infelices que tienen que dormir en la cuneta de un camino, sin más techo que el cielo, ni más abrigo que la escarcha que les caiga encima... Hay enfermos, hay desesperados que se van arrastrando por el mundo sin que nadie les alargue la mano, sin que nadie les quiera... vosotros tenéis casa y amor... todo el que nosotras os podemos dar... Tenéis amparo, enseñanza, doctrina... ¡Ya veis si debéis darle todavía pocas gracias a Dios!

FELIPE. — *Con apasionamiento.* ¿A Dios? ¿A Dios? ¡Mentira! ¡No hay Dios!

Rumor de espanto entre los chicos.

SOR DIONISIA. — ¡Jesús!

SOR GRACIA. — ¿Qué dices, insensato?

FELIPE. — *Sordamente.* Porque si le hubiera, ¿cómo iba a querer esto?

SOR GRACIA. — ¡Es que Dios no lo quiere! Lo han querido los hombres contra la ley de Dios. ¡Dios ha hecho hermanos a todos los hombres! ¿Qué culpa tiene de que los hombres se hayan vuelto lobos unos contra otros? El hambre no la quiere Dios; la afrenta de los que no han pecado no la quiere Dios; el desamparo de unos y la soberbia de otros no los quiere Dios... que Dios es caridad y a todos ama, y a todos por igual nos da el derecho al cielo y a la tierra!

FELIPE. — *Hoscamente.* ¡No hagáis caso, que os están

engañando otra vez con sermones! ¡Las monjas están vendidas a los ricos, porque a ellas no les falta nunca que comer, y quieren que nosotros nos traguemos la bola pa que les dejemos a todos atracarse en paz!

SOR GRACIA. — *Con energía.* ¡No os engaño: os digo la verdad, la única verdad! ¡La injusticia del mundo no la quiere Dios! La sufre... no sabemos hasta cuándo... ¡pero no la quiere!

FELIPE. — *Levantando la cabeza.* Pues a romper la crisma a los que la han querido, y eso nos tendrá Dios que agradecer.

UNOS CUANTOS CHICOS. — ¡Eso, eso!

SOR GRACIA. — ¡No, no, no! ¡La única manera de remediar el mundo malo es hacerlo bueno!

FELIPE. — ¿Y quién le va a hacer?

SOR GRACIA. — *Con apasionamiento.* ¡Vosotros!... ¡Vosotros... pero no por odio, sino por amor! ¡Vosotros... cuando seáis hombres... cuando salgáis de aquí! ¡Vosotros, que habéis sufrido la injusticia, seréis los que sepáis y queráis hacer las leyes justas! Sí, hijos, sí; el mundo es vuestro... os lo estáis ganando con hambre, con miseria, con angustia. ¡Cuando le tengáis en las manos, haced que sea lo que deba ser! ¡Dios os está mirando... Dios está esperando en vosotros! Sufrid ahora para redimir luego... Dios os ve... Dios os oye... decidle conmigo: ¡Señor, Señor, gracias por esta sopa que nos dan en tu nombre! Es poca... es mala... ¡Señor... no olvidaremos nunca el sabor de este pan... tan amargo! Y juramos, por tu santo amor, que seremos los últimos en comer de él. Decid conmigo, decid. *Los chicos repiten sorda y solemnemente.* ¡Jesús, Hijo de Dios; Cristo, hijo del hombre, por la divina sangre que por nosotros derramaste, prometemos que a costa de la última gota de la nuestra hemos de conseguir, cuando seamos hombres, que no haya más hijos abandonados, que no haya más madres que por falta de pan y de justicia tengan que avergonzarse de llevar a sus hijos en

brazos!... *Con ansiedad.* ¿Verdad, hijos, verdad que haréis la ley cuando podáis hacerla? ¿Verdad que haréis bajar a la tierra el reino de Dios?

TODOS. — *Con fervor.* ¡Sí, sí, sí!

Se levantan.

SOR GRACIA. — ¡Gracias, hijos!... Y ahora... que ya habéis comido... a dormir, a dormir en paz... *Los chicos van saliendo lentamente. Felipe no se mueve: está echado de bruces en el banco y solloza como una criatura. Sor Gracia se acerca a él con dulzura, mientras los demás salen, y le pone una mano en el hombro.* No llores... Los hombres no lloran. *Con intención.* Ni gritan... Los hombres de verdad padecen... trabajan... ¡y esperan!

Cae el TELÓN.

PENITENTE

OFFICE COPY

FOLLETT'S

MICHIGAN BOOK STORE

Telephone 6363 322 So. State St.

Ann Arbor, Mich., Jan 15. 1946

Customer D. M. Matthews

LA ADÚLTERA PENITENTE

CONFERENCIA LEIDA EN EL TEATRO ESLAVA, ANTES DE LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DE «LA ADÚLTERA PENITENTE»

SEÑORAS, SEÑORES:

El teatro clásico español tiene fama, entre el público actual, de ser espectáculo un tanto aburrido. Se asiste, en general, a la representación de las obras dramáticas de Calderón, de Lope de Vega, de Tirso, de Alarcón, de Moreto, con el mismo tedio respetuoso con que pudiera escucharse una sabia disertación académica, un poco incomprensible. —¡Es admirable — se dice entre bostezo y bostezo —, es admirable! —. Pero no llegan a media docena las obras de esa época que, como *El alcalde de Zalamea* o *La Estrella de Sevilla*, por ejemplo, logren realizar el milagro de que la admiración convencional se trueque en interés verdadero. Y aun para que éstas lo hayan logrado, suele haber sido menester la interpretación genial, y en sí misma apasionante, de un gran actor o una gran actriz: Antonio Vico, Enrique Borrás, María Guerrero...

Esta triste reputación, que ha venido a caer como sambenito sobre una de las manifestaciones más vivas y gloriosas del arte universal, es a todas luces injusta, y está, sin embargo, justificadísima. Veamos cómo.

Es injusta, porque si hay un teatro *teatral*, en el buen sentido de la palabra, es decir, un teatro interesante de

argumento, abundante de acción, lleno de humanidad, rebosante de gracia, y no pocas veces de ironía, y con todo eso, libre y gloriosamente osado, es el español, no sólo en el siglo llamado de oro, sino desde sus primeros principios, desde sus balbuceos aún informes, pero ya saturados de esa arrolladora fuerza dramatizante que ha sido, es y será siempre característica del genio español.

Como la santa heroína del poema de Gonzalo de Berceo, la inspiración española en el arte dramático

«pujaba a los cielos sin ayuda ninguna,
non li facia embargo nin el sol nin la luna.»

Todo, efectivamente, en la tierra y en el cielo, en el mundo sensible y en el suprasensible, en la Naturaleza y en la Gracia, ha sido material aprovechado por el genio dramático de España. No ha habido cumbre que le desaliente ni barrera que le cierre el paso. Historia, leyenda, santidad, heroísmo, abyección, pecado y penitencia, salvación y condenación, todo está humanizado y dramatizado con la triunfante naturalidad de quien tan asequible encuentra la tarea, que no teme lanzarse a la aventura. No ha habido laberinto por cuyas intrincadas revueltas no haya logrado encaminar el seguro hilo de una acción dramática. Es un mar hirviente de vida multiforme, una selva poblada por rumorosa multitud, humana, sobrehumana, celestial, mitológica y bestial.

La Divinidad se hace carne para hablar mano a mano con el hombre; la Humanidad sube en alas de la contemplación, y habla con Dios, casi de igual a igual; los ángeles bajan a la tierra y aconsejan y amparan a los mortales; Cristo anda disfrazado de pastor, en busca del alma pecadora, y la desvela cuando está dormida, con canciones de amante; rompe el Demonio la cárcel infernal, y lucha su odio contra el Amor Divino por alcanzar victoria sobre su corazón... Juega el desalmado los ojos, y los pierde, y cuando yace en tierra, derribado, la voz celestial

le consuela y conduce. El amor despechado se hace bandolero, roba, hiere, mata, blasfema, reza, perdona, muere... En una misma noche, a la luz de unas mismas estrellas, al son de una misma música sensual, en la perfumada penumbra de un mismo jardín, el justo se pierde y el malvado se salva. La pasión vence, y se muere al vencer. La hembra enamorada paga su flaqueza femenil con penitencia de hombre... Hay batallas y duelos, hay crímenes y hazañas, astucias, intrigas, engaños, nobleza y villanía, razón y sinrazón... Ríe el placer, suspira el deseo, llora el desengaño, palpita la vida, en una palabra, en los millares de amarillentos folios, cubiertos de escritura intrincada, temblorosa, inquietante como la vida misma.

Más de cuatro siglos forman la historia de este florecimiento prodigioso, porque, como ya he dicho, desde el punto en que empieza a balbucear, es dramática por esencia la literatura española. Ya en los poemas de Berceo y en otros anónimos del mismo siglo XIII, aunque escritos en forma que quiere ser meramente narrativa, de pronto, las figuras de quienes el poema está hablando, quitan la palabra al narrador, e intervienen con vehemencia, trocando la narración en acción. Así la Virgen María, invocada como inspiradora por el monje poeta en su deseo de componer una prosa que trate *Del duelo que Ella fizo en el dia de la pasión de su Fijo,* no sólo acude al ruego del cronista, sino que habla con él, y dice su dolor, y clama en lamentaciones apasionadas, dirigiéndose al Hijo que está padeciendo, y el Hijo responde con humano dolor y divina elocuencia, y hablan los discípulos, y plañen las santas mujeres, y cantan sus desaforadas canciones los soldados que guardan el sepulcro, y lo que era recuerdo devoto se hace pasión actual, y lo que quiso ser poema lírico se convierte en drama.

Y así casi siempre. Los poemas bucólicos son églogas; los villancicos, escenas de pastores. Los loores de la Eucaristía, la defensa de los dogmas católicos dan origen a

los autos sacramentales. No hay árido problema teológico que no pueda ser fuente de viva acción escénica. El genio español convierte en realidad tangible cuanto alcanza, y hace vivir y hablar hasta a las mismas piedras.

Sólo es comparable este mundo de universal acción a aquel otro engendrado por el prodigioso cerebro de Guillermo Shakespeare, ante cuya gloria, justo es decirlo, no hay laurel rival que se atreva a levantar sus ramos.

Y siendo esto así — preguntarán ustedes —, ¿en qué consiste que casi todas las comedias clásicas que se suelen representar en nuestros teatros, nos parecen pueriles de argumento, monótonas de acción, sobradas de palabrería, y nos envuelven, con el arrullo de sus interminables discreteos, en ese dulcísimo sopor que tanto se parece al aburrimiento?

Consiste — creo yo — en el criterio especialísimo, exclusivo y unilateral con que se han elegido las obras que habían de representarse, y en el principio un poco absurdo que ha servido de norma al trabajo que llaman de «refundición».

Entre todo ese revuelto mar de inspiración dramática; entre esa multitud, casi abrumadora, de géneros diversos, hay un grupo o género especial, constituído por las que llamamos *comedias de enredo:* son éstas graciosos y frívolos entretenimientos poéticos, ajustados al gusto de la época en que se escribieron, que pueden compararse con nuestras actuales «comedias de sociedad». Todas ellas pasan entre lo que ahora llamaríamos «gente bien»; en todas el argumento, como en muchas de las contemporáneas, se reduce a unos amores más o menos contrariados, que acaban inevitablemente en boda; en todas hablan los personajes un pulido verso, que equivale a la limpia y chispeante prosa que ahora se estila; en todas hay, como suele haberlos en las actuales, chistes en abundancia, de muy buena o de muy mala ley. Todas las situaciones son normales, y dado el modo de vivir de la época en que se

escribieron, verosímiles. No hay conflictos que rompan el orden corriente; no hay protestas, atrevimientos, desplantes ni rebeldías que se salgan del cauce de lo establecido. Todo es apacible, correcto, y teniendo en cuenta la moral del tiempo, archimoral.

En esas comedias se retrata la buena sociedad de entonces, recortando y suprimiendo en el retrato cuanto pueda parecer pasión, problema, contradicción, cambio de postura... exactamente lo mismo que ahora se hace.

Y la buena sociedad de entonces acudiría a presenciar la representación de tales comedias, como ahora acude a ver representar estas otras, y se deleitaría con ellas, como ahora se deleita con éstas, y haría perfectamente en deleitarse, y los autores hicieron perfectamente en escribirlas con todo el arte, la mesura y el buen gusto compatibles con su propósito de proporcionar al público pagano una apacible diversión, y sin perjuicio de dar en otras obras fuertes y humanas, despojadas del convencionalismo «elegante», la medida gloriosa de su libre espíritu.

Obras estas otras que gustarían el pueblo ingenuamente, y los inteligentes consciente y plenamente, y aun la buena sociedad, con un poco del delicioso susto de quien cree, escuchándolas, cometer un pequeño pecado de incorrección y atrevimiento.

Así Calderón, que escribió *El alcalde de Zalamea*, compuso *Casa con dos puertas*..., y Lope de Vega, autor de *Fuente-Ovejuna*, lo es al mismo tiempo de *La dama boba*.

Y las fuertes razones humanas, y las recias protestas contra la autoridad tirana y el privilegio injusto de Pedro Crespo y del pueblo agraviado, aún hallan eco en nuestro corazon y aún palpitan, interesándonos y conmoviéndonos, como si hoy mismo se hubieran pronunciado por vez primera, mientras que, aun admirando sin reservas el valor literario de su conceptuoso lirismo, nos aburrimos respetuosamente ante las travesuras de Clara y las alam-

bicadas razones de Feniso y Laurencio, como se aburrirá, con todo respeto, el público del siglo XXIII, cuando, en un «lunes clásico» de entonces, asista a la representación, «con trajes de época», de *Al natural*, *Amores y amoríos*, *La cizaña* o *Madrigal*, para citar cuatro éxitos de dentro de casa.

Lo exterior pasa, la modalidad frívola del vivir corriente pierde su interés en cuanto deja de ser. Lo único que perdura es la vida, en lo que tiene de inevitable; la pasión, en lo que tiene de dominadora; las luchas dentro del alma entre el bien y el mal; los anhelos de la justicia hollada; la sangre vertida y el llanto derramado; el sufrimiento y la esperanza, lo que hace sobrehumano y divino este barro doliente... y eso está en el teatro clásico español, lo mismo que en el teatro inglés de la misma época, valerosa y bellamente inmortalizado. No quiero decir con esto — entendámonos — que toda la producción dramática española de los siglos XVI y XVII sea genial y admirable: hay, naturalmente, en ella, polvo junto al oro, y paja junto al trigo. Su abundancia misma hace inevitable esta mezcla. Pero sí afirmo que hay riqueza bastante para nuestro deleite y belleza sobrada para nuestro orgullo.

Y volverán ustedes a preguntar: Siendo así, ¿por qué no se ha ofrecido a nuestra admiración con un poco más de generosidad?

Por causas estéticas e históricas que serían largas de estudiar, y que no caben dentro de los límites de esta breve conferencia explicativa, ha habido una época de la cual aún no hemos salido por completo, en que, para juzgar una obra de arte, se consideraba como excelencia casi única su «verosimilitud».

En Literatura, en Pintura, en Escultura, lo primero que durante ese largo período se ha exigido al artista para darle patente de acertado, es que hubiese hecho algo que se pareciera lo más posible a la realidad, algo que hubiese podido suceder. Una pseudocultura mortal fué recor-

tando así, como brotes dañinos, todas las lozanías de la imaginación, todos los atrevimientos, que en libertad acaso hubieran podido llegar a geniales.

Un mal llamado «realismo» lo invadió todo, y mucho más que todo, el teatro. Era preciso que las obras dramáticas se atuviesen a la estricta «verosimilitud», a la «posibilidad» aherrojante. Poco importaba la belleza, poco el alto vuelo de la fantasía, poco la emoción honda o la lección punzante que se hubieran podido lograr merced a un elemento sobrenatural o paradójico... ¡No! ¡No! ¡Nada de inverosimilitud! Era menester que todo sucediese «como en la vida», lo cual tal vez no hubiese estado del todo mal, si los que así clamaban hubiesen recordado que «hay algo más en la tierra y en el cielo de lo que sueña nuestra filosofía». ¡Ay del autor que se atreviese a hacer salir a escena un personaje, sin justificar el porqué y el cómo y el cuándo de su venida, y si llegó pronto, explicar cómo vino corriendo, y si llegó tarde, cómo un accidente le hizo perder el tren o le detuvo en su camino! Dramas y comedias habían de ser retratos del cotidiano vivir vulgar, perfectamente parecidos, con tiempo, lugar y acción ajustados y medidos con tiralíneas, regla, reloj, compás y escuadra. La fantasía se llamó disparate, y el acontecimiento extraordinario melodrama. Y lo mismo que en la obra, en su presentación escénica, indispensable era que si en la pieza se había de comer, la comida fuese real y efectiva; que corriese el agua en las fuentes, si fuentes señalaba el argumento; que los diamantes y los encajes de la actriz fuesen legítimos, y las vajillas de porcelana o de plata, o de cristal auténtico. Empresario ha habido que, en su deseo de alcanzar la cumbre en este ansia universal de realidad, ha llegado a plantar en el escenario, sobre tierra real, un cuadro de legítimas lechugas... ¡Realidad!, ¡realidad!, ¡realidad! Copia exacta de lo que a diario se ve. ¡Justificación! ¡Verosimilitud a toda costa! ¡Fuera de la verosimilitud no hay salvación!

En este tiempo, y con este criterio, se inició la empresa laudable de resucitar en nuestra escena el antiguo teatro español... Y ¿qué había de suceder? Que los que, guiados de su buen deseo, se dieron a buscar y estudiar las obras antiguas, se aterraron ante la libertad gloriosa con que las más de ellas están compuestas.

¿Qué inteligencia crítica, enamorada de unidad exterior y de verosimilitud a outranza, se atreve a reputar posible la representación de una obra como *La buena guarda*, de Lope de Vega, cuyo argumento está basado en un milagro, que tiene en tres actos más de doce cuadros, que ocurre en el interior y en el exterior de un convento de Ciudad Rodrigo, en una casa principal, en un camino, en una posada, en un campo de tierras de León, en un boscaje a orillas del Tajo, en un monte de Cataluña, y cuyos personajes son damas honestas, remilgados galanes, monjas, bandoleros, máscaras, villanos, mozas de vida alegre, ángeles, la Virgen María y Cristo, disfrazado de pastor? Delirantes aberraciones no podían menos de parecer tales obras dramáticas a los partidarios del realismo exterior a machamartillo. Naturalmente, renegaron de todo este lozano florecimiento, espantados por su vuelo sin trabas, escandalizados por sus anacronismos, anonadados por sus «imposibilidades aparentes», y se acogieron casi exclusivamente a las antes citadas comedias de enredo, que estaban, por su misma insignificancia, más dentro de los reinantes moldes de normalidad.

Y si alguna vez, arrastrados a su pesar por la dominadora belleza, tan patente que no hay desorden exterior que la oculte, se decidieron a representar alguna de las obras maestras que a ellos les parecían monstruosas, no lo hicieron sin sujetarla antes a un proceso de «refundición», es decir, de unificación, metiendo a la fuerza la desgranada sarta de sus diversos cuadros en el molde uniforme de los tres actos, contorsionando, suprimiendo, podando, perfilando, recortando en simetrías de *parterre*

cortesano aquella lozana selva desbordante. Yo, señores, nacido a las tareas del arte dramático en el momento preciso en que este código de «sensatez» había llegado a adquirir solemnidades e infalibilidades de dogma; yo, que he sufrido, con todos mis compañeros de profesión, la esclavitud deprimente y tantas veces desilusionante; yo, que con ellos he suspirado tanto por un poco de libertad, en ansia de divina insensatez, de inverosimilitud bella, de apasionamiento, de paradoja; yo, que he envidiado con tantas veras la autoridad gloriosa de Pérez Galdós — ¡Salve, padre y maestro! —, que, única respetada por la pusilanimidad de los empresarios, le permitía sacar al atildado e hipernormal, ¡perdón!, escenario de la Comedia, el fantasma, ¡¡el fantasma!!, de Federico Viera, en un drama llamado precisamente *Realidad;* yo, el último de todos en mérito, aunque en aspiración no me pongo por bajo de ninguno; yo, señores, humildemente me permito creer que esta tiranía de verosimilitud y mediocridad, a que los que escribimos para el teatro hemos estado tanto tiempo sujetos, es, como todas las tiranías, un mero fantasma. Estoy seguro de que el público es capaz de gustar el sabor del arte puro — si por ventura existe —, tanto en el melodrama y en la fantasía, en la paradoja y en el milagro, como en la más mesurada comedia de costumbres o en el más silencioso drama psicológico. Y juzgo que le han hecho intolerable ofensa los empresarios que, juzgándole por sus propias limitaciones intelectuales y sentimentales, se han obstinado en ofrecerle el supremo licor en vasos de una sola forma.

Y ahora que, por la gracia de Dios, he pasado de esclavo a hombre libre; ahora que tengo cuatro tablas mías y cuatro pobres telas pintadas, quiero ir desagraviando, en la medida de lo posible, a la ultrajada inspiración y al mal juzgado público, y esta noche, fiando en vuestra comprensión y en vuestra bien probada benevolencia, arrostro la aventura de ofreceros, sin refundiciones sensa-

tas, una obra del siglo XVII, esperando que, a pesar de sus muchas inverosimilitudes, no os cause aburrimiento.

La adúltera penitente, drama compuesto por D. Agustín Moreto en colaboración con sus amigos D. Juan de Matos Fragoso y D. Jerónimo Cáncer, pertenece a un nutrido grupo de obras dramáticas, inspiradas en vidas de santos. La protagonista de éste es Santa Teodora, famosa penitente de Alejandría, cuya fiesta celebra la Iglesia católica el día 11 de Septiembre.

Teodora, como ustedes, sin duda, saben, mujer honesta y dama principal, casada con Natalio, que la ama tiernamente, cae, seducida por espejismos del profano amor, en pecado de adulterio. Y arrepentida casi en el mismo instante de cometer la falta, temiendo la venganza del ofendido esposo, y más que nada incapaz de soportar serenamente el torcedor de su remordimiento, huye de su casa, decidida a lavar su culpa con áspera penitencia. Refúgiase, en hábito de hombre, en un convento de monjes, y por hombre pasa entre los santos varones, y entre ellos, como uno de tantos, se consagra a la práctica de la austera virtud. Arrojada del convento por obra de una villana calumnia, vive en la selva en asperísima penitencia. Allí logra, por modo milagroso, la gracia de consolar al marido, que desesperado la busca, y de convertir al amante que la sedujo. Viene, en fin, guiada por la mano de Dios a morir al convento, y a su muerte se descubre su verdadera personalidad, mientras el cielo se abre para recibirla.

La historia, como ustedes ven, es novelesca en extremo, y no podía menos de seducir con su encanto extraño, hecho de pasión, pecado, penitencia, buen y mal amor, aventura y prodigio a los ingenios de nuestro siglo de oro.

En efecto: hay, que yo conozca, por lo menos dos afortunadísimas dramatizaciones de este peregrino asunto. Una es el drama que hoy van ustedes a ver represen-

tar; otra el no menos interesante de Lope de Vega, que lleva el extraño y sugestivo título *Púsoseme el sol y salióme la luna.* En ambos está desarrollado el asunto con fidelidad escrupulosa a la historia o leyenda aceptada como tal por la Iglesia: el argumento es, por lo tanto, igual en ambos, los incidentes y personajes casi los mismos. Yo, al preparar la obra para la representación, he tenido a la vista lo que he podido hallar de los dos textos, y en algunos momentos en que faltaba en absoluto el elegido, había en la copia irremediable confusión, he tomado prestadas soluciones y aun algún verso al de Lope de Vega, para salvar con más seguridad la laguna. Porque, aunque conservadas ambas obras en letra de imprenta, no lo están, a mi ver, con miras a la publicación, sino para servir de partes de apuntar a alguna compañía ambulante, y no es precisamente la exactitud lo que las distingue. Truncados y viciados los versos no pocas veces, alterado el orden de las escenas, interpoladas, en algunas, frases indudablemente añadidas por los actores para excitar la hilaridad del vulgo, ha sido preciso para poner la obra en la forma en que a ustedes la ofrezco, un trabajo lento y escrupuloso de reconstrucción y aun de adivinación, agradable para mí en todo caso, y si bastante largo, no imposible, teniendo a la vista otras comedias de vidas de santos, escritas por los mismos autores, *Caer para levantar* y *San Franco de Sena*, por ejemplo, tan semejantes a ésta en procedimiento, en plan y hasta en incidentes.

He respetado estrictamente el plan de la obra, que es, a mi entender, lógico y artístico. Únicamente me he permitido remediar alguna confusión que, a mi entender, procedía de errores y descuidos de copia. He procurado conservar en los versos, que no he tenido más remedio que hacer por mi cuenta, donde faltaban los originales, el estilo y sabor de la época, hasta donde me ha sido posible, y he sustituído alguna de las largas relacio-

nes — justificadas por la falta de decorado del teatro antiguo, que obligaba a los personajes a describir prolijamente los lugares de acción y a narrar muchos acontecimientos de orden puramente material — por la representación pantomímica, ayudada y subrayada con la música. Tal es el sueño y tentación de Teodora en el jardín, durante el primer acto.

Todos los demás momentos musicales están indicados en la obra original. Para la Voz del Convento he aprovechado en una ocasión algunos versos de las coplas de Jorge Manrique: en esto he seguido el ejemplo de los autores que en otros momentos de este mismo drama hacen hablar a la dicha Voz con versos de Fr. Pedro de los Reyes y de Damián Vegas. Después he visto que Lope de Vega, en *La buena guarda*, hace hablar también a la Voz del Cielo con las mismas estrofas de Jorge Manrique elegidas por mí, y me congratulo de la coincidencia.

La adúltera penitente es un drama de acción interesante y de acertadísima psicología. Sus personajes no son meros muñecos, sino hombres y mujeres de carne y hueso... y alma, que es lo esencial, observados con visión clara y dibujados con lápiz maestro: la nobleza de Teodora, que hasta en la flaqueza de la dolorosa caída deja presentir el áspero fervor de la futura penitencia; el amor ciego, leal, absoluto, de Natalio, a quien el dudar de la que fué su vida, hace enloquecer; el apasionamiento sensual de Filipo — fuego de paja, tan pronto prendido como gastado —; la grosera e hipócrita malicia de Morondo; el cínico y gracioso desenfado de la villana Flora; hasta la envidiosa obstinación del Demonio, en cuya sequedad queda una gota de dolor casi humano, por el perdido amor de Dios, que un día fué suyo, todo es oro de ley, todo está trazado de mano maestra por quien conoce a fondo los caminos del corazón.

El verdadero asunto de la obra, aprovechado modernamente por Goëthe en su *Fausto*, es la lucha entre Dios

y el Demonio por la posesión de un alma. En el *Fausto*, la acción del drama comienza en el Cielo; el Padre Eterno y Mefistófeles discuten el valor moral de *Fausto*, y mientras el diablo pone en duda su fortaleza, Dios responde de ella, y accede a concertar un desafío con el espíritu infernal, dándole libertad para acosar al sabio con lo más selecto de su repertorio de tentaciones. Ustedes conocen la intervención personal de Mefistófeles, durante todo el transcurso del drama, del cual, en realidad, es el protagonista. En *La adúltera penitente*, el Demonio interviene también en forma personal, interesado en la perdición de Teodora, de su marido, de su amante, hasta de Morondo, el gracioso escudero, y va sembrando tentaciones de lascivia, de ira, de gula, de pereza, de venganza, siempre que halla ocasión. Vencedor un instante, es vencido al fin por la penitencia y el arrepentimiento de los pecadores, ayudados por el amor divino, que no los desampara.

El elemento del amor divino no está representado en el drama personalmente, sino por medio de una voz, en la cual los autores han simbolizado el aviso insobornable de la Conciencia: la Voz del Convento, voz que suena siempre acompañada de un instrumento músico, y que canta *desengaños del mundo y verdades del Cielo*. Me permito llamar la atención de ustedes sobre este recurso escénico de tan alto y sutil valor artístico, y empleado con tanta frecuencia por nuestros dramaturgos del siglo XVII. Dando al Tentador figura humana, y simbolizando la conciencia en una voz celeste, se marca con perfecta naturalidad de belleza el carácter de las luchas del alma, combatida por el halago sensual, material, personal casi siempre, de la tentación, y alentada por la inmaterial energía del espíritu. Además — considerado en su valor meramente teatral —, este recurso, personificando y exteriorizando los encontrados impulsos íntimos, trueca la interior acción psicológica en exterior acción dramática,

y centuplica el interés, haciendo tangible hasta lo inmaterial. Sólo un pueblo de místicos — es decir, de gentes que viven lo sobrenatural como naturalísimo — y de dramaturgos natos que sacan acción, como ya hemos dicho, hasta de la discusión teológica, sólo España, en una palabra, ha podido lograr en su teatro esta absoluta naturalidad de lo inverosímil, esta facilidad de lo imposible. Sombras y fantasmas hay, es cierto, en el teatro de Guillermo Shakespeare, pero siempre vienen envueltas en terrores de infierno o de brujería. Esta soberana sencillez con que el Cielo baja a la tierra, y toma parte activa en la vida del hombre, en trato familiar, en humilde milagro cotidiano, ésta no la ha logrado más que el genio español.

Y basta de plática, señores míos, que la comedia espera.

Una advertencia: Para la presentación escénica he seguido el criterio de absoluta libertad con que está compuesta la obra. Santa Teodora es cierto que vivió en Alejandría, y en el siglo V. Pero Moreto, Cáncer y Matos han hecho de ella una dama española del siglo XVII, sin dar a la fábula otro carácter africano que el de hacer intervenir en ella a un león que yo he suprimido, porque vivo era peligroso, y de cartón, un poco inocente. Caballeros, villanos, frailes, bandoleros, todos los personajes son españoles netos. Puesto que los autores no respetaron la verdad histórica ni el tiempo ni el lugar, yo he prescindido de ella en indumentaria, y los trajes que visten sus intérpretes son, sencillamente, los que me han parecido más artísticos. Espero que tomarán ustedes a bien esta licencia... y les doy las más rendidas gracias por la pacientísima amabilidad con que me han escuchado.

LA ADÚLTERA PENITENTE

PERSONAJES

FILIPO (galán).
NATALIO.
EL DEMONIO.
MORONDO (gracioso).
EL ABAD.
TEODORA (dama).
JULIA (criada).
FLORA (villana).

TRES LADRONES, VILLANOS, MÚSICOS, ÁNGELES.

ACTO PRIMERO

Jardín en el estilo español del siglo XVII. A la derecha, palacio del mismo estilo, con portada y balconaje. En el fondo del jardín, gruta con fuente, en la cual, entre conchas, corales, etc., ha de haber un grupo de Venus en brazos de Marte, y el Amor tirándoles flechas. Esta gruta y fuente, con sus complicados juegos de agua, al gusto de la época, ha de poder iluminarse fantásticamente, para que pueda salir de ella la figura del Demonio, que se aparece a Teodora, y luego interviene en toda la acción. Cuando empieza el acto comienza a obscurecer; luego se hace de noche por completo, y a intervalos hay efectos de luna.

Salen FILIPO y MORONDO, su criado. Andan con precaución. como temiendo que los sorprendan, y discuten.

MORONDO. ¡Señor, pasos he escuchado!
FILIPO. ¡Muero de amor! ¡Pierdo el seso,
sin alma estoy!
MORONDO. Y aún por eso
vives como un desalmado.
FILIPO.

Enojado.

Cuando tengo tan perdida
la paciencia, bachiller,
¿quién os mete a vos en ser
reformador de mi vida?
¡Vive Dios!
MORONDO.

Con fingida humildad.

¿Porque condeno
tu error culpas mi osadía?
Tu pan como, aunque algún día,
ni lo como ni lo ceno,
y mi lealtad obligado
a estas verdades me deja.
Filipo, cuando aconseja

el buen celo de un criado,
agradecido y atento
le debe el dueño escuchar.
A más que he de reventar
si no digo lo que siento.

Filipo, sin hacer caso a lo que su criado le dice, mira de un lado a otro del jardín, queriendo ver si descubre a Teodora.

Siendo casada, es locura
tener a Teodora amor.

FILIPO. Este mal sufrido ardor
que consagro a su hermosura
encendió, fiero y tirano,
en mí su amoroso empeño,
antes que diese a otro dueño
el imperio de su mano.
Y como favorecido
fué, en correspondencia igual,
es carácter inmortal,
que no lo borra el olvido.
Violentada su belleza,
a Natalio se entregó.
¡Es poderoso, y compró
la dicha con la riqueza!
Sujetóse a la porfía
de sus deudos, mas no ignoro
que el bellísimo tesoro
de sus lágrimas vertía.
¡Y su constante afición
pude interpretar en ellas,
por ser líquidas centellas
del fuego del corazón!

MORONDO. ¿Dos Eneros no han podido
helar tu esperanza verde?
Ya, sin que de ti se acuerde,
vive en paz con su marido.

Y tú, arbitrista cruel,
nuevos medios apercibes.
¡Tantos billetes la escribes
que encareces el papel!
Y como te ves arder,
y sin premio amor te abrasa,
siempre que vuelves a casa
vuelves hecho un Lucifer.
Al cielo irritas mil veces
y, echando con furia loca
demonios por esa boca,
Auto del Corpus pareces.
Y así es fuerza que te deje,
por lo que en dejarte gano,
pues de puro mal cristiano
vas reservado en hereje.
Fraile he de hacerme, por ver
si aseguro mi sustento,
pues, al cabo, en un convento,
si hay azote, hay que comer.

Hace que se va.

FILIPO. Un amor tan mal pagado
causa efectos tan crueles.

Deteniéndole.

Y tú, que preciarte sueles
de solícito criado,
quieres en esta ocasión
dejarme, cuando pretendo...

MORONDO. Pienso que me va venciendo
mi piadosa condición.

FILIPO. A Julia, que es la criada
de mi enemiga cruel,
hoy he fiado un papel...
y pues la dejo obligada,
quisiera esta noche...

MORONDO. ¿Qué?

FILIPO. Que con alguna cautela...
MORONDO. ¡Ah, simple! ¿Eso te desvela?
¡Soy yo el que las inventé!
FILIPO. Pues una hemos de buscar
para alejar al esposo
Natalio...
MORONDO. ¡Ya eres dichoso!
¡Mi astucia lo ha de ordenar!
FILIPO. Del dueño de mis cuidados
éste es el jardín...
MORONDO. ¡Pues fía,
señor, de la industria mía!
FILIPO. ¡Mucho os debemos, criados!
MORONDO. ¡Vete ya!
FILIPO. En casa te aguardo.

Vase.

MORONDO. Si vuelvo con el pellejo
es milagro. Esta es la casa...
¡Animo, pues ya estoy dentro!
¡Si veo a Julia, que es norte
de esta borrasca, podremos...

Sale NATALIO.

pero ya me voy a pique,
que es a Natalio a quien veo!
NATALIO. ¿Quién va? ¿Qué buscáis aquí?
¿Quién sois?
MORONDO. ¡Señor, soy el mesmo!
NATALIO. ¿No servís...
MORONDO. Sirviendo estoy.
NATALIO. a Filipo?
MORONDO. ¡No me acuerdo!
NATALIO. ¡Mala memoria tenéis!
MORONDO. Suelo yo perderla a tiempos...
¡ea, pataratas mías!
y más ahora que vengo

Hace que se turba.

a daros, señor Natalio,
aviso de un cierto empeño
de Filipo...

NATALIO. ¡Soy su amigo!

MORONDO. Pues, lo que os digo en secreto,
es que le han desafiado,
mas fué después que se dieron
gran zurra de cuchilladas.

NATALIO. Ya que me digas espero
con quién el encuentro tuvo.

MORONDO. ¡Aquí embustes, que me pierdo!

NATALIO. ¿No puedo saberlo?

MORONDO. ¡Sí;
con un caballero griego,
cuatro criados latinos
y seis lacayos tudescos!

NATALIO. ¿Fué por mujer?

MORONDO. ¡Sí, señor,
por mujer es el enredo!
Estaba mi amo parlando
a una reja, y a este tiempo
entró el griego por la calle,
jinete en un potro negro;
miento... no, que era alazán...

NATALIO. ¡Poco importa!

MORONDO. Importa al cuento,
que no me gusta mentir
ni aun en el color de un pelo.

NATALIO.

Con un poco de impaciencia.

¡Bien! ¿Cuándo es el desafío?

MORONDO. ¡Aquesta noche!

NATALIO. No tengo
cuidado que más me llame.

MORONDO. ¡Mil veces tus plantas beso!

NATALIO. Iré, en cerrando la noche.

MORONDO. Eso es lo que yo pretendo.
NATALIO. Vete, pues.
MORONDO. ¡Lo dicho, dicho!
¡De encaje salió el enredo!

Vase.

NATALIO. Mientras que llega la hora
de acudir con lealtad
a este empeño de amistad,
divertir quiero a Teodora,
pues con profundo desvelo,
las graves melancolías
que tiene, son estos días
nubes que turban mi cielo.

Se oye sonar dentro una música alegre y galante.

Ya deja el jardín... se acerca ..
¡Nada la alegra!... ¡Ay de mí!
Con músicas pretendí
aquietar su angustia terca...
¡Ah, canción, si consiguieras
darle alegría un momento!
¡Ah, Teodora, si supieras
que tu pena es mi tormento!

Entra TEODORA con acompañamiento de criadas y músicos. Los músicos vienen tañendo y cantando.

MÚSICOS.

Cantando.

¡Ojos, venced los enojos,
pues que sois cielos de amor!,
porque no eclipse el dolor
la luz de tan bellos ojos.
¡Ojos, venced los enojos!

Natalio se acerca a Teodora, y, cogiéndola de la mano, le habla con cariño.

NATALIO. ¡Bellísima emulación
del planeta más luciente,
a cuya veneración
con llama pura y ardiente
sacrifico el corazón!
¿En los amenos verdores
del jardín tanta tristeza?
¿Por qué? ¿No aciertan las flores,
retrato de tu belleza,
a decirte mis amores?

TEODORA. Este mal con que porfío,
esta pasión que me inquieta,
noble esposo y dueño mío,
a cuya ley se sujeta
obediente mi albedrío...
esta triste confusión,
este dolor no entendido,
hace en mí tal impresión,
que domina mi sentido
con tirana posesión.

NATALIO. Si es capaz la variedad
de las galas de alegrarte,
ofreceré a tu beldad
todas las que labra el arte
en fe de la vanidad.
¡El imposible mayor
fácil será a tu deseo!

TEODORA. Todo me sobra, señor,
pues acreditadas veo
las finezas de tu amor.
No echo menos cosa alguna,
ni de tan vanos cuidados
nace mi pena importuna,
que en tu casa están sobrados
los bienes de la fortuna.

NATALIO. Grave causa temeré,

pues la recata tu labio.
TEODORA. ¡Aún yo misma no la sé!

Aparte.

Si viene a ser en tu agravio,
¿cómo decirla podré?
NATALIO. ¡Misterioso corazón
es el vuestro, Teodora!
JULIA. Señor, no busquéis razón,
que suspiros a deshora
melindres de dama son.
NATALIO.

Besándole la mano, para despedirse.

De ti, cierta diligencia
me aparta.
TEODORA. Si es tan precisa,
no sea larga tu ausencia,
que ya el sol, muriendo, avisa
que se acerca la presencia
de la noche... y siento miedo.
Hasta que a casa volvéis,
triste y temerosa quedo.
Fama de rico tenéis...
JULIA. ¡Digo!
TEODORA. Y olvidar no puedo
que hace poco han intentado
por robaros escalar
la casa.
NATALIO. Mi más preciado
tesoro en ti viene a estar
y en tu hermosura cifrado.
Y pues le tengo seguro
y es un bien tan superior,
en lo demás, ¿qué aventuro?
TEODORA. ¡Yo le guardo con tu amor
y con mi fe le aseguro!

NATALIO. Presto volveré.

Vase.

TEODORA. ¡Ay de mí!
¡Salid todos!

Salen todos los músicos y las criadas, menos Julia, que se queda un poco aparte, mirándola.

Un momento
quiero detenerme aquí...
¡Noche, esconde mi tormento,
pues que le fío de ti!

Se sienta en un banco, junto a la fuente, y se queda pensativa, mirando al suelo. Habla lentamente, como en sueños, en voz baja y opaca.

Un prodigio me contaba
mi madre, cuando era niña.
La noche en que yo nací
brilló una antorcha encendida
sobre mi casa, en el aire...
Cuando más clara lucía,
una nube la ocultó,
manchando su lumbre limpia.
La antorcha no se apagaba,
aunque la nube crecía,
y al fin, en alas de fuego,
al alto cielo subía.

Con apasionamiento.

¡Fuego que sobre mi cuna
suerte extraña profetizas!
¿Eres mi bien o mi mal?
¿Eres mi muerte o mi vida?
¡Quién tu secreto alcanzara!
¡Quién penetrara tu enigma!

JULIA.

Acercándose, al oírla suspirar.

¿Suspirado habéis, señora?
¿Estáis despierta o dormida?

TEODORA. No lo sé...
JULIA. Tal vez soñando...
TEODORA. ¿En qué?
JULIA. Yo interpretaría
vuestro sueño, y hasta un nombre
como cifra le pondría.
TEODORA. ¿Un nombre?
JULIA. Y de hombre: Filipo.
TEODORA. ¡Calla, calla, por tu vida!
¡Filipo no es para mí!
JULIA. ¡No, pero serlo debía!
TEODORA. Es cierto... en tiempos mejores
ser mi esposo pretendía...
¡Es cierto! En mi corazón
encendió la llama viva
de amor... Pero, ¿a qué pensar
en dichas desvanecidas?
Mis padres determinaron
que Natalio ser debía
mi dueño... ¡Yo guardaré
mi honor!
JULIA. Si prendido había
el incendio, ¿quién lo apaga?
TEODORA. ¡Mi llanto, que es agua viva!
JULIA. Las lágrimas, el amor
acrecientan, no le alivian!
TEODORA. ¡Le apagarán mis suspiros!
JULIA. ¡Son aire que el fuego anima!
TEODORA. ¡No! Que a pesar de este amor,
áspid que mi pecho abriga,
me resisto, ¡bien lo sabes!,
de Filipo a las porfías.
Negando el paso a sus ansias,
y huyendo siempre su vista,
cierro oídos y ventanas
a sus quejas repetidas,

porque, intérprete traidor,
el viento no me las diga...

Se oye una campana que toca a la oración.

JULIA. ¡Ese es toque de oración!

TEODORA. Sí... a la oración han tocado...
La casa vecina es
recogimiento de santos
varones... De noche... a veces,
cuando angustiada batallo
con tristezas y deseos,
oigo una voz que del claustro
trae el aire, voz que canta
del mundo los desengaños,
las esperanzas del cielo...
Escuchándola he logrado
valor para resistir
la tormenta en que naufrago.

JULIA.

Con hipocresía.

Grande compasión me causa
lo que tu labio publica.
Entra a descansar, señora.

TEODORA. No hay descanso a mis fatigas.
Déjame... quiero estar sola.
A mi cuarto te retira,
y aguárdame... A recogerme
subo al punto.

JULIA. Poco fía
de mí... Santa quiere ser;
¡veremos si hay quien lo impida.
que hay pocos gajes sirviendo
a dama que en santa pica!

Sale Julia.

MÚSICA.

Ha cerrado por completo la noche; noche de verano, llena de encanto a un tiempo misterioso y sensual. Jasmines y mag-

nolias saturan el aire de intenso e inquietante aroma. En la gruta, fresca, sonora, cambiante con el iris de sus estalactitas, corales, nácares y conchas, deja oir la fuente su canción pagana, cómplice del adúltero desenfadado amor de Marte y Venus, que juegan su lascivo juego, velados por el agua de los surtidores. Todo es tentación e inquietud de pecado... Teodora permanece un momento sentada en el banco donde ha estado hablando con Julia. El tentador sortilegio de la noche la inquieta, y, turbada, se levanta y contempla el jardín con apasionamiento, declamando en voz baja y cálida estos dos versos:

TEODORA. ¡Jardín, jardín, tú me das
consuelo y melancolía...!

Da unos cuantos pasos, abre los brazos, como queriendo aprisionar en ellos todo el misterio de la noche, y vuelve a cerrarlos apretándolos contra el pecho, como para abrazar y estrechar contra el corazón los fantasmas de amor que están en el aire... Luego declama en voz queda y rendida:

¡Fantasmas hay en la noche
que mi firmeza derriban...!

Se acerca lentamente a la gruta, y se queda un instante contemplando el amoroso grupo de la fuente... suspira... se tapa los ojos con las manos no queriendo ver el pagano simulacro de amor; luego deja caer los brazos, vuelve a mirar, se inquieta, tiembla, mira al cielo, se mira a sí misma, vuelve a mirar al grupo de la fuente, y dice con terror y deleite.

¡Veneno tiene esta fuente
para la flaqueza mía...!

Se echa hacia atrás, rechazando con las manos abiertas los fantasmas de tentación que la persiguen; corta luego el aire con violentos ademanes, como si quisiera romper las invisibles redes en que el deseo y la noche la envuelven, y andando hacia atrás, muy despacio, vuelve a acercarse al banco donde antes estuvo sentada, y se deja caer en él, jadeante, rendida por la interior pelea... La noche canta suave y amorosa... Teodora, mecida por la voz sin voz del jardín, cómplice de sus sueños y sus melancolías, se duerme lentamente...

La voz de la fuente se inquieta, queriendo descubrir y dar paso al infernal misterio que guarda: la gruta se ilumina con extraña luz, y aparece, saliendo del agua, el DEMONIO. Es una figura arrogante, de hermosura a un tiempo atrayente y repulsiva. Viene vestido con elegante traje de seda y terciopelo negro, salpicado de estrellas de plata y diamantes; pues se supone que viene envuelto en el misterio mismo de la noche. Sale despacio de la gruta, y acercándose al banco, se queda mirando a Teodora con expresión entre sarcástica y pensativa. Se inclina, acercándose a la bella durmiente, y le dice con acento insidioso y voz insinuante:

DEMONIO. ¡Premia el ardor de Filipo!
¡Goza tu amor, que es tu vida!

Teodora, dominada por la sugestión infernal, se inquieta, y sin abrir los ojos, tiende los brazos hacia el fantasma de su amor. El Demonio sonríe, satisfecho...

Pero entonces, viniendo del cercano convento, suena una voz, acompañada de religiosa música, que canta grave y fervorosamente.

LA VOZ DEL CONVENTO.
¡Recuerde el alma dormida...
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando!

Al oír la grave y religiosa voz, el Demonio retrocede con ira y despecho. Teodora se levanta, siempre dormida, sin abrir los ojos; pero cruza las manos en lucha violenta entre la voz del Cielo que la llama y la voz del Demonio que la tienta... Por fin cae de rodillas en el suelo, y escondiendo la cara entre las manos, deja caer la cabeza sobre el asiento del banco...

Cuando se apagan los últimos ecos de La Voz del Convento, el Demonio vuelve a acercarse a Teodora, y poniéndole la mano sobre el hombro con suavidad, le habla muy de cerca, con voz de seducción:

DEMONIO. ¡No te resistas en vano,
mujer para amar nacida!

Los mármoles de esta fuente
con mudo ejemplo te incitan.
¡Alma triste, alma sedienta!
¡Goza tu amor, que es tu vida!

A medida que el Demonio habla, Tedora, sin abrir los ojos, va levantando la cabeza y echándola hacia atrás, y acaba por quedarse sentada en el suelo, con la cabeza recostada en el banco, la cara dirigida hacia el tentador, como si le viese, aunque tiene los ojos cerrados, y con la boca entreabierta, sorbiendo sus palabras. El Demonio se inclina más hacia ella y acerca el rostro al suyo; pero cuando va a tocarla, suena de nuevo La Voz del Convento, que canta:

LA VOZ DEL CONVENTO.
¡Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar!
¡mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar!...

El Demonio se incorpora bruscamente, con nuevo despecho. Teodora se angustia a medida que suena la Voz, queriendo romper la fascinación del sueño maldito... intenta levantarse, cae al suelo... vuelve a ponerse de rodillas, se retuerce las manos... Por fin, en violento esfuerzo, despierta, y aún de rodillas, mira al tentador con espanto y angustia, y grita sordamente:

TEODORA. ¡Ah!... ¡Cielos, valedme!

Espantado por la devota invocación, el Demonio retrocede, y sumiéndose en las sombras del jardín, desaparece entre los árboles; el extraño fulgor de fantasmagoría que ha iluminado la fuente durante toda la escena, se apaga. Teodora se levanta, mira a todos lados con espanto, dudando y temiendo recordar lo que ha visto en sueños, y enloquecida por el terror y la tentación, echa a correr y entra en la casa como quien huye de algo que le persigue. La Voz del Convento se levanta en el silencio del jardín, serena y triunfante, y parece desvanecerse, llegando al cielo.

LA VOZ DEL CONVENTO.

¡Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir!

El jardín queda solo, pero pasado un segundo vuelve a salir el DEMONIO de entre el boscaje. Mira hacia el lugar en que se supone que está el convento, y hace un gesto de ira. Luego mira hacia la puerta por donde ha desaparecido Teodora, contempla el balcón y demuestra con ademanes de burla complacida que aún no ha perdido la esperanza de vencer. Suenan pasos y voces ahogadas en el fondo del jardín, y andando con precaución, salen de entre las sombras tres ladrones, uno de los cuales trae una escala de cuerda en el brazo: salen uno tras de otro, llamándose por señas y hablando muy quedo.

LADRÓN PRIMERO. Paso tenemos.
LADRÓN SEGUNDO. Un balcón está abierto.
LADRÓN TERCERO. Pues lleguemos.

Se acercan, y el primero les hace señas de que callen.

LADRÓN PRIMERO. Por habernos sentido,
la ocasión otra vez hemos perdido.

El ladrón que trae la escala la echa a lo alto, pero no se sostiene en el balcón. Se acerca a ellos el Demonio... ellos se asustan; pero él les hace señas de que es amigo, y cogiendo la escala la tira al balcón, donde queda sujeta. Los ladrones, con regocijados ademanes, se felicitan de su acierto; pero en este momento suena el ruido de espadas en la calle, precisamente cuando el primer ladrón tiene puesto el pie en la escala. El Demonio detiene al que va a subir, haciéndole notar el ruido. Todos, asustados, se miran con temor, y huyen, ocultándose entre el boscaje del jardín. El Demonio se ríe, satisfecho del ardid con que les ha hecho huir; se asegura de que la escala está bien sujeta, y se oculta a su vez, después de mirar hacia la entrada del jardín para asegurarse de que llega Filipo, a quien está esperando. Continúa un momento en la calle el ruido de espadas. Por fin entran con precaución FILIPO y MORONDO. Morondo trae muchísimo miedo. Cesa la música.

FILIPO. ¿Qué temes? Ya se han ido.

MORONDO. Aunque me aliento,
ruido de espadas en el alma siento.
FILIPO. Ya estamos en la casa de Teodora.
MORONDO. Buscándote estará Natalio ahora.
Bien entabló tu juego
la pendencia del griego.
FILIPO. Hacer quiero la seña acostumbrada,
para que me responda la criada.
MORONDO. Con poco alivio mi esperanza vive.
FILIPO.

Llegando al pie del muro y tropezando con la escala.

Otro mayor mi dicha me apercibe.
¿No tocas una escala que pendiente
de su balcón está?
DEMONIO.

Saliendo de entre el boscaje y contemplando satisfecho a Filipo.

¡La llama aliente
de su amor deshonesto!
MORONDO.

Tocando la escala.

¡Parece que algún diablo lo ha dispuesto!
FILIPO. Cuadrilla de ladrones fué, sin duda,
la que el silencio de la noche muda
con estruendo alteraba;
y acosados de gente que pasaba
la calle despejaron,
y este indicio evidente se dejaron.
¡A gozar la ocasión me determino!

Va a subir por la escala.

MORONDO.

Deteniéndole con miedo.

Mira, señor...
FILIPO. ¡Qué loco desatino!
¡Aparta!

MORONDO.

Insistiendo.

¿Y si de tu atrevido intento
testigos son los monjes del convento,
y acuden...?

FILIPO. ¡Bah! Mi dicha se consiga.
Mientras al cielo obliga
su devoto desvelo,
mi despeñado amor ofenda al cielo.
El corazón que amante no sosiega,
¿qué puede recelar cuando se entrega
a tan dulce letargo?

LA VOZ DEL CONVENTO.

Cantando.

¡Larga cuenta he de dar del tiempo largo!

FILIPO.

Deteniéndose, atemorizado al oír la voz.

¡Qué escucho! Se dijera que este acento,
articulada rémora del viento,
detenerme pretende...!

DEMONIO. ¡Llama de amor en sus sentidos prende!

FILIPO.

Reanimado por la inspiración infernal, con arrogancia y desenfado.

¡A mal tiempo, pues llego a ser dichoso,
me recuerdas, ¡oh, músico enfadoso!,
mi perdición posible...!

Da un paso hacia la escala.

LA VOZ DEL CONVENTO.

Cantando.

¡Que tengo de morir es infalible!

FILIPO.

Retrocediendo de nuevo.

¡Que vuelva atrás me advierte
esta triste memoria de la muerte!
¿Serán estos recuerdos soberanos?

DEMONIO. ¡Su discurso cegad, gustos profanos!

FILIPO.

Adelantando de nuevo con decisión hacia la escala, y mirando hacia el balcón de Teodora.

Mas, ¿he de malograr tales venturas?

DEMONIO. ¡Arded en él, llamas de amor impuras!

FILIPO. ¡Mi amor escale el recatado muro!
En seguir mi deseo, ¿qué aventuro?
¿Qué arriesgo, que a dudar pueda obligarme?

LA VOZ DEL CONVENTO.

Cantando.

¡Dejar de ver a Dios y condenarme!

FILIPO. ¡Bah! ¡Triunfe amor y goce yo a Teodora!
¡No es ocasión de detenerme ahora!

Sube por la escalera con arrogancia, y entra en la casa por el balcón.

MORONDO.

Que durante toda la escena ha estado cómicamente atemorizado, y que se queda haciéndose cruces ante la temeridad de su amo.

Ya está mi amo allá dentro,
y como esté acompañado,
viene a ser hombre dichoso
aunque le maten a palos.
Mas yo, cuitado de mí,
en esta historia, ¿qué gano?
He aquí en un palmo de tierra
todos cuantos sobresaltos
inventaron los peligros
después que se usan lacayos.
Si acaso fueron ladrones
los que esta escala dejaron,
y dan la vuelta, y me topan,
vengo a ser yo el escalado.
Paso a otro peligro: viene
la Justicia, hablo turbado,

toca un corchete estas cuerdas,
y yo, en tocándolas, canto.
Llévanme apriesa, y mañana
me dan un jubón despacio
con doscientos alamares,
y voy a un remo diez años.
Pues si en la tierra y el agua
hay riesgos adocenados,
quiero subir por el aire
y acompañar a mi amo,
aunque el aire dicen que es
elemento de ahorcados...

Empieza a subir la escala.

y por los pasos que subo,
me parece que me ensayo...

DEMONIO. ¡Estorbo de mis intentos
puede ser este criado,
y no ha de subir!

Le derriba de la escala al suelo, y le pone el pie encima.

MORONDO. ¡Jesús!
¡Jesús, Jesús, que me caigo!
¿Quién ha caído conmigo
y me ahoga? ¡Cuantos peñascos
hay en catorce montañas
se están mudando a mi barrio!

DEMONIO.

Apartándose.

¡Oblíguele a huir el miedo!

MORONDO.

Andando a gatas.

¡Ah, cielos! si de esta escapo,
hábito y convento pido.
¡Pongamos la vida en salvo.
y a mi amo, pues peca a gusto,
que se lo lleven los diablos!

Desaparece en dirección a la calle.



MÚSICA.

Nocturno en el jardín. Triunfa el sortilegio de la noche, y por lo tanto, ha triunfado la tentación. El jardín celebra a su modo la victoria del amor culpable. El Demonio, con paso quedo, va a refugiarse en la encantada gruta, después de mirar con aire de triunfo hacia el balcón de Teodora. La fuente canta y ríe. Un ruiseñor responde a la canción galante del agua con trino apasionado; si la voz de la fuente es el amor sensual, la voz del ruiseñor es el amor dolido. Sin duda, Teodora se ha rendido llorando al impulso infernal de su pasión atormentada y triste. El jardín triunfa... el Diablo se ríe... La luz de la luna juega al escondite entre las sombras del ramaje... las estrellas palidecen y tiemblan un poco... Un viento sutil estremece las ramas... Acaso, como última protesta, se oye un eco lejano que recuerda La Voz del Convento; pero la intensa sensualidad del jardín de la noche le ahoga prontamente...

Suena lejana la alegre algarabía de una ronda que pasa tocando y cantando... Es el placer, desenfadado y alegre, de la juventud que se cree eterna, y ríe sin pensar, y aun sin amar, alegre porque sí. La ronda se acerca, canta junto a las tapias del jardín y se aleja cantando y riendo.

CANCIÓN DE LA RONDA.

Corazón, pues tú quisiste
amar a quien te perdió,
que mueras y vivas triste,
¿qué culpa te tengo yo?

—

Si tu padre te casó,
y tú obedecer quisiste,
que vivas o mueras triste,
¿qué culpa te tengo yo?

—

Corazón, pues te rendiste
a un amor que te burló,
que vivas o mueras triste,
¿qué culpa te tengo yo?

La ronda pasa y se aleja. La calma envenenada del jardín renace un instante; pero luego se rompe en inquietud atormentada, y, abriéndose el postigo del portón, aparecen por él TEODORA y FILIPO. Teodora sale en traje de noche, envolviéndose en un manto, angustiada. Filipo, deseando marcharse, y disimulando mal su frialdad. Hablan en voz baja y precipitada.

TEODORA. *Con pasión dolorosa.*

¡Instrumento de mi ofensa,
ya te miras coronado
de tristísimo trofeo...
ya mi honor queda arrastrando
la cadena de la infamia
que mi locura ha forjado!
¡Huye de mi vista luego,
pues si detengo tus pasos,
parecerá que me sirve
de lisonja el mismo agravio!
Abierto el postigo tienes
del jardín... porque excusando
el escándalo segundo
no hagas público mi daño...
¿No respondes? ¿No me miras
tú... causa de mi pecado?
¿Qué triste verdad me dice
el silencio de tus labios?

FILIPO. ¡Adiós, Teodora!

Aparte.

El deseo
vive entre llamas, penando
por lograr la posesión,
y siempre muere a sus manos.

TEODORA. Cuando me espanta pensar
que tengo el puñal airado
de mi esposo junto al pecho...

FILIPO. ¡Teodora!

TEODORA. Cuando, temblando,

me hace temer la vergüenza
que te han visto mis criados...

FILIPO. ¡Teodora!

TEODORA. ¿No aliviarás
mi angustia, mi sobresalto,
con una sola palabra?

FILIPO.

Fingiendo.

¿No he de enmudecer, pensando
que te dejo y que otro hombre
es dueño de tus encantos?

TEODORA.

Con desilusión trágica.

¡Tienes razón!... ¡Enmudezca
tu amor mentido y forzado!

FILIPO.

Haciéndose el agraviado.

¿Qué dices?

TEODORA.

Con calma amarga.

¡Nada ya... vete!
¡Déjame!... ¡Vete!

FILIPO. Me marcho
por no aumentar tus temores...

Ella hace una señal de asentimiento, sin hablar, por no traicionar con el sonido de la voz la angustia que siente, y él se aleja.

TEODORA.

Dolorosamente.

¡Que con desprecios tan claros
se vaya!... ¡Que una mujer
a tan negro desengaño
se sujete!...

Con angustia e inquietud.

¿Qué haré yo?

Mirando en derredor con ansiedad.

¡Pronto volverá Natalio!

Con terror.

¡No quiero verle... no quiero...
que en mi rostro, mi pecado
conocerá! ¿Dónde iré?

Dolorosamente.

¡Tarde conocí tu engaño,
amor!

Con remordimiento.

¿Y éste es el placer,
éste es el dulce regalo
por el que a Dios ofendí?

DEMONIO.

Que sale de entre los árboles, y se acerca a ella cautelosamente.

¡Si se arrepiente, es en vano
cuanto contra ella dispuse!
¡Desespera! ¡Muerte has dado
a tu alma!

TEODORA.

Desesperada.

¡No, no hay perdón
para mi culpa!

Con terror.

Oigo pasos...

Con desvarío.

¿Quién va?... ¿Quién es?

DEMONIO. ¡Ya tu afrenta
es pública! ¡Ya Natalio
ha visto huir a tu amante
y llega!...

TEODORA. *Con espanto.*

¡Temblor extraño
me sobrecoge! ¡Ay de mí!
Morir quiero, y sin embargo,
terror me causa el pensar...

DEMONIO. ¡Que has de morir a sus manos!
¡Huye!

TEODORA.

Con desvarío.

¡Huiré!... ¡Si los cielos
me oyesen!...

DEMONIO. ¡No, tu pecado
te seguirá dondequiera
que vayas!

TEODORA. ¿No habrá ni un rayo
de esperanza a que acogerme?

DEMONIO. ¡Cielo y tierra se juntaron
contra ti!

TEODORA.

Con locura.

¡Sólo el infierno
me aguarda!... ¡Desatinado
corazón... alma traidora
no esperemos más!... ¡Huyamos!

Va a huir, pero se le engancha el manto en las ramas de un arbusto. Con espanto.

¿Quién me detiene?

Tirándose al suelo, aterrada.

¡Perdón!

Se levanta al darse cuenta de que no hay nadie, aún temblorosa y llena de espanto.

¡Fantasmas forja el espanto!
¡Ay de mí!... Jardín maldito,
que tu veneno me has dado,
quiero huir y no me dejas...

Dolorosamente.

¡Ay, jardín, qué mal guardamos
el honor, que a tu misterio
y a mi lealtad confiaron!

Con desolación.

¡Adiós, frondas que me fuisteis

cómplices! ¡Adiós, halago
embustero de la fuente!
¡Adiós, paz; adiós, regalo
de la casa que fué mía!...

Con desesperación.

¡Ya nada es mío!... El pecado
mendiga me hace y leprosa...
¡Mi vida ha muerto a mis manos!

Se mira a las manos y se quita el anillo con honda amargura.

¡Anillo que eras mi fe!

Se arranca las joyas que lleva al cuello y en las muñecas.

¡Joyas que el amor honrado
me dió, en señal de firmeza...
ya no os merezco!... ¡Quedaos

Arroja al suelo las joyas.

aquí, a llorar la desdicha
de quien no supo guardaros!...

Junta las manos con desolación y dice en voz más baja.

¡Perdóname tú, a quien no
me atrevo a nombrar!

DEMONIO. ¡Natalio
llega!... ¿Qué aguardas, mujer?
¡Teme, tiembla, muere!

TEODORA. *Con desvarío.*

¡Vamos!...
¿Adónde?... ¡Válgame el cielo!

DEMONIO. ¡Tú misma te le has cerrado!

TEODORA. *Con locura.*

¿Condenada estoy?

DEMONIO. ¡Sí!

TEODORA. *Delirante.*

Entonces...
¡Infierno, guía mis pasos!

Va a salir, despavorida, huyendo, y el Demonio va a seguirla, gozoso por haberla desesperado; pero en este momento la Voz del Convento se levanta, más serena y celestial que

nunca, acompañada de una música llena de unción y exaltación misericordiosa. Es la voz del Cielo, que promete perdón a la pecadora arrepentida.

LA VOZ DEL CONVENTO.

Cantando.

Alma triste, ¿dónde vas?
¿Qué gimes? ¿Qué desesperas?
¡Confía tú en Dios de veras
y no te confundirás!
Y aunque cien mil veces más
mala y pecadora fueras,
¡confía tú en Dios de veras!...

Al escuchar la Voz, el Demonio se detiene, mira hacia el lugar de donde sale la canción, con ira y despecho. Teodora, por el contrario, se va serenando, a medida que escucha la Voz, y sale lentamente mirando al cielo, como en éxtasis. Aún está la Voz cantando cuando cae el TELÓN.

A C T O   S E G U N D O

CUADRO PRIMERO

Claustro en un convento de monjes. Amanece. Al levantarse el telón, el claustro está solo. Suena una música de carácter exaltadamente místico, que es como confirmación de la promesa de perdón con que ha terminado el acto primero. Teodora está en el claustro, acogida al amparo de Dios, y Dios, por medio de La Voz del Convento le asegura de su amor y su benevolencia, en vista de la sinceridad de su arrepentimiento.

LA VOZ DEL CONVENTO.

Cantando con celestial serenidad piadosa.

¡Alma, no estés afligida!
¡Temple tu excesivo llanto
ver que Dios te quiere tanto,
que murió por darte vida!
¡Si estás bien arrepentida
basta un moderado llanto,
pues que Dios te quiere tanto!...

Cuando aún está sonando la Voz del Convento, sale de entre las sombras de un pilar el Demonio. Está desconcertado, y le causa amargo desagrado la afirmación de la misericordia y el amor de Dios al pecador arrepentido, que hace la voz cantora. Repite entre dientes, con desconsuelo de condenado, que un día fué amado por Dios y que ahora siente la negra envidia de lo irreparable, el último verso de la canción.

DEMONIO.

Entre dientes, con amargura celosa.

¡Pues que Dios te quiere tanto!

Da unos cuantos pasos por el claustro en silencio. Cesa la música.

Amargamente.

¿De qué le sirve a mi ira
que derribe yo y que venza
al hombre, si Dios le da
la mano de su clemencia?
Que yo venciese a Teodora,
¿qué me sirvió, si más fuerza
le da el arrepentimiento
para hacerme dura guerra?
Dos meses ha que en el traje
varonil, porque se pierda
toda señal de sus pasos
y de su vida primera,
en este convento vive
en áspera penitencia.

Con rebeldía.

¡Ah, pesia mí lo que sufro!

Con envidia amarga.

¡Sólo para mí las penas,
y para el hombre de barro
el amor y las ternezas!

Toca una campana a Maitines.

¡A los Maitines del alba
tocan!

Aparece Teodora en hábito de fraile, con una campanilla en la mano para despertar a los monjes.

Ya Teodora llega,
y a los demás religiosos
para la oración despierta...

Vuelve a esconderse en la sombra de un pilar.

TEODORA.

Con fervor.

¡Padres, que amanece ya!
¡Levántense a los Maitines!

DEMONIO.

Sordamente, desde la sombra del pilar.

¡Ah, yo atajaré los fines
con que a Dios buscando va!

TEODORA.

Después de hacer sonar la campanilla.

¡Con encendido fervor
quiera el alma despertar!
¡Padres, levántense a dar
alabanzas al Señor!

Con lirismo y expresión.

¡Clara lección os ha dado
el pájaro que del prado
fué dulce, animada lira;
pues si al árbol se retira
del blando sueño llamado,
apenas del sol dorado
ve la cortina entreabierta,
cuando las plumas concierta,
y deja el gustoso nido...
¡Y sólo el hombre dormido,
llamándole, aún no despierta!
La honesta, encendida rosa
del abril adulación,
cuando en el verde botón
adormecida reposa,
apenas el alba hermosa
la dora, con luz incierta,
cuando alegre y descubierta
salta del lecho florido...
¡Y sólo el hombre dormido,
llamándole, aún no despierta!
El bullicioso arroyuelo,
que libre el campo corrió,
y cansado se durmió
en el regazo del hielo,

apenas ve sin recelo
que el verano abre la puerta,
cuando su corriente muerta
cobra el curso suspendido...
¡Y sólo el hombre dormido,
llamándole, aún no despierta!
El más silvestre animal,
después de la noche fría,
se levanta con el día,
por instinto natural.
Sólo el hombre racional
dormido está a los luceros,
del sol anuncios primeros...

Cruzando las manos con humildad, y bajando los ojos.

¡Y más que todos, sin fe
yo, Señor, si disperté,
disperté para ofenderos!

Mientras ella está con los ojos bajos, van saliendo los frailes de sus celdas y pasan en silencio, dirigiéndose al coro.

Ya salen todos a dar
gracias a Dios soberano...

Acercándose a la puerta de una celda.

Y solamente el hermano
Morondo no puede echar
de sí el sueño... Le he hallado
aquí también recogido;
mas quien soy no ha conocido.
Dios el rostro me ha borrado
sin duda...

DEMONIO. Una pobre y flaca
mujer, ¿logrará vencerme?

TEODORA.

A la puerta de Morondo.

Dispierte, hermano, si duerme!

MORONDO.

Dentro, con voz lastimera.

¡Padre... esto es darme matraca!

TEODORA.

Con un poco de impaciencia.

¡Vístase, que es grande exceso!

MORONDO.

Con voz cada vez más lastimera, queriendo ganar tiempo para no vestirse.

¿Padre, acaso acuérdase
adónde anoche dejé
los zapatos?

Sale el ABAD y se acerca a la puerta de Morondo.

ABAD. ¿Qué es aqueso,
Fray Teodoro?

TEODORA. Es el hermano
Morondo...

ABAD. ¿Que no dispierta?

TEODORA. Estará enfermo.

ABAD. ¡No acierta
a levantarse temprano
jamás! Yo quiero llamarle.

Con severidad.

¡Ah, hermano, salga acá fuera!

MORONDO.

Dentro, y lastimosamente.

Estoy...

ABAD. ¡De cualquier manera
que la obediencia le hallare,
venza esos necios antojos,
y salga a gozar la luz!

Sale MORONDO, de lego, a medio vestir, con la capilla en una mano y el cordón en la otra, medio dormido.

MORONDO. ¡Mi Padre, por esta cruz
que aún no he abierto los ojos!

ABAD. Mire que ha de ir a pedir

con el hermano Teodoro
el agosto, y hoy el coro
en esto han de convertir.
El compañero mejor
de la casa le busqué.

Morondo da cabezadas y bosteza.

¿Qué es eso? ¿Duérmese en pie?

MORONDO.

Fingiendo gran humildad.

¡Padre, soy un pecador!

TEODORA.

Queriendo disculparle.

¡Todas son obras sencillas!

ABAD.

Con enfado.

¡Delante de mí dispierte
sin tardanza! . . . ¿De esa suerte
se duerme? Hinque las rodillas.

MORONDO. ¡Sí, Padre!

Se arrodilla, de mala gana.

ABAD. Y con humildad,
bese la tierra, buscando
penitencia.

Morondo se tira al suelo y ronca desaforadamente.

¿Está roncando?
¡Deo gratias! ¡Hay tal maldad!

Le sacude un poco para despertarle, y Morondo se queda sentado en el suelo, sin soltar la capilla y el cordón.

¡La capilla y la correa
se ponga!

MORONDO. De buena gana,
pues lo manda la obediencia.

Pónese la capilla en una pierna, sin levantarse del suelo, donde está sentado.

ABAD. ¿Qué es aqueso? ¿La capilla
se pone, hermano, en la pierna?

MORONDO. Como es capilla de lego,
pensé, Padre, que era media.

Durante la escena, el Demonio se ha acercado a los frailes, saliendo de detrás del pilar.

ABAD. ¡Echele, hermano Teodoro,
agua, por ver si dispierta!
TEODORA. Aquí hay agua, y es bendita.
¡Dispierte, hermano!
MORONDO.

Al sentir el agua que le echa Teodora, haciendo grandes visajes.

¡Ya empieza
a amanecer!
TEODORA.

Echando agua bendita por todas partes, y llegando adonde está el Demonio.

¡Rece, hermano,
esto es que el diablo le tienta!
DEMONIO.

Apartándose cuando le llega el agua bendita, y dando a Morondo un gran puñetazo.

¡Pesia mi furia!
MORONDO. ¡Ay, que me
han deshecho cuatro muelas!
DEMONIO. ¡Que un poco de agua me espante
y rinda mi fortaleza!
¡En éste que es malo y es
mío, mi furor se venga!

Pega a Morondo y se aleja.

MORONDO.

Defendiéndose contra el Demonio, a quien no ve.

¡Que me llevan los demonios!
¡Padres, por Dios, que me tengan!
TEODORA. ¡Jesús, mil veces! ¿Qué dice?
MORONDO. ¡Voto a Cristo, que me llevan!

TEODORA. ¿Adónde?
MORONDO. ¡No me lo han dicho,
que traen órdenes secretas!
TEODORA. ¡Sosiéguese!
ABAD. Todavía,
hermano Morondo, sueña.

Llaman precipitadamente a la campana del convento.

FLORA.

Dentro.

¡Deogracias, Deogracias, Padres!

ABAD.

Haciendo a Teodora señas de que abra.

¿Quién llama con tanta priesa?
FLORA. ¡Escuchen, por caridad!
MORONDO.

Muy regocijado, porque conoce a la moza, y le gusta.

¡Florilla es en mi conciencia!

FLORA.

Desde la puerta, que ha abierto Teodora, pero sin entrar.

Un hombre que está, sin duda,
endemoniado, aquí cerca
anda haciendo mil locuras,
y a todos nos amedrenta.
Manden a algún religioso,
que con palabras discretas
le consuele o le conjure,
por si el dimoño le tienta,
y nos harán buena obra
a todos los de esta tierra,
y a mí... porque tengo mucho
miedo...

Se va muy aprisa.

MORONDO. ¡Y muy poca vergüenza!
ABAD. Hermano Teodoro, pues
va a pedir pan a las eras,
busque de camino a ese hombre,

y conozca en sus respuestas
si acaso algún infernal
espíritu le atormenta.
Que yo fío en su virtud,
que aunque endemoniado sea,
le libren sus oraciones
de aquella opresión violenta.

TEODORA.

Inclinándose.

¡Yo, Padre, soy el gusano
más humilde de la tierra!

ABAD. Vaya... El hermano Morondo
le sigue... Haga esta obra buena,
que todos somos hermanos,
y socorrernos es fuerza.

MORONDO. *¡Benedicite mihi,* Padre!
Voy a albardar la jumenta.

El Abad le echa la bendición.

Oiga, hermano, allá le aguardo,
caminito de las eras.

Muy contento.

¡Ay, qué hartazgo me he de dar!
Que los labradores piensan
que soy santo, y la barriga
me ponen que es gloria el verla.

Sale.

TEODORA. *¡Benedicite mihi,* Padre,
yo voy a hacer lo que ordena!

ABAD.

Bendiciendo a Teodora.

¡La mano de Dios le guíe!

Sale diciendo.

¡Oh, qué virtud tan modesta
es la de este lego humilde!
¡Asombro es de penitencia!

TEODORA.

Sola en medio del claustro.

Yo cometí un pecado escandaloso...
Y fué, Señor, mi culpa tan inmensa,
que dos ofensas hice de una ofensa;
yo os ofendí cuando ofendí a mi esposo.
Mas Vos, dulce Jesús, sois tan piadoso,
que cuando el hombre disgustaros piensa,
en Vos halla el enojo y la defensa,
y os templáis Vos a Vos lo riguroso.
¡El, por cobrar su honor, querrá matarme!
Huyendo su rigor, bien merecido,
en vuestra casa he entrado a retraerme,
y Vos, Señor, en vez de castigarme,
sin mirar que sois Vos el ofendido,
vuestra capa me echáis para esconderme!

Se envuelve en la capa, se echa aún más a la cara la capucha, y sale lentamente.

CUADRO SEGUNDO

Selva. Terreno fragoso. Grandes árboles, y a la sombra de ellos, en primer término, pradera pequeña, cubierta de hierba florida. Es Agosto. Cae la tarde, y los labradores, para descansar a su modo de las fatigas del día, y celebrar la abundancia de la recolección, han armado un baile, y danzan y cantan al son de rústicos instrumentos. Entre ellos está Flora, que es una de las bailadoras más entusiastas. Mientras los villanos danzan, el Demonio va escribiendo con un puñal en los troncos de los árboles.

CANCIÓN PARA LA DANZA.

Cojamos la rosa
de la edad veloz,
antes que el invierno

marchite su flor.
¡Dábale con el azadoncito!
¡Dábale con el azadón!

Bailan.

De su primavera
goce nuestro amor,
que a los verdes años
el tiempo es traidor.
¡Dábale con el azadoncito!
¡Dábale con el azadón!

Cuando los villanos están más entretenidos bailando, se oyen gritos de susto dentro. Aparece NATALIO, enloquecido; al verle, la fiesta se descompone, y todos, atemorizados, huyen. Cesa la música. Gritos y voces dentro. Entra Natalio y dos villanos, huyendo de él.

VILLANO PRIMERO.
¡Huid todos del furor
del loco!

FLORA. ¡Huyamos!

NATALIO.

Con desvarío.

¡No huyáis
de mí! ¿De qué receláis,
si es mi locura de amor?

Todos los villanos huyen con gritos, y Natalio se queda solo, mirando entre los árboles, con locura, como si buscase, y gritando.

¡Teodora! ¡Teodora mía!
¿Dónde estás?

Con tristeza.

Pregunto en vano.
pues sólo es el eco triste
quien me responde, burlando...
Y si con mi voz la ruego,
con mi voz me desengaño.

Gritando.

¡Teodora mía!

Saca de la escarcela el anillo y las joyas que ella tiró en el jardín en el primer acto, las mira con desvarío y amargura.

¡Su anillo!
¡Sus joyas!... Diamantes claros...
estrellas de mi ventura,
¿cómo os encontré en el barro?

Con desolación.

¡Empañadas vuestras luces,
lloráis el brillo empañado
de mi honor!

Con furiosa protesta contra sí mismo por lo que acaba de decir.

Pero, ¡qué digo!
¡Miente el recelo villano!
¡Miente cualquier evidencia!

Con dolor.

¡El cielo me la ha quitado,
porque no la merecía...
pero ella no... ella no!

Aparece TEODORA, y sin reconocerle en un principio, le llama con piedad, queriendo calmarle.

TEODORA. ¡Hermano!

NATALIO. *Delirando, al oir la voz.*

¿Quién llama? ¡Su voz oí!

Buscándola.

¡Teodora, mi bien, Teodora!

TEODORA.

Con terror, reconociéndole.

¡Mi esposo!

NATALIO. *Con angustia.*

¡Oye a quien te adora!

TEODORA. *Con angustia*

¡Señor, ten piedad de mí!

NATALIO. El eco de su voz clara
me trajo el viento veloz...

TEODORA.

Con fervor.

¡Señor, trocadme la voz,
pues me borrasteis la cara!

NATALIO.

Aun sin verla, buscando como enloquecido de un lado para otro.

¡Teodora... Natalio soy!
¡Regala otra vez mi oído!
¡Háblame!... ¿Dónde te has ido?

Viendo a Teodora.

¡Padre!...

TEODORA.

Aun con temor de que la conozca.

¡Hermano!

NATALIO.

Con un asomo de razón.

¡Loco estoy!

Queriendo disculparse.

Buscando, sin alcanzarla,
a una mujer, me encontráis...

TEODORA.

Con voz insegura.

Y... ¿para qué la buscáis?

NATALIO.

Con desvarío.

¿Para qué?... ¡Para matarla!...

TEODORA. ¡Cielos, templad su furor!

NATALIO. ¡Y hacerla dos mil pedazos
entre estos amantes brazos,
cadena de un muerto amor!

Con amor.

Pero, ¡no... no! Injusta pena
mi necio amor le señala...

que si Teodora fué mala,
no puede haber mujer buena.

Con apasionamiento.

¡Miente el vulgo que murmura!
¡Miente mi imaginación,
porque no cupo traición
en tan honesta hermosura!

Con arrogancia.

¡Perdone el necio decoro
de quien mi amor la defiende,
que yo no sé si me ofende,
y sé muy bien que la adoro!

Solloza, escondiendo la cara entre las manos. Con iluminación de amor.

¡Para idolatrarla intento
buscarla por monte y valle!

TEODORA.

Con emoción.

¿Cómo podrá consolalle
la causa de su tormento?

NATALIO.

Con amor dolido.

¿Adónde, amante y rendido,
hallaré el bien que perdí?

Mirando al suelo, con locura.

Mas sin duda estuvo aquí...
pues dejó el campo florido...

Delirante.

Flores, decidme... ¿pasó
junto a vosotras al alba?
Aves que al sol hacéis salva,
¿vuestro cantar escuchó?
¡Arroyo, calma el deseo
en que insensato persisto!
¿Ríes por haberla visto,
o porque yo no la veo?

¡Yedras, decid de mi bien
y no me dejéis penar...
y pues que sabéis amar,
sabed consolar también!

Se apoya, sollozando, en el tronco de un árbol.

TEODORA.

Que le ha escuchado con angustia y agudo remordimiento.

¡Dios mío, en este rigor
con que insensato delira,
no está mi riesgo en su ira,
mi peligro está en su amor!

Dirigiéndose a él con piedad temerosa.

¡No os queráis así afligir!
¡Pedid el alivio a Dios!

NATALIO.

Volviéndose a ella con gratitud, vuelto por un momento a la razón

¡Nadie, Padre, sino vos,
mi mal ha querido oir!

TEODORA.

Turbada.

Hermano... es que yo...

NATALIO.

Con asombro.

¿También
lloráis vos?

TEODORA.

Con lágrimas.

Sí... contemplando
el mal que hacemos, pecando
a los que nos quieren bien.

Aparte, y con dolorosa piedad.

¡Oh, lágrimas importunas!
¿Lloráis mi culpa a su amor?
¡Llevaos las más, Señor,
mas dejad para él algunas!

NATALIO.

Volviendo a desvariar.

¡No parece!... Y por aquí
me han dicho que el mismo día
que dejó mi compañía
la vieron pasar... y así,
por si esta selva pisare,
quede aquí de mi tristeza
señal... Porque mi firmeza
sepa, y en mi amor repare
quiero escribir, ¡ay de mí!,
en aquestos troncos rudos
de mi mal testigos mudos:
«¡Tu Natalio estuvo aquí!»

Saca un puñal.

Temblando mi mano esculpa
las palabras con que quiero...

TEODORA.

Con terror, viéndole adelantar con el puñal en la mano, y arrojándose a sus pies.

¡Señor, detén el acero!
que yo... que tú... que mi culpa...
¿Vengarse tu ira pretende?

NATALIO.

Mirándola, con asombro.

¡A fe que tembláis por poco!
No temáis... no estoy tan loco
que ofenda a quien no me ofende.

TEODORA.

Levantándose.

¡Perdonad!... Será mejor
dejarle... No sé fingir...
y me habrán de descubrir
o mi llanto o mi temor.

Se va despacio, mirándole tristemente, sin que Natalio, vuelto a su desvario, repare en su marcha.

NATALIO.

Acercándose a un árbol.

Escribir pretendo agora
en este tronco...

Mirando con terror al árbol.

¡Qué veo!
Aquí... en la corteza... leo:
«¡Adúltera fué Teodora!»

Retrocede con espanto, no queriendo mirar las letras acusadoras. Después, con apasionamiento.

¡Miente la mano traidora
que así quiere deslucir
la luz del claro zafir
que yo, enamorado, sigo!

Con dolor y abatimiento.

Mas, ¡ay, que un tronco es testigo
muy rudo para mentir!

Con dolor agraviado.

Ya el mundo, aunque agora calla,
sabrá mi desdicha grave...
¡Claro está, pues que la sabe
quien no pudo preguntalla!
¡Ya yo no podré ocultalla!
Ni ¿cómo esconder pretendo
mi agravio, si le estoy viendo
por una mano cruel,
esculpido en un papel
que siempre ha de estar creciendo?

Saca la espada, y acuchilla los árboles con furia de loco.

¡Pedazos os quiero hacer
porque no podáis decir!...

Con desolación.

Mas no lo he de conseguir,
y así... ¿a qué os he de ofender?

Con llanto, tendiendo los brazos hacia los árboles.

¡Vuestro amigo quiero ser!

¡No hagáis sombra en la tarea
del sol, porque no se vea
tan clara mi afrenta infame...
porque si hay sombra que llame,
habrá cansancio que lea!

Con nueva furia, volviendo a acuchillar los árboles, como si fuesen ellos los culpables de su afrenta.

¡Guárdate, infame Teodora,
de aquesta honrosa locura,
que ya tu grande hermosura
sólo te hace más traidora!
¡Odio será desde agora
mi amor, que ya te condena
a la rigurosa pena
que mi afrenta te señala!

Con dolor y amor nuevo.

Pero, si tú fuiste mala,
¿dónde ha de haber mujer buena?

Se aleja entre los árboles, sollozante y desesperado, como si batallase con fantasmas. Cuando Natalio ha desaparecido, y pasado un momento, entran por el lado opuesto MORONDO y un grupo de villanos entre los cuales viene FLORA. Todos rodean a Morondo, haciéndole grandes extremos de cariño y devoción, que él recibe con socarrona complacencia.

UNA VILLANA. ¡Hermano!
UN VILLANO. ¡Hermanito!
FLORA. ¡Hermano!
UNA VILLANA. ¡Deme el hábito a besar!
UN VILLANO. ¡La manga!
FLORA. ¡El rosario!
MORONDO.

Condescendiente.

¡Andar!

UN VILLANO. ¡La cinta!
UNA VILLANA. ¡Los pies!
FLORA. ¡La mano!

UNA VILLANA. ¡La sandalia santa y pía!
FLORA. ¡La túnica a que me ofrezco!
MORONDO. ¡Quedo, hermanos! ¡Que parezco
santo de carnicería!
FLORA.

Con sorna.

Para santo, con exceso
engorda a puros bodigos...
MORONDO. Con aqueso, los amigos
tendrán reliquias sin hueso.
UN VILLANO. ¿Ya vió las parvas, que son
montes de excesivo grano?
UNA VILLANA. Muy bien se ve que el hermano
les echó su bendición.
UN VILLANO. ¡En eso mismo me fundo,
que en bendiciéndolo él, Dios
lo aumenta!
MORONDO.

Echando bendiciones.

¡No hay tales dos
deditos en todo el mundo!
UN VILLANO. El jumento ha de ir cargado
de trigo, fruta y comida.
MORONDO.

Muy satisfecho.

¡Esta sí que es buena vida
para un pícaro estimado!
¡Ea, hermanos, váyanse!
UN VILLANO. Sí haremos, de buena gana.
MORONDO. Váyanse... y quédese, hermana
Flora.
FLORA. ¿Yo? ¿Para qué?
MORONDO. ¿Para qué? ¡Para reñirla
sus culpas, que muchas son,
y me hace gran compasión
su alma, y por convertirla,

diera un dedo de la mano,
que me dicen que es traviesa

Le da un golpecito en la mejilla, y luego se pone muy serio.

y gran liviandad profesa!

FLORA.

Con hipócrita compunción.

¡Todo lo sabe el hermano!

Haciéndose la ruborosa.

También sabrá, me imagino,
que soy de un chicote madre,
y le ando buscando un padre
como quien busca un padrino.

MORONDO. ¡Con dolor hondo y sincero
se tiene que arrepentir!

FLORA.

Fingiendo vergüenza con la mayor desvergüenza.

Hoy le tengo que cumplir
la palabra a un bandolero,
pero mañana temprano
le juro hacer penitencia.

MORONDO.

Haciéndose el muy escandalizado.

¡Un bandolero!... ¡Hay conciencia!

FLORA.

Muy compungida.

¡Si le di palabra, hermano!

MORONDO.

Muy suave.

¿Por qué busca un desalmado,
ya que el pecado la tienta?
¿No le traerá mejor cuenta
un lego morigerado
que la sepa regalar,
que cuanto tiene le dé?
¡Hermana, persuádase
de que es *pecatrix vulgar.*

FLORA.

Mirándole con regocijada malicia.

¡Lo que tardado se ha
en decirlo, alargó el plazo!

MORONDO.

Felicísimo y olvidado del hábito.

¡Florilla, daca un abrazo!

Entra TEODORA.

TEODORA. *¡Deo gratias!*

FLORA.

Apartándose vivamente.

¡Quedo!

MORONDO. ¿Quién va?

Con fastidio.

¡El diablo vino a impedillo!

TEODORA. ¡Hermano Morondo! ¿Así
con una mujer aquí...

FLORA.

Con admiración ante la hermosura de Teodora.

¡Famoso es el frailecillo!

TEODORA. ... a solas le vengo a hallar?
¡Jesús, y qué tentación!

MORONDO. ¡Hermano... fué... la ocasión!
¡Él me sabrá disculpar!
¡Que me perdone le pido,
que yo no volveré a hacello!

FLORA. *Por Teodora.*

¡Este frailecico bello
toda el alma me ha encendido!

TEODORA. El sol ya se está poniendo
y yo el camino perdí...
¿Qué habemos de hacer?

MORONDO. Aquí
podemos pasar durmiendo
la noche.

TEODORA. Tiene razón,

¡Dios nos sabrá custodiar!

Se arrodilla en el suelo devotamente, y se dispone a rezar.

MORONDO.

A Flora.

¡Cuando acabes de cenar,
puedes venir al sermón!

Se sienta en el suelo, y deja a un lado la alforja.

FLORA. ¡El fraile es bello, en verdad!
No es más rubio el sol dorado.
¡Pero no me da cuidado,
que si mucha es su piedad
más es mi poco recato!
¡Dejaréle agora, y luego
vendré a ver si prende el fuego!

MORONDO.

Tumbándose en el suelo.

¡Yo ya de tenderme trato!

FLORA.

Acercándose a Teodora.

¡Deme su mano!

TEODORA.

Rechazándola.

¡Esté queda,
hermana!

FLORA.

Besándole la mano por fuerza.

¡La he de besar!
¡Más branca es que la azahar
y más branda que la seda!

Alejándose.

¡Perdóneme el bandolero
que de verme aquí quedó
esta noche... porque yo
quiero cuando ya no quiero!

Sale, sin dejar de mirar a Teodora, que reza.

MÚSICA.

Noche, en el monte. No se trata de amor, sino, en cierto modo, de brujería, puesto que el diablo esta vez quiere triunfar de Teodora, no por medio de una pasión que ya está vencida por el arrepentimiento, sino por medio de un engaño... naturalmente diabólico. No hay aquí la dulzura sensual y un poco artificiosa del jardín, sino el silencio lleno de rumores campestres, del bosque. El monte parece estar dormido, pero en las noches de verano el campo, en realidad, no duerme, sino que se desquita del calor sofocante del día en un bienestar de frescura que predispone al amor alegre y despreocupado, al gozo sin gran malicia, a la aventura sin gran importancia sentimental, a la satisfacción y el placer presentes, sin ayer y sin mañana. Es el triunfo claro de la tierra, abrasada por el calor del día, y que se despereza regocijadamente. Es el sonar de una guitarra alegre, que por un momento se ha olvidado del ¡ay! y del suspiro... Sin embargo, Teodora reza, hincada de rodillas en el suelo... Pero Morondo, antes de decidirse a dormir, sentado sobre la mullida hierba, abre las alforjas: saca de ellas pan, queso y una bota, y olvida, en el gozo primitivo de un estómago satisfecho, toda oración que no se refiera al «pan nuestro de cada día».

TEODORA. *Rezando.*

¡Amparadme, amor divino!

MORONDO.

Sacando las provisiones.

Cómodamente sentado
quiero cenar un bocado.
Aquí hay queso, pan y vino.

Cena, y bebe en la bota, con gran calma y satisfacción. Teodora reza fervorosamente.

MORONDO.

Después de una pausa, bien empleada, dirigiéndose a Teodora, entre burla y compasión.

¿Hermano, está muy hambriento?

TEODORA.

Sonriendo, sin dejar su postura de oración.

Cierto que no tengo gana.

MORONDO. Claro está que esta mañana
cenaría en el convento.

TEODORA. ¡Con luces deslumbradoras
tu misericordia brilla!...

MORONDO. *Mirando a Teodora.*
¡Su gran virtud maravilla!
Empinando la bota.
¡Bien sabe el vino a estas horas!

Teodora se levanta, se va a un extremo de la escena, bajo los árboles, y se tiende modestamente en el suelo.

MORONDO.
Muy satisfecho, después de haber cenado, recoge sus bártulos, sin levantarse del suelo, y dice.
¡Esto está como ha de estar!
La barriga tengo llena.
Dormiremos, que la cena
dicen que se ha de roncar.

Se tumba en el suelo, con gran satisfacción, y a poco ronca sonoramente. Duermen Morondo y Teodora. La escena está casi completamente a obscuras. De pronto, y precedido de un vago fulgor azulado, como de fuego fatuo, aparece el DEMONIO. Mira alternativamente a Morondo y a Teodora que duermen, y sonríe con malicia satisfecha, luego se adelanta y dice:

DEMONIO. ¿Duermes, Teodora? ¿No sabes
que se acerca, protegido
del misterio de la noche,
tu inevitable peligro?
¡Tú has de caer otra vez,
o por fuerza o por arbitrio!
¡Yo he de avivar las cenizas
de tu pasado delito!

Se oye dentro la voz de FILIPO, que canta una canción de bandolero.

FILIPO. *Dentro, cantando.*
Dame, Amor, besos sin cuento,
asido de mis cabellos,

y mil y ciento tras ellos,
y tras ellos, mil y ciento...
Y después
de muchos millares, tres.
Y porque nadie lo sienta,
desbaratemos la cuenta
y contemos al revés.

DEMONIO. *Sonriendo, al oír cantar a Filipo.*

En el silencio del monte,
ese que canta es Filipo.
Huyóse a esta soledad
por cien ofensas que hizo,
y trocado en bandolero
robos comete y delitos.
A Flora viene buscando,
que su amor le ha prometido.
¡Él ha de ser instrumento
de este propósito mío!

Sale Filipo con otro bandolero, a quien despide por señas, y él se adelanta, buscando a Flora entre las sombras.

FILIPO.

Llamando, después de buscar, en voz no muy alta.

¡Ah, Flora! Nadie responde,
y, sin duda, éste es el sitio...
¡Ah, Flora!

DEMONIO.

Adelantando hacia él.

Señor...

FILIPO.

Con recelo.

¿Quién va?

DEMONIO. A avisaros he venido
que Flora...

FILIPO. ¿Flora?

DEMONIO. ¡Hablad quedo!
está cerca y puede oirnos.



FILIPO. ¡Qué importa!
DEMONIO. Para burlaros,
el hábito se ha vestido
de un lego, que aquesta noche
duerme acaso en el cortijo.
Ella gusta de hacer burlas,
pero esta vez le ha salido
muy mal la treta... Allí está,
llegad... y del artificio
del disfraz no hagáis gran caso.
Ella es... ¡Buena suerte, amigo!

Le señala a Flora y desaparece cautelosamente. Filipo le mira marchar, duda un momento, y luego se aproxima con precaución a Teodora que duerme, y se arrodilla junto a ella. Cesa la música.

FILIPO. *En voz queda.*
¡Flora... Florilla!
TEODORA. *Despertando, con espanto.*
¿Quién es?
FILIPO. Quien ya conoce el mentido
disfraz...
TEODORA. *Con espanto indescriptible, al reconocer a Filipo.*
¡Mi Dios, qué es aquesto!
FILIPO. Y el religioso artificio...
En tono de broma.
TEODORA. *Con dolorosa angustia.*
¿Cómo me desamparáis,
oh, Señor?
FILIPO. Ya el encubriros
es en vano, que yo entiendo
de apagar el fuego vivo
que vuestra gracia y donaire
dejó en el alma encendido.

Habla con ligereza y galantería, puesto que en realidad no da ninguna importancia sentimental a la aventura.

TEODORA.

Que se ha puesto en pie, rechazándole con terror.

¡Aparta!

FILIPO. *Queriendo abrasarla.*

¡Ya te conozco!
Basta de engaño...

TEODORA.

Con apasionamiento.

¡Filipo!...
¡Déjame... yo ya soy otra...
ya mi flaqueza abomino!...
¡Ya se olvidó aquel horrendo
pecado que cometimos!

FILIPO.

Que no acaba de conocerla ni de entenderla, desconcertado.

¿Qué dices?

TEODORA. *Con fervor.*

¡Señor, valedme!
¡Mi Dios, vuestro amparo pido!

Enciéndese un milagroso fuego sobrenatural, que ciega a Filipo un instante. Filipo, llevándose las manos a los ojos, deslumbrados, queda inmóvil. Teodora aprovecha el instante para huir.

FILIPO. *Volviendo en sí.*

¿Qué milagrosa violencia
mis pasos ha detenido?
Vista, fuerza, movimiento
en un instante he perdido.
¿Qué rostro he creído ver?
¿Qué voz hirió mis oídos?
¡Toda es prodigios mi vida!
¿Dónde iré?

Sale desconcertado, tropezando con los árboles, y desaparece. En el mismo instante, el Demonio sale de su escondite, lleno de ira.

DEMONIO. ¡Pesia mi sino!

¡Con esta extraña mujer
siempre he de quedar vencido!

Empieza a pegar puntapiés a Morendo, que aun duerme.

¡Págueme este vil la afrenta!

MORONDO.

Despertando, con el terror consiguiente.

¡Ay, ay! ¡Dios sea conmigo!
Esta vez todos los diablos
me llevan... ¡Por Jesucristo!
¡Ay, que ya estoy en los propios

El Demonio se va.

infiernos! ¿Hay desvarío?
¡Que así a un cristiano despierten!
¡Que siempre que estoy dormido
me dispierten de este modo!
Sin duda el demonio mismo
es mi *sumiller de corps.*
Aún no es bien amanecido,
¿y me llaman con tal priesa?
¡Ni aun en el campo me libro
de levantarme temprano,
pesia al alma que me hizo!

Se vuelve a tumbar. Salen TEODORA y FLORA. Flora cogida del hábito de Teodora, y queriendo abrazarla, y Teodora rechazándola, con indignación.

FLORA. *Con ira.*

Bigardo, ¿me despreciáis?
Pues yo he de hacer que el ministro
de vuestro convento os eche
por hipócrita fingido.

TEODORA. ¡Aparta, mujer liviana,
que tu ciego error no admito!

FLORA.

Con insistencia amante.

¿Me desdeñas? ¿Me rechazas?
¿Por qué, frailecico mío?

TEODORA. Sabe Dios que en este lance,
mujer, estoy sin peligro,
pero me duele en el alma
ser de un pecado principio.

FLORA. ¡Y a mi fin! ¡Me vengaré!

MORONDO. ¡La voz de Flora he oído!

FLORA.

Con ira.

¡Juro que habréis de criarme
por vuestra cuenta un chiquillo!

Se marcha, furiosa.

TEODORA.

Con melancolía.

¡De un riesgo en otro voy dando!
De mi pecado es castigo,
que todo me suene a culpa
y que traiga en los oídos
los ecos de aquel error
con que os ofendí, Dios mío.
¿Hermano Morondo?

MORONDO.

De muy mal temple.

¿Qué?

TEODORA. Este lugar, del delito
es centro: camine, hermano,
huyamos de él.

MORONDO.

No queriendo levantarse.

El pollino
se queda acá...

TEODORA. Nada importa,
Dios le enseñará el camino.

MORONDO. ¿De eso ha de cuidarse Dios?

TEODORA. ¡Vamos!

MORONDO.

De muy mala gana.

¡Poquito a poquito!

TEODORA.

Llevándosele.

¡No ha de caminar despacio
quien huye del enemigo!

CUADRO TERCERO

EL ATRIO DEL CONVENTO

Ya es de día, pero muy temprano. Vienen TEODORA y el hermano MORONDO, Teodora, andando de prisa, y el hermano Morondo con la mayor calma que puede, cargado con la alforja.

MORONDO. ¡Ay, hermano, aquesta noche
ha andado el Malo muy listo!
TEODORA. Es cierto... Mas como él
duerme tanto, no ha sentido
los lazos que armarnos sabe
nuestro común enemigo.
MORONDO. No, hermano; pero sentí
unos porrazos muy lindos,
con que dejé de dormir.
Pero ya a casa llegamos,
donde seguros estamos,
y el Abad a recibir
nos sale.
ABAD.

Saliendo del convento

¡Al fin han llegado!
MORONDO.

Besándole la mano.

¡Denos la mano!
ABAD. Ha un momento
llegó a la puerta el jumento.

MORONDO. ¡Miren qué prisa se ha dado!
TEODORA.

Besando la mano al Abad.

¡Padre y señor!
ABAD. He advertido
que los hermanos venían.
¡Ya impaciente me tenían!
Famosamente han pedido.
De aves, de aceite, de vino,
traen bastante cantidad.
MORONDO. Pues mande su caridad,
porque viene del camino

Por Teodora.

el hermano fatigado,
que de refresco nos den
una regular sartén
de torreznos.
TEODORA. Yo he ayunado
hasta ahora... A mediodía
podremos satisfacer
la gana.
MORONDO. ¡Yo he de comer
con tu gana o con la mía!

Se oye dentro rumor de gente, voces, carreras; y entra FLORA, acompañada por un grupo de villanos. Trae un chiquillo en los brazos.

FLORA.

Entrando muy alterada.

¿Adónde está el Padre Abad?
¡Lleguemos todos, zagales!
ABAD. ¿Qué estruendo es ese?
MORONDO. ¡Aquí está
Florilla!
FLORA.

Muy tarasca.

¡Deo gracias, Padre!

ABAD. ¿Qué es lo que queréis? Yo soy
el Abad.

FLORA. Pues escuchadme:
¡Pagaráme el frailecillo
con aquesto el despreciarme!
Este frailecico
de bonico talle,
que tan mojigato
le veis que se hace,
antes, Padre mío,
que se entrase fraile,
de esposo me dió
palabra inviolable.
En aquesta fe,
le entregué las llaves
de mi honor, sin que
nada reservase.
Y, a los nueve meses
de aquestos desmanes,
nació este chicote
que es todo su padre.
Dejóme, y entróse,
aleve y cobarde,
fraile de esta casa,
sólo por burlarme.
Yo no supe de él
hasta que ayer tarde
le encontré en las eras
pidiendo los panes.
Conocíle luego,
y por engañarme,
me hizo mil caricias;
y aquel fuego de antes
le volvió a soplar
con tan buen donaire,
que ya es muy posible

que este tierno infante
tenga una hermanita
que mezca y que acalle.
Dejóme durmiendo...
¡Debí de enfadalle!
Disperté, y halléme
al lado sin nadie.
Y, viendo su engaño,
como un fiero áspid,
burlada dos veces,
vengo aquí a quejarme.
Este niño es suyo.
Aquestos zagales
son fieles testigos
de aquestas verdades.

Dejando al niño en el suelo, a los pies de Teodora.

A sus pies le dejo;
críele, pues sabe
que la obligación
que me tiene es grande.
Que yo voy contenta
de que sus maldades
las sepa el Abad,
porque no le engañe.
Y lo que les pido
a sus caridades
es que del convento
le echen al instante.
O que las limosnas
que de estos lugares
con tanta piedad
al convento se hacen
serán muchas menos,
que no es bien que ampare
a un mal religioso,
burlador infame.

A esto sólo vine.
¡Vámonos, zagales!
Ahí queda el niño,
a Dios que lo guarde.

Se va muy tarasca, seguida por los zagales, que murmuran y se ríen al marcharse.

VILLANO PRIMERO.
Ya el niño ha tenido,
con éste, diez padres.

VILLANO SEGUNDO.
¡Una mala hembra
muchos males hace!

Desaparecen todos los labradores.

ABAD.
A Teodora, con severidad.

¿Qué tiene que responder
a tan enormes maldades?

TEODORA.
Humildemente.

Que Dios, que es suma verdad,
que soy inocente sabe.

ABAD.
¡Calle la hipócrita lengua,
y de disculpar no trate
un error tan deshonesto!

MORONDO.
Mirando al chiquillo, que sigue en el suelo, a los pies de Teodora.

Suyo es; no puede negarle;
toda su cara sacó,
hasta la boquita grande.

ABAD.
A Teodora, que sigue sin hablar, con los ojos bajos.

¡Su hipocresía me admira!
¿Estos son los ejemplares
de virtud? La mala hierba
es preciso que se aparte

de la fértil sementera
para que no la contagie.
¡Salga, luego, de la casa
de Dios! ¡En ella un instante
no esté quien con sus costumbres
la santa cosecha ataje!
¡Salga, luego, del convento!
¡Vaya al fuego el leño que arde
para sus vicios no más!

TEODORA.

Arrojándose a los pies del Abad.

¡Padre mío... Padre amable!

MORONDO.

Muy escandalizado.

¡Vaya, porque no queremos
en casa padres tan padres!

TEODORA.

Insistiendo

¡Ah, Padre mío, mis lágrimas
despierten vuestras piedades!
¡No me arrojéis del convento,
del mundo a los fieros mares!

ABAD.

Queriendo desprenderse de Teodora.

¡Suelte el hábito!

TEODORA. ¡Mirad!...

ABAD. ¡Vaya, y su pecado pague!

Entra en el convento, seguido de Morondo, y cierran la puerta.

TEODORA.

De rodillas, después que ve cerrada la puerta.

¡Señor, pues Vos lo queréis,
pase yo este oprobio, pase
esta afrenta, que mi culpa
merece pena más grande!
¡Yo, Señor, no merecía

en vuestra casa ampararme,
vivir como siervo vuestro,
y así de ella me arrojasteis!

Mirando al niño.

Pero, ¿qué tengo que hacer
con aqueste tierno infante,
que, sin culpa, viene a ser
heredero de mis males?

Coge al niño, y teniéndole en brazos, se queda medio sentada con él, en el suelo.

¡Dios, niño, tendrá cuidado
de vos, ya que vuestra madre
con entrañas tan impías,
tan pobre y tan miserable

Sonriendo.

padre os dió!

Vuelve a quedarse de rodillas con el niño en brazos y reza fervorosamente.

¡Señor, Dios mío!
¡Usad de vuestras piedades!
¡Hijo es vuestro, que no es mío!
¡Mirad en él vuestra imagen,
sustentadle, pues sois Vos
a quien toca el sustentarle!

Se oye una dulce música celestial, y precedidos de celeste fulgor, aparecen dos ÁNGELES trayendo dos cestillas con pan y frutas, y acercándose a Teodora, se las ofrecen.

ÁNGEL PRIMERO.

¡Teodora, el cielo piadoso
nos envía a consolarte!
En el monte hay una cueva.
Porque al niño no le falte
el necesario sustento,
hallarás para criarle
en la cueva una leona
que le hará oficio de madre.

ÁNGEL SEGUNDO.

Entrégaselo, que el cielo
convertirá sus crueldades
en cariños amorosos
y caricias maternales.

ÁNGEL PRIMERO.

¡Síguenos!

TEODORA.

Con fervor.

¡Vuestra piedad,
Señor, demasiado grande
es para esta pecadora!
¡Mi amor por siempre os alabe!

Echa a andar y dice, besando al niño.

¡Ya tenéis quien os sustente!
¡No hay que hacer pucheros, ángel!

Sale precedida por los ángeles al son de la música, que no cesa hasta que ha caído el TELÓN.

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

EL ATRIO DEL CONVENTO

Al levantarse el telón la escena está sola. Inmediatamente sale un MENDIGO, que llama a la puerta, y sale a darle limosna el hermano MORONDO.

MENDIGO. *¡Deo gracias!*

Llamando a la puerta, y con voz quejumbrosa.

MORONDO.

Saliendo, con mal humor.

¿Quién va? ¿Hay tal tema?

Da un pedazo de pan al Mendigo, que se aleja besándole y haciendo la señal de la cruz.

¡Pobre ido, pobre venido!
Mil pobres como uno ha habido,
y el Abad, con mucha flema:
— ¡Hermano Morondo, a dar!
¡Morondo, a la portería!
¡Morondo, a abrir! ... Todo el día
ha sido morondear.
Ahí tengo una bota bella
y un cordero bien asado,
que a los villanos he hurtado,
y espero a Flora con ella.
Y estando en esta inquietud,
porque la he apalabrado,

en todo hoy no me han dejado
hacer obra de virtud.

Mira en derredor con cuidado, por ver si viene Flora, y hace un gesto de mal humor, porque ve a TEODORA que viene con el niño de la mano.

Y ahora, aunque es tarde, sospecho
que también me han de estorbar.

TEODORA.

Entrando con el niño de la mano, y acercándose con humildad a Morondo.

¡Deo gracias! ¿Habrá que dar?

MORONDO. ¡Velo aquí usted! ¡Dicho y hecho!

TEODORA. Para este niño...

MORONDO.

Enfadado.

¡Hay tal pena!
El Diablo debe de ser,
que hoy ha dado en no querer
dejarme hacer cosa buena.

TEODORA. Dar limosna es bien que os cuadre.

MORONDO.

Reconociéndola.

¿Qué miro? ¡Bueno, por Dios!
¿No sois aquel Padre vos
que a Florilla hicisteis madre?

TEODORA.

Humildemente.

A la luz de ese delito,
quiso Dios darme esta cruz.

MORONDO.

Por el chiquillo.

Ya veo que anda con luz,
pues trae un candelerito.

TEODORA. El os pide, que no yo.

MORONDO. *Muy severo.*

Padre, pues hizo el cohombro...

TEODORA. ¿Qué he de hacer?
MORONDO. ¡Traerle al hombro!
TEODORA.

Sonriendo.

¡En otra huerta nació!
MORONDO.

Haciéndose el admirado.

¿Pero, cierto no es de vos?
TEODORA. Cuando no haya sido ansí,
Dios me lo ha enviado a mí,
no he de volvérselo a Dios.

Sale el DEMONIO y se acerca a Morondo, sigilosamente.

De pan, por Dios, le provea,
que sustentarlo no puedo.
DEMONIO.

Al oído de Morondo.

Hermano Morondo...
MORONDO.

Dando un salto, asustadísimo, al sentir la voz, que no sabe de dónde viene.

¡Quedo!
¿También vusted morondea?
DEMONIO. ¡No le dé, que es invención
para comer él!
MORONDO. No entiendo...
¿Qué dice?
DEMONIO. ¡Que está mintiendo!
MORONDO. ¡Mucho huele a chicharrón!
Dígame claro su intento.
DEMONIO. Darle el pan es disparate.
MORONDO. ¿Ha tomado chocolate,
que tanto le arde el aliento?
DEMONIO. ¡No le dé pan, que le engaña!
MORONDO.

De mal humor.

¡Quítese allá, que me deja,

con el aliento, la oreja
asada como castaña!

TEODORA.

Mirando fijamente al Demonio, y hablando con severidad.

¡Ah, infernal dragón, que en vano
son tus cautelas aquí!

DEMONIO. Ya me conoció, ¡ay de mí!

Desaparece.

TEODORA.

A Morondo.

¡Tenga compasión, hermano!

MORONDO. Padre, ande otras estaciones;
y pues le arrojan del templo,
no venga a dar mal ejemplo
aquí a los santos varones.

TEODORA.

Con ironía amable, divertida por el cinismo del lego.

¡Claro es que sois santo vos,
pues que así habláis!

MORONDO. ¡Digo, y tanto!
¡Como que santo más santo
no hay en la Iglesia de Dios!

TEODORA.

Con burla.

¿Milagros hará?

MORONDO. ¡Y no fríos!

TEODORA. Todo lo podrán sus ruegos...

MORONDO. ¿Pues no andan más de mil ciegos
vendiendo milagros míos?
Pida el prodigio que quiera,
que nunca en hacerlos tardo,
porque siempre de resguardo
llevo uno en la faltriquera.

TEODORA. Bien son menester aquí,
que hacen gran daño las fieras
que andan por estas riberas.

MORONDO. ¡Las fieras huyen de mí!
TEODORA. Grande ocasión se le ofrece...
Mire quien llega...
MORONDO.
Con espanto, viendo a un león que se acerca.
¡Un león!
TEODORA. ¡Échele su bendición,
veremos si le obedece!
MORONDO.
Huyendo de la sombra del león.
¡Aparta, bruto maldito!
TEODORA. ¡Mándele alejarse, hermano!
MORONDO. ¡Tente allá, bruto inhumano!
¡Ay, San Gerundio bendito!
TEODORA. ¡Bien puede el milagro obrar!
¿Qué le detiene?
MORONDO. ¡Ay de mí!
¡No tengo más que uno aquí
y no le quiero gastar!
TEODORA. Pierda, hermano, sus temores.
Al león.
¡Ea, fiera, vete ya!
El león se aleja.
MORONDO.
Tranquilizándose, al verle alejarse.
¡Jesús, qué manso que va!
Muy alegre.
¡Ay, que me teme, señores!
¡Vive Dios que ha olido el santo!
¡Sin sentir se me ha salido
el milagro! ¡Presto ha huído!
¡Sólo el verme le dió espanto!
TEODORA.
Gravemente.
Cálmese, hermano, y procure
más santamente vivir.

MORONDO.

Insolente.

¡Oiga! ¿Qué quiere decir?

TEODORA.

Sencillamente.

Que no hay engaño que dure:
capa de piedad fingida
mal cubre pecados ciertos.
Para daños encubiertos,
Dios tiene peso y medida.

Al niño.

¡Vamos, hijo, que en la casa
de Dios hoy no hay caridad!
¡Hermano, con Dios quedad!

MORONDO. ¡Esto de la raya pasa!

CUADRO SEGUNDO

LA SELVA

Sale TEODORA con el niño, seguida por un grupo de villanos que la insultan y apalean. En el grupo de los villanos va el DEMONIO.

VILLANO PRIMERO.

¡Dale, Bato!

VILLANO SEGUNDO.

¡Dale, Antón!

VILLANO PRIMERO.

¡La bota hurtó y el cordero,
y se finge pordiosero!

VILLANO SEGUNDO.

¡Vaya, vaya, el bergantón!

DEMONIO. ¡Dadle más, nada os impida!

TEODORA.

Con dolorosa paciencia.

¡Hijos, por Dios, basta ya
que el sufrimiento se va
apurando con la vida!

VILLANO PRIMERO.
¡Pesia al bergante!, la bota
y el cordero nos ha hurtado,
y luego, muy mesurado,
con su cara muy devota
se nos viene a pedir pan.

TEODORA. Yo os lo pido para un niño
que sustento.

VILLANO SEGUNDO.
¡Lindo aliño!
¡Susténtelo con afán,
pues le engendró con pecado!

VILLANO PRIMERO.
¡Sí, que se anda haciendo hijos
por cabañas y cortijos,
el buen bienaventurado!

VILLANO SEGUNDO.
¡Y a Florilla cada día
se lleva! Al Abad nos vamos,
que si noticia le damos
de aquesta bellaquería,
él le mandará quitar
el hábito.

VILLANO TERCERO.
¡Ven, Chapado!

Se van los villanos.

TEODORA. ¡Aunque yo no hice el pecado
yo le tengo que pagar!

DEMONIO. Ese sufrimiento en vos
de vuestra culpa es testigo.
¡Bien merecéis tal castigo!

TEODORA. ¡Sea por amor de Dios!

Sale con paso humilde y expresión de dulce contento.

DEMONIO. *Desesperado por la mansedumbre de Teodora.*

¿Me vencerás, Teodora?
Cuantas vanas cautelas
contra ti emprendo agora,
son alas con que vuelas
a ganar la corona, el alto asiento,
que infamado te da mi vencimiento.
El haberla sacado
tan afrentosamente del convento
el valor ha doblado de su merecimiento,
pues, con el niño, santamente vive
haciendo honor la injuria que recibe.
¡Desquitar su dolor mi rabia intenta!
¡Arda el monte en las llamas de su afrenta!

Se oye ruido de pasos y rumor de voces entre la espesura del monte.

Natalio, acompañado
de deudos y de amigos,
de su infamia obligado
busca a sus enemigos,
sin conocer al que causó su agravio.
¡Lo que él no sabe lo dirá mi labio!

Gritando, como si llamase.

¡Teodora!... ¡Filipo!

NATALIO. *Dentro.*

¡Al llano
suena la voz!

DEMONIO.

Grita con acento desgarrador, como si hubiese encontrado muerta a Teodora.

¡Teodora!

Después se esconde entre los árboles. Entra NATALIO, atraído y aterrado por la voz que con tan triste acento ha pronunciado el nombre de su mujer.

NATALIO.

Entrando.

Por este monte discurro,
con la noticia dudosa
de que en sus senos habita
el traidor que me la roba,
sin poder saber jamás
quién sea o dónde se esconda...
Y agora esta voz que oí
de lo que ignoro me informa,
partiéndome el corazón
con el nombre...

DEMONIO.

Dentro, desgarradoramente.

¡Ay, Teodora!

Llamando.

¡Filipo!

Sale, con aire de desvarío.

En vano le llamo.
Sin duda este infame, agora,
ejecutó en la infeliz
la crueldad más afrentosa.

Finge que no ve a Natalio.

NATALIO.

Que ha escuchado, lleno de terror, las palabras del Demonio.

¡Cielos! ¿Qué escucho? Sin alma
quedo ya...

DEMONIO.

Fingiendo desolación.

¿No habrá una pronta
venganza para esta injuria,
tan infame y alevosa?
¿Tal rigor sufren los cielos,
y su piedad no lo estorba?
¿No hay quien vengue tal agravio?

NATALIO.

Adelantándose, desesperado.

¡Si vengará quien le toca!

DEMONIO.

Fingiendo sorpresa.

¿Quién eres, hombre? ¿Qué intentas?

NATALIO. Soy un hombre a quien provoca
esa inocencia ofendida
que tú, impiadoso, pregonas.
¿Quién la ofende? ¿Quién la agravia,
para que el pecho le rompa?

DEMONIO. Si tú a vengarla te ofreces,
sabe, amigo, que a Teodora,
Filipo... ese forajido,
que por estos montes roba,
quitándosela a su esposo,
que tiernamente la adora...

NATALIO.

Con angustia y desesperación.

¡Detente!... ¿Qué nombre has dicho?

DEMONIO.

Con fingida ingenuidad.

Filipo.

NATALIO.

Con ira y dolor.

¡El pecho se ahoga!
¡Filipo!... ¡Furor, detente,
que el averiguar me importa!...
Prosigue amigo, prosigue.

Entre dientes.

¡Sepa yo mi afrenta toda!

DEMONIO. Sabiendo, pues, que Natalio
busca en el monte a su esposa,
para encubrir su delito,
ha dado muerte a Teodora.

NATALIO.

Con espanto.

¿Muerte dices?... ¡Calla... calla!

Con dolor.

¿Muerte dió a mi bien? ¡Señora...
Teodora... dueño querido...
vida de mi vida toda...
alma de mi amor!... ¿Qué digo?

Con furia nueva.

¡Siéndolo de mi deshonra!

Con desvario.

¡Cielos!... ¿cómo cabe en mí
este sentimiento agora?
¡Honra y amor batallando,
sin saber a cuál me acoja!...
¡Ah... que sin duda en mi pecho
puso una mano traidora
un corazón para amar
y otro para tener honra!...
Y pues los dos tengo heridos,
¿qué espera mi furia loca?
El veneno que respiro,
¿cómo el aire no inficiona?
¿Cómo no arden esas plantas
para hacer ojos sus hojas
con que miren mi venganza?
¿Cómo ya llamas no arrojan
árboles, riscos y peñas?

DEMONIO.

Satisfechísimo.

¡Bien mi cautela se logra!

NATALIO.

Con desvario.

¿Dónde está? ¡Quiero ir quemando
todo cuanto se me oponga,
hasta que de quien me agravia

no deje rastro ni sombra!
¡Venganza quiero, venganza!

DEMONIO.

Hipócritamente.

¿Quién eres? Pues que te enoja,
sin duda a ti de esa injuria
alguna parte te toca.

NATALIO.

Con desvarío.

¡Qué sé yo qué, ni quién soy!
¡Uno a quien matar importa!

DEMONIO. Pues si te importa el agravio,
yo que, engañado hasta agora,
he acompañado a Filipo,
te pondré donde le cojas
sin resistencia posible.

NATALIO.

Apasionadamente.

¡Si lo que ofreces me logras,
vida, hacienda, alma y honor
pongo a tus pies desde ahora!

DEMONIO.

Sonriendo.

¿Pues no me dices quién eres?

NATALIO.

Con dolor impaciente.

¡No quieras saberlo agora!

DEMONIO. Vamos, que ya lo presumo.
¡Muera el traidor que te enoja!

NATALIO. ¡Para morir, verle basta!

DEMONIO. ¡Yo te daré su persona!

NATALIO. ¡Tuyas son mi alma y mi vida!
Guíame...

DEMONIO. ¡Tras mí te arroja!

NATALIO. ¡Vamos!

DEMONIO. ¡Vengarás tu afrenta!

NATALIO. ¡Sé mi luz!

DEMONIO.

Infernalmente.

¡Seré tu sombra!

Salen los dos por entre los árboles.

CUADRO TERCERO

OTRA PARTE DE LA SELVA

Al fondo la cueva en que vive Teodora. Aparece ésta en quieta oración, sentada en una piedra, leyendo en un libro. Sobre otra peña un poco más alta, tiene un Cristo y una calavera. Se oyen gritos de los que persiguen a Filipo, y a poco aparece éste despavorido, saliendo de entre los árboles.

VOCES. *Dentro.*

¡Por el atajo escapó!
¡Seguidle!

FILIPO. *Dentro.*

¡Válgame el cielo!

NATALIO. *Dentro.*

¡Atajadle por la falda
del monte!

VOCES. ¡Al despeñadero
cayó!
¡No!
¡Sí!
¡Date ya,
traidor!

FILIPO.

Entrando despavorido.

¡Estoy sin aliento!
¡Oh, válgame el cielo santo,

aunque le invoco en el riesgo,
donde es el temor infame
capa de arrepentimiento!

Mirando en derredor.

De esta soledad parece
que me encubrirá el secreto.

Ve la cueva.

Sí... a la escasa luz diviso
de una cueva el hondo centro.

Adelanta hacia la cueva y ve a Teodora.

¡Ah!... en ella un santo varón
en un libro está leyendo.

Se detiene.

TEODORA.

Leyendo.

«Es la vida una jornada
que hace el hombre para el cielo;
andamos cuando vivimos,
partimos cuando nacemos,
cuando morimos llegamos
y descansamos, muriendo.»

FILIPO.

Con tristeza repentina.

A la luz de estas verdades,
entera mi vida veo...
Mas, si aun el camino usado
suele errarle un pasajero,
del que se anda una vez sola,
¿quién asegura el acierto?

VOCES. *Dentro.*

¡Por aquí, sin duda, huyó!

NATALIO. *Dentro.*

¡No quede en el monte seno
por mirar!

FILIPO. *Volviendo de su ensimismamiento.*

¡Natalio llega!

¡Aunque interrumpa el sosiego
de este santo, de él me acojo!

MÚSICA

Se precipita en la cueva. Teodora, al verle, se levanta. Breve pantomima en la cual él por señas le pide auxilio y ella le lleva al interior de la cueva, desapareciendo con él. Aparecen NATALIO y el DEMONIO, con las espadas en la mano.

DEMONIO. ¡Yo haré que le encuentres presto!...
Sin duda, en aquesta cueva
se ha escondido.

NATALIO. ¡Pues entremos!

Natalio va a precipitarse en la cueva, persiguiendo a Filipo; pero un vivo resplandor celestial le cierra el paso, deslumbrándole, a tiempo que una voz canta acompañada de religiosa música.

VOZ CELESTIAL.
¡Perdónanos, Señor!
¡Perdona nuestras culpas y pecados,
así como nosotros
las de nuestros deudores perdonamos!

Cesa la música.

NATALIO.

Deteniéndose.

¿Qué es lo que escucho? Sin duda,
éste es aviso del cielo.

DEMONIO. *Con burla.*

¡Bien poca cosa bastó
a templar tu enojo!

NATALIO. *Con nueva ira.*

¡Entremos!
¡Y si aquí se esconde, muera!

Va a entrar en la cueva; pero aparece en la boca de ella TEODORA, que le detiene con suave, pero majestuoso ademán.

TEODORA. ¿Adónde vais? ¡Deteneos!
NATALIO. ¡Vamos buscando a un traidor!
TEODORA. ¿A un traidor? ¿Pues que os ha hecho?
NATALIO. Un imperdonable agravio.
TEODORA. ¿Estáis muy seguro dél?
NATALIO. ¡Sí, por cierto! Y tan cruel,
que apenas acierta el labio
a declararle.
TEODORA. *Con dulzura.*
La hiel
de vuestro amargo cuidado
con un consejo acertado
tal vez yo templar pudiera,
si vuestro agravio supiera.
NATALIO. ¡A mi esposa me ha robado!
TEODORA. *Con asombro.*
¿Qué decís?
DEMONIO. *Con cinismo.*
¡Yo soy testigo!
TEODORA. *Con ironía.*
¿Y sabéis dónde está?
NATALIO. ¡No!
TEODORA. *Con ironía, al Demonio.*
¿Vísteislo vos?
DEMONIO. Fué conmigo.
TEODORA. Pues, ¿cómo así a vuestro amigo
calláis dónde la llevó?
DEMONIO. Porque la ha muerto.
TEODORA. ¡Es engaño!
NATALIO. *Enajenado.*
¿Vive Teodora, decís?

DEMONIO. ¡Teodora ha muerto!
TEODORA. ¡Mentís!
DEMONIO. Natalio, cierto es el daño
que como honrado sentís.
¡Cierto!... ¡Teodora pecó!
TEODORA. *Con humildad.*
¿Quién no peca?
DEMONIO. ¡Y con su culpa
vuestro limpio honor manchó!
TEODORA.
Mirando al Demonio fijamente.
¡Pudiera hallarle disculpa
el que a caer la inclinó!
El Demonio, furioso, al verse descubierto por Teodora, huye.
NATALIO.
Con angustia y desconcierto.
No os entiendo.
TEODORA.
Gravemente.
Aún no es sazón,
Natalio, de que entendáis.
Basta a vuestra salvación
el que escuchéis y creáis
lo que os dice el corazón.
NATALIO.
Mirándola con asombro.
¿Vos sabéis?...
TEODORA. Que a perdonar
os mueve.
NATALIO. ¿Sois hechicero,
que así podéis penetrar
el secreto verdadero
de un alma triste?
TEODORA. *Con suave autoridad.*
¡Pecar,
hermano, es común flaqueza!

Perdonar es fortaleza
que al mismo Dios nos iguala.
¡Perdonad vos, que es nobleza!

NATALIO. Alto camino señala,
hermano, vuestra lección.

TEODORA. Seguirle será razón.

NATALIO.

Con exaltación.

¡No sé quién sois!... ¡Nunca os vi!
Mas me dice el corazón
que os conozco.

TEODORA. ¡Tal vez sí!

NATALIO.

Con angustiada inquietud creciente, queriendo conocerla y sin poder lograrlo.

¡Hallo en vuestra voz dormidos
ecos, que entender quisiera
el alma, desvanecidos
sones, desaparecidos
acentos... sueño... quimera!...
A Teodora habéis nombrado...
¿Decís que vive?

TEODORA.

Con emoción.

¿Queréis
verla?

NATALIO. ¿Dónde está sabéis?

TEODORA.

Con temor y amor.

¡Si la hubieras perdonado!...

NATALIO.

Con arranque de amor.

¡Perdonada está! ¿Qué hacéis?

Teodora, al oirle, vencida por la emoción, está a punto de caer, y escondiendo el rostro entre las manos, reza y llora.

TEODORA. ¡Gracias, bondad soberana!

NATALIO.

Con impaciencia angustiada.

¿No calmaréis mi tormento?

TEODORA. *Serenándose.*

Sí. En el valle hay un convento
de santos monjes... Mañana,
cuando suene la campana,
gozosa, tocando a fiesta,
acercaos... Su sonido
será señal manifiesta
de que el cielo ha consentido
en daros cabal respuesta.
Id.

NATALIO. No sé por qué razón,
a pesar de mis enojos,
no os hago contradicción.

TEODORA. Será que ve el corazón
lo que no alcanzan los ojos.

NATALIO. ¿Decís...?

TEODORA. Hay pechos, y vos
sabéis acaso de alguno
que, por secreto de Dios,
desdichas los hacen dos,
siendo en los afectos uno...
¡Id con Dios!

NATALIO. ¡Con Él quedad,[1]
y el consuelo recibido
por mí os pague!

TEODORA. ¡El que he tenido
yo de vos, su alta bondad
os premie, que grande ha sido!

Natalio se aleja y desaparece entre los árboles, y Teodora queda a la entrada de la cueva, contemplándole, hasta que ha desaparecido, y dice con emoción.

¡Su perdón, como rocío
sobre mi culpa cayó!

¡Descansa, corazón mío!
El mal amor te perdió...
El buen amor te levanta...

Sale FILIPO de la cueva y se arroja a los pies de Teodora.

FILIPO.

Con fervorosa gratitud a Teodora.

¡Oh, vencedor de mi suerte,
déjame besar tu planta,
pues me libras de la muerte!

TEODORA. *Mirándole con caridad y severidad.*

Poco importa haber salvado
el peligro de la vida,
si el alma sigue perdida
por las sendas del pecado.
Dios los lazos te ha tendido
del peligro, por salvarte.
¡Industria de amor ha sido,
que pena por perdonarte!
En la red viniste a dar,
y estás en tierra postrado...
¡No te quieras levantar,
sino libre y perdonado!

FILIPO. *Amargamente.*

¡No hay perdón para mi vida!
¡Mis males son infinitos,
que no hay número que mida
la suma de mis delitos!

TEODORA. ¡Clama, ovejuela perdida,
que el pastor te está buscando!
¡Gime, alma desvanecida,
que tu Dios te está escuchando!

FILIPO. ¿Cómo, divina paciencia,
a Vos me osaré llegar?
¿Qué haré, mi Dios?

TEODORA. ¡Penitencia!
¡Sólo ella puede salvar!

FILIPO.

Con apasionamiento.

¡Penitencia!... Sed mi guía,
mostradme vos el camino.

TEODORA.

Señalando al cielo.

¡Pedid favor a María,
lucero de amor divino!
En el cielo brillará,
cuando el sol se haya ocultado,
su estrella, que os guiará
donde seáis perdonado.

FILIPO. ¡Padre, oidme en confesión!
TEODORA. Yo no puedo ser tu juez.
FILIPO. ¿Por qué?
TEODORA. Parte y ocasión
tengo en tu culpa tal vez.

FILIPO.

Con ansiedad.

Pues, ¿quién eres?
TEODORA. ¡No te importe!
Ve con Dios... Ya lo sabrás.
Sigue tú el celestial norte
y al cabo lo entenderás...
FILIPO. ¡Toda el alma enajenada
llevo!
TEODORA. ¡Esa es gran suerte mía!
FILIPO. ¡Por vos nazco al bien de nuevo!
TEODORA. ¡Esa es mi única alegría!

Teodora y Filipo se separan: él va a emprender su camino y mira al cielo en busca de la estrella prometida; ella se queda en pie, en la boca de la cueva, olvidada de él y absorta en sus pensamientos. También mira al cielo por ver aparecer la estrella de la tarde. Ya se hunde el sol, y el cielo empalidece; pero aún no ha aparecido el lucero. Hablan en dos monólogos: él desde el extremo de la escena, casi en primer término; ella en el fondo, junto a la cueva, lentamente y con profunda emoción religiosa.

FILIPO.

Gravemente, mirando al cielo.

Cuando el sol se ocultaba,
tramaba yo mis locos devaneos...
La luz de las estrellas aguardaba
para buscar el logro a mis deseos...
¡Y hoy espero que sean sus fulgores
entre Dios y mi culpa mediadores!

TEODORA.

Gravemente.

Cuando el sol se ocultaba,
se desvelaba la tristeza mía...
La luz de las estrellas contemplaba
y mi culpable anhelo se encendía...
Amor pedía... por amor penaba...
y el verdadero amor menospreciaba.

FILIPO.

Mirando al cielo.

¡Estrella, no te tardes,
que aquí te espera un alma arrepentida!

Aparece en el cielo el lucero de la tarde.

TEODORA. ¡Lucero, qué bien ardes
en la noche del alma recogida!

FILIPO.

Mirando con arrobamiento a la estrella.

¡Centella celestial, guía mi paso!

TEODORA.

Con éxtasis.

¡Arda el fuego de amor en que me abraso!

Filipo sale, alucinado, mirando a la estrella; Teodora queda arrobada un instante.

CUADRO ÚLTIMO

EL EXTERIOR DEL CONVENTO

Amanece. Música, en la cual, junto con la serena paz de la mañana, está el místico y solemne anuncio de la muerte de Teodora. Entra TEODORA, fatigada, andando muy despacio, pero con celestial serenidad en el rostro, y se detiene, mirando la puerta del convento.

TEODORA. Ya, Señor, de vuestra mano
la apacible seña siento...
Ya la mano de la muerte
a golpes llama en mi pecho...
Ya del término preciso
llega el feliz cumplimiento...
¡Muerte, seas bien venida!
Albricias te da el deseo,
pues me libras de la carga
de este miserable cuerpo...

Da unos cuantos pasos hacia la puerta.

Sólo quisiera lograr
del hábito que profeso
las santas prerrogativas
de morir en el convento...
A sus puertas he llegado,
pero a llamar no me atrevo...

Cogiéndose a la Cruz.

¡De ti me amparo, árbol santo!
¡A ti me acojo, árbol bueno!

¡Única esperanza mía!
¡Salve, Cruz, puerta del cielo!

Se oye la campana del convento, que toca a la oración.

¡Cómo tañe la campana!
Llama a los monjes al rezo...
Ya van los santos varones
al coro... ¡Quién como ellos,
a implorar vuestras piedades,
pudiera entrar en el templo!...
Cerradas están las puertas.

Postrándose, con humildad.

Desde aquí iré respondiendo...

Se oye dentro del convento, vagamente, el canto de los monjes, grave y solemne.

VOCES DE LOS MONJES.

¡Kyrie eleison!
¡Christe eleison!
¡María Régibus!
¡Et Luna pulchrior!
¡Ora pro nobis!

TEODORA. *Uniéndose al coro, con voz débil.*

¡Ora pro nobis!
¡María, rogad por mí!

En la angustia de la agonía.

¡Madre, aunque no lo merezco,
suplicad a vuestro Hijo
que me recoja en su seno!

Cae en el suelo, y aparece un coro de ángeles, que se acerca a ella, y, rodeándola, la ayuda a bien morir.

ÁNGEL PRIMERO.

¡Alma, no en vano imploraste
la intercesión de María!
¡Deja el barro en que pecaste,

prisión del alma sombría!
¡Alza los ojos al cielo
que, penando, has merecido!

TEODORA.

Incorporándose un momento en los brazos de un ángel que se ha arrodillado junto a ella para sostenerla.

¡Pues que logro tal consuelo,
para ganar he perdido!

Muere. Los ángeles se estrechan contra ella, y las campanas rompen a tocar a fiesta, repicando milagrosamente.

ÁNGEL PRIMERO.

Acercándose a la puerta del convento.

¡Venerables Padres,
pues tan santos sois,
abrid vuestras puertas
al que a ellas llamó!

Se abren milagrosamente las puertas del convento, y aparece en ellas el ABAD, rodeado de sus frailes.

ABAD.

Adelantando.

¿Qué impulso es el que me mueve?
Mándanme voces del cielo
que abra la puerta a quien llama.
¡Abierta está!... Mas... ¿qué veo?

Viendo a Teodora.

¿No es éste el hermano a quien
arrojamos del convento?

ÁNGEL PRIMERO.

¡Padre, la oveja perdida
del número de las ciento,
más que las noventa y nueve
alegró al Pastor del cielo!

ABAD. *A los monjes.*

¡Venid, hijos, y rogad

por el que fué hermano nuestro!

Los frailes rodean el cuerpo de Teodora, mezclados con los ángeles. Las campanas vuelven a repicar. Entran los VILLANOS precipitadamente.

VILLANOS. ¡Los badajos se han soltado!
VILLANAS. ¡Ver el milagro queremos!

Rodean, junto con los ángeles y los monjes, el cuerpo de la santa. El Abad queda a un lado. Entra FILIPO y, apasionadamente, se arroja a los pies del Abad.

FILIPO.

Con aguda contrición.

¡Penitencia! ¡Mis pecados
con pública voz confieso!
¡Penitencia! ¡Penitencia
para pagar tanto yerro!
¡Lave mis culpas el río
de las lágrimas que vierto!

Queda postrado en el suelo, sollozando. Entra por el lado opuesto NATALIO, que escucha el repicar milagroso de las campanas con esperanza.

NATALIO. ¡Ya repican las campanas!
¡Esta es la seña que espero!

Mira en derredor.

Si he de encontrarte, alma mía,
¿dónde estás, que no te veo?

Ve a Teodora muerta y la conoce.

¡Muerta!... ¡Mi bien!... ¡Teodora!...
ABAD. ¿Qué prodigios son aquestos?...
¿Que es mujer?...
NATALIO. ¡Y esposa mía!...

Se arroja, sollozando, sobre el cuerpo de Teodora.

ABAD.

Dirigiéndose a Flora, que contempla la escena, con espanto.

¿Pues cómo, enemiga, has hecho
un desacierto tan grande?

FLORA.

Con dolor y vergüenza, apartándose a un lado.

¡Amor fué causa de hacello!

NATALIO.

Tirado sobre el cuerpo de Teodora.

¿Para qué tanto buscarte,
si al encontrarnos te pierdo?
¿Cómo no te conocí,
amor mío verdadero,
cuando en el monte me hablaste,
cuando el corazón diciendo
me estaba a gritos: ¡Es ella!?
Tenía los ojos ciegos
de llorar por ti... ¡Teodora!

TEODORA.

Apareciendo en apoteosis, vestida de blanca y resplandeciente túnica.

¡No me busques en el suelo!

NATALIO.

Enajenado, mirando a lo alto, y tendiendo los brazos hacia ella.

¡Teodora!

TEODORA En la tierra ya
pagarte tu amor no puedo;
mas el perdón que me diste
te abre las puertas del cielo,
y otro amor te guardo aquí
más firme y más duradero.

ABAD. ¡El triunfo de un alma santa
con devoción ensalcemos!

DEMONIO.

Que aparece entre los villanos, y se aleja, desesperado.

¡Todo mi imperio destruyen
almas que triunfan, muriendo!

Desaparece. La música cubre las palabras del Abad y del Demonio en una explosión de regocijo místico, triunfante y

glorioso. Las campanas se deshacen replcando a fiesta. Los ángeles se agrupan al pie de la Cruz, después de haber cublerto completamente de flores el cuerpo de Teodora, que se supone sigue en el suelo, cubierto con la humilde túnica de fraile.

LA VOZ DEL CONVENTO.
¡Rosa Mystica!
TODOS. *¡Ora pro nobis!*
LA VOZ DEL CONVENTO.
¡Lillium vallis!
TODOS. *¡Ora pro nobis!*

Va cayendo el telón muy lentamente, a tiempo que todos ,menos los ángeles, caen de rodillas.

FIN DE LA COMEDIA

NAVIDAD

MILAGRO EN TRES CUADROS

MÚSICA DE JOAQUÍN TURINA

PERSONAJES

LA VIRGEN.
SAN FRANCISCO DE ASÍS.
EL SACERDOTE
EL ARCÁNGEL MIGUEL.
EL ARCÁNGEL RAFAEL.
EL ARCÁNGEL GABRIEL.
CINCO ÁNGELES.
LA BERNARDA.
LA SEÑÁ UBALDA.
LA MADALENA.
BAUTISTA.
EL SEÑOR SIMÓN.
EL SACRISTÁN.
LA NICASIA.
EL OBRERO.
EL MENDIGO.
EL GOLFO.
LA MADRE.
EL NIÑO.

SACERDOTES. ACÓLITOS. FRAILES. MUJERES. OBREROS.
MENDIGOS.

CUADRO PRIMERO

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os remediaré.

INTERIOR de una catedral gótica, en la noche de Navidad. Es el momento en que termina la Adoración del Niño, después de la Misa de Gallo, y ya los fieles han empezado a salir del templo por una puerta lateral. La nave está llena de humo de incienso, de modo que se ve al mismo tiempo brillante y vagamente, al fondo, el altar hecho un ascua de oro, resplandeciente, lleno de cirios.

En el instante de levantarse el telón, el sacerdote celebrante, revestido también de blanco y oro, terminada la Adoración, vuelve el Niño al altar, en el que está una representación plástica del «Nacimiento» o de la «Adoración»; la Virgen, de rodillas o sentada en su humilde trono de Belén, rodeada de ángeles. Luego, el celebrante y los que le acompañan, diácono, subdiácono, acólitos con ciriales, turiferarios, etc., desaparecen, entrando en la sacristía.

Durante toda esta primera parte del cuadro se oyen, se supone que viniendo del coro, los tradicionales cánticos de Navidad, acompañados por música alegre y pas-

toril. Duran hasta un momento después de haberse retirado el celebrante.

Salen todos los fieles del templo. Quedan los últimos una señora y su hijo, niño de pocos años; ella le lleva de la mano, apresurándose un poco por salir; pero él va despacio, como arrastrado, con la cabeza vuelta y sin apartar los ojos del altar donde está la Virgen.

LA MADRE. — *Con un poco de impaciencia.* Vamos, hijo, vamos... Date prisa, que es tarde. ¿Qué miras?

EL NIÑO. — Miro a la Virgen...

LA MADRE. — Ya la has visto... anda...

EL NIÑO. — ¡No me quiero marchar!

LA MADRE. — *Sin comprender.* ¿Por qué?

EL NIÑO. — *Afligido.* Porque es Nochebuena, y la Virgen María se queda sola...

LA MADRE. — Pero hijo...

EL NIÑO. — Y está triste... Lo sé yo... ¡No quiero, no quiero, no quiero que se quede dentro de la iglesia, que luego cierran y va a tener frío... y el Niño también!... Y es Nochebuena... Mírala, mírala: ¿no lo ves que está triste?

LA MADRE. — Lo que estás tú es muerto de sueño, y ya ni sabes lo que te dices... Anda, tápate bien, que está nevando...

Le envuelve en la bufanda.

EL NIÑO. — ¡No me quiero marchar! ¡Señora! ¡Virgen María! ¡Quiero quedarme aquí contigo! ¡No me quiero marchar!

Llorando.

LA MADRE. — ¡Anda, anda, que vamos a coger una pulmonía!

Le arrastra, cogiéndole por los hombros, y sale con él del templo, sin que el niño deje de volver la cabeza para mirar a la Virgen.

Salen dos acólitos con apagadores, y apagan las luces

del altar. Entonces se difunde por el templo — en el cual queda únicamente encendida, como una estrella, la lámpara del Sagrario — una luz de misterio y de milagro: es la luz de una clara luna de Enero, que entrando por los vidrios de colores de los ventanales, y quebrándose en el humo de incienso, se irisa en nacarados y plateados reflejos.

La música, de pastoril se trueca en celestial, y hay en ella, junta con la serena paz de la lograda bienaventuranza, una ansiedad extraña, la esperanza inquieta del milagro que va a suceder y ya está floreciendo en el corazón de la Madre y del Hijo. Es un despertar, un amanecer, una promesa y una afirmación al mismo tiempo: un milagro, en suma.

El humo del incienso va desvaneciéndose. El cuadro plástico, en el fondo, sobre el altar, se anima, adquiriendo realidad. La Virgen, los ángeles, son seres reales y humanos.

La Virgen se incorpora, y tomando en brazos al Niño, que el celebrante ha dejado sobre el altar, le ofrece un instante a la adoración de los ángeles, que les rodean con embeleso y asombro. Se oye en la orquesta una canción de Navidad, que se supone cantada por los ángeles al son de los celestes violines seráficos; es muy distinta en carácter de las canciones pastoriles del principio: como que está dictada por la sabiduría sutil de los querubines y ejecutada por la inflamada inspiración de los serafines. Ya se sabe que los querubines son la sabiduría y los serafines el amor. La Virgen, casi inmediatamente, llevando al Niño en los brazos, echa a andar muy despacio y recorre la nave, como perdida en honda meditación; su corte de ángeles la sigue a distancia respetuosa, contemplándola con adoración y asombro. En silencio, los ángeles se interrogan unos a otros con la mirada, preguntándose con cándida emoción ante el prodigio: «¿Qué es esto? ¿Dónde vamos?»

Por los costados de la nave, viniendo sin duda de los altares laterales, que no se ven, aparecen algunos santos: los tres Arcángeles: San Miguel, con magnífica armadura y lanza, guerrero joven y arrogante; San Rafael, en traje de camino, con su pez de plata; San Gabriel, el Arcángel de la Anunciación, con su ramo de azucenas; San Francisco de Asís, con su pobre hábito de fraile, y en la mano el manojo de rosas milagrosas de la Porciúncula. Todos adelantan hacia la Virgen, pero sin acercarse del todo a ella, y todos la miran con la inquietud adorante del milagro que presienten y aún no comprenden.

El silencio del templo se intensifica. El aire se ha quedado tan quieto, que casi se pueden oir los latidos de los corazones. La lámpara del Sagrario brilla como lucero en noche africana.

Se oye el repique medioeval del reloj de la torre, que llega al interior del templo un poco desgranado por el viento que sin duda sopla fuera; son las doce y media; de modo que el reloj, después de la «tocata» de los dos cuartos, hace oir también las doce campanadas. Mientras suena el reloj, todas las figuras están inmóviles. La Virgen escucha como si el sonar de las campanadas fuese un llamamiento del mundo exterior, un clamor de la Humanidad dolida, que fuera del templo pidiese compasión... escucha y resuelve: en cuanto el reloj deja de sonar — dejando un eco prolongado y resonante en la amplia nave silenciosa —, Ella hace un gesto de asentimiento, como si respondiese, afirmando, al llamamiento que su propio corazón le hace en favor de los desventurados, y se dirige con paso resuelto a la puerta lateral del templo, por donde han salido los fieles.

Respetuosamente, los tres Arcángeles se adelantan, y poniéndose delante de la puerta, quieren cerrarle el paso. Ella, con majestuoso y dulce ademán, les manda que se aparten. El Arcángel Rafael se inclina ante ella, pero le indica con expresivos ademanes que fuera, en el camino,

hace mucho frío. La Virgen sonríe, diciendo: «¡No importa!» Y adelanta un paso más.

El Arcángel Rafael levanta el pesado tapiz que cierra la puerta; el viento helado del exterior entra en ráfaga violenta, y agita y descompone las tocas de la Virgen y las doradas cabelleras de los ángeles. Los ángeles tiemblan de frío...; quisieran detener a la Señora, y hasta alguno de ellos, el más pequeño, la tira del manto para obligarla a volver al altar; pero Ella sigue sonriendo dulcemente, cada vez más resuelta: entrega el Niño a uno de los ángeles, que le envuelve en su manto, y envolviéndose en el suyo, emprende el camino, haciendo un ademán de graciosa autoridad al Arcángel Rafael, que vuelve a levantar el tapiz que ha dejado caer.

Fórmase entonces la humilde y celestial comitiva. Va delante el Arcángel Miguel, *fortaleza de Dios*, caballero andante de la andante Dama. Sigue el ángel con el Niño en los brazos, bien envuelto en el manto. A su lado va el Arcángel Gabriel, atendiendo al Niño. Sigue la Virgen, precedida respetuosamente por San Francisco, que es el que desde luego comprende y aprueba el milagro, y rodeada por su corte de ángeles: chiquillos intrigados, cándidamente curiosos, y en el fondo regocijados por la misteriosa escapatoria, ahora que ya comprenden que es irremediable. El más pequeño, el que antes ha querido detener a la Virgen tirándola del manto, llega hasta a hacer un gesto de burlona despedida a algunos de los santos que no han sido llamados al prodigio, y que sin duda se quedan en los altares petrificados en su secular inmovilidad de «imágenes» sin vida; el espíritu de la corte angelical es de cándido orgullo y regocijo por la misteriosa aventura nocturna, en la cual se sienten un poco cómplices.

El templo queda solo. Hay en el aire como un hondo suspiro inefable.

Sale un sacristán viejo, con su inmenso y sonante ma-

nojo de llaves. Recorre la nave, pasa delante del altar, hace el registro de todo el templo... y no se entera de nada. Se detiene en el centro de la nave y recoge del suelo una de las rosas de la Porciúncula, que San Francisco ha dejado caer...: es una rosa prodigiosa, de belleza extraña, fragante, palpitante como un corazón, luminosa con todo el fuego de la caridad, cuajada de rocío... lágrimas de penitencia hechas diamantes. La mira... pero no comprende, y encogiéndose de hombros, sin querer averiguar de dónde viene, sigue su camino y su ronda de inspección, sonando las llaves.

El ángel más pequeño asoma la cabeza entre el tapiz, y se ríe de él, golpeándose la cabeza con los puños cerrados, para indicar que el sacristán es incapaz de entender ni sospechar siquiera lo que está pasando; luego desaparece.

Al levantarse el tapiz, ha vuelto a entrar el viento de la noche; el sacristán se estremece, tiene frío, estornuda... Se dirige a la puerta con gesto malhumorado, levanta el tapiz... pero no hay nadie... Cierra cuidadosamente la puerta y atraviesa la nave, camino de la sacristía.

CUADRO SEGUNDO

TELÓN corto. Calle muy estrecha, a la cual da una de las puertas de la catedral.

Nieva copiosamente. Gran obscuridad, porque la luna está completamente oculta por las nubes. Más negras, en lo negro de la noche, las siluetas, apenas entrevistas, de las gárgolas, y los perfiles de algunas casuchas miserables. En lo alto, el áspero chirrido de las veletas movidas por el viento. Es el momento en que la Virgen y su corte han salido de la catedral.

Del lado opuesto viene una turba de borrachos, hombres, mujeres, chiquillos, todos harapientos y miserables; apenas se les ve en la obscuridad: traen latas, panderos, almireces, y arman un ruido horrendo, celebrando a su modo la Nochebuena, que ya no saben lo que es. Una voz ronca de hombre canta en el desaforado grupo:

¡Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad!
¡Dame la bota, Colasa,
que me voy a emborrachar!

¡Ande, ande, ande,
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que es la Nochebuena!

Todos ríen y hacen mucho más ruido con los bárbaros instrumentos para marcar al estribillo.

El grupo celestial aparece; pero aunque hay sobre él un tenue fulgor azulado, los borrachos no se enteran de su presencia, y pasan casi atropellando a la Virgen, que tiende las manos hacia ellos, como queriendo detenerlos, mientras ángeles, arcángeles y santos se estrechan en apretado grupo, intentando proteger a la Madre y al Hijo.

Pasa y desaparece el grupo de borrachos; pero de entre ellos ha caído al suelo un chiquillo medio embriagado y medio dormido. Quiere levantarse, seguir al grupo, en el cual, sin duda, va su madre, pero resbala en la nieve, vuelve a caer pesadamente, y queda tendido en el suelo. El grupo de la Virgen adelanta. Un ángel tropieza con el chiquillo que está en el suelo. Todos se inclinan a mirarle. El chiquillo levanta la cabeza, se incorpora a medias, se frota los ojos deslumbrados por el azulado fulgor que envuelve al grupo celestial. La Virgen, inclinándose un poco, le tiende las dos manos; el chiquillo mira como alucinado a la Virgen y luego al Niño, que está dormido en brazos del ángel. La Virgen sigue con las manos tendidas, sonriendo... El chiquillo se levanta como fascinado, poniéndose primero de rodillas y luego en pie, con las manos tendidas hacia las de la Virgen, pero sin tocarla...

Hay un vivísimo fulgor y luego un momento de obscuridad absoluta.

CUADRO TERCERO

Campo en las afueras de una gran ciudad moderna y ultracivilizada.

En primer término, carretera (se supone que el proscenio la corta por el centro); así es que, formando cortina al resto de la escena, hay una de las filas de árboles que la limitan, desnudos y esqueléticos, puesto que es invierno, con las ramas cubiertas de nieve helada; sin embargo, a la izquierda se alza un pino que se conserva verde, y la nieve que queda entre el ramaje, escarchada y brillante, le da aspecto de «árbol de Navidad».

Detrás de la mísera cortina de árboles están tendidas las vías del camino de hierro, que como ya está cerca la ciudad, se entrecruzan en complicado laberinto. Al fondo la silueta de la ciudad, un poco lejana, con el centellear intermitente de sus luces, y sobre ella el resplandor rojizo con que tiñe el aire empañado de invierno la intensa iluminación urbana.

Ha dejado de nevar y ha salido la luna; sobre el suelo blanco de nieve, las sombras de los árboles de primer término se acusan fuertemente.

Ha caído el viento y el aire está inmóvil, como de cristal. De vez en cuando unos cuantos copos de nieve se desprenden de las ramas de los árboles y caen lentamen-

te. Reina el silencio aterciopelado y frío de la nieve. La escena está un momento sola, y en la música, después de un momento de paz que da la sensación sorda, aterciopelada y fría de la nieve, tiembla el anuncio del milagro: es que la Virgen, rodeada por su corte celestial, se acerca... Y entran, trayendo todos sobre los mantos, sobre las alas, sobre las cabelleras doradas, copos de nieve fulgurantes a la luz de la luna.

La comitiva es la de siempre, pero aumentada ahora por la presencia de Bautista, el chiquillo recogido en la calle, que conoce el terreno mejor que toda la corte celestial; las afueras heladas, desamparadas, inhospitalarias de la gran ciudad, son su hogar y su reino, y con arrogancia pueril sirve de guía al divino grupo, un poco perdido en la tierra... ¡tan fría! Va cerca de la Virgen, y a ella se dirige siempre que habla, porque comprende que es el «personaje» más importante del grupo, y quiere establecer entre Ella y su diminuta y harapienta persona un «compañerismo» al que cree le dan derecho sus funciones de «cicerone».

En cuanto empieza el diálogo cesa la música.

BAUTISTA. — *Saliendo antes que el grupo celestial, e indicando el camino.* Por aquí, Señora. *Aparecen la VIRGEN y su Corte, pero se detienen un instante.* ¡Cuidado, no se vaya usté a caer al saltar la cuneta, que está la nieve la mar de escurridiza! *Con acento de hombre superior.* ¡Misté que tié el Ayuntamiento mal cuidás las afueras! *Ofreciendo la mano a la Virgen.* ¿Quié usté darme la mano pa saltar? *Ofrece la mano a la Virgen; pero el Arcángel Miguel le aparta suavemente, y se inclina para dejar pasar a la Virgen y al resto de la celestial comitiva, que entran en escena y adelantan un poco. Bautista se mira la mano con desconsuelo cómico, comprendiendo que no es digno de prestar ayuda a tan noble dama.* ¡Muy limpia no está, pero...! *Se limpia la mano, frotándosela contra la blusa, y de pronto le sobrecoge un respeto extraño... Quiere hablar y no se atreve... Por fin se dirige*

a San Francisco, que con su hábito de fraile le parece algo más familiar, y le dice en voz baja, tirándole de la manga: Oiga usté: ¿van ustedes de viaje?

SAN FRANCISCO. — *Poniendo, con caridad, una mano sobre la cabeza del chiquillo.* La Señora ha salido esta noche de su casa para ir en busca de los que no se acuerdan de su Hijo.

BAUTISTA. — *Intrigado.* ¿De los que no se acuerdan de su Hijo? ¿Quiénes no se acuerdan, y se tién que acordar? *Creyendo comprender, gracias a alguna vaga reminiscencia de cinematógrafo.* Ah... vamos... sí... Serán algunos parientes muy ricos que tenga, ¿no verdá?

SAN FRANCISCO. — *Sonriendo.* No. Esta noche la Señora busca a sus hijos desamparados, a los que no pueden, a los que no saben acercarse a Ella, porque nadie les ha enseñado el camino.

BAUTISTA. — *Con inocencia.* ¿El camino de dónde?

SAN FRANCISCO. — De su corazón...

BAUTISTA. — *Mira al fraile, queriendo comprender, queriendo preguntar, con ansiedad de inocente que adivina y teme; vacila, pero al fin se decide.* Oiga usté... *Mirando a la Virgen de reojo.* y... ella... ¿es rica o es pobre?

SAN FRANCISCO. — *Con dolido asombro.* Pero... ¿no la conoces?

BAUTISTA. — *Con sencillez.* ¿Yo? No, señor... Es la primera vez que la veo... ¡Lo que es por este barrio no ha venido en jamás de la vida!

Mientras hablan a un lado Bautista y el fraile, los ángeles han acercado unas cuantas piedras, y, amontonándolas bajo el pino verde, forman un rústico trono, en el cual se sienta la Virgen, tomando en brazos al Niño, que el ángel que le lleva le ofrece de rodillas.

BAUTISTA. — *Que mientras hablaba San Francisco no ha dejado de mirar a la Virgen de reojo, se precipita hacia ella.* ¡Señora! ¿Pero se va usté a sentar aquí, al descampao, con la noche que hace? ¡Misté que se va usté a helar, Señora!

La Virgen sonríe. ¡Claro! *Con sonrisa de hombre superior y enternecimiento de hombre muy hombre, que hablase con una niña.* Es que está usté cansá... *Meditando.* El caso es que ahí arriba hay un ventorro... *Rascándose la cabeza.* Pero el caso es que va muy mala gente... ¡y como ustedes van tan elegantes!... y que esta noche estarán de juerga... *Se oye lejano el rumor de la «zambra» en la taberna, y hasta el eco, apenas perceptible, de la voz del borracho que repite su cantar: «¡Esta noche es Nochebuena!»* ¡Digo, dende aquí se oye el ruido que arman, y eso que está el ventorro al otro lao del puente! *Mira en derredor un instante, como preguntándose: ¿qué hacemos?* ¡Aguarde usté! *De pronto, como encontrando una solución, dirigiéndose al más pequeño de los ángeles, que sin duda por el poco tamaño le inspira más confianza.* Venga usté conmigo... *A la Virgen.* Vamos ahí a la vuelta, a la casilla de los de Consumos, que pué que se hayan ido a echar unas copas, y les podamos afanar un cacho estera vieja o un montón de paja, siquiera pa que ponga usté los pies. *Echa a andar precipitadamente, llevando al ángel cogido de la túnica.* Está aquí mismo. No tardamos na. *Va a salir con el ángel, pero tropieza con un bulto que hay en la sombra, al pie de los árboles, junto a la cuneta: es un informe montón de trapos, papeles, paja, pedazos de estera. Bautista está a punto de caer.* ¡Maldita sea! ¿Quién ha puesto esto aquí? *El montón empieza a rebullirse, caen a un lado los trapos y papeles, y de entre la inmundicia sale la BERNARDA; Bautista, al ver moverse el montón, da un paso atrás, un poco sobrecogido; pero se avergüenza de su miedo, y volviéndose al ángel, le dice con empaque.* ¡No se asuste usté!

LA BERNARDA. — *Saliendo del montón, a medio despertar.* ¿Eh?... ¿Qué?... ¿Quién?...

BAUTISTA. — *Reconociéndola.* ¡Anda, si es la Bernarda! ¡Bernarda! ¡Despierta!

BERNARDA. — ¡Ah... eres tú! *Con enfado, a Bautista.* ¡Ya podías mirar dónde pisas, que me has deshecho un pie!

BAUTISTA. — ¡Levántate, mujer!

BERNARDA. — *Con sobresalto.* ¿Qué? ¿Vienen los guardias?

BAUTISTA. — No. *La Bernarda hace ademán de volver a acurrucarse.* Pero, levántate, que hay aquí una señora la mar de guapa y la mar de elegante...

BERNARDA. — *Con incredulidad.* ¿Una señora?

BAUTISTA. — *Con insistencia apasionada.* Sí; que anda buscando a unos parientes que dice que tiene, y que no sabe adónde están, pa que reconozcan a su hijo.

BERNARDA. — ¡Amos... tú estás sonámbulo!... ¡Déjame en paz!...

Quiere volverse a dormir.

BAUTISTA. — *Excitado.* Que es verdad. *Al ángel.* ¿Verdá usté? ¡No seas bruta! ¡Despierta! ¡Mírala!

Sacude a la Bernarda, cogiéndola por un hombro, y la obliga a mirar hacia donde está la Virgen.

BERNARDA. — *Mira de mala gana; pero, al ver a la Virgen, da un grito.* ¡¡Aaah!! *Temblando, con las dos manos apoyadas en el suelo, mirando como hipnotizada.* ¡Es Ella, es Ella! *Se levanta como una exhalación, atraviesa corriendo la escena y va a desplomarse a los pies de la Virgen, donde se queda como sin vida, con la cara escondida entre las manos y pegada al suelo. Bautista la contempla con estupor un poco envidioso, como si dijera: «¡Anda ésta... la conoce!... ¿Dónde la habrá visto?» Dos ángeles se inclinan con gracioso ademán y levantan del suelo a la Bernarda, que queda de rodillas contemplando a la Virgen y al Niño con expresión de extática bienaventuranza, y que balbucea jadeante.* ¡Señora... Señora!... Eres tú... *Con apasionamiento, casi sollozante.* ¡Es Ella, Bautista! *Cogiéndole de la mano y tirando de él con fuerza, pero sin apartar los ojos de la Virgen.* ¡Arrodíllate!... ¡Es Ella!...

BAUTISTA. — *Arrodillándose junto a la Bernarda, sugestionado, pero sin comprender.* ¡Ella!... ¿Quién?

BERNARDA. — *Con apasionamiento.* ¡Ella!... ¡La misma! ¡Mira... mira!... *Saca de entre los andrajos del pecho una miniatura en un medallón, que se supone reproduce el «Magnificat», de Botticelli, y compara con ansiedad y embeleso la pintura y el*

grupo celestial que tiene delante. ¡La misma! *Con adoración.* ¡La Virgen María! *Con embeleso.* Sí... es Ella, Ella, con el pelo de oro, con el manto azul... ¡y el Niño!... ¡Y los ángeles! ¡La Virgen María! ¡La que está en la Iglesia! ¡La que está en el cielo! *Acercándose de rodillas, como alucinada.* ¡Es la misma! *Volviéndose a Bautista.* ¿Verdad, Bautista, que sí que lo es?

BAUTISTA. — *Con un poco de mal humor envidioso.* ¿Quién te ha dao a ti ese medallón?

BERNARDA. — *Con rubor.* No me lo ha dao nadie: me le he encontrao en la basura de casa de la señora condesa...

BAUTISTA. — *Con mala idea.* ¿Y no lo has devuelto? ¡Pues sí que eres una trapera honrá!

BERNARDA. — *Con apasionamiento, a la Virgen.* ¡Sí que lo soy, Señora, sí que lo soy! *Haciendo cruces.* ¡Por éstas! ¡Que no me he quedao nunca ni con tanto así, que siempre devuelvo tó lo que me encuentro... y que me he encontrao cucharillas de plata la mar de veces, y un día una perla así de gorda, que se le había caído de un pendiente a una señorita, y la habían barrido... y otro día una sortija de oro con una piedra azul, sí, Señora; que soy trapera, pero soy decente!

BAUTISTA. — *Insistiendo.* Sí; pero eso...

Señala al medallón.

BERNARDA. — *Con exaltación entre dolorosa y enamorada.* ¡Esto no, Señora! Esto no... *Con rubor.* Aquí lo llevo... sin que lo vea nadie... ya va para dos años... ¡Y lo he querido devolver más de setenta veces! *Con sinceridad exaltada.* ¡Sí, Señora! *Con dulzura.* ¡Y no ha podido ser! *Con amor.* Que cada vez que lo miro... *Mirando al medallón con embeleso.* Me mira el Niño a mí, y parece que me dice: «¡Bernarda, no me lleves entoavía... déjalo pa mañana, que quiero estar contigo un día más!» *Humildemente.* Pero ahora sí que lo llevaré, si usté me lo manda... *Con los ojos*

arrasados en lágrimas de gozo. ¡Porque como ya... les he encontrao a ustedes!...

Se queda como en éxtasis, contemplando a la Virgen y al Niño, sonriendo y con los ojos llenos de silenciosas lágrimas, con las manos juntas y muy apretadas.

BAUTISTA. — *Mira a la Bernarda, mira a la Virgen y al Niño, esforzándose por comprender; por fin se levanta muy despacio y se acerca a San Francisco.* Oiga usté... ¿es verdá lo que dice ésta?

SAN FRANCISCO. — *Sonriendo.* Sí...

BAUTISTA. — *Da un paso con temor hacia la Virgen.* El Niño está dormido...

SAN FRANCISCO. — Para que no temáis acercaros a Él...

Bautista se acerca poco a poco con precaución.

LA BERNARDA. — *Con adoración ingenua.* ¿Me deja usted que le dé un beso?

La Virgen inclina la cabeza en señal de asentimiento. La Bernarda se levanta, se acerca, y volviendo a arrodillarse junto al Niño, le besa la mano.

BAUTISTA. — *Con envidia.* ¡No eres tú nadie!... ¡Un beso!

SAN FRANCISCO. — *Empujándole suavemente.* Anda tú también.

BAUTISTA. — ¡Yo! *Muy turbado, se acerca, se inclina, se limpia bien la boca con la manga, y besa la mano del Niño: entonces comprende, y con exaltación, brillándole los ojos, exclama.* ¡Y dice mi padrastro y el señor Simón que tó es mentira, que no hay cielo, ni Virgen, ni Niño Jesús, que no hay más que las Ánimas! *Con desdén.* ¡Las Ánimas! *Con resolución repentina.* ¡Ahora veréis vosotros si no hay más que las Ánimas!

BERNARDA. — ¿Dónde vas?

BAUTISTA. — *Con entusiasmo de apóstol.* ¡Al ventorro... al lavadero... ahí arriba, a la fábrica... a toas partes... a llamarles a todos... que vengan... que vean que sí hay Virgen y Niño, que es verdá...! *Llamando.* ¡Madre... tío... señá Ubalda... señor Simón... todos... vengan ustés to-

dos... que está aquí la Virgen... que se ha aparecido... que viene a buscarnos... que ha traído al Niño!... *Sale como iluminado, gritando.* ¡Madre... señá Ubalda!... ¡Señor Simón!... ¡Que está aquí la Virgen!... *Lejos.* ¡Que está aquí la Virgen!

La Bernarda se ha quedado extática, sin moverse, a pesar de las voces de Bautista... Empieza a hablar balbuciente, como si no fuese ella la que hablara, sino el espíritu dentro de ella; pero, poco a poco, su voz se va afirmando en exaltación mística y apasionada. Cuando empieza a hablar, una viva luz rosada parece caer del cielo, que se abre y envuelve al grupo celestial y a la vidente. Suena una dulce música que acompaña los versos, subrayando y acentuando la emoción de la recitadora.

BERNARDA

Recitando.

«¡Hoy es Nochebuena!»,
la copla decía.
¡Todos la cantaban!
¡Nadie la entendía!

La Virgen pasaba...
¡Nadie la veía!
Lleva el Niño en brazos...
¡Nadie lo sabía!

Llamaba a las puertas...
¡Ninguna se abría!
¡El Niño lloraba
de frío que hacía!

— ¡Madre, tengo frío!
— ¡Es que está nevando!
— ¡Es que no responden
los que voy buscando!
— ¡Hijo, están durmiendo!
— ¡Madre, están pecando!

Una voz cantaba...
De lejos se oía...
¡Qué clara sonaba
en la noche fría!

«¡Hoy es Nochebuena!»,
la copla decía...
Todos la escuchaban...
¡nadie la entendía!

Con inquietud.

¡Bernarda, Bernarda!
— ¿Qué quieres, bien mío?
— ¡A tu puerta llamo,
temblando de frío!...

— ¡Señor, yo no tengo
leña ni carbón!
— ¡Enciende la hoguera
de tu corazón!
Su lumbre me basta...

Con iluminación.

¡Toda es para ti,
que, por esperarte,
nunca la encendí!

El rosado resplandor celestial se apaga; la escena queda sumida en obscuridad casi completa. Se oyen pasos y voces confusas de un grupo que se acerca con agitación. Bautista viene guiando y habla exaltadamente.

BAUTISTA.— ¡Sí que es verdá! ¡Sí que es verdá! ¡Por la salú de mi madre! ¡Vengan ustedes!

Entra, seguido del grupo. El grupo es bastante numeroso. Se destacan de él la señá Ubalda, mujer de cincuenta años, pero envejecida por el poco comer y el mucho sufrir; tiene el pelo muy blanco, vivo y encrespado; la cara, demacrada; los ojos, alegres por el aguardiente. Trae una lata y

tañe desaforadamente. La Madalena, que es mujer de treinta años, de hermosura arrogante y provocativa, muy pintada, muy emperejilada, a lo golfa barata, un poco descompuesta, también, por un principio de embriaguez. El Obrero, hombre de cuarenta años, forzudo y bestial; el Mendigo, viejo, cojo, manco y casi ciego, pero de muy buen humor; la Nicasia, mujer del Obrero, delgada, pálida y anémica, pero bastante agraciada, aunque pobrísimamente vestida; el Golfo, colillero, de edad indefinida, andrajosísimo y chulo, y el señor Simón, tabernero socarrón y redicho, bien vestido y con capa y gorra. El resto del grupo lo forman hombres y mujeres miserables, lavanderas, barrenderos, mendigos...

SEÑÁ UBALDA. — *Cantando con voz ronca:*

¡Ande, ande, ande,
la marimorena!
¡Ande, ande, ande,
que es la Nochebuena!

SIMÓN. — Calle usté, señá Ubalda, que tié usté la voz ronca.

SEÑÁ UBALDA. — *Muy contenta.* ¡No me da la gana! *Canta.*

En el portal de Belén
hay un hombre haciendo gachas,
con la cuchara en la mano
convidando a...

BAUTISTA. — *Interrumpiéndola.* ¡Cállese usté, que está el Niño dormido!

NICASIA. — ¡Vaya una oscuridá!

MADALENA. — ¡Y vaya un camino! *Da un tropezón.* ¡Ay!

GOLFO. — Arrímate a mí, a ver si caes en blando.

MADALENA. — ¡Quita allá, sarnoso!

MENDIGO. — ¡Pues no está hoy poco fina de gusto la Madalena!

Seña Ubalda. — *A Bautista.* Pero, ¿ande nos llevas, arrastrao?

Bautista. — *Con exaltación.* Aquí... aquí... ¿no se lo he dicho a ustedes? Aquí... junto al puente...

Simón. — Bueno... pero, ¿y pa qué?

Bautista. — *Con inquietud, al darse cuenta de que la Virgen ha desaparecido.* ¡Pa ver a la Virgen!

Simón. — ¿Y ande está?

Seña Ubalda. — Sí... ¿ande está?

Simón. — ¡Porque lo que es yo no la veo!

Ubalda. — Ni yo.

Madalena. — ¡Ni yo tampoco!

Bautista. — ¡Sí, sí, aquí está... aquí estaba!

Golfo. — ¡Estaba!

Madalena. — ¡Estabas tú soñando!

Bautista. — *Con angustia.* No... no...

Mendigo. — ¡Vaya una guasa, niño!

Golfo. — ¡Valiente broma!

Seña Ubalda. — ¡Sabes que tiés alma de sacarnos de ande estamos calientes pa traernos a campo traviesa, con esta nochecita!

Simón. — ¡Te merecías algo!

Bautista. — *Con desesperación.* ¡Es verdá! ¡Es verdá! Estaba aquí... con el Niño... y los ángeles... y un fraile... junto al pino...

Madalena. — *Cantando con guasa.* ¡Yo me arrimé a un pino verde...!

Bautista. — *Desesperado.* ¡Calla, que te va a oir!

Simón. — ¡Niño, tú estás peneque!

Madalena. — ¡Ángel de Dios, sí que la has tomao buena!

Mendigo. — ¡Echarle al río, pa que se le pase la mona con el remojón!

Bautista. — *Con fe angustiada.* ¡Estaba... estaba! ¡Por éstas que estaba!... ¡Y está! ¡Mas que no la veamos, está! *Con fe de la que mueve montañas.* ¡Señora, que han venido a

buscarte, porque yo se lo he dicho! ¡Señora, que somos nosotros! ¡Señora, que estamos aquí!

Desciende del cielo vivísimo fulgor, y el grupo celestial aparece de nuevo. Bernarda está en pie al lado de la Virgen, y tiene en la mano una de las rosas de San Francisco.

BAUTISTA. — *Delirante de gozo.* ¡Aaah! ¿Lo veis? ¡Miradla, si es que tenéis ojos en la cara! *Del grupo sale un rumor confuso y prolongado.* ¡Era verdad!... ¡Era verdad!... ¡La Virgen!... ¡El Niño!... ¡Es verdad!

Todos adelantan un poco, como fascinados por la aparición, y todos retroceden luego, sobrecogidos por temor sobrenatural.

SAN FRANCISCO. — Acercaos.

EL GRUPO. — *Sordamente.* ¿Nosotros?...

SAN FRANCISCO. — La Señora os espera.

EL GRUPO. — *Sordamente.* ¿A nosotros?...

SAN FRANCISCO. — Jesús os llama.

EL GRUPO. — *Sordamente.* ¡A nosotros!

SAN FRANCISCO. — A los pobres, a los ignorantes, a los pecadores, a los incrédulos, a los desesperados, a los hambrientos, a los explotados, a los oprimidos... ¿No oís cómo su voz os dice: «¡Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os remediaré!»?

SEÑÁ UBALDA. — *Sordamente.* ¿Trabajaos? ¡Como negros!... ¿Cargaos? ¡Como burros! ¡Hartos de vivir en este mundo perro, y deseando que le llegue a uno la hora de estirar la pata! Digo si lo está uno... ¿eh, compadre?

Rumor sordo de asentimiento en todo el grupo.

SAN FRANCISCO. — ¿A qué aguardáis, entonces?

UBALDA. — Tié usté razón. ¿A qué aguardamos? *Al grupo.* Andando... acercarse... ya que la Señora ha tenío el gusto de darse una vuelta por el barrio...

Todo el grupo se acerca, y envuelve a la Virgen y a sus acompañantes con rumor como de oleada. Las mujeres van delante, y se acercan más, con curiosidad ilusionada y casi alegre. Los hombres se quitan las gorras, y van detrás de ellas, más recogidos.

SIMÓN. — *Se queda fuera. Se quita también la gorra, y se rasca suavemente la cabeza, meditando.* ¡Hay Dios!... ¡Paece que sí!... ¡Vaya, me alegro!

SAN FRANCISCO. — *Poniéndole una mano en el hombro.* ¿No lo creías? ¿No lo sabías? ¿No te lo habían dicho nunca?

SIMÓN. — ¡La mar de veces!

SAN FRANCISCO. — ¿Entonces?

SIMÓN. — *Con pausa y acento marcadamente madrileños.* Misté... la verdá... uno no cree lo que dicen ustés los curas y los frailes... y no se ofenda usté, porque como a ustés les trae cuenta pa la prosperidaz del negocio el que la gente se lo crea, pues dice uno: ¡A saber!... Claro es que siempre le queda a uno su reconcomio dentro, y dice uno pa sí: ¡Hombre... después de tó... pué que sea verdad, aunque ellos lo digan!

SAN FRANCISCO. — *Con suave reproche.* ¡Simón!

LAS MUJERES. — *Al Niño.* ¡Precioso, resalao, cara e rosa!

SEÑÁ UBALDA. — ¡A ver si hay quien le eche una copla al hijo e Dios padre!

SIMÓN. — Y misté... se alegra uno de que sí que lo sea... porque de haber Dios, tié que haber, por lo menos, lo menos, Purgatorio... y aunque uno, por el aquel de dar gato por liebre, y de echarle agua al vino, si se tercia, se tenga que ganar algún tizonazo, consuela de pensar en las sesiones de parrilla eléztrica que se tién que llevar otros con más motivo.

SAN FRANCISCO. — *Con suave reproche.* ¡Simón!

SIMÓN. — ¡Lo primero de tó, la justicia! Uno la hace ascos, porque como está acostumbrao a que en la tierra no la haiga pa nadie, la verdá, no le gusta a uno ser el único que caiga de primo; pero, siendo pa tós, cuanta más mejor, y que cada palo aguante su vela. *Muy convencido.* ¡Me alegro que haiga Dios! ¡Me alegro! ¡Me alegro!

Las mujeres, rodeando a la Virgen, unas en pie, otras acurrucadas, otras de rodillas, admiran al Niño y le hacen fiestas.

UBALDA. — ¡Míale qué boquita!

MADALENA. — ¡Mira qué ojos de cielo!

UBALDA. — ¡Mira tú pa acá, Emperador de toa la tierra!

NICASIA. — ¡Se ríe!

UBALDA. — ¡Paece que va a hablar!

NICASIA. — ¡Habla, galán, habla!

MADALENA. — ¡Bendita sea la hora en que naciste!

NICASIA. — ¡Y la madre que te ha echao al mundo!

UBALDA. — ¡Y los pechos que te han dao de mamar!

NICASIA. — ¡Ay, se vuelve a dormir!

OBRERO. — *Con aspereza y timidez.* ¡Amos, apartarse, mujeres, que estáis molestando!

SIMÓN. — *Muy digno.* ¡Tié razón!... Siempre sois lo mismo... No tenéis miramiento pa na... ¡Apartarse!

NICASIA. — ¡Pa que os pongáis los hombres los primeros, como en toas partes! ¡Ay, hijo, aquí no hay hombres ni mujeres, que tós semos hijos de Dios!

UBALDA. — *Muy convencida.* ¡Fastidiarse!

BERNARDA. — *Humildemente, a la Virgen.* ¿Verdá usté que no molestamos, Señora?

UBALDA. — ¡Dios le premie a usté la buena ocurrencia de haberse acordao de los pobres!

BAUTISTA. — *Muy decidido.* ¡Lo que tié usté que hacer es quedarse a vivir pa siempre con nosotros!

TODOS. — *Con entusiasmo.* ¡Eso, eso! ¡Quédese usté, Señora, quédese usté!

UBALDA. — Que les quedremos a su Hijo y a usté más que los ricos, si a mano viene.

OBRERO. — *Rompiendo a hablar, con torpeza y timidez.* Sí, Señora... y con más desinterés... aunque nos esté mal el decirlo... que a ellos, al fin y al cabo, les han dao ustés tó lo de este mundo... y nosotros... con perdón sea dicho... poca cosa les tenemos a ustés que agradecer...

NICASIA. — *Asustada y diplomática.* ¡Cállate, que se va a incomodar!

OBRERO. — Ya me callo.

BERNARDA. — ¡Ay, sol del cielo, quién te tuviera en brazos!

UBALDA. — ¡Déjemele usté, Señora, un momento na más!

NICASIA. — ¡No, a mí!

BERNARDA. — ¡A mí!

MADALENA. — *Con ansiedad de amor.* ¡A mí, Señora, a mí!

Tiende los brazos apasionadamente.

UBALDA. — ¡Quita allá, pelindrusca! ¡Qué va a ser pa ti, si llevas más pecaos encima tu cuerpo que pelos postizos en la cabeza!

Madalena retrocede llena de vergüenza, y va a caer de rodillas un poco más lejos, tapándose la cara con las manos.

EL GOLFO. — No, que será pa usté, que no pué usté lamerse de aguardiente que ha pimplao usté esta noche...

UBALDA. — *Muy convencida.* ¡Porque es Nochebuena!

GOLFO. — ¡Pa usté tó el año es Pascua!

OBRERO. — *A la Virgen, confidencialmente.* ¡Señora... más borracha que ésta, no ha nacío de madre!... ¡Es capaz de beberse hasta el recuelo de la colá!

GOLFO. — Y una noche sí y otra también duerme en la prevención.

UBALDA. — *Con apasionamiento.* ¡Pero duermo!... ¡Y si no bebiera, no dormiría! *Con sentimiento trágico, a la Virgen.* ¡A ver qué va una a hacer más que beber, Señora! Mi hombre era como éste... *Coge de un brazo al Obrero, y le trae con fuerza al pie de la Virgen.* y lo mató la máquina... y no me dieron ná, porque dijeron que había sido por imprudencia suya... amos... lo mismo que si hubián querido decir que se había matao por gusto... y he tenío siete hijos, que los quería lo mismo que quedrá usté al suyo, Señora, y cuatro se me han muerto en mantillas, de hambre, Señora, de hambre; *Con apasionamiento, golpeándose el pecho.* que mamaban de aquí, y a ver qué les iba a dar yo, si cada día estaba el pan más caro, y el carbón más

caro, y el chamizo en que vive una más caro, y no entraba en mi cuerpo cosa caliente... Y de los tres que me han llegao a grandes, dos mozos y una moza, que ojalá se me hubieran esgraciao de pañales, lo mismo que los otros, al más chico, que era un cacho e pan, se lo llevaron a servir al rey, y lo han matao los moros, *Con amargura dolorosa.* que de qué le habrá servío al rey que me maten los moros a mi hijo, ni de qué le iba a servir tampoco que mi hijo hubiá matao a otro moro, que tendría madre igualito que él y gana de vivir lo mismo que él... *Sin respirar, jadeante.* Y al mayor lo tengo en presidio, *Sordamente.* porque le dió una puñalá a un señorito que deshonró a su hermana... y ella anda por ahí lo mismo que ésta... *Cogiendo de un brazo a la Madalena, que está en un rincón de rodillas, y arrastrándola hacia la Virgen, a cuyos pies viene a caer. Con voz ronca y delirante.* ¡Qué voy a hacer más que beber, Señora, si en cuanto que no bebo y llega la noche *Con alucinación, rechazando con las manos las sombras que cree tener delante.* los veo a tós con la boca abierta, con los ojos cuajaos... pidiéndome pan... llamándome madre... cogiéndose a mis faldas... *Tapándose los ojos y retrocediendo con delirio.* ¡No los quió ver, no los quió ver, no los quió ver!

Unos cuantos hombres y mujeres la sujetan y la rodean.

SIMÓN. — *Con rudeza afectuosa.* ¡Amos, seña Ubalda, no se ponga usté así!

OBRERO. — *Con timidez.* Tié razón, tié razón. *A la Virgen.* Tó está cada día más malo, Señora... echa uno el alma trabajando... ¡y ná!

NICASIA. — ¡Y dicen que cá día hay más dinero!

GOLFO. — Y que cá día se inventan cosas nuevas pa que dé más el campo y haiga más cosechas.

SEÑÁ UBALDA. — *Sordamente, limpiándose los ojos y volviendo a acercarse.* Y máquinas pa hacer el pan más aprisa...

OBRERO. — Y pa sacar más pronto el carbón de las minas...

NICASIA. — Y pa que salga la tela más barata...

GOLFO. — Y miusté cómo vamos... *Señalando a los andrajos, que dejan por los rotos la carne al descubierto.* Terno de vicuña con adornos de piel...

MENDIGO. — Y yo no he cenao caliente hace cuatro noches... y no digo comer, porque hace tiempo que he tomao la costumbre de dormir de día, pa no enterarme de cuándo dan las doce, que dicen que es la hora de sacar el puchero...

NICASIA. — ¡Eso era antes!... Ahora, pa comer sopas de ajo, hay que ser rico.

MENDIGO. — *Con sorna.* ¡Rico!... Dicen que un millonario se ha suicidao porque había puesto una fábrica de hacer zapatos, y tantismos ha hecho, que no ha habío en el mundo quien se los compre, y se ha tenido que pegar un tiro...

GOLFO. — ¿Y ande estará el calzao, digo yo?...
Enseñando el pie, calzado con rotísimas alpargatas.

SEÑÁ UBALDA. — Se lo habrán guardao los acaparadores, a ver si con la escasez se pone un poco más caro.

MENDIGO. — ¡No apurarse, que tó es cuestión de tiempo, criaturas! En cuanto sale callo en la planta del pie, está demás la suela, ¡qué demonio!

NICASIA. — Se ríe una de tó por no llorar, Señora; pero lo que una pasa, sólo una lo sabe.

SIMÓN. — ¡Camará, y que no sois pelmas, que digamos! Pa un día que os viene a visitar la Señora, no se os ocurre más que contarle lástimas... ¡Sí que va a quedar arregostá a volver por aquí!

SEÑÁ UBALDA. — Se le cuentan las penas, porque tié cara e santa; pero no se le pide na, pa que usté se entere.

GOLFO. — ¡Lo cual no quita pa que si Ella tié voluntad de dar algo!...

MADALENA. — *Con sollozos angustiados, cogiéndose al manto de la Virgen.* ¡Piedad, Señor! ¡Misericordia, Señor!

SIMÓN. — *Mirando a Madalena, que está a los pies de la Virgen,*

tirada en el suelo. ¡Anda, ésta!... ¡Siempre lo más arrastrao ha de ser lo más atrevido! ¡Apártate, que le estás manchando el manto a la Señora!

MADALENA. — ¡Ya sé que mancho sólo con mirar, pero no me quitéis de aquí! ¡Piedad, Señor! ¡Misericordia, Señor! *Con exaltación, retorciéndose y golpeándose el pecho.* Soy la escoria del mundo... llevo encima el veneno de todos los pecados. ¡Soy el árbol podrido... soy el fruto amargo... soy el pan amasado con llanto y ceniza!... *Gritando.* ¡No pido perdón... pido penitencia! *Delirante.* ¡Que todas las espinas del camino se me claven en los pies descalzos... que me escupan... que me tiren piedras... que me arrastren, que me pisoteen, que me hagan pedazos!... ¡Penitencia, Señor! ¡Penitencia, Señor! ¡Fuego que abrase la lepra de esta carne!

Se deja caer de bruces en el suelo, y solloza desesperadamente.

SIMÓN. — *Con sorna.* Pues no te ha entrao a ti poco fuerte el histérico.

BERNARDA. — *A la Virgen, con un poco de temor.* ¡Es la Madalena... una golfa de la calle, Señora!...

BAUTISTA. — *Muy convencido.* Pero tié buen corazón; que a mí me ha convidao a café la mar de veces.

MADALENA. — *Arrancándose el cabello.* ¡Penitencia, Señor! ¡Penitencia, Señor! *Con aguda contrición desesperada.* ¿Dónde hay un pozo para hundirme? ¿Dónde hay una cárcel para emparedarme? ¿Dónde hay un desierto para enterrarme en vida y que nadie me vea?

SEÑÁ UBALDA. — ¡No eres tú nadie echando roncas, hija! Paece que no ha habío en el mundo naide que haiga pecao antes de pecar tú.

MADALENA. — *A un tiempo, sorda y exaltadamente.* ¡Yo soy más miserable que nadie!

SEÑÁ UBALDA. — ¡Eso que se te quite de la cabeza! Ca uno tenemos lo nuestro, que tós semos de carne y hueso... Lo que hay, que no semos leídos y escribidos, y no

sabemos decirle a la Señora con palabras finas: «¡Señora, soy un pingo de la calle!» Los demás nos callamos, y tú das voces, pero no tó es dolor de corazón... es que el que tié vergüenza, tié vergüenza hasta pa arrepentirse, y el que está acostumbrao a dar escándalo, pues escandaliza hasta pa confesarse... ¡Quita de ahí! *A los demás.* ¿Digo bien?

OBRERO. — *Con un poco de confusión.* Claro está... ca uno tié lo suyo.

SEÑÁ UBALDA. — Máxime más que donde aprieta demasiao el hambre no se tié la cabeza a diario lo firme que se debe de tener pa no salirse del camino derecho.

GOLFO Y MENDIGO. — ¡Ele!

MADALENA. — *Sordamente.* ¡Yo no he pecado por hambre! ¡He pecado por ansia de querer y de que alguien me quiera! ¡No me ha querido nadie nunca! *Volviéndose a la Virgen.* ¡No he tenido padre, Señora, ni madre, que la que tuve me dejó en un torno, y no sé qué ansia me dejó aquí, al dejarme, que desde antes de saber hablar he estado suspirando por un beso suyo! ¡Tenía quince años y no me había dado nadie un beso, Señora!

GOLFO. — ¡Pero anda, que después te has desquitao, amiga!

MADALENA. — *Con amargura.* Después... después... *Con desesperado arranque.* ¡No me ha querido nunca nadie, Señora; no me ha querido nadie *Con fiereza.* ni yo he querido a nadie!

BAUTISTA. — Se ha despertao el Niño... te está mirando...

BERNARDA. — Acércate, que dice aquí el señor. *Por San Francisco,* que a todos nos busca y a todos nos quiere...

MADALENA. — *Volviéndose a mirar al Niño.* ¿Me miras tú, Señor? ¿Qué me quieres decir con esos ojos tristes, que yo no te entiendo?

Con humilde y arrebatado amor.

BAUTISTA. — No está triste; se ríe...

BERNARDA. — Dale un beso en la mano, que no se enfada...

MADALENA. — ¡No, no, miserable de mí! *Retrocede sin levantarse, y habla al Niño un poco de lejos.* ¡Tarde te encuentro, fuente de limpio amor; tarde te encuentro, cuando ya está apagada la lámpara, y el hogar sin lumbre! ¿Qué te daré yo? ¿Qué te diré yo, si he profanado todas las palabras y he envilecido todos los amores? *Con desolación.* ¡No te quiero mirar con estos ojos, no puedo levantar a ti estas manos, no te puedo nombrar con esta boca!

Se echa hacia atrás y cae en brazos de las otras mujeres, que la recogen y se la llevan. Se oye la voz del SACERDOTE que grita dentro.

SACERDOTE. — ¿Dónde están? ¿Dónde están? *Entra. Es hombre de unos cincuenta años. Trae sotana y balandrán miserables, pardos, raídos, casi andrajosos; grandes botas que, evidentemente, no son suyas, sin embetunar, rotas, con suelas y tacones desgastados. La cabeza, cubierta únicamente con el solideo; el cabello, gris, áspero y revuelto. No trae alzacuello ni puños de camisa; en la sotana le faltan botones. El rostro, demacrado, de gran nobleza y varonil hermosura; los ojos fosforescentes, de místico, a ratos de extremada dulzura, a ratos ardiendo en fuego apasionado. La caridad, que como hoguera le consume, es arrobamiento cuando habla al Niño y a la Virgen; ruda fraternidad cuando se dirige a los pobres.* ¿Dónde están? *Busca con la mirada, con esperanza y ansiedad.* ¡He visto el resplandor en la noche, y he temblado de júbilo! *Viendo a la Virgen y al Niño.* ¡Oh, hermosura antigua y siempre nueva, al fin te contemplan estos turbios ojos! *Se pasa las manos violentamente por los ojos, como para rasgar las últimas nieblas de lo material. El grupo, al entrar él, se ha apartado un poco, para dejarle paso. Quedan únicamente junto a la Virgen, la Bernarda y Bautista, y, en mitad de la escena, tirada en el suelo, la Madalena. El Sacerdote se acerca a la Virgen con seriedad apasionada y sonriente, como un amigo que encuentra al amigo, con las temblorosas manos tendidas y levantadas, en la actitud sacerdotal de implorar la gracia*

de lo alto, antes de volverse a bendecir al pueblo. Creador del mundo, Legislador del mundo, Redentor del mundo... ¡Tú, que tantas veces te has dignado bajar desde el cielo a estas manos, consiente que estas manos acaricien tu rostro de niño!

Ha ido adelantando mientras habla, y, al decir la última palabra, se deja caer de rodillas a los pies de la Virgen, y se queda en actitud de acariciar, pero sin llegar a tocar el rostro del Niño, contemplándole con embeleso, olvidado de cuanto le rodea.

BERNARDA. — *Confidencialmente a la Virgen, acercándose a su oído para hablarla.* Es don Manuel... el cura loco...

BAUTISTA. — *También confidencialmente a la Virgen.* Diga usted que ya no es cura, Señora, que no dice misa...

BERNARDA. — Porque no le dejan... pero da a los pobres tó lo que tiene...

BAUTISTA. — *Sin levantar la voz, porque respeta la contemplación del Sacerdote.* Cuando era cura de verdá, siempre andaba por los lavaderos y por los tejares, y de noche a la puerta de las tabernas, y predicaba en mitá de la calle, y decía que Dios estaba dando voces y que nadie le oía.

BERNARDA. — Y ahí, en la cabecera del puente, levantó un barracón de tablas viejas pa arrecoger golfas y randas por la noche.

BAUTISTA. — Y salía a pedir por los merenderos pa darles de cenar.

BERNARDA. — Y estaban toas loquitas por él...

BAUTISTA. — Y una, que era la mar de desahogá, se le encontró un día a la puerta de la iglesia, que iba con el Obispo, y fué y le plantó un beso.

BERNARDA. — Y le arrecogieron las licencias...

BAUTISTA. — Quié decirse que le limpiaron el comedero.

SACERDOTE. — *Hablando al Niño, con amor entrañable.* ¡Te he buscado esta noche en el templo... y no estabas... Te he buscado por toda la ciudad, llena del ruido de tu

nombre... y no estabas tampoco! ... ¡Y te vengo a encontrar, Rey pacífico, junto a estos pobrecillos hambrientos y desnudos... junto a estas ovejuelas sin pastor! ... ¡Oh, corazón sediento! Perdona a este necio ministro el haberse engañado al buscarte, el no haber alcanzado a comprender que esta noche tu amor no podía olvidarse del establo frío, del pesebre mísero, del puñado de paja en que viniste al mundo! *Levantándose, y hablando con exaltación a los demás.* Y vosotros, ¿qué hacéis que no saltáis de gozo? ¿Para cuándo guardáis la alegría? ¡El Señor ha venido a buscaros; ha dejado su templo por vosotros; se ha mostrado a vosotros, para que, viéndole, no tengáis más remedio que creer en Él para remediar la torpeza de los que no sabemos enseñaros su nombre! ... ¿Estáis mudos? ... ¿Estáis ciegos aún? ... ¿No sentís en el pecho una esperanza nueva, un calor milagroso?

GOLFO. — *Un poco turbado.* ¡Sí que es verdá, que tié uno los pies encima la nieve, y está cayendo escarcha, y se hiela el aliento, y no tié uno frío!

SACERDOTE. — ¡Es noche de prodigios! ¡Alegraos! ¡No dejéis que el milagro sea inútil! ¡No consintáis que la Madre y el Hijo, después de haber estado aquí, se vuelvan a marchar y os dejen solos! ... ¡Acercaos! ¡Apretaos contra ellos! ¡Detenedlos!

MADALENA. — *Con inquietud.* Vienen... vienen...

BAUTISTA. — *Muy alarmado.* ¿Quién viene?

MADALENA. — No sé... pero se acercan... oigo pasos... ¡Ya están ahí! ...

Aparece por el fondo un reducido grupo de gente. Se les ve muy confusamente. Son el sacristán viejo que ha recorrido la iglesia en el primer cuadro, otro sacristán joven y unos cuantos acólitos de los que han servido el altar durante la adoración. Traen faroles. Vienen vestidos con sus sotanas y sobrepellices; pero han echado sobre ellas, a toda prisa, abrigos, capas o bufandas, y tiemblan con el frío de la noche... Se detienen en el fondo, sorprendidos y atemorizados por el grupo de gente, pero sin ver a la Virgen ni al Niño, aunque los tienen delante.

SEÑA UBALDA. — Se paran... paece que les da miedo...

SACERDOTE. — ¿Quién va?

SACRISTÁN. — *Temblando y sin adelantar.* Gente de paz.

SAN FRANCISCO. — *Adelantándose.* ¿A quién buscáis?

SACRISTÁN. — *Que al ver al Santo se tranquiliza, por el hábito.* ¿Un fraile? ¡Menos mal!

SAN FRANCISCO. — *Con majestad.* ¿A quién buscáis?

SACRISTÁN. — *Adelantando del todo y hablando con agitación.* Pues venimos buscando... con perdón sea dicho... a la Santísima Virgen de Belén... una imagen que vale un dineral... con perdón sea dicho... reverendo Padre... antigüísima... milagrosísima... reverendo Padre... una talla del siglo XVII... que han querido dar por ella no sé qué millonada de libras esterlinas para un Museo inglés... con perdón sea dicho... Ya su reverencia la conocerá... la que está en el altar mayor de la Catedral... reverendo Padre... es decir, la que estaba... porque... no sé cómo decirlo... reverendo Padre... porque... esta noche... ¡ha desaparecido!

SAN FRANCISCO. — *Sonriendo.* ¿Y por qué la buscáis aquí?

SACRISTÁN. — *Mirando en derredor con cierto miedo, y confidencialmente al Santo.* ¡Ay, reverendo Padre!... porque... con perdón sea dicho... a estos barrios viene a parar todo lo que se pierde de mala manera... ya su reverencia me entiende...

OBRERO. — *Adelantándose, con malos modos.* ¡Quié decirse que usté se figura que la hemos robao!

SACRISTÁN. — *Lleno de susto.* No, no, no... no me figuro nada... usted perdone... pero, por el amor de Dios... *Dirigiéndose al grupo que le mira con curiosidad, entre divertida y hostil.* Si la han visto ustedes... si sospechan ustedes dónde puede estar... indíquenme ustedes... tengan la caridad de indicarme... yo daré al que sea una buena gratificación... ¡porque si no parece, me pierdo, reverendo Padre... con perdón sea dicho... me pierdo!

SAN FRANCISCO. — *Sonriendo.* ¿Tú? ¿Por qué?

SACRISTÁN. — *Contrito.* Porque servidor ha tenido la culpa... sí, reverendo Padre... servidor es el encargado de la última requisa del templo... y esta noche... lo confieso, reverendo Padre... por ser la noche que es... tal vez he abusado un poco del zumo de la vid... y... me he dejado abierta la puerta lateral de la segunda nave... Por allí han entrado, sin duda, los ladrones... a no ser que se hayan quedado escondidos después de la Misa de Gallo en los confesonarios. ¡Esta gente no respeta nada!... Estoy perdido, reverendo Padre; si no parece antes de amanecer, estoy perdido... ¡Y que tenía puestas todas las joyas!...

En este momento, los acólitos, más inocentes que el Sacristán, ven a la Virgen, y prorrumpen en gozosas exclamaciones.

ACÓLITOS. — *Con alegría.* ¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Señor Nepomuceno, que está aquí!

SACRISTÁN. — *Aturdido, sin ver.* ¿Dónde?... ¿dónde?

SAN FRANCISCO. — *Cogiéndole por un hombro con caridad, y poniéndole frente a la Virgen.* Delante de los ojos la tienes, ciego, ¿y no la ves? ¿Has vivido junto a ella tantos años, y aún no la conoces?

SACRISTÁN. — *Admirado primero y escandalizado después.* ¡Señora!... ¿Vos aquí?... ¿En este barrio?... *Con supremo desdén.* ¿Entre esta gente?

OBRERO. — *Acercándose, amenazador.* ¡Oiga usté, esta gente semos tan hijos de Dios como usté... o pué ser que algo más!

SACRISTÁN. — *Asustadísimo.* Usted perdone... no he querido ofender... caballero...

OBRERO. — *Hosco y complacido en asustarle.* No soy caballero, ni falta que me hace; pero tengo unos puños que ni hechos de encargo pa acogotar murciélagos.

SACRISTÁN. — *Con terror, cogiéndose al hábito de San Francisco.* ¡Ay, reverendo Padre!

SAN FRANCISCO. — *Con dulzura.* ¡Paz... paz! *Al Obrero.* No

enturbies con tu ira el divino esplendor del milagro que Dios hace por ti... *Al sacristán, con más energía.* ¡Y tú, respeta el misterio de amor que no comprendes!

SACRISTÁN. — *Aun no muy tranquilo.* Pero es que...

SAN FRANCISCO. — *Con majestad serena.* La Señora ha venido a *este* barrio, en busca de *esta* gente, por su voluntad. Nadie ha robado la imagen de tu templo... acaso faltó en vuestro altar la ofrenda que el Niño más ambicionaba.

SACRISTÁN. — *Ofendido.* ¡Pero si está la catedral hecha un ascua de oro! ¡Y no sabe su reverencia lo que se ha gastado este año en incienso! Como con la guerra dicen que no se atreven a venir los barcos de Oriente, ha subido una atrocidad.

SAN FRANCISCO. — *Sonriendo con misericordia.* ¡Oro... incienso!... ¡Ya lo decía yo! Faltaba el manojito de mirra.

SACRISTÁN. — *Sin comprender.* ¿De mirra?

SAN FRANCISCO. — *Con caridad.* Sí, hijo, sí... de mirra. La mirra es amarga... La mirra es el hambre y el frío... es el desamparo y la desolación... es la pobreza y la ignorancia... la amargura del mundo *Señalando al grupo.* que está aquí... ¡Esa es la ofrenda que han echado de menos la Madre y el Hijo, y por eso han salido a buscarla, pisando nieve!

SACRISTÁN. — *Volviendo a lo suyo.* Pero es que si no vuelven, ¿qué va a ser de mí? *A la Virgen, con devoción y naturalidad, porque él mismo no se da cuenta de su egoísmo.* Señora... volved al templo... Hoy es Navidad... habrá Misa solemne... de pastorela... Ya está todo listo... los cirios... las flores... ¿Qué dirán vuestros fieles si no os encuentran? *La Virgen permanece impasible.* ¡Mirad, Señora... que estará lo mejor de la ciudad! *Muy convencido de la importancia del argumento.* ¡Como que la entrada es por papeleta!... ¡Y qué música, Señora, qué música!... ¡Y el sermón!... ¡Veinte duros cuesta!... ¡Y quinientas pesetas los cantores! *La Virgen continúa impasible.* ¡Y que han mandado los mejores

tapices de palacio para cubrir las puertas!... ¡Y que se inaugura la calefacción central!... ¡Y el órgano eléctrico! Porque dice el señor mayordomo de fábrica que no quiere que digan en los mitins que los representantes de la tradición somos los enemigos del progreso... *Un poco desesperado al ver que su relación de esplendores no conmueve a la Virgen.* ¡Venid, Señora!... *Se arrodilla.* ¡Dejaos rogar por este humilde sacristán vuestro! ¡Ved que, si no volvéis, me pierdo, Señora! *Con emoción.* Creerán que soy cómplice... que os he robado yo... ¡Volved, reina y Señora mía! ¡Volved, Señora!

La Virgen se pone en pie. Movimiento de honda expectación y rumor sordo en todo el grupo.

UNOS. — ¡Se levanta!

OTROS. — ¡Se marcha!

OTROS. — ¡Nos deja!

SACERDOTE. — *Con calor.* ¡Clamad, pedid; no dejéis que os la quiten!

SEÑÁ UBALDA. — ¡La vienen a buscar de parte los ricos!

MENDIGO. — ¡De los que han dao los cuartos pa hacer las iglesias!...

SACERDOTE. — *Con ansiedad.* ¡No importa! ¡Clamad, implorad! ¡Señora, Madre nuestra, no nos dejes huérfanos! ¡Hijo de Dios, no nos abandones!... ¡No somos nadie! ¡No tenemos nada! ¡Nuestra miseria clama por nosotros!

SEÑÁ UBALDA. — *A la Madalena, que sigue de rodillas.* Diles algo, mujer, tú que sabes hablar a lo fino...

MADALENA. — *Sollozante.* ¡Desde lo más hondo de nuestro pecado, clamamos a ti!

BERNARDA. — ¡Ahora que les queremos a ustés tanto, nos van ustés a dejar!

SACERDOTE. — ¡Clamad, implorad! ¡Hijo de Dios, por tu pobreza, por tu oprobio, por la afrenta de tu cetro de caña, por la infamia de tu muerte entre dos ladrones!...

Aquí están los leprosos, los ciegos, los tullidos, los perrillos que aguardan las migajas que caen de tu mesa.

La Virgen adelanta un paso.

OBRERO. — *Rudamente.* No se canse usté más... ¿Cómo nos va a hacer caso, si no tenemos na que ofrecerles?

SACERDOTE. — ¡No nos dejes, Señor!

SEÑÁ UBALDA. — *Con dulzura, a la Virgen.* Váyase usté, Señora, váyase usté, que usté tié su casa, y aquí hace demasiao frío pal Niño.

OBRERO. — De tós modos, gracias por haber venido, aunque no sea más que de paso...

GOLFO. — *Con rubor.* Se estima la fineza... y no se olvidará...

NICASIA. — *Limpiándose los ojos con el delantal, con mezcla de dolor y de rabia.* ¡Pa esto más valía no haberles conocío a ustés nunca

SACRISTÁN. — *Cogiendo el manto de la Virgen por un lado, como si fuera la capa pluvial del Celebrante.* Vamos, Señora, vamos. *Con desprecio al grupo.* ¡Apartad vosotros!

SACERDOTE. — *Tirándose al suelo delante de la Virgen.* ¡No, no, no! *Al grupo.* ¡Arrodillaos todos... clamad conmigo! *Todo el grupo se arrodilla. La Virgen da un paso más.* ¿Os vais, Señora? ¡Nos dejáis, Señora! ¡Miserable de mí, que no sé ni merezco deteneros!

SAN FRANCISCO. — *Inclinándose hacia él, y poniéndole una mano en el hombro.* ¿También tú dudas, hombre de poca fe?

EL GRUPO. — *Tendiendo las manos hacia la Virgen.* ¡Señora, no nos olvide usté! ¡Vuelva usté por aquí alguna vez! ¡No deje usté que nos olvide el Niño!

La Virgen se adelanta hacia el grupo, levantando al Niño entre las dos manos, y le deja caer sobre el grupo muy lentamente. La señá Ubalda le recoge, dando un grito de júbilo, y se levanta inmediatamente. Todos se levantan tras ella, locos de alegría.

LA VIRGEN. — *Entregando al Niño.* ¡Tomadle... es vuestro!

SEÑA UBALDA. — ¡Ha dicho es vuestro! ¡Es nuestro! ¡El Niño es nuestro! ¡Oid... es nuestro!

TODOS. — *Rodeando en torbellino, con maravilla, gozo, temor y orgullo*. ¡Es nuestro! ¡Es nuestro!

La Virgen, sonriente y feliz, se retira a un lado con su corte de ángeles y San Francisco.

SACERDOTE. — *Uniéndose al grupo, delirante de gozo.* ¡Sí, es vuestro! ¡Es vuestro Cristo! ¡Llevadle en alto! ¡Entrad con Él en la ciudad! ¡Que el mundo entero le vea en vuestras manos! ¡Es vuestro Cristo! ¡Es vuestra bandera! ¡Levantadla! ¡Aclamadla! ¡Defendedla! ¡No consintáis que la tengan por suya, que la levanten contra vosotros los que os oprimen, los que os explotan, los que os niegan el pan del cuerpo y del espíritu! ¡Cristo ha nacido por vosotros! ¡Su pobreza es vuestro tesoro! ¡Su ley vuestra justicia! ¡Cristo es vuestro, es vuestro! ¡Pedid con Él! ¡Juzgad con Él! ¡No consintáis que después de haberos quitado la tierra, os quieran cerrar las puertas del cielo!

EL GRUPO. — *Alejándose y rodeando todos a la mujer que lleva al Niño en brazos.* ¡Es nuestro! ¡Cristo ha nacido por nosotros! ¡Es nuestro!

SACRISTÁN. — *Aterrado.* ¿Qué habéis hecho, Señora? ¡Se le llevan! ¡Nos quedamos sin Él! ... ¡Volved, Señora... volved siquiera vos... el Niño... ya nos arreglaremos... quitaremos el suyo a San José o a San Antonio.. . pero volved, Señora!

SAN FRANCISCO. — *Separándole de la Virgen.* ¡Ciego incurable... cabeza de piedra berroqueña! Vuelve a la ciudad... echa a vuelo todas las campanas... abre de par en par las puertas del templo, y deja entrar en él a todo el que llegue... ¡que quien de corazón vaya buscando al Hijo y a la Madre, allí los hallará!

Le empuja suavemente, y le obliga a alejarse por el fondo. El Sacristán se marcha, volviendo a cada paso la cabeza, no muy convencido a pesar de todo lo que ha visto, de que el prodigio que le prometen pueda realizarse. Los acólitos,

como chiquillos aficionados a todo lo que es ruido se han marchado con el grupo que se lleva al Niño. La Virgen vuelve a sentarse en su humilde trono de piedra, rodeada de su corte de ángeles. San Francisco se arrodilla a sus pies, y hablan serena y familiarmente. Durante la celestial conversación, vuelve a sonar la música, hasta que cae el telón.

LA VIRGEN.

Francisco...

SAN FRANCISCO.

Señora...

LA VIRGEN.

¡Se llevan al Niño!

SAN FRANCISCO.

Señora, ¿es que os pesa haberle entregado?

LA VIRGEN.

No puede pesarme porque es cuenta suya...
Soñaba esta noche, dormido en mis brazos...
Soñando decía. — ¡Hoy es Nochebuena!
No están mis pastores... ¿Por qué no han llegado?
Sin duda, la nieve borró los senderos...
me habrán perdido!... ¡Vamos a buscarlos!
— La noche está oscura!... — ¡Se enciende una estrella!
— ¡Da miedo el camino!... — ¡Iremos cantando!
— ¿Y si están dormidos?... — ¡Tiraré una piedra!...
Les dará en el pecho... quedarán llagados
Con llaga de amor, que sólo amor cura...
¡Yo abriré la herida!... ¡Yo sabré sanarlos!

Pausa: se oye el toque a maitines en una torre de convento de monjas. Es el toque de las dos de la madrugada.

LA VIRGEN.

Francisco...

SAN FRANCISCO.

Señora...

LA VIRGEN.

Tocan a maitines...
¿Quieres que recemos?

SAN FRANCISCO.

Con admiración.

¡Señora... con Vos!

LA VIRGEN.

¡Por los engañados, por los perseguidos,
Por los que padecen miseria y dolor,
Por los caminantes que tuercen la senda,
Por los navegantes que el viento arrastró,
Por los deshonrados, por los pecadores,
Por los que desvelan el sueño de Dios!

Mientras la Virgen reza, cae lentamente el TELÓN.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

OBRAS DRAMÁTICAS DE GREGORIO MARTINEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA. — Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO... — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR. — Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCIÓN DE CUNA. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO. — Comédia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE. — Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA. — Comedia lírica en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS. — Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL. — Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro Apolo.)

EL POBRECITO JUAN. — Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

MADAME PEPITA. — Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

LA TIRANA. — Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MAMÁ. — Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SÓLO PARA MUJERES. — Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

MADRIGAL. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO. — Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS. — Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)

LA MUJER DEL HÉROE. — Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)

MARGOT. — Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASIÓN. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL AMOR BRUJO. — Gitanería en un acto y dos cuadros, escrita expresamente para Pastora Imperio, música de Manuel de Falla. (Teatro Lara.)

AMANECER. — Comedia en tres actos. (Teatro Lara.)

EL REINO DE DIOS. — Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)

NAVIDAD. — Milagro en tres cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE. — Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA. — Acción mímica en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)

LA ADÚLTERA PENITENTE. — Drama en tres actos y diez cuadros, adaptación libre de Moreto, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

ESPERANZA NUESTRA. — Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

LA LLAMA. — Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Gran Teatro.)

ROSINA ES FRÁGIL. — Comedia en un acto. (Teatro Eslava.)

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO. — Novela cómica en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORAZÓN CIEGO. — Comedia en cuatro actos. (Teatro Eslava.)

ARTE DE AMAR.—Comedia de payasos, en un acto. (Teatro Eslava.)

DON JUAN DE ESPAÑA. — Tragicomedia. (Teatro Eslava.)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRÓNICO. — Comedia en un acto de S. Rusiñol (Teatro Lara.)

BUENA GENTE. — Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

LA MENTIRA PIADOSA. — Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia.)

LOS ABEJORROS. — Comedia en tres actos de Breiux. (Teatro de la Comedia.)

TRIPLEPATTE. — Comedia en cinco actos de Tristán Bernard. (Teatro de la Comedia.)

EL ARREGLO DE LA CASA. — Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia.)

LA MADRE. — Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

EL HERMANO. — Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso.)

CIGARRAS Y HORMIGAS.— Poema en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso.)

LA SUERTE DEL MARIDO. — Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia.)

ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

EL REDENTOR. — Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

EL INDIANO. — Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

CABEZA DE ZANAHORIA. — Comedia en un acto de Jules Renard. (Teatro Lara.)

EL BUEN POLICÍA. — Sainete en un acto y tres cuadros de S. Rusiñol. (Teatro Cervantes.)

LA VIRGEN DEL MAR. — Cuadro poemático en un acto de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

EL PATIO AZUL. — Drama en dos actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

LOS NÁUFRAGOS. — Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Drama en cinco actos de Alejandro Dumas, hijo. (Teatro Eslava.)

LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN. — Auto religioso de Inocencio de Salcedo. (Teatro Eslava.)

DOMANDO LA TARASCA. — Comedia en dos actos de Shakespeare. (Teatro Eslava.)

CASA DE MUÑECAS. — Comedia en tres actos de Ibsen. (Teatro Eslava.)

EN CASA DEL ANTICUARIO. — Sainete en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Eslava.)

ALICIA, NEURASTÉNICA. — Farsa en dos actos de A. E. Thomas. (Teatro Eslava.)

LA MALA VIDA. — Drama en tres actos de Julio Vallmitjana. (Teatro Eslava.)

LA FELICIDAD DE ANTONIETA. — Comedia en tres actos de Emilio Augier. (Teatro Eslava.)

JULIETA Y FRANCINA. — Comedia en tres actos de A. Janvier. (Teatro Eslava.)

LEONARDA. — Comedia en tres actos de B. Björnson. (Teatro de la Princesa.)

PARÍS-NEW-YORK. — Comedia en tres actos de Croisset y Arenne. (Teatro Eslava.)

UNA VISITA. — Comedia en dos actos de Brandès. (Compañía Atenea.)

ROSAURA, LA VIUDA ASTUTA. — Comedia en dos actos de Goldoni. En colaboración con Luis de Tapia. Música de M. Font. (Teatro Eslava.)

EL ADMIRABLE CRICHTON. — Comedia en cuatro actos de J. M. Barrie. (Teatro Eslava.)

ROMEO Y JULIETA. — Tragedia en cinco actos de Shakespeare.

HAMLET. — Tragedia en cinco actos de Shakespeare.

Tipografía Artística
Cervantes, 28-Madrid

